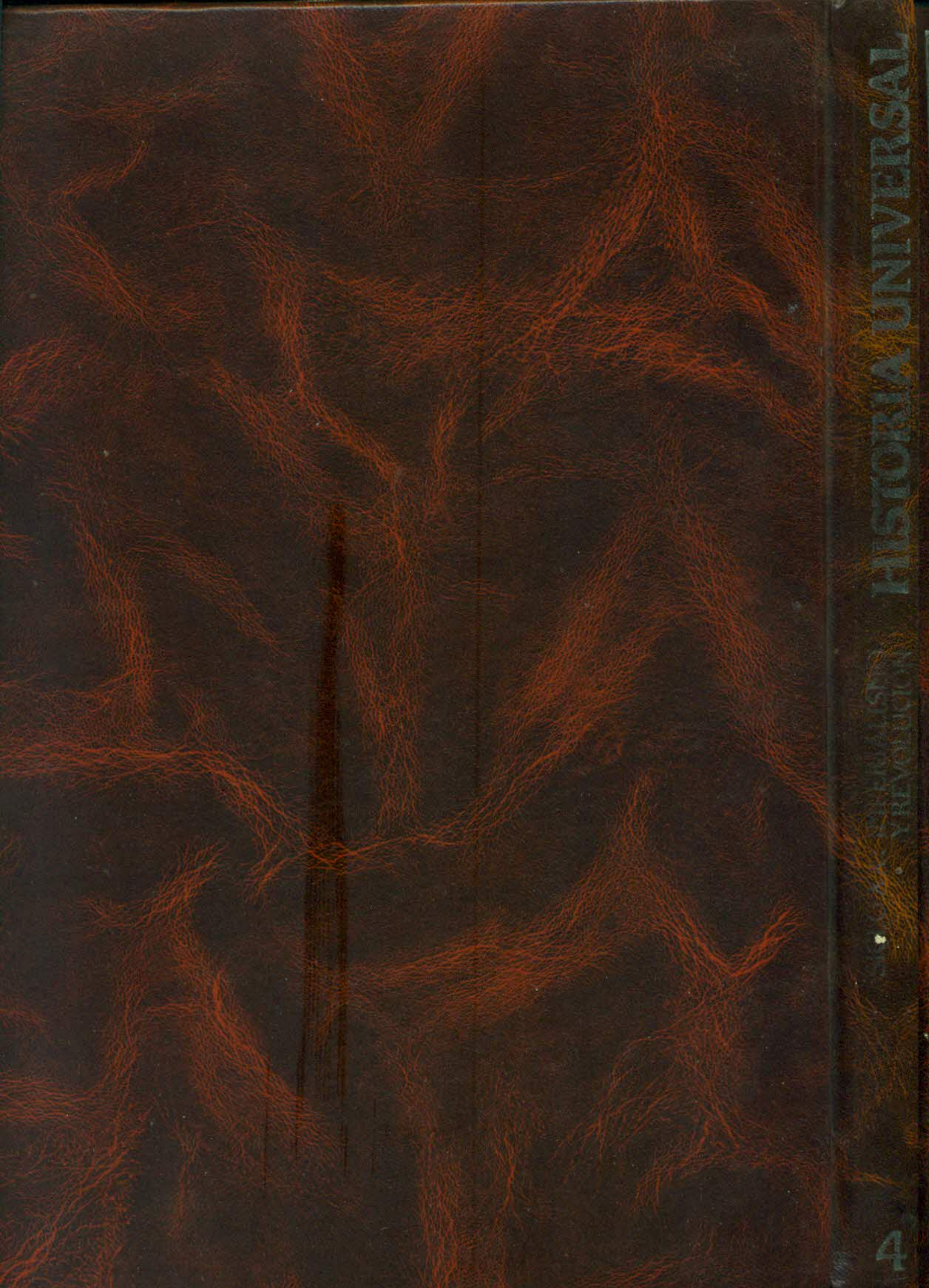
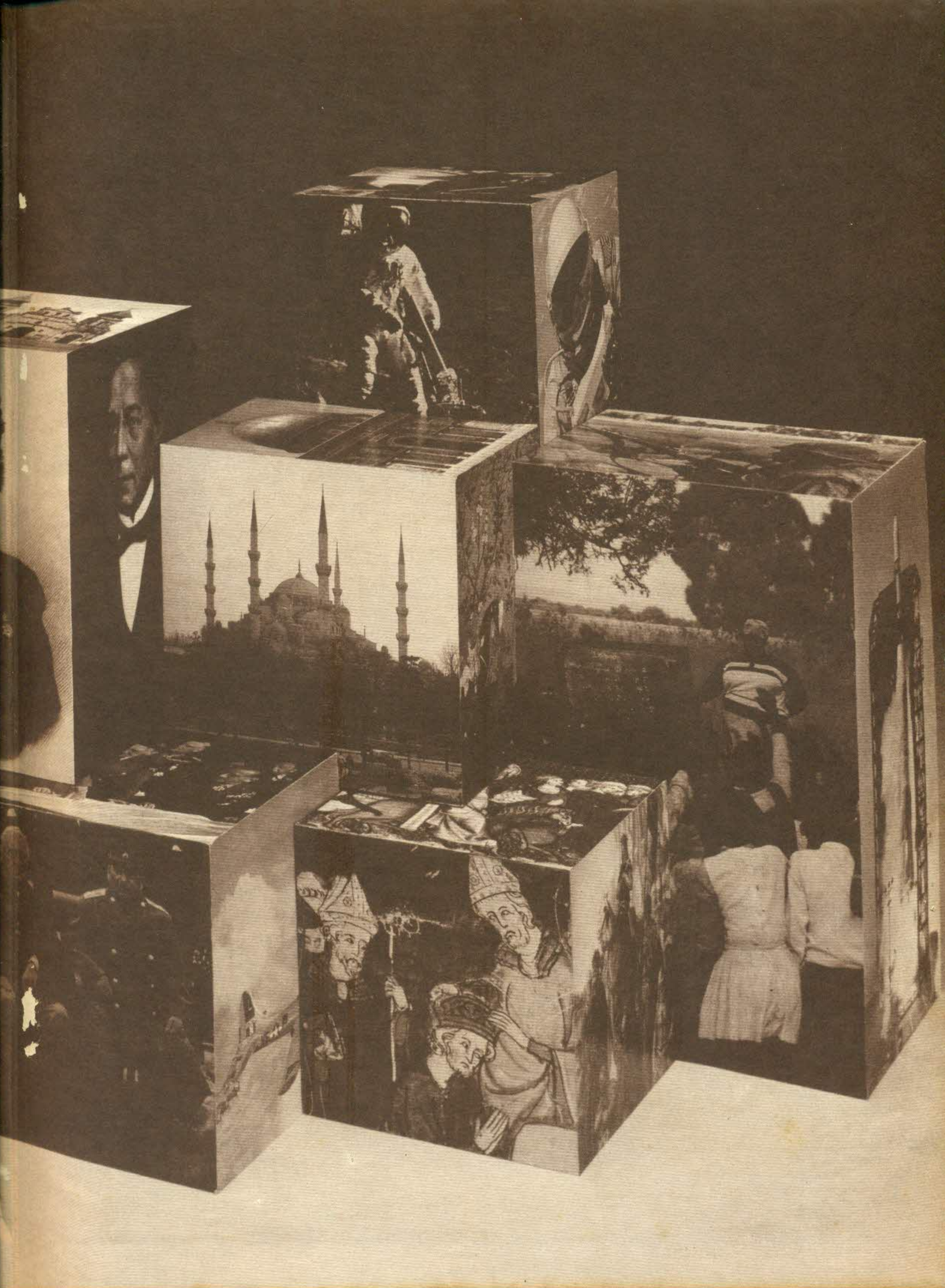


HISTORIA UNIVERSAL
4

HISTORIA UNIVERSAL

SIGLO XX: IMPERIALISMO Y REVOLUCIÓN





HISTORIA UNIVERSAL



SIGLO XX: IMPERIALISMO Y REVOLUCIÓN



EDICIONES NAUTA

Procedencia de las ilustraciones

Archivo Nauta, Barcelona; Bildarchiv Preussischer Kulturbesitz, Berlín; Central Press, Londres; CIRI, Barcelona; Elsevier, Amsterdam; Embajada de Brasil, Madrid; Embajada de Costa Rica, Madrid; Embajada de México, Madrid; Embajada de Panamá, Madrid; Embajada de Venezuela, Madrid; Europa Press, Barcelona; European Picture Service, Londres; Flash Press, Madrid; Fotostock, Barcelona; Galerie Günther Franke, Munich; Gruppo Editoriale Fabbri-Bompiani, Sonzogno, Etas, S.p.A., Milán; Imperial War Museum, Londres; Institute of Social History, Amsterdam; Library of Congress, Washington; MacClancy Press, Londres; Mansell Collection, Londres; Mulero, Barcelona; National Libray of Ireland, Dublín; Novosti Press Agency, Londres; Popperfoto, Londres; Radio Hulton Picture Library, Londres; Roger-Viollet, París; Salmer, Barcelona; Salmer-Algar; Salmer-Bevilacqua; Salmer-Colour Library International; Schorr, Barcelona; Tokyo Gallery; Topix, Londres; U.S. National Archives, Washington.

Editado por Ediciones Nauta, S.A.
Loreto 16 · Barcelona-29
Impreso en Altamira S.A.
Carretera Barcelona, km 11,200
Madrid-22
ISBN: 84-278-0753-8 (obra completa)
ISBN: 84-278-0757-0 (IV)
Depósito legal: M-6682 1982 (4)
Impreso en España · Printed in Spain
11881

EQUIPO DE REALIZACIÓN

Dirección:

Bernat Muniesa, *doctor en Historia y licenciado en Sociología. Profesor de la Universidad de Barcelona.*

José Florit, *doctor en Historia. Profesor de la Universidad de Barcelona.*

Responsables temáticos:

Luis Belenes
Salvador Busquets
Mercè Cabo
Jordi Fiblà
Montserrat Font
Carlos Jordán
Guillem Jurnet
Esteban Liniés
Juana Nadal
Carmen Núñez
Ricard Riambau
Dolors Rotllant
Teresa Torns
Joan Xirau

Colaboradores:

Ricardo Acedo
Pablo Antúnez
María Luisa Crispi
Jordi Domènech
Francisco Ramos
Marc Sagristá

EQUIPO EDITORIAL

Director editorial: Jaime Barnat
Editor: Andrés Merino
Colaboradores de edición: Ferrán Hernández
Joaquín Palau
Samuel Penalva
Tomás Ubach

Dirección de la ilustración: Puri Ballús
Ayudantes de ilustración: Ana Juandó
Isabel Ruiz de Villa

Cartografía: Eduardo Dalmau
Rafael Fernández
Rosa Mª Guijarro
Mª Dolores Vila

Diseño: Jordi Pastor
Compaginación y dibujo: Rafael Azuaga
José Romero
Carmen Tomás

Producción: Fernando Covarrubias
Ramón Laflor
Antonio Llord
Mª Dolors Mascasas

Sumario

NOTA DE LOS EDITORES

La misión de una obra histórica no se reduce sólo a presentar cada uno de los hechos vividos por la humanidad relacionándolos con los que les han precedido y seguido en el tiempo. Además, debe ofrecer al lector la posibilidad de valorar globalmente la información, y hacerlo en función de los intereses del hombre de hoy.

Por eso, la HISTORIA UNIVERSAL que presentamos no aparece siguiendo el esquema cronológico habitual, ni tampoco como una retrospectiva de la historia escalonada hasta los orígenes de las civilizaciones. Hemos querido combinar ambos criterios con el fin de lograr una disposición que permita entender mejor las diversas relaciones causa-efecto que se dan entre los eslabones de la cadena histórica.

En consecuencia, la colección parte de un bloque relativo a los acontecimientos más próximos a nuestros días, de forma que sea posible sumergirse totalmente en la historia del mundo moderno a partir del conocimiento de las situaciones que han ido conformando el mundo tal como lo hemos recibido. Este primer conjunto se cierra con un volumen que, desde nuestro punto de vista, es una aportación extraordinaria que facilita la aproximación al mundo que vivimos: un *calendario cultural del siglo XX* de características excepcionales.

Un segundo bloque, centrado en épocas más alejadas de nosotros, que abarcan desde el origen de las civilizaciones hasta el inicio de la historia contemporánea, permite el estudio más sosegado de épocas que exigen más dedicación a causa del menor conocimiento global que de ellas tenemos.

Como colofón, hemos considerado imprescindible la inclusión de un *atlas histórico*, que hace honor a la máxima "una imagen vale más que mil palabras".

PLAN DE LA OBRA

I – HACIA EL MUNDO CONTEMPORÁNEO

- 1 – El tránsito al mundo contemporáneo (incluye América colonial)
- 2 – Liberalismo, restauración y sociedad
- 3 – Industrialización e imperialismo (incluye América independiente)
- 4 – Siglo XX: imperialismo y revolución
- 5 – Siglo XX: la era nuclear
- 6 – Calendario cultural del siglo XX

II – DE LA PREHISTORIA HASTA EL SIGLO XVIII

- 7 – Los orígenes de la civilización
- 8 – Los fundamentos de Occidente: Grecia y Roma
- 9 – Cristianismo y feudalismo
- 10 – El tránsito a la Edad Moderna
- 11 – La nueva Europa y el absolutismo

III – 12 – ATLAS HISTÓRICO

ORDENACIÓN CRONOLÓGICA

- A – 7 – Los orígenes de la civilización
- B – 8 – Los fundamentos de Occidente: Grecia y Roma
- C – 9 – Cristianismo y feudalismo
- D –10 – El tránsito a la Edad Moderna
- E –11 – La nueva Europa y el absolutismo
- F – 1 – El tránsito al mundo contemporáneo
- G – 2 – Liberalismo, restauración y sociedad
- H – 3 – Industrialización e imperialismo
- I – 4 – Siglo XX: imperialismo y revolución
- J – 5 – Siglo XX: la era nuclear
- K – 6 – Calendario cultural del siglo XX
- L –12 – Atlas histórico



LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL: CAUSAS Y CONSECUENCIAS

Introducción



En 1845, el socialista libertario Pierre-Joseph Proudhon, pionero del federalismo social, afirmó, observando el proceso de recomposición nacional que se operaba en Europa, que si este continente se organizaba en grandes estados el resultado serían guerras, pues la concentración de poder político y económico crearía las condiciones de una «salvaje competencia» por la hegemonía mundial.

El pensador y revolucionario francés vaticinó el nacimiento del imperialismo, y finalmente su profecía tuvo una dramática verificación. Sucesivamente, en 1914 y 1939 el mundo se vio sacudido por el estallido de dos grandes guerras que involucraron, de un modo u otro, a todos los países del planeta, costando a la humanidad decenas de millones de muertos e ingentes pérdidas materiales.

Poco después que Proudhon, Marx, al estudiar las leyes que rigen el sistema socioeconómico capitalista, señaló que la tendencia natural de éste es su «creciente autorreproducción». El capitalismo «local» encontró una limitación en las barreras aduaneras existentes dentro de los propios estados del Antiguo Régimen. Su presión, pacífica o violenta, finalmente promovió la eliminación de estas barreras, y el mercado alcanzó un nivel «nacional». La necesidad de una creciente acumulación de plusvalías y beneficios haría, como señaló el propio Marx, que aquel mercado «nacional» fuera también excesivamente reducido para las posibilidades inmensas de un capital financiero que desplazaba al capital industrial de la dirección del sistema, en el último tercio del siglo XIX. La ruptura de las fronteras «internacionalizaría el mercado», y con ello el capitalismo imperialista se extendería por todo el planeta.

La Conferencia de Berlín de 1885 fue definida como una reunión de las grandes potencias «para repartirse el mundo». Durante aquellas reuniones, Gran Bretaña y Francia demostraron que eran las naciones más poderosas de Europa. La distribución territorial les favoreció, en detrimento de Alemania.

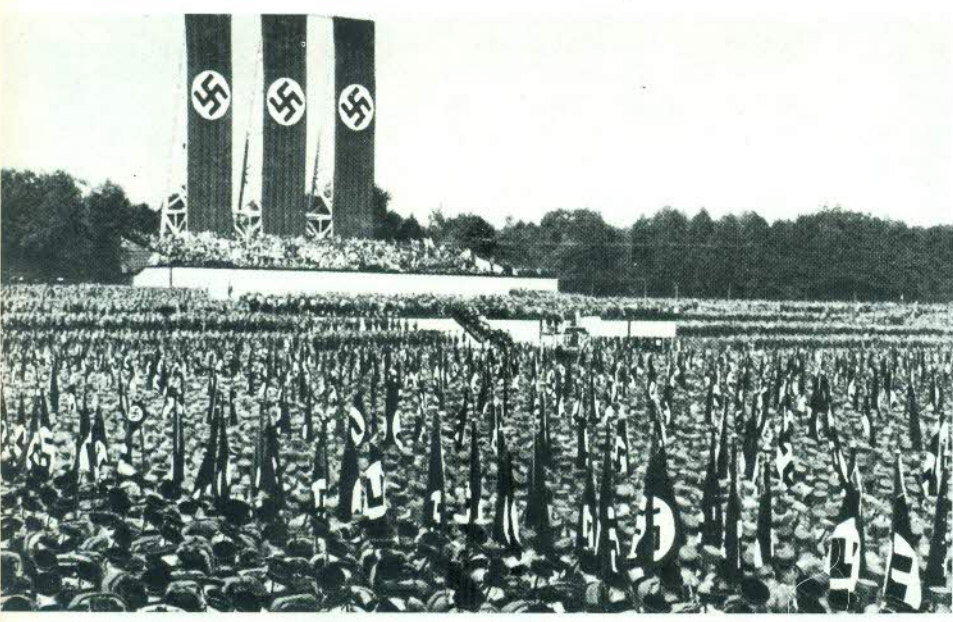
La pujanza económica alemana, producto de una Revolución industrial tardía pero extraordinariamente intensa en el último tercio del siglo, no se vio recompensada como los gobernantes alemanes pretendían. La necesidad de obtener nuevas fuentes de materias primas con que abastecer sus industrias, y nuevos mercados donde colocar sus productos manufacturados, se combinó con un fanático renacer de la idea del *Reich*, el Imperio alemán, y con la sensación de estar constreñidos por las otras potencias europeas.

La guerra estalló en 1914, y su amplitud temporal y espacial promovería cambios radicales en Europa. En su contexto se produjo la Revolución rusa, que implantó en ese país el socialismo estatalista, plataforma de apoyo a la extensión de la revolución. La guerra desactivó inicialmente a los movimientos socialistas, pero a la larga volvió a reactivarlos, con su prolongación generadora de miseria y muerte. La situación del movimiento socialista era muy compleja. Por una parte, a finales del siglo XIX un amplio movimiento revisionista del marxismo, iniciado por Eduard Bernstein, cuajó en Gran Bretaña y Alemania, creándose una tendencia socialista reformista, partidaria de pactar con el capital una gradual evolución hacia formas más justas de distribución de la riqueza. Este socialismo asumió la guerra imperialista de 1914 como guerra de defensa nacional, en uno y otro bando. Esta decisión aceleró las tensiones latentes en el seno de la II Internacional, y las fuerzas socialistas de izquierda, radicales, rompieron con el reformismo. De aquella ruptura surgió la III Internacional, o Internacional Comunista, en cuyo seno surgieron desde un principio dos claras tendencias: la leninista y la espartaquista.

Lenin sostuvo durante la I Guerra Mundial la necesidad de «transformar la guerra imperialista en guerra de clases sociales». Aconsejó y difundió la idea de que aquella guerra era ajena a los intereses de las clases trabajadoras, pues las clases dominantes europeas luchaban por «repartirse el mundo», y puesto que las tropas se nutrían a base de los «hijos del pueblo», éstos, los obreros y los campesinos, debían volver sus fusiles contra sus propios opresores y convertir la guerra en revolucionaria, promoviendo el socialismo.

Frente a él, Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht, entre otros, sostenían la idea de la «guerra a la guerra». Para ellos, la contienda era también ajena a los intereses de los trabajadores, «obligados a matarse entre sí, en el frente de combate, en una lucha que no es la suya». Promovieron boicots, huelgas y una hostilidad hacia la militarización, y al finalizar la contienda exigieron a los dirigentes alemanes responsabilidades por tanta muerte y destrucción. El movimiento espartaquista fue perseguido por los socialdemócratas que asumieron el poder en Alemania, y sus dirigentes fueron exterminados físicamente en 1919.

Derrotada la revolución comunista en Alemania, la Rusia soviética quedó aislada, y el aislamiento repercutió esencialmente en su proceso de desarrollo. El leninismo cobró su forma más autocrática, y los soviets de obreros y campesinos, células motrices de una revolución democratizadora, fueron suplantados gradualmente por los cuadros del Partido. Estado y Partido se confundieron, en un proceso acelerado por Stalin tras la muerte de Lenin y la derrota de la oposición de Trotsky y Bujarin, y la clase obrera, «mo-



Arriba, cartel electoral del Spartakusbund (unión espartaquista), grupo extremista de izquierda, fundado al final de la I Guerra Mundial, cuyos jefes fueron asesinados en 1919.

Izquierda, mitin del partido nazi en Nuremberg, en la década de 1930. El siglo XX fue fértil en dictaduras y autoritarismos de derecha y de izquierda.

Página anterior, cola para el pan, en el puente de Brooklyn de Nueva York, tras la crisis de 1929; una escena característica de la época.

tor dirigente de la Revolución» fue sustituida por los cuadros del Partido. El proceso significó que la célebre «dictadura del proletariado» prevista por Marx y por Lenin, como forma de gobierno socialista, era suplantada por la «dictadura del partido», iniciando un proceso todavía en marcha.

El mundo sería diferente después de la I Guerra Mundial. La hegemonía norteamericana en el ámbito occidental se fraguó en ella, con sus enormes préstamos a las potencias que luchaban, y la revolución soviética tuvo en ella también su caldo de cultivo. Al mismo tiempo, el revanchismo alemán, producto del oneroso Tratado de Versalles, no tardaría en aparecer. Un conflicto había acabado, pero pocos años después barruntaba ya en el horizonte una reedición aún más dramática del mismo. La profecía proudhoniana se cumplía.



Aproximación a la guerra



Durante la mayor parte de su historia, el continente europeo ha estado más a menudo en guerra que en paz. Considerados desde esta perspectiva, los cuatro años de guerra que se iniciaron en agosto de 1914 fueron menos notables que los anteriores 43 años de paz, entre las grandes potencias de Europa. Lo más sorprendente de la gran época del imperialismo europeo, a finales del siglo XIX, no fueron las rivalidades nacionales que inevitablemente produjo, sino el éxito con que éstas se resolvieron. En los siglos anteriores, se habían librado en Europa guerras para decidir la propiedad de unos pocos centenares de kilómetros cuadrados de territorio. Durante los 30 años que siguieron a 1871, las grandes potencias de Europa se repartieron más de 25 millones de kilómetros cuadrados de la superficie terrestre, sin que una sola vez se enfrentaran entre sí.

Dentro de la misma Europa, la fuente de tensión más grave y persistente durante el medio siglo anterior a la I Guerra Mundial, fue la rivalidad por los Balcanes entre Rusia y el Imperio austrohúngaro. Esta rivalidad fue consecuencia inevitable de la posición geográfica de ambas potencias y de la progresiva desintegración del Imperio turco en los Balcanes. Lo más notable de esta rivalidad no es que provocara una serie de crisis internacionales, sino que toda esta serie de crisis se resolvieran sin necesidad de recurrir a enfrentamientos bélicos.

El largo período de paz entre las grandes potencias de Europa se debió, en parte, a la distribución equilibrada de poder entre ellas durante los últimos años del siglo XIX, equilibrio alterado finalmente por el enorme crecimiento del poderío alemán. Pero también se debió al hecho de que las grandes potencias aprendieron a ejercer un autodominio, impensable sólo un siglo atrás. En una palabra, Europa había progresado en su civismo. Hacia 1909 existía una generación que, por primera vez en la historia europea, consideraba la guerra como algo del pasado. Incluso cuando Europa fue finalmente a la guerra, muchos creyeron que lo hacían por última vez, que entablaban aquella guerra para terminar con todas las guerras.

El sistema de alianzas

No se había producido ninguna guerra entre las grandes potencias europeas desde 1871. La guerra franco-prusiana, que terminó aquel año, constituyó un momento crucial en la historia de la Europa del siglo XIX. Puso fin a dos siglos de hegemonía francesa en el continente europeo, y al mismo tiempo permitió a Bismarck completar la unificación de Alemania bajo la iniciativa de Prusia. Durante una década, Bismarck había utilizado implacablemente la guerra para engrandecer Prusia, pero en 1871 descubrió un nuevo papel como principal defensor de la paz en Europa. El nuevo estado alemán, creía Bismarck, era una «potencia saciada», sin más ambiciones territoriales. En cambio, Francia, a la que Alemania había arrebatado Alsacia y Lorena, consideraría el desquite como su «misión principal».

En consecuencia, el principal objetivo de la diplomacia de Bismarck fue preservar la posición que Alemania había logrado y defenderla del peligro de una hipotética guerra con Francia. Al principio, confió en un entendimiento informal entre las tres grandes monarquías continentales —Alemania, Rusia y el Imperio austrohúngaro— para mantener aislada a la República francesa. No obstante, aquel entendimiento se rompió en 1878 debido a la rivalidad entre Austria y Rusia en los Balcanes. A partir de 1879, Bismarck comenzó a preparar una serie de alianzas, a veces solapadas —con Austria desde 1879, con Rusia desde 1881 y con Italia desde 1882—, todas ellas concertadas con idéntico propósito: mantener a Francia aislada, y por tanto, impotente.

Arriba, inauguración de las obras del ferrocarril de Bagdad a Constantinopla en 1903. Esta línea fue financiada y realizada por los alemanes, y este hecho fue interpretado por Londres y París como una extensión de la influencia económica y política de Alemania en Turquía.

Página anterior, «El centenario de Bismarck», portada del suplemento ilustrado de Le Petit Journal *de París, del 11 de abril de 1915.*

En los últimos años del siglo XIX, Gran Bretaña se convenció de que su «espléndido aislamiento» respecto a las alianzas europeas era un reconocimiento de su hegemonía. Francia, por el contrario, siempre consideró ignominioso su aislamiento durante los 20 años que siguieron a la guerra franco-prusiana. La primera oportunidad que Francia tuvo para salir de ese aislamiento se produjo poco después de que Bismarck perdiera el poder, en 1890. El kaiser Guillermo II tomó la imprudente decisión de no renovar la alianza con Rusia. Hasta entonces, aunque Rusia a veces había intentado atemorizar a Bismarck mediante la amenaza de aliarse con Francia, nunca pretendió seriamente moverse en esa dirección. La corte rusa sentía un gran horror hacia la República francesa, a la que consideraba como una institución intrínsecamente subversiva. El futuro zar Nicolás II, el último de la dinastía Romanov, declaró en 1887: «Dios nos libre de la alianza con Francia... Ello significaría la invasión de Rusia por la Revolución».

No obstante, el alejamiento diplomático entre Rusia y Alemania, producido en 1894, fue acompañado de una creciente dependencia económica de Rusia con respecto a Francia. A finales del siglo XIX, Rusia era a la vez un país subdesarrollado y una gran potencia militar, cada vez más consciente de que su futuro como gran potencia dependía de la modernización de su economía. Esta modernización requería, a su vez, una sólida inversión extranjera, que sólo Francia estaba en condiciones de realizar. Fue su dependencia de la inversión francesa lo que persuadió al gobierno ruso a concertar por etapas una alianza con Francia, que fue finalmente ratificada en 1894.

Así, en 1894 las cuatro grandes potencias de la Europa continental estaban ya alineadas en dos alianzas rivales. Alemania, el Imperio austrohúngaro e Italia se habían unido en la Triple Alianza (aunque Italia no era una gran potencia, ni fue, desde 1902, miembro efectivo del pacto). Francia y Rusia se habían unido en la Doble Alianza. Más tarde, políticos e historiadores atribuirían a la formación de ambas alianzas la causa esencial de la I Guerra Mundial.

Sin embargo, a principios del siglo XX, no parecía existir una verdadera posibilidad de guerra entre la Doble y la Triple Alianza. Los temas principales que las separaban —el deseo francés de desquitarse de Alemania, y la rivalidad de Austria y Rusia en los Balcanes— pasaron a un segundo plano. Ningún estadista francés de importancia soñaba con una guerra revanchista contra Alemania. Austria y Rusia parecían decididas a respetar el acuerdo a que habían llegado en 1897 para «congelar» el asunto de los Balcanes. Para la mayoría de los estadistas europeos, a principios del siglo, la única amenaza seria de un conflicto europeo parecía residir en las rivalidades imperiales de Gran Bretaña con Francia y Rusia.



La política alemana

El aumento de la tensión entre las dos alianzas, inicialmente manifestada durante la primera crisis marroquí, en 1905-1906, no fue el resultado de la mera existencia de aquéllas, sino del nuevo curso de la política exterior alemana. Esta política expansionista surgió, en parte, de la conciencia que tenía Alemania de su propio poder. En la época de la guerra franco-prusiana, Alemania superaba escasamente a Francia en población y producción económica. Sin embargo, durante el resto del siglo XIX, el índice de natalidad alemán fue el más alto de Europa, mientras que el de Francia fue el más bajo, y la economía

alemana se expandió en una proporción que casi duplicó la francesa.

Al finalizar el siglo, Alemania superaba, militar y económicamente, a todos los demás estados del continente europeo. La política expansionista fue, en parte, una expresión de esa fuerza, y en parte también, una expresión del talante imperialista ya común a otras potencias europeas. En las postrimerías del siglo XIX, los imperios francés y británico estaban bien asentados. El expansionismo alemán surgía en aquella coyuntura. Sus primeras acciones consistieron en tomar el puerto chino de Kiao-Tcheu, en 1897, y en la decisión del Parlamento alemán, el *Reichstag*, al año siguiente, de construir una nueva flota de guerra.

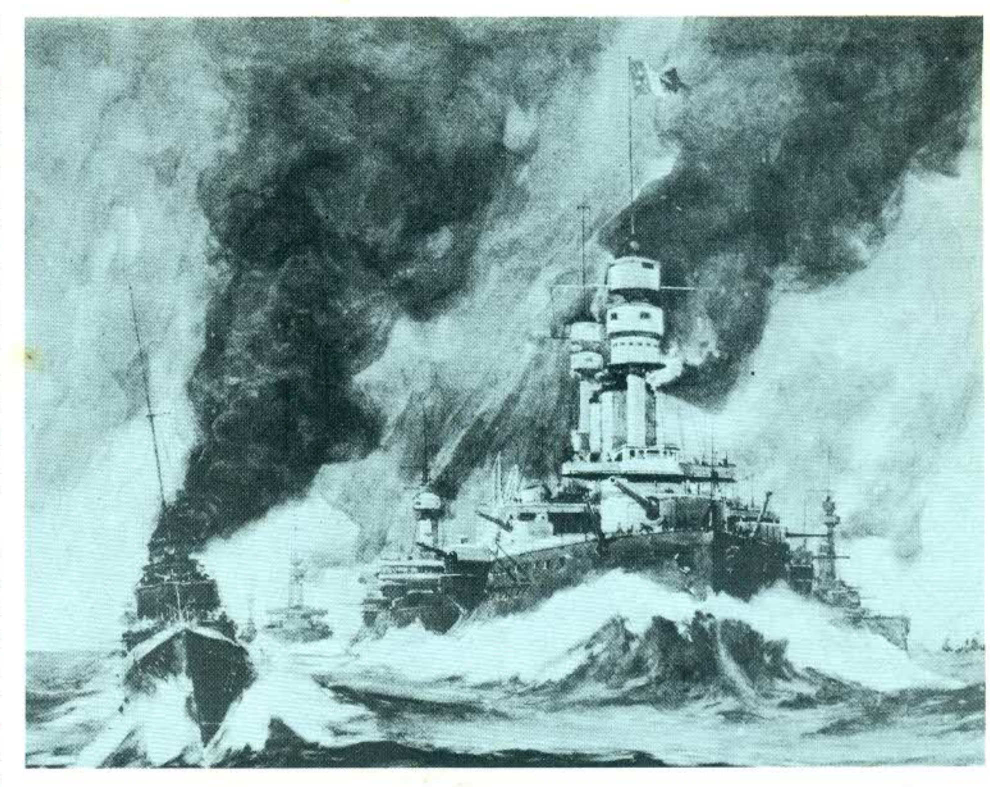
El expansionismo alemán invirtió las hipótesis en las que se había basado la política exterior de Bismarck. Alemania ya no era una «potencia saciada», satisfecha de su posición en Europa. Por el contrario, aspiraba a convertirse en una potencia imperialista, y sus ambiciones eran de alcance mundial. «El Imperio alemán –declaró el kaiser– se ha convertido en un imperio mundial.»

Sin embargo, debido a la falta de territorios para colmar sus ambiciones imperiales, la política alemana asumió un carácter inquieto, sin que se decidiera a señalar en qué zona del mundo centraría sus ambiciones, ni quedara claro el papel de la nueva armada alemana. Bethmann-Hollweg, canciller de Alemania cuando estalló la guerra, dijo vagamente que su país necesitaba la armada «para alcanzar su destino». El kaiser se expresó casi con idéntica vaguedad cuando dijo al rey de Italia: «Desde que ocupo el trono, mis colegas, los monarcas de Europa, me han prestado poca atención. Pronto, con mi gran armada, mis palabras serán más respetadas».

El hecho de que las ambiciones alemanas fueran tan poco claras aumentó la inquietud de Gran Bretaña, Francia y Rusia. Cada potencia interpretó estas ambiciones de modo diferente: Gran Bretaña llegó a considerar el expansionismo alemán como una amenaza a la hegemonía naval británica; Rusia, como un desafío a la influencia rusa en el Próximo Oriente; Francia, como una amenaza a su posición en el Mediterráneo.

Durante los primeros años del siglo XX, debido parcialmente a la carencia de salidas a ultramar, las ambiciones alemanas se orientaron cada vez más hacia el continente europeo. Entre algunos sectores de la opinión alemana existía un creciente interés en la idea de un nuevo orden en Europa central, que incluyera no sólo Alemania y el Imperio austrohúngaro, sino también grandes zonas de los Balcanes y de Europa oriental, e incluso algunas partes de Bélgica. Esta idea se convirtió en la política oficial del gobierno alemán después del estallido de la guerra, en 1914, aunque fue el resultado lógico de un conjunto de factores anteriores.

La característica más curiosa de la política exterior alemana durante la década anterior a la I Guerra Mundial, fue la combinación de la arrogancia de la fuerza con una sensación crónica de inseguridad. En gran medida, esta inseguridad fue producto de sus ambiciones: el miedo a que sus vecinos se sintieran celosos de su fuerza creciente, y conspirasen para negarle la condición de potencia mundial que le correspondía. La inseguridad alemana se mostró, por ejemplo, en el temor de que Gran Bretaña pudiera intentar la destrucción de la nueva flota alemana antes de que ésta hubiera adquirido unas proporciones suficientes para desafiar a la flota británica. La inseguridad era también una consecuencia de la posición geográfica de Alemania en el corazón de Europa, que la obligaba, al contrario que sus principales rivales en el continente, Francia y Rusia, a considerar la posibilidad de una guerra en dos frentes. El mismo Bismarck confesó que, a lo largo de su carrera, había padecido un «temor monstruoso por las coaliciones». Una y otra vez, en los años anteriores a la I Guerra Mundial, los estadistas alemanes mostraron que sólo podían sentirse seguros en un mundo en el que los vecinos de Alemania estuviesen enemistados entre sí. Gran parte de la confianza que experimentaban el kaiser y



Arriba, buques franceses dando la bienvenida a una flota británica en una revista naval en Brest (1905). Alemania era el enemigo común.

Página anterior, Eduardo VII (1841-1910), hijo de la reina Victoria, rey de Gran Bretaña e Irlanda y emperador de la India. Retrato oficial, realizado por Luke Fildes en 1902, con motivo de la coronación. (National Portrait Gallery, Londres.)

sus ministros en los inicios del siglo XX se basaba en la profunda hostilidad que Alemania alentaba entre Gran Bretaña y Francia, y entre Gran Bretaña y Rusia. La violenta reacción alemana ante el relajamiento de estas hostilidades con la firma de la «Entente Cordial», en 1904, marca el inicio de una década de tensión en los asuntos europeos, que culminaría en la I Guerra Mundial.



La Entente Cordial

La Entente Cordial fue un acuerdo mucho más prosaico de lo que se ha creído. Muchos años después, el ministro de Asuntos Exteriores británico, Anthony Eden, dijo en la Cámara de los Comunes:

«En la época en que se concertó, la Entente Cordial no provocó grandes efectos en la opinión pública, en ninguno de los dos lados del canal. De hecho, fue un instrumento de acción política calculado para tratar de eliminar las diferencias que habían complicado durante largo tiempo las relaciones anglo-francesas en Egipto y Marruecos.»

La solución de aquellas diferencias se produjo con un arreglo más bien carente de escrúpulos, típico de la diplomacia del imperialismo. Gran Bretaña y Francia firmaron un pacto público comprometiéndose a respetar la integridad de Egipto y Marruecos, pero secretamente acordaron su posesión: Egipto sería para Gran Bretaña, y Marruecos para Francia.

La Entente Cordial no contribuyó por sí misma a acelerar la guerra. Tampoco proporcionó ninguna indicación de que Gran Bretaña estuviera más preparada que antes para tomar parte en una guerra continental. Lo que convirtió a la Entente Cordial en un punto crucial de las relaciones internacionales fue, simplemente, la reacción que suscitó en Alemania. El hecho de que los vecinos de Alemania conciliasen unas diferencias que el ministerio alemán de Asuntos Exteriores había supuesto permanentes, hizo que reviviera de inmediato en los estadistas alemanes su temor visceral a las coaliciones hostiles. Firmado el acuerdo, Alemania determinó desarrollar una política que demostrara su inutilidad. Sus intentos en ese sentido provocaron la primera crisis marroquí, la primera de una serie de crisis europeas que caracterizaron la década anterior al estallido de la guerra en 1914.

El gobierno alemán calculó que, si se provocaba una crisis con Francia a causa de Marruecos, Rusia, por estar envuelta en una guerra con Japón, y Gran Bretaña, por propia seguridad, no ofrecerían a Francia un apoyo eficaz. Así, de un solo golpe, Alemania demostraría la ineficacia de la Entente Cordial, desequilibrando la política europea a su favor.

La crisis marroquí comenzó con la visita del kaiser a Marruecos, en la primavera de 1905. En Tánger, declaró que Alemania consideraba al sultán como el gobernante de un estado libre e independiente. Era una clara advertencia de que Alemania no toleraría un protectorado francés.

Apoyado por Alemania, el sultán exigió una conferencia internacional para discutir los asuntos marroquíes. Simultáneamente, Alemania inició una guerra de nervios contra Francia. Rouvier, el débil e inexperto primer ministro francés, temió una segunda versión de la guerra franco-prusiana, seguida por una nueva Comuna de París. En el verano de 1905 su temple había cedido. Como oferta de paz a Alemania, forzó la dimisión de su ministro de Asuntos Exteriores, Delcassé, el promotor francés de la Entente Cordial.

Por primera vez, desde la guerra franco-prusiana, un primer ministro francés parecía dispuesto, e incluso deseoso, de cooperar con Alemania. Rouvier ofreció a Alemania una compensación en el Congo, a cambio del dominio francés en Marruecos, así como cooperación en otros campos. Si Alemania hubiera aceptado estas condiciones, Francia se habría sometido a una política de cooperación con Alemania, inclinando así decisivamente el equilibrio político europeo en favor de este país.

Sin embargo, el gobierno alemán quedó atrapado por su propia propaganda.



Después de exigir públicamente una conferencia internacional, y de haberse presentado como el defensor de la independencia marroquí, fue incapaz de recapitular y pactar con Francia.

Debido a su inflexibilidad, Alemania perdió la cordialidad francesa, y Rouvier recobró su temple. En noviembre de 1905 el primer ministro francés declaraba: «Si Berlín cree que puede intimidarme, comete un error. De ahora en adelante no haré más concesiones, suceda lo que suceda».



La guerra de nervios alemana contra Francia reforzó las sospechas surgidas en Gran Bretaña por la construcción de la nueva flota alemana. En el comienzo de la crisis, el gobierno británico denunció la actitud de Alemania como «totalmente irrazonable» y ofreció a Francia «todo el apoyo». A finales de 1905, los jefes militares británicos y franceses iniciaron conversaciones secretas acerca de la mutua cooperación en caso de guerra con Alemania. Así pues, el propio gobierno alemán, con su política, había transformado el carácter de la Entente Cordial. Lo que comenzara siendo una superación de diferencias coloniales, se había convertido ahora en una coalición defensiva contra Alemania, considerada por Gran Bretaña y Francia como esencial para su seguridad.

El nuevo significado de la Entente Cordial se hizo evidente tan pronto como se reunió la conferencia internacional para tratar de Marruecos, en Algeciras, en enero de 1906. A lo largo de la conferencia Francia confió en el apoyo británico. Grey, ministro británico de Asuntos Exteriores, no se atrevió a negar ese apoyo por miedo a perjudicar la Entente Cordial. Incluso cuando pensó que los franceses no eran razonables y creyó que deberían hacer concesiones a Alemania, siguió sosteniendo que «no podemos imponerles nuestro parecer hasta el punto de romper la Entente».

La conferencia terminó con una gran derrota de la diplomacia alemana. Alemania creyó que Francia se encontraría aislada en Algeciras, y que ni Gran Bretaña ni Rusia le ofrecerían un apoyo efectivo. En realidad fue Alemania la que se quedó casi sola, apoyada únicamente por el Imperio austrohúngaro y Marruecos.

La primera crisis marroquí convenció a Grey de lo acertado que sería convertir la Entente Cordial en una Triple Entente con Inglaterra, Francia y Rusia. Durante la conferencia de Algeciras escribió: «Una Entente entre Rusia, Francia y nosotros sería absolutamente segura. Podría hacerse si fuera necesario contener a Alemania». En cuanto finalizó la conferencia, Grey inició las negociaciones, que final-

Arriba, La segura defensa de Gran Bretaña y de su Imperio, *pintura realizada alrededor de 1914.*

Página anterior, arriba, el kaiser Guillermo II, que gobernó de 1888 a 1918, con su escolta por las calles de Tánger en 1905. El intento alemán de imponerse en Marruecos, fortaleció la oposición anglofrancesa contra él.

Página anterior, abajo, Guillermo II de Alemania, que murió en 1941, exiliado en Holanda.



mente condujeron al acuerdo anglo-ruso de agosto de 1907 y a la creación de la Triple Entente.

Tensión en los Balcanes

Una de las consecuencias imprevistas de la primera crisis marroquí fue su efecto sobre las relaciones de Alemania con el Imperio austrohúngaro. Unos años antes, las relaciones entre ambos estados eran muy distantes. En Algeciras, sin embargo, el Imperio austrohúngaro apareció de pronto como el único aliado de Alemania. En una Europa en la que las otras tres grandes potencias parecían unirse contra ella, Alemania consideraba esta alianza como vital para su seguridad. Poco después Austria-Hungría reanudaría una agresiva política en los Balcanes.

El nuevo curso de la política exterior austríaca fue, en parte, el resultado de la llegada de nuevos hombres al poder. En el otoño de 1906, Aehrenthal se convirtió en ministro de Asuntos Exteriores austríaco, y Conrad en jefe del Estado Mayor. Sus predecesores habían sido hombres cautos, deseosos de no dificultar el entendimiento con Rusia en los Balcanes. Aehrenthal y Conrad eran arrogantes, agresivos y ambiciosos. Estaban ansiosos por restaurar el prestigio del Imperio con un éxito espectacular en los Balcanes.

No obstante, a un nivel más profundo, la política exterior de Aehrenthal fue una respuesta a las tensiones internas del Imperio. Al igual que Turquía, Austria tenía que enfrentarse a los enormes problemas que suponía el mantenimiento de un imperio multinacional acosado por el creciente nacionalismo de los pueblos que subyugaba. Muchos estadistas europeos creyeron que estos problemas eran insolubles y llegaron a la conclusión de que el Imperio austrohúngaro, al igual que el turco, estaba condenado a desintegrarse.

La nacionalidad más ingobernable dentro del Imperio austrohúngaro era la de los eslavos del sur. A muchos les atraía la perspectiva de unirse a sus hermanos eslavos, en el reino independiente de Servia y en las provincias de Bosnia-Herzegovina —que todavía formaban parte del Imperio turco, aunque bajo la administración austríaca—, para formar los Estados Unidos Eslavos del Sur.

Servia, que se consideraba el núcleo de este futuro eslavo, llegó así a ser vista por los estadistas austríacos como una amenaza para la existencia prolongada del Imperio austrohúngaro, el cual estaría seguro, según creía Aehrenthal, «sólo cuando decidamos empuñar con firmeza el látigo y poner fin al sueño paneslavo». Para Aehrenthal y Conrad, el único «fin al sueño paneslavo» consistía en la completa destrucción del reino de Servia.

La señal para el resurgimiento de la tensión en los Balcanes fue la revolución de los jóvenes turcos en Constantinopla, en el verano de 1908. Los turcos reclamaban la soberanía total sobre las provincias de Bosnia-Herzegovina. La réplica de Aehrenthal fue anunciar la anexión de estas provincias al Imperio austrohúngaro. Mediante la sumisión de otro millón de



Izquierda, el archiduque Francisco Fernando, heredero del trono de Austria, y su esposa, descienden las escaleras del ayuntamiento de Sarajevo el 28 de junio de 1914. Pocos minutos después sufrirían el atentado mortal que fue el preludio de la I Guerra Mundial.

Página anterior, grabado del Illustrated London News *del 21 de septiembre de 1912, que representaba a la escuadra alemana en un futuro próximo. El artista se basó en la reciente Ley Naval que incrementaba el volumen de la flota. El dominio del mar era esencial para la supervivencia de Gran Bretaña y su Imperio.*

eslavos al dominio austríaco, creía haber asestado el primer golpe a los sueños que los eslavos del sur abrigaban acerca de un estado unificado. Lo mismo creyeron los servios. Servia movilizó sus fuerzas y apeló a la ayuda rusa. Rusia, como la mayor de las naciones eslavas, se consideró protectora de los eslavos balcánicos y exigió que la cuestión de Bosnia-Herzegovina se sometiera a una conferencia internacional.

Aehrenthal había planeado la anexión sin anunciarlo previamente a Berlín. Actuó con la convicción de que, una vez iniciada la crisis, Alemania no se arriesgaría a perder a su único aliado negándole el apoyo. En efecto, Alemania prometió su apoyo, no sólo en cuanto a la anexión de Bosnia-Herzegovina, sino en toda acción que Austria-Hungría creyera adecuada para tratar con Servia. Quince días después de la anexión, el canciller alemán escribió a Aehrenthal: «Sé que usted duda de si puede permitirse que siga indefinidamente el desagradable estado actual de cosas en Servia. Confío en su juicio, y consideraré cualquier decisión que tome como la más apropiada a las circunstancias».

Tras seis meses de tensión, Alemania precipitó el final de la crisis. En marzo de 1909 presentó a Rusia un ultimátum exigiendo que reconociera la anexión. Con un ejército no preparado aún para una guerra europea, Rusia cedió. Servia, privada ahora del apoyo ruso, no tuvo más opción que hacer lo mismo.

«Aquí —escribió el ministro austríaco en la capital servia poco después de que terminara la crisis— todos piensan en la revancha, que sólo podrá realizarse con la ayuda de los rusos.» No era probable que los rusos abandonaran a los servios por segunda vez, como habían hecho en 1909. Humillados una vez por Alemania, no estaban dispuestos a sufrir la humillación de nuevo. En cuanto finalizó la crisis, Rusia comenzó la reconstrucción en gran escala de sus fuerzas armadas. El arreglo de la crisis bosniana sólo había pospuesto una confrontación decisiva entre Servia y el Imperio austrohúngaro. Cuando se produjo esa confrontación, ya estaba claro cuál sería la política de Alemania. La buena voluntad, e incluso el afán, de Alemania para suscribir la acción austríaca contra Servia —demostrada ya claramente en la crisis de 1908-1909— sería lo que, en agosto de 1914, constituiría la causa inmediata de la I Guerra Mundial.

La carrera armamentista naval

Durante los cinco años anteriores al estallido de la guerra, dominaban en Europa dos fuentes de tensión: la rivalidad en los Balcanes entre Austria-Hungría y Servia —y la protectora de Servia, Rusia—, y la rivalidad naval entre Gran Bretaña y Alemania. La rivalidad naval, al contrario que la rivalidad balcánica, no originó la guerra europea, pero explica en gran medida la participación británica en la misma.

Hasta la primera crisis marroquí, la nueva flota de guerra alemana sólo había representado una amenaza simbólica a la hegemonía naval británica. La nueva flota había despertado suspicacias en Gran

Bretaña, pero nada más. La propia potencia de la Armada Real británica hacía imposible imaginar, en un futuro previsible, la existencia de un auténtico rival. O así lo pareció hasta la botadura del nuevo navío de guerra británico, el *Dreadnought*, en 1906. Por su tamaño y potencia de fuego, el acorazado *Dreadnought* anulaba a todos los demás barcos de guerra. Con sus 10 cañones de 305 mm cada uno, con un alcance de más de 10 kilómetros, era imbatible. Con ello se hacía evidente que la Armada Real estaba anticuada.

La botadura del *Dreadnought* dio una nueva y más peligrosa dimensión a la rivalidad naval entre Gran Bretaña y Alemania. El descubrimiento que hicieron los británicos de que su hegemonía naval no era segura, fue una experiencia traumática. Inevitablemente se extendieron los rumores de que Alemania planeaba en secreto una aceleración de su programa naval, el cual, a los pocos años, les proporcionaría más acorazados de los que disponía la Armada Real. En las etapas finales de la crisis bosniana, en la primavera de 1909, la opinión pública británica estaba a favor del rearme.

Las conversaciones entre Gran Bretaña y Alemania, acerca de la posibilidad para reducir la carrera armamentista naval, comenzaron en agosto de 1909 y prosiguieron intermitentemente durante dos años. El obstáculo constante a lo largo de las negociaciones fue la insistencia de Alemania para que al acuerdo naval acompañara a un acuerdo político. Esto comprometería a cada potencia a observar una «neutralidad benevolente» si la otra entablaba la guerra con las demás potencias. A Gran Bretaña le parecía cada vez más claro que el verdadero objetivo de Alemania en las negociaciones era destruir la Triple Entente. La débil perspectiva de un arreglo de compromiso, que aún persistía tras casi dos años de negociaciones, fue disuelta por la crisis de Agadir, en el verano de 1911, provocada por Alemania.

A principios de 1911 el sultán de Marruecos solicitó el envío de tropas francesas para protegerse contra la rebelión de sus súbditos. Era evidente que no tardaría en establecerse allí un protectorado francés. Kiderlen, ministro alemán de Asuntos Exteriores, llegó a la conclusión de que era necesario algún gesto espectacular para que Francia ofreciera a Alemania una compensación por su dominio en Marruecos. El gesto consistió en enviar un buque de guerra al puerto de Agadir, con el pretexto de que iba a proteger a los ciudadanos alemanes cuyas vidas podrían peligrar por el levantamiento marroquí. La crisis finalizó en noviembre de 1911 mediante un compromiso. Alemania aceptaba reconocer un protectorado francés en Marruecos, y a cambio recibía parte del Congo francés.

La reacción pública a este acuerdo fue una prueba impresionante del grave empeoramiento de las relaciones franco-alemanas desde la primera crisis marroquí de 1905. En aquella ocasión la mayoría de los alemanes habían mostrado su indiferencia hacia Marruecos, y la mayor parte de los franceses eran partidarios de hacer concesiones a Alemania. Sin embargo, en 1911 la opinión pública, tanto en Francia como en Alemania, estaba indignada por la resolución adoptada. En Alemania, el ministro de Colonias presentó su dimisión, y los ataques de que fue objeto fueron ostentosamente aplaudidos por el príncipe heredero. El kaiser fue acusado de haber perdido fuerza. En Francia, la hostilidad pública contra el tratado provocó la caída del gobierno y la llegada al poder, como primer ministro, y más tarde como presidente, de Raymond Poincaré, uno de los principales defensores de una política de dureza contra Alemania.

La crisis de Agadir fue interpretada en Gran Bretaña, al igual que la primera crisis marroquí de 1905, como un intento más de Alemania para destruir la Entente Cordial por medio de una guerra de nervios contra Francia. En el punto culminante de la crisis, los jefes de Estado Mayor británico y francés discutieron, por primera vez, la transferencia de tropas británicas a Francia para contener un posible ataque alemán. Al mismo tiempo, Lloyd George, ministro británico de Hacienda, considerado hasta entonces como el miembro más proalemán del gabinete Asquith, advirtió públicamente a Alemania, afirmando que el gobierno británico preferiría la guerra a una paz conseguida «en base a minusvalorar el papel de Gran Bretaña en el conjunto de naciones».

El resultado inevitable de las pasiones desatadas por la crisis de Agadir fue una intensificación de la rivalidad naval angloalemana. En Alemania, Tirpitz, el arquitecto de la nueva flota de guerra alemana, utilizó la crisis para votar una nueva ley naval. Gran Bretaña replicó con su propio programa naval ampliado y un acuerdo naval con Francia.

Las guerras de los Balcanes

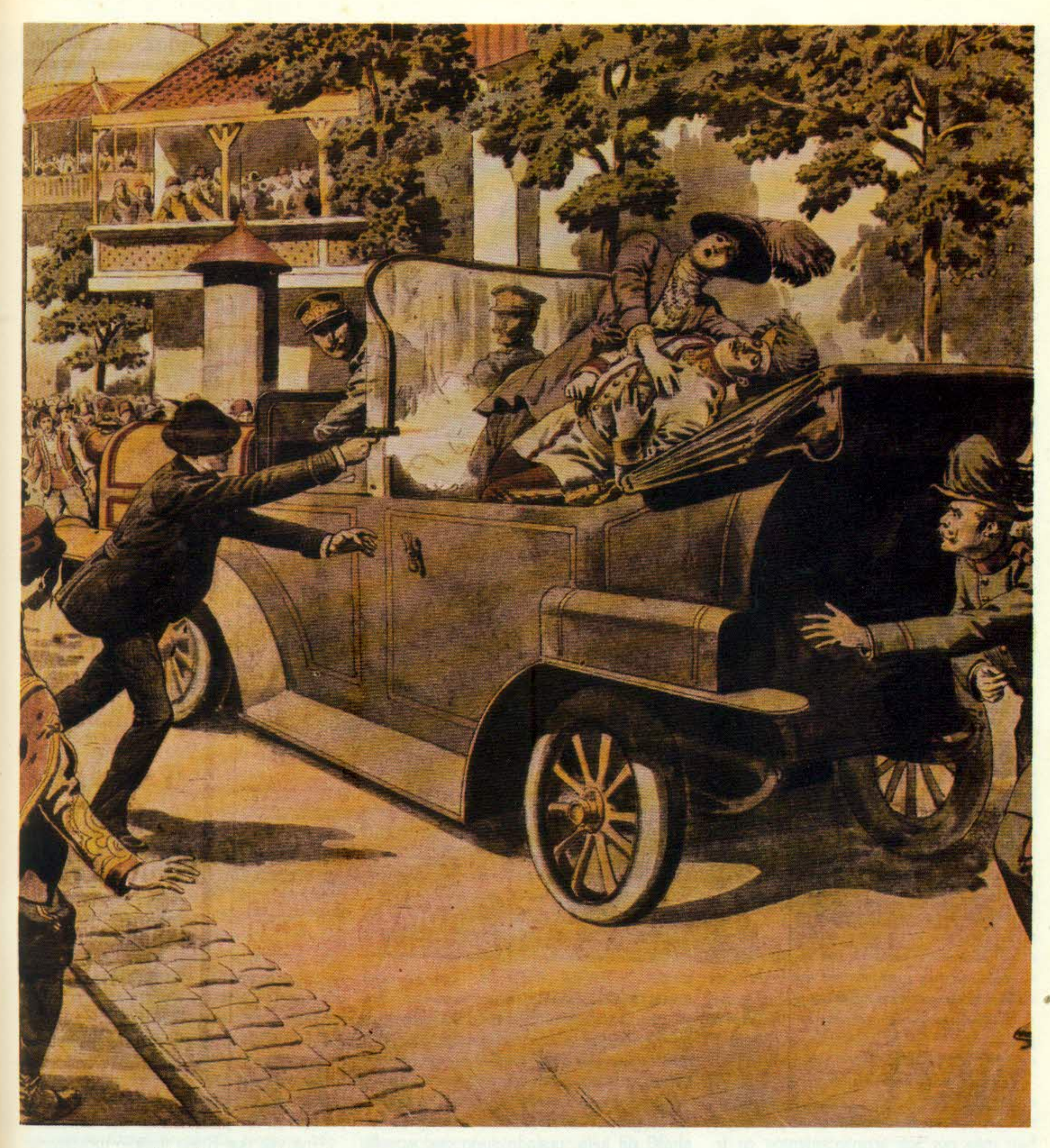
Por un camino indirecto, la crisis de Agadir condujo a la guerra en los Balcanes. Italia se aprovechó de la crisis para iniciar un ataque contra Libia, el último vestigio del antiguo Imperio turco en la costa norte de África. La conquista italiana de Libia no fue más que un episodio menor en la historia del imperialismo europeo, pero al poner en evidencia la vulnerabilidad militar turca, proporcionó un poderoso estímulo a las ambiciones territoriales de los estados balcánicos, deseosos de dividir entre ellos lo que quedaba del Imperio turco en Europa. Bulgaria, Grecia y Servia obviaron temporalmente sus diferencias, formaron la Liga balcánica y declararon la guerra a Turquía en octubre de 1912. Su éxito cogió a Europa por sorpresa. Tras una enfermedad que duraba 150 años, la Turquía europea, el «hombre enfermo de Europa», expiró súbitamente.

Sin embargo, la primera guerra balcánica reforzó las rivalidades entre los mismos estados de la región. Fue seguida por una segunda conflagración en 1913, en la que los vencedores de la primera combatieron entre sí. En esta guerra, Servia y Grecia, las protegidas de Rusia, derrotaron a Bulgaria, protegida de Austria. Ello reforzó la determinación austríaca de eliminar la amenaza servia. Una vez más, el kaiser reafirmó la disposición de Alemania para apoyar cualquier acción contra Servia que Austria creyera necesaria.

La crisis de Sarajevo

Mucho tiempo atrás, Bismarck había predicho que la causa inmediata de la siguiente guerra europea serían los Balcanes. Su profecía se cumplió con el asesinato del archiduque Francisco Fernando en la capital bosniana, Sarajevo, el 28 de junio de 1914. Francisco Fernando había elegido como fecha de su visita el día de San Vito, fiesta nacional de Servia, lo cual era una provocación contra el pueblo servio. El archiduque y su esposa salieron ilesos de un ataque con bombas, poco después de su llegada a Sarajevo, pero fueron muertos a primeras horas de la tarde, cuando se dirigían a visitar a un oficial, herido durante el primer intento de asesinato pocas horas antes. El asesino, Gavrilo Princip, era un bosniano de 19 años de edad, un estudiante revolucionario que cambió el curso de la historia europea.

Aunque Princip era súbdito austríaco, el asesinato había sido planeado en Servia por una organización terrorista local, la «Unión de la Muerte» (más conocida como la «Mano Negra»), orientada a conseguir la unión de todos los eslavos del sur bajo una corona servia. Francisco Fernando fue seleccionado como su víctima, no sólo porque era el heredero al trono del Imperio austrohúngaro, sino también, paradóji-



camente, porque defendía una política de conciliación hacia los eslavos del sur del Imperio. Tenía la intención, cuando llegara a emperador, de ofrecer a los eslavos del sur una autonomía similar a la que ya disfrutaban los magiares. Semejante proyecto era probablemente impracticable. Sin embargo, la «Mano Negra» temía su éxito. Si ocurría así, acabaría con todas las esperanzas de un estado de los eslavos del sur.

Durante la crisis de Sarajevo, el gobierno austríaco no dispuso de prueba alguna sobre la complicidad servia en el asesinato. Incluso la existencia de la «Mano Negra» no fue descubierta hasta mucho más tarde. Conrad, sin embargo, insistió en que había llegado la hora de que el «nido de víboras» servio fuese destruido. Tras alguna vacilación, Berchtold, el sucesor de Aehrenthal, estuvo de acuerdo. La decisión final de paz o guerra

Asesinato del archiduque, heredero de Austria, y de su esposa, en Sarajevo, según una interpretación de Le Petit Journal. *(Bibliothèque Nationale, París.)*

no dependía del gobierno austríaco, sino del alemán. Conrad reconoció que la guerra con Servia sería impracticable a menos que Austria tuviera la garantía del apoyo alemán.

Pero Alemania no sólo prometió apoyo a Austria, sino que la instó a no perder tiempo en lanzar el ataque. «Los servios —escribió el kaiser— deben ser aplastados, y pronto.»

Alemania creía que la supervivencia de Austria como gran potencia era esencial para su propia seguridad. Y en opinión del kaiser y su gobierno, Austria no podría ser una gran potencia si no intervenía en Servia.

La beligerancia alemana no estaba solamente motivada por su vinculación con el Imperio austrohúngaro. Cada una de las sucesivas crisis había reforzado en Berlín la sensación de que la guerra entre las dos alianzas era inevitable. En el verano de 1914, los generales alemanes acordaron que era el momento de luchar. «Cualquier retraso —arguyó Moltke, jefe del Estado Mayor alemán—, significa un empeoramiento de nuestras probabilidades de victoria.» La presteza con que el gobierno alemán adoptó el ideal de una «Centroeuropa alemana» al poco de iniciada la guerra, sugiere que los gobernantes alemanes no pensaban simplemente en una guerra preventiva. Sólo mediante la guerra podría verificarse su expansión imperialista. El escritor alemán Plehn escribió en 1913: «Es una creencia casi universal en este país que sólo mediante una gran guerra europea obtendremos nuestra libertad para participar en la política mundial».

Tanto Austria como Alemania intentaron mixtificar sus intenciones. A principios de julio, el kaiser cumplimentó al rey de Servia en su cumpleaños y se marchó a realizar su crucero anual por Escandinavia en su yate. Durante cerca de un mes, tras el asesinato, la mayoría de los estadistas europeos supusieron que la crisis entre Austria y Servia se arreglaría sin guerra, pues todo, a fin de cuentas, parecía indicar un relajamiento del conflicto.

Hacia mediados de julio, la crisis ya no era noticia de primera plana en los periódicos. Los lectores británicos se preocupaban más por los acontecimientos en Irlanda y los lectores franceses por el juicio de la esposa de un antiguo primer ministro, acusada de disparar al director de un periódico que había amenazado con publicar la correspondencia del marido con su amante.

En fecha tan tardía como el 23 de julio, Lloyd George predecía confiadamente la «economía sustancial» en el gasto naval y una reacción mundial contra los gastos militares.



La antesala de la guerra

La tarde del 23 de julio, mientras Lloyd George hablaba en los Comunes, Austria presentó a Servia un ultimátum, basado en la sospecha de su responsabilidad en el asesinato de Francisco Fernando, en el que planteaba unas exigencias provocadoramente inaceptables. Se pretendía que el rechazo servio de tales exigencias proporcionara un pretexto para la guerra. Sin embargo, sorprendentemente, Servia accedió a todas las exigencias de Austria menos una. «Una gran victoria moral para Viena —escribió el kaiser cuando le comunicaron la réplica—, pero con ella desaparecen los motivos para la guerra.»

El gobierno alemán siguió presionando a Austria para que declarara la guerra. Y así fue: Austria declaró formalmente la guerra a Servia el 28 de julio, 15 días antes de lo previsto. Bethmann-Hollweg, el canciller alemán, reconoció que una guerra austríaca con Servia significaría la guerra de Alemania contra Francia y Rusia, pero tenía confianza en la victoria.

Bethmann-Hollweg contaba entonces con lograr la neutralidad británica. Hasta el 30 de julio, cuando supo que aquella neutralidad era incierta en las condiciones ofrecidas por Alemania, Bethmann-Hollweg no había hecho ningún intento serio para frenar a Austria. Pero entonces instó a este país a que detuviera sus fuerzas en Belgrado y aceptara la celebración de conversaciones con Rusia. Era demasiado tarde. Tampoco Alemania hablaba a través de un solo portavoz. Mientras Bethmann-Hollweg aconsejaba moderación, Moltke telegrafiaba a Conrad: «Movilícese contra Rusia. Alemania hará lo mismo».

Incluso el intento de última hora de Bethmann-Hollweg para disuadir a Austria no fue dictado por un deseo sincero de preservar la paz. Pretendía ahora, y quizás esta era su principal preocupación, cargar a Rusia con la responsabilidad de transformar una guerra local con Servia en una guerra continental entre las grandes potencias de Europa.

Rusia declaró la guerra a Austria —igual que Austria la declaró a Servia— porque creyó que su condición de gran potencia no le dejaba otra alternativa. Del mismo modo que Austria creía que no podría seguir siendo una gran potencia sin vencer a Servia, Rusia creyó que dejaría de ser una gran potencia si abandonaba a este país. El 30 de julio, Rusia, tal como esperaba Bethmann-Hollweg, fue la primera de las grandes potencias que ordenó la movilización general. Sin embargo, esta decisión reflejaba menos un deseo de guerra que la conciencia de su propia inferioridad militar. Rusia era muy consciente de que su movilización sería mucho más lenta y menos eficaz que la de Alemania. Al contrario que Alemania, Rusia no podía correr el riesgo de permitir que sus oponentes fueran los primeros en movilizarse.

Una vez que Rusia decidió movilizarse, el control de la política alemana pasó de los estadistas a los militares. El único plan de campaña que poseía el alto mando alemán era el ideado por el general Schlieffen diez años antes. El plan Schlieffen supuso que la única posibilidad de un triunfo alemán en una guerra con dos frentes, consistía en lograr una victoria rápida sobre Francia mediante un avance a través de Bélgica, antes de que Rusia estuviera preparada para actuar en el este.



Arriba, Europa en vísperas de la I Guerra Mundial.

Página anterior, Gavrilo Princip, asesino del archiduque Francisco Fernando, conducido a la cárcel en Sarajevo, capital de Bosnia.

El 31 de julio, Alemania envió un ultimátum a Rusia para que procediera a la desmovilización en un plazo de 12 horas. Rusia se negó, y Alemania le declaró la guerra el 1 de agosto. Dos días más tarde, Alemania declaraba también la guerra a Francia, utilizando el falso pretexto de las violaciones francesas de la frontera alemana. Las últimas dudas británicas acerca de la intervención se disimularon con el ultimátum alemán a Bélgica, exigiendo paso libre para una invasión de Francia. Gran Bretaña replicó, a su vez, con un ultimátum que exigía a los alemanes que respetaran la neutralidad belga. Como Alemania no respondió, Gran Bretaña entró en el conflicto en la medianoche del 4 de agosto.

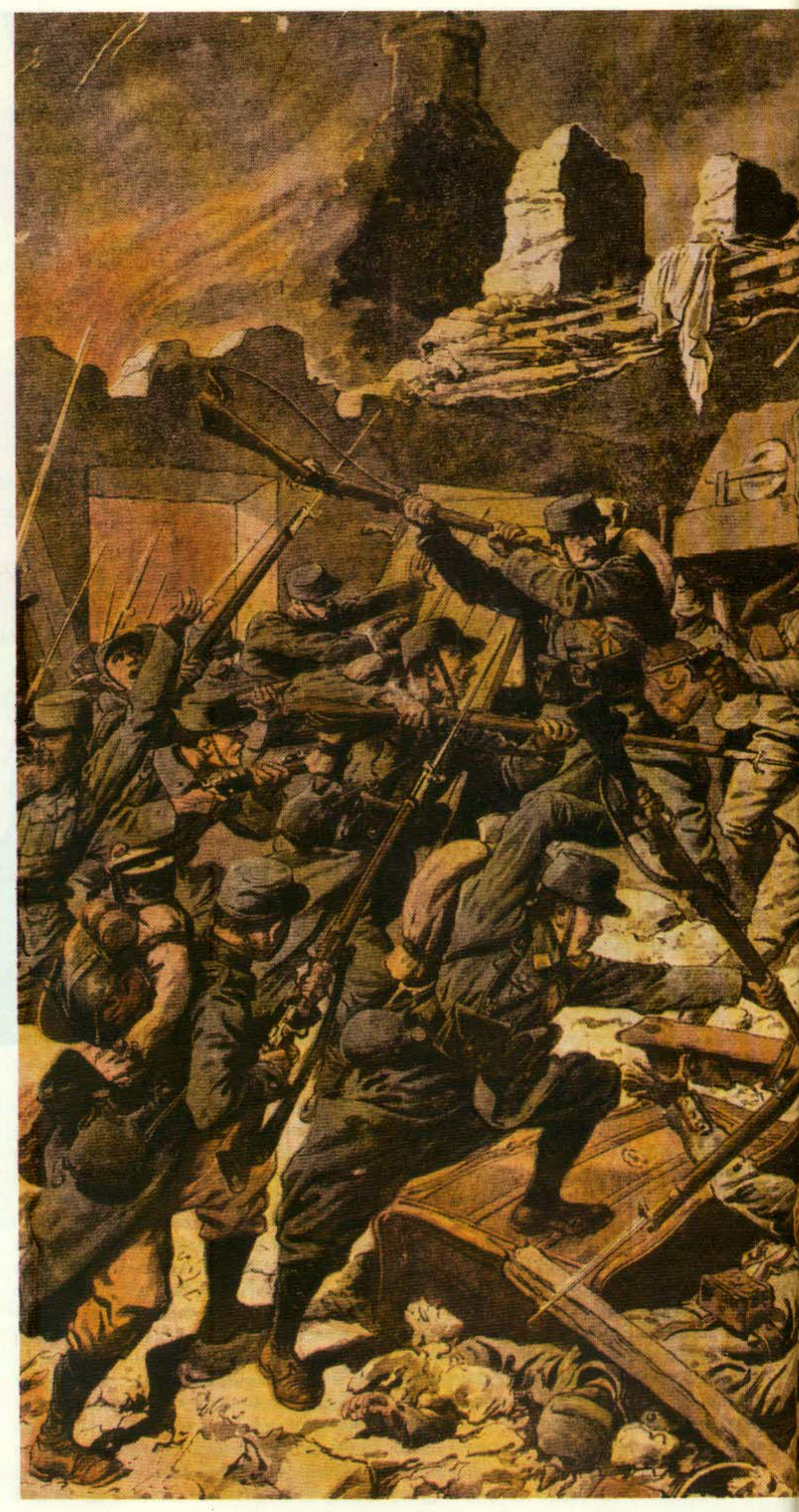
Después de 43 años de paz, las grandes potencias de Europa fueron a la guerra. En las cinco principales capitales europeas, las muchedumbres acogieron la declaración de guerra con delirante entusiasmo. Los conflictos políticos y sociales de los años de preguerra parecían olvidados. En Alemania, el kaiser dijo a las multitudes que le vitoreaban: «Ya no hay partidos; solamente hay alemanes». En Francia, todos los partidos sepultaron sus diferencias bajo la Unión Sagrada. Incluso en Rusia, cesó la oleada de huelgas que había paralizado la industria en la primavera y el verano de 1914. La II Internacional, que había tratado de sustituir las rivalidades nacionales por la solidaridad internacional de las clases trabajadoras europeas, se diluyó. A menudo, eran los jóvenes e idealistas quienes saludaban la guerra con el mayor entusiasmo.

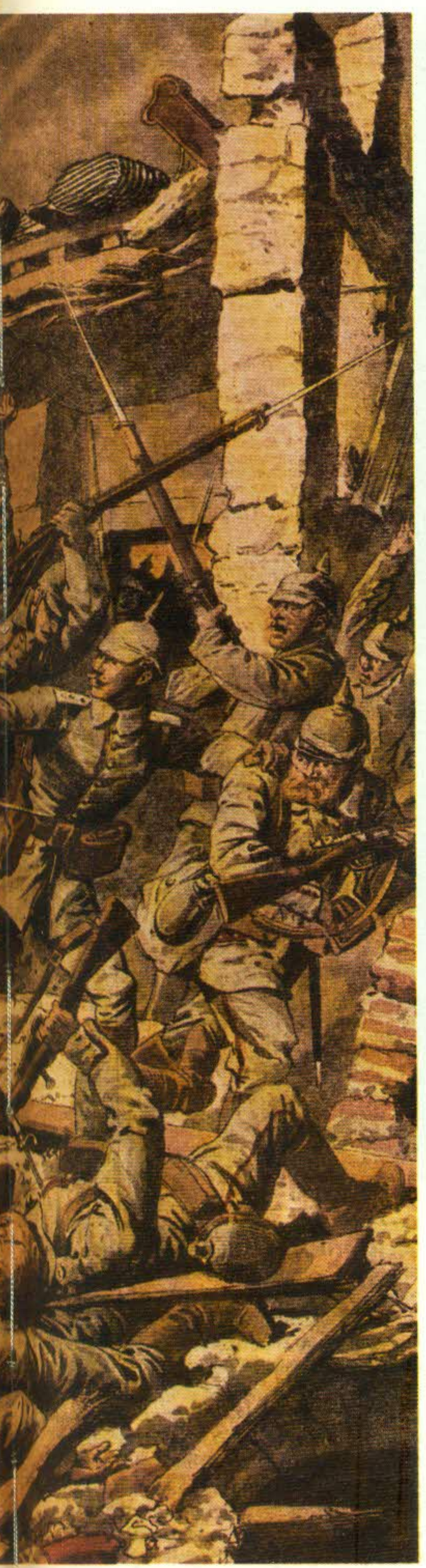
La I Guerra Mundial

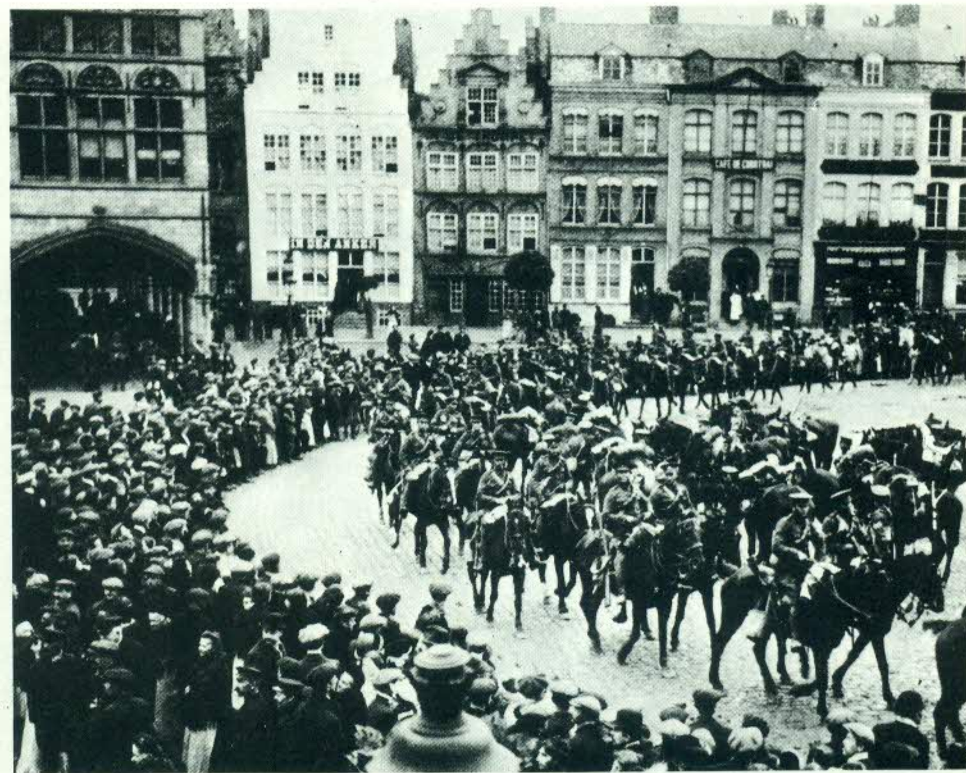
En agosto de 1914, casi nadie sabía cómo sería la guerra. En la década anterior a la misma, algunos generales tuvieron cierta premonición de lo que les aguardaba. En 1905, Moltke habló de «una guerra que, aunque ganáramos, nos agotaría». Joffre, el comandante en jefe francés, se refirió, en 1912, a una guerra que sería de «duración indefinida». Estos temores parecieron olvidarse en agosto de 1914. Ningún país disponía de planes para una guerra que durase más de unos pocos meses. La mayoría de los generales, en ambos bandos, juzgaron que tales planes eran innecesarios. El kaiser dijo al ejército alemán: «Estaréis en casa antes de que las hojas se desprendan de los árboles». Sólo Kitchener —al que se llamó para ocupar el cargo de ministro de la Guerra el día en que Gran Bretaña participó en el conflicto—, pensó que aquella guerra movilizaría a millones de hombres, prolongándose durante años.

Sin embargo, al menos en el frente occidental, la guerra fue casi ganada y perdida en una sola campaña. Tanto en 1870 como en 1940 los franceses fueron derrotados por los alemanes en seis semanas. Lo mismo ocurrió en 1914. Aunque Joffre conocía el plan Schlieffen, no lo tomó en serio. Mientras los alemanes se abrían paso con dificultad a través de Bélgica, los franceses se dirigían a lo largo de la frontera hacia el corazón de Alemania. Todo el ejército francés, en agosto de 1914, compartía la sublime confianza de Joffre en el ataque. Mientras británicos y alemanes vestían uniformes verdes y grises, la infantería francesa fue al combate con guerreras azules y pantalones rojos. «El ejército francés —decía su reglamento de campaña— no conoce más ley que la ofensiva.» Sin embargo, el ímpetu francés no era un rival para el potente fuego alemán. El asalto francés a la frontera alemana terminó en desastre.

Entretanto, los alemanes habían cruzado Bélgica y avanzaban hacia el norte de Francia. A principios de septiembre alcanzaron el Marne. En París cundió el pánico, y el gobierno francés se trasladó a Burdeos. Pero la velocidad del avance dificultó al ejército alemán. A menudo los comandantes de las unidades no podían comunicarse con el cuartel general, ni en-







tre sí. Moltke apenas sabía dónde se encontraban sus divisiones. En lugar de rodear París, como Moltke había planeado, el ejército alemán avanzó hacia el sudeste, dejando su flanco expuesto al contraataque francés en el Marne, realizado con éxito por la guarnición de París.

Ante esta derrota, algunos historiadores han llegado a la conclusión de que el plan Schlieffen estaba condenado desde el principio. Tal vez el factor decisivo en el fracaso alemán fue que Moltke se viera obligado, en una etapa crítica de la campaña francesa, a transferir dos cuerpos del ejército al frente oriental, para enfrentarse a un inesperado ataque de Rusia en Prusia oriental. El «milagro del Marne» se operó tanto en Prusia oriental como en el mismo Marne.



Arriba, desfile de tropas británicas en Ypres (Bélgica), en octubre de 1914, después de librar una batalla con las fuerzas alemanas a lo largo de un frente que abarcaba desde Suiza a las costas de Bélgica.

Abajo, tropas británicas movilizadas marchan al frente en lo primeros días de la guerra.

Página anterior, la batalla de l'Artois, en el norte de Francia. (Bibliothèque Nationale, París.)

El frente occidental

Al «milagro del Marne» le siguió una carrera hacia el mar. Cada uno de los bandos trató, sin éxito, de desviar el flanco del otro antes de que llegara al mar. Aunque Alemania no había conseguido una victoria rápida, conservaba aún la iniciativa de la guerra. Cuando terminó la carrera hacia el mar, Alemania dominaba la décima parte del territorio francés, el 80% de su carbón y casi la totalidad de su mineral de hierro. Durante los siguientes tres años y medio, Alemania se contentó con permanecer a la defensiva tras una inexpugnable línea de trincheras,



contra la que los ejércitos aliados se estrellaron. En ningún momento, antes de la primavera de 1918, variaron las líneas del frente establecidas durante la carrera hacia el mar en 1914, en más de 16 kilómetros. «El frente occidental —escribió Robert Graves— es conocido por sus ocupantes como la "máquina de fabricar salchichas", porque se alimenta con hombres vivos, produce ingentes cadáveres y permanece sólidamente atornillado en su sitio.»

El motivo de este estancamiento era tecnológico. La invención del alambre de púas y de la ametralladora era una ventaja temporal, pero abrumadora, para la defensa. Sólo un nuevo avance tecnológico podría hacer que la ventaja estuviera una vez más a favor del ataque. Algunos historiadores han sostenido que, hacia finales de 1916, la invención del tanque proporcionó dicho avance tecnológico, y que sólo la ceguera de los altos mandos francés y británico impidió abrir una brecha.

No obstante, hasta los meses finales de la guerra, los tanques eran demasiado deficientes, tanto en calidad como en cantidad, para alterar el estancamiento del frente occidental. El punto muerto duró tanto tiempo, no porque los generales fueran más incompetentes que en el pasado, sino, simplemente, porque carecían de los medios necesarios para romperlo.

«Las líneas alemanas en Francia —escribió Kitchener a principios de 1915— son una fortaleza que no se puede conquistar por asalto.» Pero la mayor parte de los generales aliados confiaban en abrir pronto una brecha. La mayor crítica que se les puede hacer, no es el que no consiguieran abrir tal brecha, sino el que se negaran durante tanto tiempo, contra toda evidencia, a reconocer la enorme fuerza de la posición del enemigo.



El mariscal Hindenburg y el general Ludendorff en Tannenberg, donde vencieron en agosto de 1914 al ejército ruso.

El plan de Joffre para ganar la guerra, en 1915, abogaba por un gigantesco movimiento de pinza contra las líneas alemanas; fuerzas anglofrancesas atacarían en Artois, y los franceses solos más al sur, en la Champaña. Las ofensivas en estos frentes prosiguieron intermitentemente durante todo aquel año, y ninguna de ellas logró un avance de más de 5 kilómetros. A fines del año, Joffre se consoló pensando que si bien no conseguía derrotar a los alemanes, los desgastaba permanentemente. Apuntalando su fe en los ficticios cálculos de las enormes pérdidas alemanas, se negó, como la mayor parte de los demás generales aliados, y muchos historiadores posteriores, a aceptar la simple verdad de que una guerra de desgaste en el frente occidental tenía que resultar más onerosa para el atacante. De hecho, las pérdidas francesas y británicas en 1915 fueron casi el doble que las de Alemania: probablemente 1.600.000 muertos y heridos, contra 850.000 del enemigo.

Estas pérdidas fueron mayores en el este. En 1915, Falkenhayn, el nuevo comandante en jefe alemán, había decidido quedarse a la defensiva en el oeste, mientras lanzaba su principal ofensiva en el este. En cinco meses, entre mayo y sep-



tiembre de 1915, Rusia perdió un millón de hombres sólo en prisioneros, al menos un millón más —quizá muchos más— en muertos y heridos, y más territorios que todo el suelo de Francia. Sin embargo, la victoria no fue decisiva. Los rusos habían retrocedido 500 kilómetros, pero poseían aún vastas reservas militares. Tanto en el este como en el oeste, el año 1915 terminó en un punto muerto.

Verdún

El plan de campaña ideado por los aliados para 1916 se proponía simplemente repetir los errores de 1915 a mayor escala. Joffre se convenció, y convenció a muchos otros generales de que, por lo menos en el frente occidental, los aliados habrían logrado abrir una brecha en 1915 si hubiesen dispuesto de artillería pesada y municiones. Al año siguiente, con gran cantidad de municiones y los primeros reclutamientos de los ejércitos británicos, las cosas serían diferentes. En cuanto se dispuso de suficientes obuses, el mariscal británico Haig informó al corresponsal de *The Times:* «podremos pasar entre las líneas alemanas en varios lugares». Para asegurar la victoria, en 1916 se acordó el lanzamiento de ofensivas simultáneas en los frentes oriental y occidental. Italia, que había entrado en la guerra al lado de los aliados en 1915, participaría atacando a Austria desde el lado sur.

El plan alemán de Falkenhayn era mucho más sutil. Propuso ganar la guerra, no derrotando al enemigo en la batalla, sino haciéndole sangrar hasta la muerte. El blanco seleccionado por Falkenhayn fue la gran fortaleza francesa de Verdún, semicercada por los alemanes. Era uno de los pocos sectores del frente occidental donde los defensores parecían hallarse en desventaja. Las comunicaciones alemanas con su retaguardia eran excelentes, y su artillería pesada había cerrado todas las rutas a la fortaleza, excepto las de un ferrocarril ligero y una carretera, conocidas como la «vía sagrada». Durante la batalla de Verdún, los suministros constituyeron un problema tan grande como la misma

lucha. Durante varios meses, todos los días pasaron 3.000 camiones por la «vía sagrada», transportando 20.000 hombres y 4.000 toneladas de suministros.

La batalla de Verdún se convirtió, como se había propuesto Falkenhayn, en el símbolo supremo del desgaste. Duró 10 meses, desde febrero hasta noviembre de 1916, mucho más de lo que había durado cualquier batalla anterior. En ninguna otra batalla en la historia de la guerra murieron tantos hombres en tan poca extensión de terreno. No obstante, a medida que la batalla se desarrolló, se hizo cada vez más claro que Falkenhayn había cometido un error de cálculo fatal. «Alemania es perfectamente libre —había escrito— de acelerar o retirar la ofensiva, de intensificarla o detenerla de vez en cuando, según convenga a su propósito.» Tras la primera semana, la libertad de acción de Falkenhayn desapareció. De la misma manera que el prestigio francés estaba implicado en la defensa de Verdún, el prestigio alemán exigía la victoria. La batalla de Verdún acabó por desangrar al ejército alemán casi tan desastrosamente como había desangrado al francés.

En junio de 1916, al igual que antes en septiembre de 1914, los franceses fueron salvados por la ofensiva rusa del este. Como respuesta, en parte, a las desesperadas peticiones de Francia para aliviar la presión en Verdún, Brusilov, el más capacitado de los generales rusos, atacó a los austríacos con 40 divisiones en el frente del sudeste. Muchos oficiales alemanes habían sostenido que, por su alianza con Austria, «Alemania estaba encadenada a un cadáver». El éxito espectacular de la ofensiva de Brusilov confirmó aquella opinión. Lo que comenzó como un ataque de diversión se convirtió rápidamente en una derrota del ejército austríaco a lo largo de un frente de 500 kilómetros. Cuando llegaron las tropas alemanas, en septiembre, para tratar de detener la retirada austríaca, Brusilov había capturado a más de medio millón de prisioneros.

A pesar de su fracaso final, la ofensiva de Brusilov tuvo consecuencias de largo alcance en los frentes occidental y oriental. En el este, estuvo a punto de provocar la desintegración del Imperio austrohúngaro. En el oeste, cambió el curso de la batalla de Verdún. En un momento crítico, Falkenhayn se vio obligado a desviar hacia el frente oriental divisiones destinadas a reforzar el asalto a Verdún. En una época en que las reservas francesas estaban casi agotadas, el general Pétain, que dirigía la defensa de Verdún, obtuvo una tregua vital de diez días para reforzar sus defensas. Cuando los alemanes reanudaron su ofensiva, el 22 de junio, se había esfumado su posibilidad de victoria.



Arriba, cartel publicado en la guerra para alentar el alistamiento en Australia y Gran Bretaña.

Página anterior, el infierno de los combates por Verdún, en Lorena. En esta batalla, que duró de 1916 a 1917, la más sangrienta de la historia, perdieron la vida más de medio millón de soldados entre ambos bandos. Pintura de Joseph Correggio.

La ofensiva del Somme

Verdún fue un punto crítico en la historia del frente occidental. A partir de entonces, la principal responsabilidad de la lucha pasó de Francia a Gran Bretaña. Los franceses habían quedado tan debilitados en Verdún que ya no eran capaces de asumir el papel principal en la ofensiva del Somme, planeada para el verano. Cuando comenzó la batalla, el 1 de julio, el contingente francés se había reducido, a causa de Verdún, de 40 a 14 divisiones, alineadas junto con las 25 de Haig. No obstante, los éxitos obtenidos el primer día de la ofensiva fueron debidos a los

franceses. Éstos se movieron rápidamente en pequeños grupos apoyados por ametralladoras, utilizando métodos que habían aprendido de los alemanes en Verdún, e invadieron la mayor parte de la primera línea del frente alemán. Los británicos, sobrecargados con pesados equipos, avanzaron al paso en líneas uniformes, presentando a las ametralladoras alemanas su mejor blanco. Cuando una línea era derribada, aparecía otra, espaciadas regularmente en intervalos de un centenar de metros. El 1 de julio los británicos perdieron casi 60.000 hombres, cifra no superada en ninguna otra jornada de la historia del ejército británico.

Ni Haig ni ninguno de sus oficiales del Estado Mayor conocían la magnitud de la catástrofe. Al día siguiente, Haig escribió en su diario: «El enemigo ha sido gravemente perjudicado. En consecuencia, lo correcto es presionarle intensamente». La batalla del Somme duró cinco meses. Sólo cuando las lluvias invernales redujeron el terreno de batalla a un barrizal, Haig se vio obligado a ordenar el alto. Cuando finalizó la batalla, aunque la línea del frente había avanzado unos ocho kilómetros, no se había conseguido ninguno de los objetivos fijados para la ofensiva. Como Joffre después de la batalla de Champaña, un año antes, Haig se consoló con los ficticios cálculos de las pérdidas del enemigo, y con la idea de que había tenido éxito como «batalla de desgaste».

Una vez iniciadas, las guerras generan invariablemente objetivos imprevistos. Así ocurrió en 1914. Rusia no hubiera iniciado una guerra para capturar Constantinopla y el Bósforo, ni Alemania para la creación de un satélite belga, ni Francia para la recuperación de Alsacia-Lorena. No obstante, una vez empezada la guerra por otras razones, nuevos objetivos surgían rápidamente, y éstos se multiplicaban a medida que cada bando se esforzaba por atraerse a los neutrales o retener a los aliados mediante sobornos territoriales.

La entrada de Italia en la guerra, en 1915, fue precedida por una prolongada licitación en la que cada bando compitió por sus favores. Un proceso muy similar precedió la entrada de Bulgaria junto a las potencias centrales, en 1915, y la de Rumanía al lado de los aliados un año más tarde, aunque, al igual que en el caso de Italia, su presencia no influyó significativamente en el resultado de la guerra.

A pesar del estancamiento bélico de finales de 1916, y del creciente agotamiento de cada bando, la ampliación de los objetivos de cada alianza condenó al fracaso los intentos de llegar a un compromiso de paz. Ningún bando estaba dispuesto a aceptar un retorno a la situación de julio de 1914, aunque ambos eran comprensiblemente reacios a revelar el límite de sus ambiciones.



Hubo una razón más por la que era imposible un compromiso de paz. Tocqueville predijo tiempo atrás que las democracias eran reacias a declarar la guerra, pero que una vez implicadas no harían fácilmente la paz. En una era de educación de masas, los europeos no se conformaban con aceptar los pretextos que habían servido durante siglos como excusa para la guerra. Necesitaban creer que estaban involucrados en una cruzada moral para proteger a la civilización. Sólo una explicación así podía justificar los millones de vidas cuyo sacrificio exigía la guerra. Para reforzar su fe en la justicia de su causa, cada bando se convenció de la maldad de su contrario. El pueblo británico dotó rápidamente a los alemanes de una enorme variedad de atrocidades míticas: sacerdotes colgados como badajos en las campanas de las catedrales, prisioneros de guerra crucificados y niños con las manos cortadas. Con un enemigo tan diabólico era impensable un compromiso de paz. Lloyd George dijo, antes de suceder a Asquith como primer ministro, en diciembre de 1916: «La lucha continuará hasta el final».

La guerra en el mar

Gran Bretaña poseía en el mar dos ventajas decisivas sobre Alemania. La primera era el volumen de su flota. La flota de guerra británica, la «Gran Flota», disponía de 31 acorazados contra los 18 de Alemania. Las ventajas estratégicas eran igualmente importantes. El hecho geográfico de que las islas Británicas se hallaran entre los puertos alemanes y las vías marítimas internacionales, significó que la flota alemana de altura no podía aventurarse en el Atlántico sin correr el riesgo de ver cerrada su retirada, a lo cual no se atrevió. Durante 16 años los alemanes habían construido una flota capaz de desafiar la hegemonía británica en el mar. Cuando llegó la guerra, no se decidieron a materializar el desafío. Durante casi dos años la flota de guerra alemana permaneció encerrada en el Báltico, y sólo hizo salidas ocasionales por el mar del Norte.



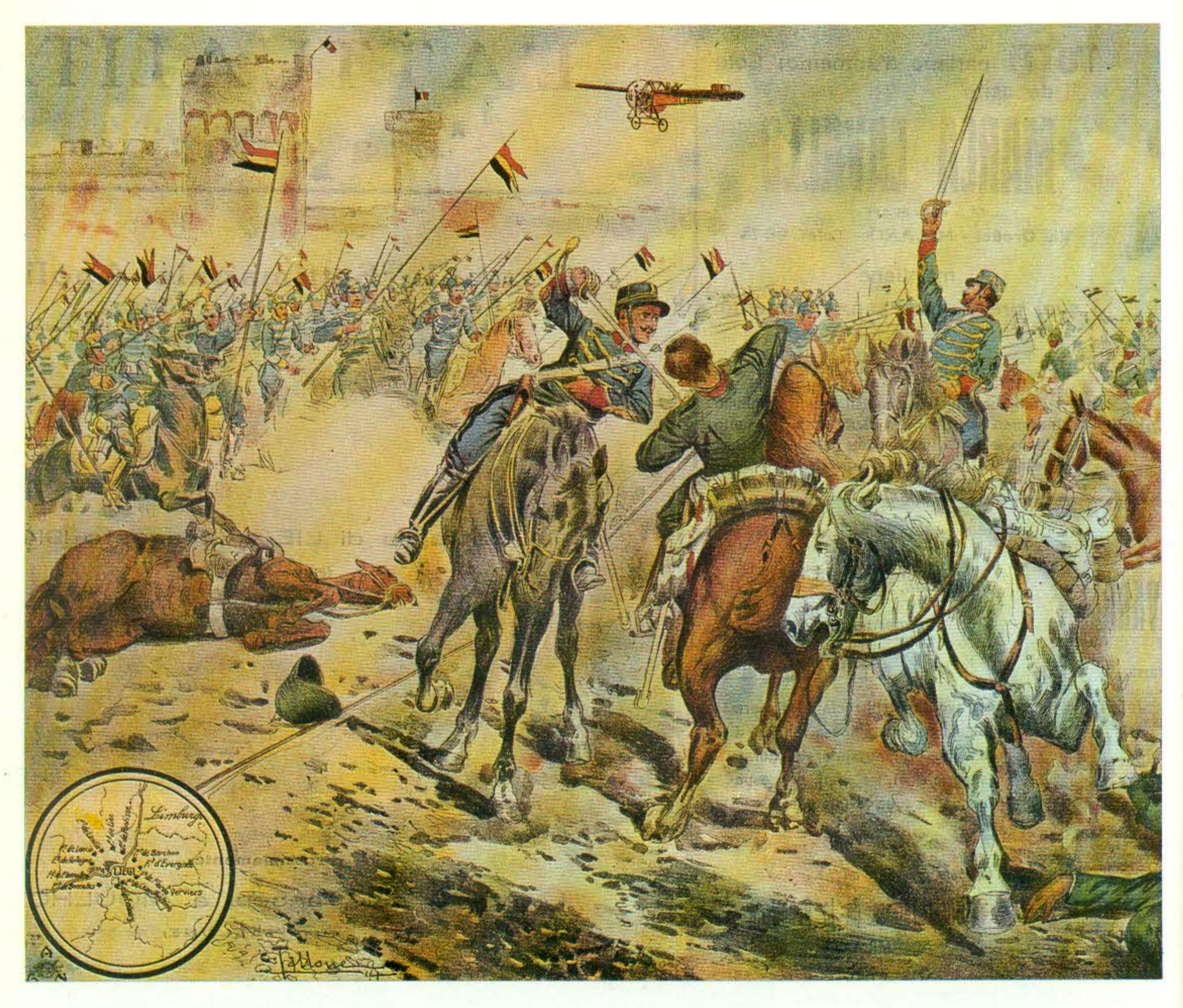
Por otra parte, la flota británica presentaba una grave debilidad que los alemanes no supieron aprovechar: el hecho de que su base central se encontraba en el norte, en Scapa Flow y Rosyth, imposibilitando una protección verdadera a los transportes de tropas que llevaban fuerzas británicas al frente occidental. Jellicoe, el comandante en jefe de la armada británica, admitió más tarde que la flota alemana «tuvo la oportunidad de efectuar el ataque (contra los transportes de tropas) y regresar a su base antes de que la flota británica pudiera intervenir».

Durante las primeras etapas de la guerra, Jellicoe estuvo constantemente preo-

Arriba, La batalla de Hermada *(1917), por A. Malpieri. (Museo del Risorgimento, Roma.)*

Abajo, el frente de Ovillers en julio de 1916, durante la batalla del Somme.

Página anterior, «Tomad la espada de la justicia», cartel inglés de propaganda bélica.



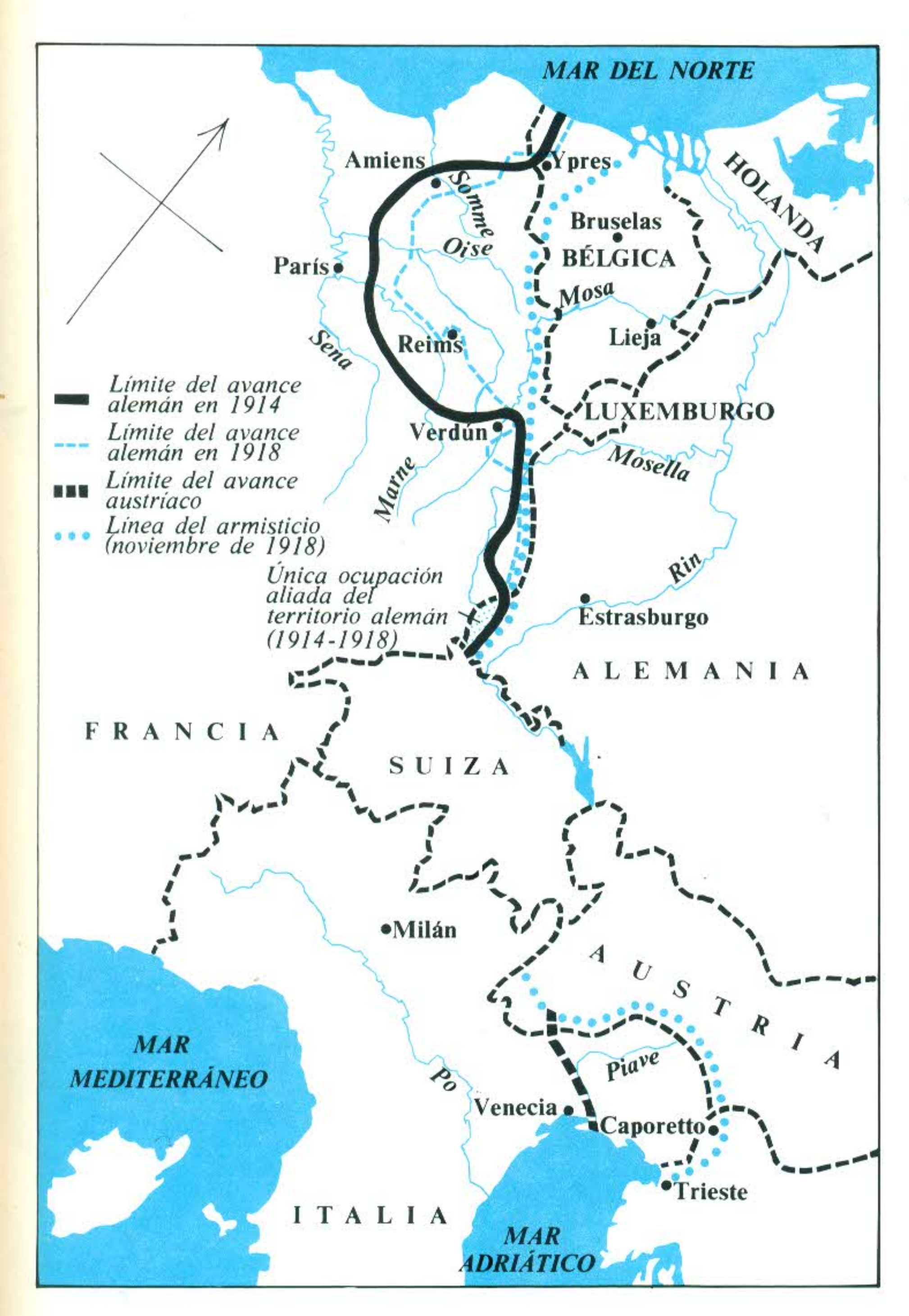
cupado por la posibilidad de un ataque submarino. En noviembre de 1914, el falso aviso de un submarino enemigo a cierta distancia de Scapa Flow puso en fuga a la flota. Terminada la guerra, el mismo Jellicoe manifestó su sorpresa de que Alemania no hubiera intentado un ataque contra la flota británica allí estacionada.

En las guerras europeas anteriores, Gran Bretaña había usado tradicionalmente su dominio de los mares para desembarcar sus tropas en el punto más vulnerable de la costa enemiga. De acuerdo con esta estrategia, el Almirantazgo había preparado planes antes de 1914 para un asalto anfibio en la costa báltica de Alemania. Sin embargo, una vez iniciada la guerra, las abrumadoras demandas del frente occidental obligaron a Gran Bretaña a seguir una estrategia más continental que marítima. La única operación anfibia en gran escala lanzada por Gran Bretaña durante la guerra fue la campaña de Gallípolis en 1915. Su finalidad principal era dominar el estrecho y restablecer una ruta de suministros con Rusia.

Sin embargo, la operación fue pésimamente realizada. En febrero de 1915, fracasó un intento de la Armada Real para dominar el estrecho sin utilizar tropas, perdiéndose la ventaja decisiva de la sorpresa y dando tiempo a los turcos para tomar posiciones.

En abril, cuando se efectuaron los primeros desembarcos aliados, siete divisiones fueron insuficientes. Luego, los refuerzos o bien fueron escasos o no llegaron a tiempo. Aunque la lucha en la península prosiguió durante el resto del año, la operación tuvo que ser abandonada finalmente, y las tropas aliadas fueron evacuadas en diciembre. El fracaso en Gallípolis tuvo importantes consecuencias: desacreditó las operaciones anfibias para el resto de la guerra, y pareció confirmar el argumento de quienes afirmaban que el único camino hacia la victoria estaba en el frente occidental.

En Europa, la armada británica tuvo una participación menos directa en la lucha que en las anteriores guerras europeas. Pero fuera de Europa ganó la guerra. El hecho de que Alemania perdiera el contacto naval con su imperio de ultramar, significó que sus colonias podían ser conquistadas una tras otra por Gran Bretaña y sus aliados. Samoa y Nueva Guinea pasaron a Australia y Nueva Zelanda, un mes después del estallido de la guerra. A principios de noviembre de 1914, Japón, que entró en la guerra como aliado de Gran Bretaña, capturó la base naval alemana de Kiao-Tcheu. Togo pasó a poder británico, el África sudoccidental alemana a los sudafricanos, y Camerún, tras 18 meses de campaña, cayó en poder aliado. Sólo en África oriental, sede de la mayor y más rica de las colonias alema-



Izquierda, los frentes oriental e italiano durante la I Guerra Mundial.

Página anterior, la batalla de Lieja, en el frente italiano (1914). Estampa de C. Tassone. (Museo di Storia Contemporanea, Milán.)

nas, el general Lettow-Vorbeck logró mantener una resistencia guerrillera hasta el final de la guerra.

Las «acciones secundarias» en las colonias alemanas, así como las realizadas más cerca del territorio metropolitano, en Mesopotamia o en Salónica, ejercieron escasa influencia en el resultado de la guerra en Europa. El destino del Imperio alemán de ultramar se decidió finalmente en el frente occidental. La verdadera importancia de las acciones secundarias fuera de Europa, su impacto en el crecimiento del nacionalismo en la India, China y Japón (y en grado mucho menor, en África) sólo se evidenció después de terminada la guerra.

En la misma Europa, el principal cometido de la armada británica fue imponer un bloqueo naval contra Alemania y sus alidados.

Gran Bretaña reclamó el derecho a detener y registrar todo barco sospechoso de dirigirse a los puertos alemanes. Los países neutrales fronterizos con Alemania impusieron incluso cupos de importación, por temor a que algunas de sus importaciones fueran a parar a Alemania. Estados Unidos protestó de que Gran Bretaña violara la libertad de los mares, pero protestó todavía con más vigor contra el intento alemán de contrabloquear. Gran Bretaña mediante la utilización de minas y submarinos.



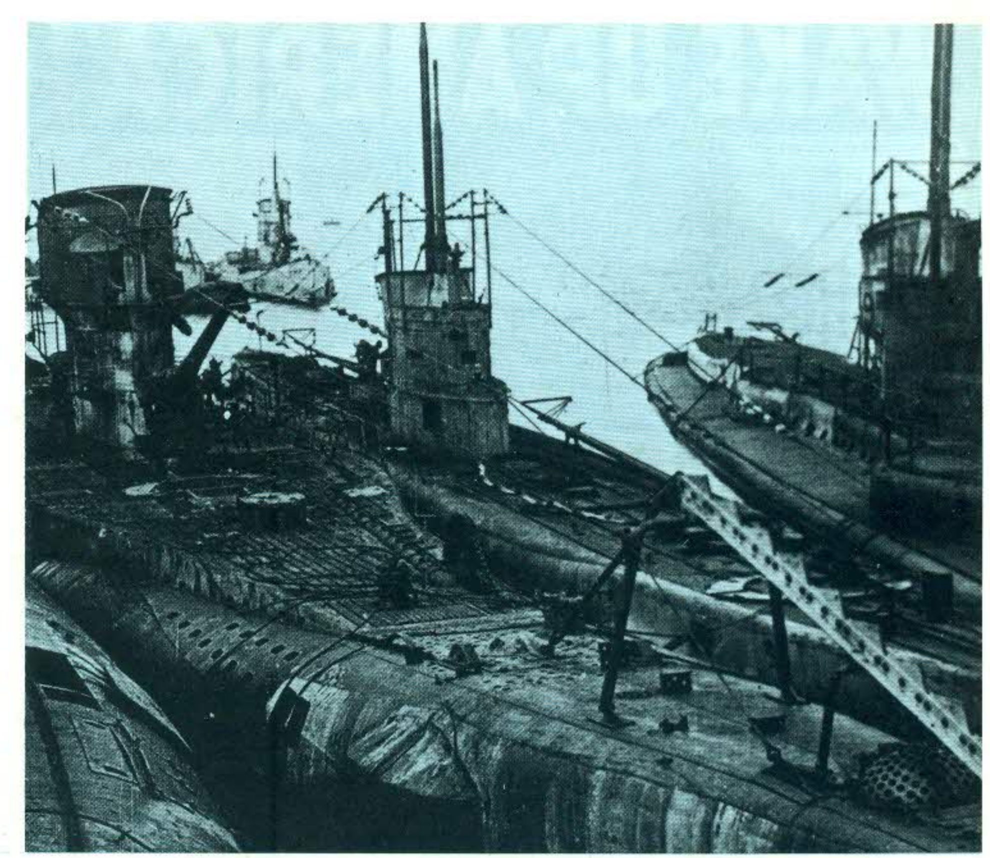
En abril de 1915 el trasatlántico británico *Lusitania* fue torpedeado por un submarino alemán y se hundió, con la pérdida de 1.200 vidas humanas, de las que más de un centenar eran ciudadanos norteamericanos. La reacción de la opinión pública norteamericana fue tan violenta (y tan bien explotada por la propaganda británica) que Alemania fue disuadida de continuar la guerra submarina sin restricciones durante los dos años siguientes.

La guerra en el mar, al igual que en tierra, se convirtió en una lucha de desgaste dirigida, no a la destrucción de la flota del enemigo, sino a destruir su economía y obligar a la población civil a someterse por el hambre.

Sin embargo, en la primavera de 1916, el éxito creciente del bloqueo británico persuadió al almirante Von Scheer, nuevo comandante en jefe de la flota de altura alemana, a efectuar el primer reto directo de Alemania contra la hegemonía naval británica. El plan de Scheer consistía en atraer una parte de la flota británica al combate, y entonces, de repente, enfrentarla con la totalidad de la flota de altura alemana. El 31 de mayo de 1916, una fuerza de reclamo al mando del almirante Hipper (seguida a distancia por el mismo Scheer) entró en contacto con un escuadrón británico al mando del almirante Beatty. La batalla empezó mal para Gran Bretaña. En poco más de media hora, dos de los seis cruceros de batalla fueron hundidos, y su buque insignia seriamente dañado. No obstante, en aquel momento el propio Beatty se convirtió en un señuelo. Viró hacia el norte, aparentemente huyendo, y logró atraer a Scheer hacia el grueso de la flota británica. Scheer se encontró de repente rebasado en número de barcos.

Sin embargo, Jellicoe no quiso arriesgarse, pues dudaba de que incluso una victoria decisiva pudiera mejorar la hegemonía naval que entonces ostentaba Gran Bretaña. También le preocupaba la posibilidad de que su flota sufriera graves daños por los torpedos enemigos. Desde el principio de la guerra, estaba convencido de que la persecución de la flota de guerra alemana era una empresa peligrosa. En octubre de 1914 había escrito en un memorándum al Almirantazgo: «Si... la flota de guerra enemiga se desviara del avance de nuestra flota, supondría que su intención era llevarnos a una zona minada y con submarinos, y declinaría perseguirla». En dos ocasiones, durante la batalla de Jutlandia, los proyectiles británicos obligaron a Scheer a alejarse con su flota. En ambas ocasiones, una persecución decidida podría haber conducido a una decisiva victoria británica, pero Jellicoe se negó siempre a la persecución, temeroso de un inesperado ataque con torpedos.

Al anochecer del 31 de mayo, Jellicoe aún se encontraba entre la flota alemana y su base, y confiaba en una victoria al día siguiente. Scheer, sin embargo, disponía de dos rutas alternativas para regresar, y la que Jellicoe decidió cubrir fue la errónea. Parte de la culpa de tal decisión la tuvo él mismo. Incluso con la información que poseía, pudo haber deducido que Scheer se dirigiría a su base, amparado





Arriba, submarinos «U» alemanes capturados en Harwich, costa este de Inglaterra. En 1917, los ataques de estos submarinos a los buques aliados y neutrales impidieron en gran manera el abastecimiento de alimentos a Gran Bretaña.

Izquierda, «Ayudad a vencer, suscribid el empréstito de guerra» es el texto que acompaña este cartel de propaganda de la I Guerra Mundial.

Página anterior, cada país utiliza los hechos bélicos, magnificándolos para su propaganda. Dibujo de Le Petit Journal *francés. (Bibliothèque Nationale, París.)*



por la oscuridad, por el paso de Skagerrak, a la altura de la costa danesa.

La mayor parte de la culpa corresponde, empero, al Almirantazgo. Durante la noche del 31 de mayo fueron interceptadas una serie de señales provenientes de la flota alemana, y descifradas en Whitehall. Algunas de las más importantes claves no fueron transmitidas, inexcusablemente, a Jellicoe. Al amanecer, la flota alemana se encontraba a salvo en Wilhelmshaven y la batalla había terminado. Ambos bandos consideraron la batalla de Jutlandia como una victoria: los británicos, pretextando que habían puesto en fuga al enemigo; los alemanes, con la razón más convincente de que, con una flota más pequeña, habían infligido mayor daño. La flota británica perdió buques que totalizaban 111.980 toneladas y 6.097 hombres; los alemanes, 62.223 toneladas y 2.551 hombres.

La batalla de Jutlandia puso de manifiesto las graves deficiencias de los navíos de guerra británicos y el mal entrenamiento de sus tripulaciones. En la construcción de la Gran Flota, el blindaje se había sacrificado a la velocidad y la potencia de fuego. Los tres cruceros de combate británicos hundidos en Jutlandia, se perdieron porque sus santabárbaras no estaban protegidas contra el fuego. Lo más grave de todo fue la incapacidad para luchar de noche. Las tripulaciones alemanas estaban entrenadas en el uso de bengalas luminosas y en la coordinación de cañones y reflectores, técnicas adoptadas por la armada británica 10 años después de finalizada la guerra. La ignorancia de tales técnicas permitió a Scheer huir protegido por la oscuridad.

A pesar de los fallos británicos, Scheer no se arriesgó a repetir lo ocurrido en Jutlandia. Llegó a la conclusión de que la única esperanza alemana de superar el bloqueo británico consistía en reforzar su propio bloqueo de Gran Bretaña. Esta decisión de intensificar el bloqueo alemán llevaría, en 1917, a la reanudación de la guerra submarina sin restricciones. Scheer confiaba en que los submarinos alemanes rendirían a Gran Bretaña antes de que ésta pudiera arruinar la economía de guerra alemana. «Garantizo –dijo el jefe del Estado Mayor naval de Alemania– que la guerra submarina nos llevará a la victoria.» Su predicción pareció acertada. Sólo en abril de 1917, los submarinos alemanes hundieron 835.000 toneladas de la marina aliada, y las reservas británicas de trigo disminuyeron rápidamente. Pero el sistema de convoyes, impuesto al Almirantazgo por Lloyd George, contra sus deseos, salvó a Gran Bretaña de un desastre seguro.

A la larga, la decisión de reanudar la guerra submarina sin restricciones tendría consecuencias más importantes en tierra que en el mar. Al provocar la intervención de Estados Unidos, hizo que la guerra fuera, por primera vez, una verdadera «guerra mundial».

La intervención norteamericana

A principios de 1917, Estados Unidos parecía haber sacado buen provecho de su neutralidad. Su superávit en el comercio de ultramar había pasado de 690 millones de dólares, en 1913, a 3.000 millones en 1916. En los primeros tres años de la guerra surgieron no menos de 8.000 nuevos millonarios norteamericanos. La base de esta notable prosperidad fue la dependencia de las economías de guerra aliadas respecto a las importaciones masivas de Estados Unidos. Mientras que las exportaciones norteamericanas a las potencias centrales se redujeron como resultado del bloqueo británico, sus exportaciones a Francia y Gran Bretaña se cuadruplicaron en dos años. Para financiar sus importaciones de Estados Unidos, los aliados solicitaron préstamos norteamericanos. A finales de 1916 la deuda de los aliados se aproximaba a los 2.000 millo-







Izquierda, portada de la revista holandesa De Nieuwe Amsterdammer, *que muestra, en una caricatura del célebre Piet van der Hem, la impresión que existía en los neutrales Países Bajos del terrorífico número de muertos y heridos causados por la guerra en 1916.*

Abajo, soldados de Estados Unidos haciendo fuego contra posiciones alemanas en 1918. Los efectivos americanos que participaron en la guerra contribuyeron a levantar la moral de los aliados, y se calcula que en el momento del armisticio cerca de un millón de soldados del otro lado del Atlántico se encontraban en Francia.

Página anterior, cartel de Estados Unidos de América que invita al alistamiento para la guerra en Europa.

nes de dólares. A medida que aumentaba la vinculación de Estados Unidos con las economías de los aliados, aumentaban también sus preferencias por una victoria aliada. Si éstos perdían la guerra, los norteamericanos podían perder una enorme inversión.

Aunque la intervención norteamericana en favor de los aliados pudo estar motivada por los intereses económicos, no existe una prueba convincente de que tal decisión se tomara por estrictas razones económicas. No se había producido ninguna señal, ni siquiera a finales de 1916, de que Estados Unidos se propusiera abandonar su neutralidad. En efecto, Woodrow Wilson fue reelegido en noviembre con el lema de: «somos neutrales».

Si la Revolución rusa de marzo de 1917 se hubiera producido sólo dos meses antes, tal vez Estados Unidos nunca hubiera entrado en la guerra. Si Alemania, a principios de 1917, hubiera podido prever la posibilidad de una rápida victoria en el este que le permitiría concentrar todas sus fuerzas en el frente occidental, es muy probable que no hubiera corrido los riesgos que suponía tratar de decidir la guerra en el mar. Como Tirpitz, el ministro de Marina alemán, escribiría más tarde: «Si en Alemania hubiéramos podido prever la Revolución rusa, no habría sido necesario considerar la campaña submarina de 1917 como nuestra última esperanza. Pero en enero de 1917 no habían indicios inmediatos de la Revolución».

La decisión alemana de comenzar la guerra submarina sin restricciones fue anunciada el 1 de febrero de 1917. A ella siguió, en marzo, el hundimiento sin previo aviso de varios barcos mercantes norteamericanos, con grandes pérdidas humanas. La intervención norteamericana era inevitable.

Estados Unidos entró en guerra el 6 de abril de 1917. Para muchos norteamericanos, la noticia de que Rusia había derribado al zar y se había democratizado fue un acicate en favor de la intervención. «La preservación de las libertades ganadas por los rusos —declaró el periódico *Nation* de Nueva York— está intrínsecamente ligada al éxito de los aliados. Una victoria alemana significaría el colapso de la Rusia libre.»

Revolución y guerra en Rusia

Los radicales rusos habían predicho una revolución en su país ya a mediados del siglo XIX. Pero no sólo los radicales



hicieron predicciones. En 1884, el ministro ruso del Interior confesó a un diplomático extranjero que, si alguna vez el zarismo era derribado, su lugar sería ocupado por el comunismo de Marx, quien acababa de fallecer en Londres.

Incluso antes de 1914, ya estaba claro que la guerra era el catalizador más apropiado para acelerar una revolución. Así como la guerra de Crimea supuso el fin de la servidumbre, y la guerra con Japón generó la revolución de 1905, la participación de Rusia en la I Guerra Mundial condujo a la revolución de marzo de 1917 (conocida en Rusia como «Revolución de febrero» porque el calendario zarista tenía un retraso de trece días con respecto al occidental).

A principios de 1917 era evidente que el descontento y la dislocación causados por la guerra alcanzaban un punto álgido. Las bajas rusas se remontaban ya a cinco millones. En el aspecto civil, el coste de la vida se había multiplicado por siete desde julio de 1914, y los suministros de víveres a las ciudades se agotaban. Sólo durante los dos primeros meses de 1917 hubo 1.330 huelgas, más que en todo el año anterior. Una de aquellas huelgas en Petrogrado se transformó en la Revolución de marzo. El factor decisivo de su éxito fue la actitud de la guarnición de la ciudad. En 1905 la revolución había sido sofocada por el ejército. En 1917, el ejército se unió a ella.

El 15 de marzo, el zar firmó un acta de abdicación y entregó el poder a un gobierno provisional de políticos liberales. Pero el nuevo gobierno tuvo que competir con una autoridad rival. Primero en Petrogrado, y luego en todo el país. Se habían formado los «soviets» (consejos), elegidos por los trabajadores de las fábricas y las unidades del ejército. Ellos declararon que el gobierno provisional era responsable ante ellos, los verdaderos representantes del pueblo ruso. De hecho, la Revolución sorprendió a los bolcheviques (Partido Comunista), y sus partidarios. Los soviets eran minoritarios respecto de sus dos rivales: los mencheviques y los socialrevolucionarios.

Sin embargo, Lenin planeó la creación de una Rusia bolchevizada a través de los soviets, sobre todo a través del soviet de Petrogrado. Presentó la rivalidad entre los soviets y el gobierno provisional como una lucha elemental entre las fuerzas de la luz y las tinieblas, una lucha entre el orden burgués y el proletariado revolucionario. Los bolcheviques debían asegurar la victoria de los soviets en esta confrontación («¡Todo el poder para los soviets!») y al mismo tiempo, conseguir el control de los mismos.

Pese a su minoría, los bolcheviques tenían una ventaja sobre sus rivales: la clarividente dirección de Lenin, el mayor genio político de la historia rusa. Sin él hubiera sido impensable la victoria bolchevique.

Cuando Lenin regresó de su exilio en abril, se encontró con que sus partidarios habían acordado una política de «control vigilante» del gobierno provisional, y contemplaban la posibilidad de cooperación con los mencheviques. La primera condición de la estrategia que Lenin consiguió imponerles, fue que debían adoptar una



Izquierda, movimiento del frente oriental en la I Guerra Mundial.

Página anterior, Lenin dirigiéndose a la multitud, en una proclama en la Rusia revolucionaria. Trotsky es el personaje que está de pie a la izquierda de la plataforma.

política de oposición radical al gobierno y rehusar toda cooperación con los otros partidos socialistas. La sagacidad de esta política quedó patente en mayo, cuando mencheviques y socialrevolucionarios se unieron al gobierno provisional. Mientras que éstos se comprometían con la creciente impopularidad del gobierno, los bolcheviques afirmaban que sólo ellos defendían un programa verdaderamente independiente y revolucionario.

El programa bolchevique se basaba en un lema sencillo: «paz, pan y tierra», formulado por Lenin al regresar del exilio. Ningún partido podría estar en contra del «pan», pero hasta el retorno de Lenin, los bolcheviques no se habían comprometido ni con la «paz» ni con la «tierra». La propuesta de repartir grandes fincas entre el campesinado, que Lenin propuso en las Tesis de abril de 1917, tuvo como objetivo ganar el apoyo de los campesinos. Tras la Revolución de marzo, la disolución de las grandes propiedades fue reconocida como esencial incluso por la mayor parte de los miembros del gobierno provisional. Con la única excepción de los bolcheviques, todos los partidos estuvieron de acuerdo en que una inmediata redistribución de la tierra supondría la paralización de la producción de guerra, y en consecuencia, era imposible. Sólo los bolcheviques exigieron de inmediato «la tierra para quien la trabaja».

Mientras la guerra fue dirigida por un gobierno zarista, la mayoría de los socialistas rusos la condenaron como una aventura imperialista. Pero una vez derribado el zar, el asunto no parecía tan simple. Mencheviques y socialrevolucionarios declararon su apoyo a «la paz sin anexiones ni indemnizaciones». Al no existir perspectivas de paz, esta política estaba condenada al fracaso. No obstante, en cuanto regresó a Petrogrado, Lenin exigió la paz inmediata.

En los tres meses posteriores al retorno de Lenin, el apoyo a los bolcheviques aumentó en las ciudades y en el ejército. Aunque siguieron sin ganarse a los campesinos de las aldeas, en cambio su política conquistó a gran número de campesinos que luchaban en el frente. Los miembros del Partido Bolchevique en el ejército pasaron de 20.000, en febrero, a 200.000 en julio. Durante el mes de julio, el creciente apoyo decidió a un grupo de seguidores de Lenin, contra los deseos de éste, a intentar un golpe de Estado. El fracaso de la insurrección (que Lenin consideró prematura), y la publicación de documentos falsificados en los que se afirmaba que Lenin «era un espía alemán», produjeron una reacción popular contra él, y redujeron el carisma del bolchevismo a su nivel más bajo desde la Revolución de marzo; el propio Lenin tuvo que volver al exilio, esta vez a Finlandia.



Los bolcheviques toman el poder

No transcurrió mucho tiempo para que los bolcheviques recuperasen su posición. Mientras el gobierno provisional restauraba el orden en Petrogrado, tras el levantamiento bolchevique, el general Brusilov lanzaba una nueva ofensiva contra el frente oriental, con la esperanza de repetir sus éxitos del año anterior. El fracaso de esta ofensiva supuso la desintegración de la mayor parte del ejército ruso. En el mes de octubre había unos dos millones de desertores. «Los soldados —como dijo Lenin— votaron por la paz con los pies.» En el campo, los propios campesinos se distribuían las propiedades de los nobles.

En septiembre, el general Kornilov, comandante en jefe ruso, alarmado por el derrumbamiento de la autoridad gubernamental, intentó hacerse con el poder. Para defender Petrogrado, el gobierno provisional se vio obligado a pedir el apoyo bolchevique y proporcionar armas a los «guardias rojos» de éstos. Por otra parte, las tropas de Kornilov se negaron a marchar hacia Petrogrado, y la insurrección terminó sin que se disparase un solo tiro. Aunque fracasado, el levantamiento destruyó, empero, la escasa autoridad que aún permanecía en manos del gobierno provisional. Los bolcheviques pretendieron haber salvado a Rusia de la contrarrevolución y se convirtieron en los héroes del momento. A fines de septiembre, obtuvieron la mayoría en los soviets de Petrogrado y Moscú por primera vez.

Fue entonces cuando Lenin decidió la insurrección inmediata. Sin embargo, el comité central bolchevique, más cauto, no dio su consentimiento hasta la última semana de octubre. La sublevación armada fue organizada por un comité militar revolucionario, dirigido por León Trotsky con mano maestra. La toma bolchevique del poder se produjo los días 6 y 7 de noviembre de 1917 (24 y 25 de octubre según el antiguo calendario ruso). Como Stalin escribió con motivo del primer aniversario de la Revolución de octubre, en un artículo que luego le resultaría embarazoso: «La organización práctica de la Revolución fue dirigida personalmente por el presidente del soviet de Petrogrado, camarada Trotsky. Puede afirmarse que la adhesión de la guarnición [de Petrogrado] al soviet y la vigorosa actuación del comité militar revolucionario, se deben principalmente al camarada Trotsky».

El 8 de noviembre de 1917, al día siguiente de su toma del poder, los bolcheviques emitieron un decreto en el que pedían una paz «justa y democrática». En diciembre, firmaron un armisticio con Alemania y empezaron a negociar la paz en

Brest-Litovsk. Alemania exigió, como precio por el establecimiento de la paz, el desmembramiento de Rusia occidental: la cesión a Alemania de las provincias bálticas, la Rusia blanca, Ucrania y el Cáucaso. Lenin insistió en que Rusia no tenía más opción que firmar la paz en las condiciones exigidas por Alemania.

No obstante, una mayoría del comité central bolchevique pretendía proseguir la guerra. La opinión de Lenin prevaleció después de amenazar por dos veces con dimitir. Finalmente, el 3 de marzo de 1918, Rusia firmó la Paz de Brest-Litovsk. Lenin arguyó que Rusia había sufrido un revés temporal que pronto sería barrido por la oleada de la revolución, que avanzaría irresistible a través del continente europeo. En realidad, la Paz de Brest-Litovsk fue desarticulada por la victoria aliada en el frente occidental.

Victoria en el oeste

En 1917 la mayoría de dirigentes políticos de los países en guerra fueron relevados. En Gran Bretaña, Lloyd George había sustituido a Asquith como primer ministro a fines del año anterior. En Alemania, el gobierno civil dio paso a una dictadura militar bajo la dirección nominal del mariscal Hindenburg, pero el poder real lo detentaba su ayudante, el general Ludendorff. En Francia, el general Nivelle, el más joven de los jefes del ejército francés, sucedió a Joffre como máximo dirigente militar. Nivelle presentó un plan «relámpago» para poner fin a la guerra en la primavera de 1917, el cual sedujo al gabinete francés, e incluso a Lloyd George, siempre escéptico con respecto a las afirmaciones de los militares.

Ignorando casi todas las lecciones de los últimos dos años, Nivelle cifró sus esperanzas en la «violencia» y la «brutalidad» de la embestida francesa. Prometió que la victoria sería «segura, rápida y de poco coste»: un millón y medio de franceses no podían fallar. La batalla comenzó en abril y prosiguió durante tres semanas. Cuando finalizó, Nivelle había avanzado 6,5 kilómetros en profundidad, a lo largo de un frente de 27 kilómetros, un resultado notable en comparación con lo conseguido en cualquier ofensiva aliada anterior. Pero no era la victoria decisiva que había prometido. En mayo, Nivelle fue sustituido por Pétain, el héroe de Verdún.

El fracaso de la ofensiva de Nivelle llevó a un punto álgido la desmoralización en el ejército francés. Se produjo un motín a gran escala: 100.000 soldados franceses fueron sometidos a consejo de guerra, y se declaró culpables a 23.000 de ellos.

Pétain se enfrentaba con un problema difícil. Si la represión era demasiado severa, el motín se convertiría en una rebelión. Si no era lo bastante firme, el ejército podría desintegrarse. Algunos soldados fueron fusilados por «alentar a los demás» (oficialmente 55, y muchos más extraoficialmente), pero se duplicaron los permisos y mejoraron las condiciones en el frente. Lo más importante de todo fue que el ejército francés obtuvo la seguridad de que no habría una nueva ofensiva francesa durante el resto del año.

A Haig no le consternó el motín francés. «Durante los dos últimos años —escribió en su diario a fines de mayo— hemos llegado a la conclusión de que Gran Bretaña debe dar los pasos necesarios para ganar la guerra por sí misma.» En la batalla de Passchendaele, que tuvo lugar entre julio y noviembre de 1917, Haig inició aquella estrategia. El alto mando francés condenó toda la ofensiva por adelantado. El propio Foch, entonces jefe del Estado Mayor francés, que se inclinaba temperamentalmente por el ataque, describió el plan de Haig como un «desfile de patos... inútil, fantástico y peligroso».

La ofensiva coincidió con las lluvias más intensas habidas en treinta años. Passchendaele se convirtió, aún más que el Somme, como dijo Lloyd George, en «la batalla del fango». Haig y sus oficiales del Estado Mayor, escribió amargamente Lloyd George: « ...nunca fueron testigos, ni siquiera a través de un telescopio, de los ataques que habían ordenado».

Al igual que después de la batalla del Somme, Haig cifró sus esperanzas en cálculos exagerados de las bajas alemanas y se persuadió de que les estaba desgastando. De hecho, las bajas británicas probablemente superaron en número a las de Alemania en una relación superior a la de tres contra dos (más de 300.000 contra menos de 200.000). Además, la retirada de Rusia de la guerra hizo posible transferir grandes contingentes de tropas alemanas del frente occidental al oriental.

La última ofensiva alemana

Como resultado de su victoria en el este, Alemania tenía, en marzo de 1918, en suelo francés, 20 divisiones más que el total combinado de los aliados. Sin embargo, Ludendorff sabía perfectamente que esta ventaja era temporal. Tan pronto llegasen a Francia grandes contingentes de tropas norteamericanas, la situación cambiaría. Ludendorff llegó a la conclusión de que Alemania debería aventurarse



Arriba, el mariscal Ferdinand Foch que en 1918 asumió el mando de las fuerzas aliadas. (Museo di Storia Contemporanea, Milán.)

Página anterior, la pintura de realismo soviético titulada Lenin distribuye consignas.



en una ofensiva final, con todas sus fuerzas, antes de perder su ventaja numérica.

Tras los primeros días de la ofensiva alemana, Pétain hablaba como si la guerra estuviese prácticamente terminada. «Los alemanes —dijo a Clemenceau— batirán a los británicos en campo abierto, y después nos vencerán a nosotros.» Según Haig, Pétain era «un jefe acabado, pues había perdido su sangre fría».

El pesimismo de Pétain indujo a los británicos a tomar la iniciativa, a principios de abril. Foch fue nombrado primer comandante en jefe de los ejércitos aliados en Francia. No obstante, el propio Foch era poco optimista. Cuando Clemenceau le felicitó por su nombramiento, replicó: «¡Un regalo envenenado! Usted me entrega una batalla perdida y me pide que la gane». En junio de 1918, los alemanes estaban una vez más en el Marne y amenazaban París.

Pero, aunque los aliados tenían pocos motivos para sospecharlo, el mayor peligro había pasado. Pese a que el avance alemán excedió con mucho a lo logrado por los aliados desde la apertura del frente occidental, las tropas alemanas organizaron mal sus transportes y artillería, y fueron incapaces de aprovechar al máximo su ataque. Durante el mes de julio, la guerra declinó en favor de los aliados.

El inicio del derrumbe alemán fue la victoria británica en Amiens, el 8 de agosto. Ludendorff escribió más tarde: «El 8 de agosto fue el día negro del ejército alemán. Fue la peor experiencia que tuve que sufrir...»

La batalla de Amiens anticipó ya las batallas de la II Guerra Mundial. Mostró también hasta qué grado habían evolucionado los métodos de la guerra desde el inicio del conflicto. Cuando Gran Bretaña entró en guerra, en agosto de 1914, las espadas de los oficiales todavía eran afiladas por el armero del regimiento, y en el frente, los soldados preparaban granadas caseras con botes vacíos de mermelada.



Izquierda, fábrica de armamento para las fuerzas aliadas. Millones de ciudadanos se dedicaron a trabajar en las industrias que abastecían el frente. Aunque las condiciones a veces eran duras, no se podían comparar con las de los soldados.

Página anterior, carros blindados belgas en un ataque en la Galitzia, al norte de los Cárpatos, en los combates que enfrentaron a rusos y austro-alemanes en 1916. Ilustración de Le Petit Journal. *(Bibliothèque Nationale, París.)*

En la batalla de Amiens, en agosto de 1918, las tropas británicas avanzaron detrás de un escudo de tanques, protegidos por una rudimentaria cobertura aérea dirigida por radio desde tierra.

Durante la ofensiva aliada final, el invencible optimismo de Haig, que hasta entonces había sido entorpecedor, se convirtió en una ventaja valiosa. Foch, incluso después de la batalla de Amiens, no creía en un avance decisivo hasta abril de 1919. En cambio, Haig estaba convencido de que la guerra podría, y debería, ser ganada mediante una ofensiva total en otoño de 1918, antes de que el enemigo tuviera la oportunidad de recuperarse. El ejército británico, fortalecido por sólidas divisiones de Canadá y Australia, asumió la dirección en la etapa final de la guerra. En los tres meses transcurridos entre la batalla de Amiens y el armisticio del 11 de noviembre, el ejército británico, al mando de Haig, capturó 188.700 prisioneros y 2.840 cañones.

La derrota de Alemania se aceleró por el derrumbe de sus aliados. Las fuerzas occidentales, que habían sido encerradas en una cabeza de puente balcánica, en Salónica, durante los últimos tres años, lograron lanzar una ofensiva triunfante y obligaron a Bulgaria a firmar la paz, a fines de septiembre. Un mes más tarde Turquía hizo lo mismo, y el Imperio austrohúngaro, ya a punto de desintegrarse, solicitó un armisticio.

En agosto, cuando las reservas de Alemania estaban casi agotadas, el ejército norteamericano en Europa sumaba ya un millón y medio de hombres, y aumentaba en la proporción de 300.000 al mes. Cuando se firmó el armisticio, en noviembre de 1918, Alemania aún no había sido invadida, y la línea de su frente todavía se hallaba en suelo francés y belga. Alemania capituló, no porque hubiera sido vencida en el campo de batalla, sino porque su pueblo y sus líderes habían perdido la esperanza en la victoria.

Churchill escribió que la victoria «se había logrado a tan alto precio, que casi no se la distinguía de la derrota». En la guerra habían muerto no menos de 10 millones de hombres, y muchos más quedaron mutilados. Todas la grandes potencias de Europa sintieron, como Gran Bretaña, que habían perdido una generación. Ahora, el talante del pueblo británico era muy distinto del entusiasta patriotismo de agosto de 1914. Los jóvenes idealistas que se habían congregado bajo las banderas en 1914, esperando encontrar en el frente un objetivo vital, regresaron abrumados por la sensación de la inutilidad de la guerra.

En los años de entreguerras, políticos e intelectuales trataron de cargar las culpas de la enorme carnicería, no a las exigencias de la propia guerra, sino a la ineptitud de los generales. Y no obstante, a pesar de los errores militares, la victoria no podría haberse logrado sin el sacrificio de millones de vidas. Sin la experiencia de las terribles batallas de los últimos cuatro años, el ejército alemán, en noviembre de 1918, no hubiera perdido la voluntad de resistir.



La Revolución rusa

Independientemente del juicio que merezca el proceso revolucionario soviético iniciado en 1917, lo cierto es que constituye uno de los acontecimientos esenciales del siglo XX. Un hecho que ha condicionado la evolución histórica posterior a nivel mundial.

La revolución soviética realizada en Rusia pretende haberse fundamentado en las teorías de Karl Marx, lo cual es en parte cierto y en parte no. El gran conductor del proceso revolucionario ruso fue indiscutiblemente Vladímir Ilich Uliánov, conocido como Lenin, un hombre de carácter férreo y voluntad inagotable, versado en leyes y con una amplia cultura occidental, dotado de una asombrosa facilidad para la condensación de las ideas filosóficas, políticas y sociales, animado de un incansable aliento pedagógico que le llevó a pronunciarse acerca de los más nimios problemas organizativos, estratégicos, tácticos, sociológicos, históricos y culturales, polemizando con detractores y críticos de muy diversa índole.

Hemos iniciado el párrafo anterior señalando lo complejo que resulta atribuir a Marx los fundamentos ideológicos de la Revolución rusa. Y ello es así por muy diversas razones. En primer lugar, es manifiesto que en sus esquemas históricos, el autor de *El Capital* pensó siempre en un socialismo implantado en las sociedades capitalistas industriales de Europa occidental, y más concretamente en Gran Bretaña, así como en Alemania y Francia. Nunca pensó Marx la posibilidad de que el socialismo pudiera desarrollarse en una sociedad rural, muy atrasada industrial y culturalmente, como la sociedad rusa. Es más, en sus escritos sitúa siempre a este país como uno de los más atrasados de Europa, abocado a una lucha por el des-



Lenin habla a los obreros de la fábrica de Putilov en mayo de 1917, *una de las numerosas obras del realismo socialista que representan la actuación del máximo organizador de la revolución.*

plazamiento de las estructuras feudales y el triunfo de un hipotético proceso revolucionario de carácter burgués que promoviera un capitalismo industrial. Sin clase obrera industrial, señalaba Marx, «no es posible instaurar el socialismo». La socialización de la pobreza no entraba en los cálculos marxianos. Solamente las potencias industriales entrañaban el embrión de un potencial socialismo.

Y sin embargo, una revolución en principio socialista estalló en un país eminentemente atrasado como Rusia, y no ocurrió en cambio en los países situados en la vanguardia de la industrialización. En un plano teórico, ello fue posible merced a la férrea capacidad dirigente de Lenin y a la existencia de un partido de revolucionarios profesionales, forjado por él, que en la fluida coyuntura de 1917 aprovecharon el vacío de poder para asaltar y tomar los aparatos del Estado, desde donde iniciaron la dirección de una revolución a la que denominaron «socialista». En la práctica, todo fue mucho más complejo, y la realidad actual nos muestra que el socialismo soviético es tan peculiar que difícilmente encaja con los esquemas de lo que en realidad debería de ser, si es que realmente es socialismo una sociedad estatalizada.

Por otra parte, los revolucionarios rusos dirigidos por Lenin, es decir, Trotsky, Bujarin, Zinóviev, Kaménev, Rádek, Stalin, etc., actuaron políticamente utilizando elementos de la sociología política forjada incipientemente por Marx. Esto es, reco-


В. Навозовъ.

gieron la idea de la necesidad de una vanguardia que dirigiera la lucha de clases como si de una auténtica guerra se tratara. Esa vanguardia, el Partido Comunista, sería el «estado mayor» dirigente de las masas proletarias en el proceso revolucionario. En el fondo, los revolucionarios leninistas recogían el espíritu dirigista de Marx y su desconfianza hacia las masas proletarias. En cierta ocasión, Marx había señalado que el proletariado industrial «o es revolucionario, o no es nada; o es revolucionario, o es una masa de hombres y mujeres esclavos». Asimismo, los bolcheviques recogían la idea política marxiana de que el socialismo debe ser centralista y utilizar el aparato estatal como instrumento de organización en su tránsito hacia la sociedad comunista.

Resumiendo, los bolcheviques recogían de la teoría política de Marx el elemento elitista y centralista-estatalista. Elementos que ya habían enfrentado al propio Marx, durante la I Internacional (1864), con los socialistas libertarios, partidarios de un socialismo descentralizado y federalizante, que luchara desde un primer momento contra los dirigismos, y muy especialmente contra el Estado. Para Marx, la I Internacional, en tanto que convergencia de una élite de vanguardia, debía ser aquel «partido» director; para los socialistas libertarios, la organización debía ser federalista, pues «es necesario que refleje —decía Bakunin— la sociedad por la que luchamos».

Y recogiendo aquellos elementos teóricos de Marx, los revolucionarios bolcheviques rusos intentaron aplicar un desarrollo socialista marxista en una sociedad tremendamente atrasada, con un proletariado urbano industrial muy reducido.

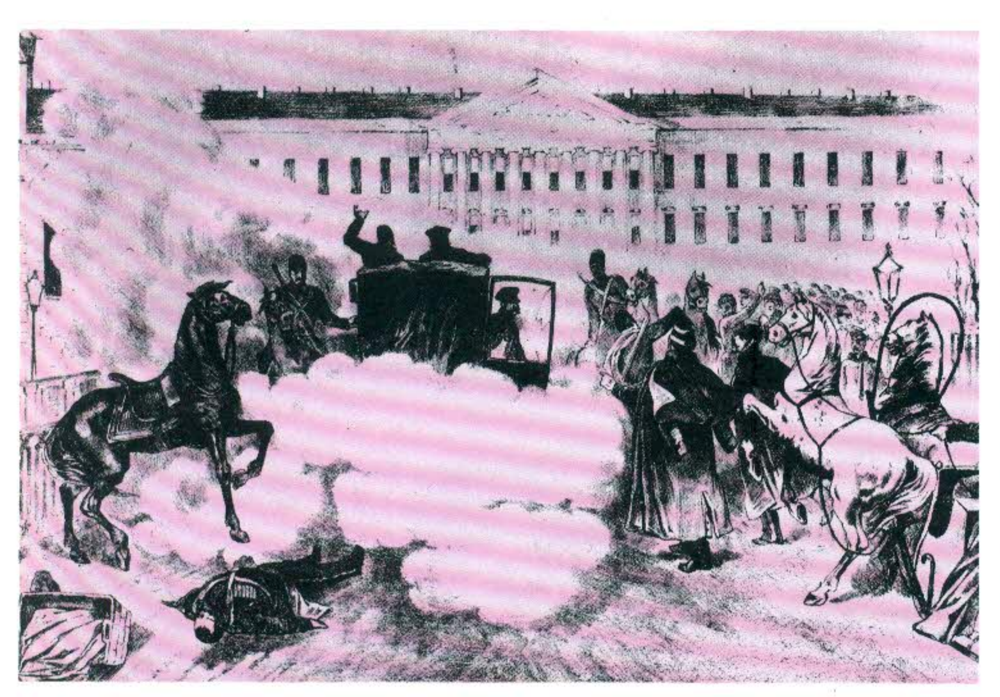
Esta complejidad, y los hechos que se han desarrollado hasta nuestros días, han generado valoraciones muy diversas de la Revolución rusa. El mismo Trotsky, en su exilio, había señalado que Rusia era un «Estado obrero degenerado», pero que conservaba potencialmente la energía esencial para reactivarse por una senda correcta. Y esta tesis fue asimilada por sus seguidores, que todavía la mantienen, desde Burnham y Victor Serge, hasta Ernest Mandel. Otros autores y estudiosos, como el economista y sociólogo Paul Mattik, asimilan el modelo soviético con una formación social precapitalista, pues «representa un retroceso histórico». El economista Charles Bettelheim lo identifica con un «capitalismo de Estado». Milovan Djilas ha señalado la naturaleza explotadora de la clase dirigente soviética —la burocracia estatalista—. El historiador Isaac Deutscher atisbaba aún ciertas facetas socialistas, pues la clase dirigente estaba condicionada por su carácter de «depositaria de la esencia revolucionaria». Rudolf Bahro llama a los modelos de las democracias populares «socialismo real», denunciando su carácter burocrático. Para Cornelius Castoriadis se trata de un «despotismo oriental». Todo esto resulta muy significativo, si se tiene en cuenta que estos autores hablan desde posiciones ideológicas de izquierdas, y muchos de ellos en nombre del propio marxismo.

Ya en 1917, Rosa Luxemburgo, la revolucionaria polaco-alemana, había señalado que la hegemonía del «partido» sobre la clase, que lo «convierte en un auténtico vigilante nocturno sobre el proletariado», acabaría asfixiando al socialismo. Unos años más tarde, Trotsky diría que «el partido ha suplantado a la clase; el Comité Central, al partido; el Buró Político, al Comité Central; y finalmente, el secretario



Arriba, «El capitalismo ruso y su fábrica de dinero», cubierta de la revista Budilnik (El despertar) *de 1894.*

Página anterior, mercado ruso, ilustración de una obra de Tolstoi.



general, al Buró Político». «Stalin –añadiría– es el sepulturero de la Revolución.»

Los prolegómenos

La decadencia del zarismo fue larga. La endémica situación de miseria del campesinado venía siendo denunciada desde mediados del siglo XIX, y encontró un eco permanente en la crítica de dos personalidades como Alexander Herzen y León Tolstoi, socialista romántico el primero y anarquista pacifista el segundo.

Ya de aquella etapa data la formación de grupos activistas. Por una parte, los nihilistas, nombrados así por el literato Ivan Turgueniev en su célebre novela *Padres e hijos* (1862). Se trataba de grupos de acción violenta partidarios del ideario anarquista de Bakunin, que ante la impotencia de una actividad sosegada, por la tremenda represión existente en el país, sembraron de bombas y atentados la vida oficial rusa. Natcheiev fue uno de los máximos dirigentes de esta tendencia. Por otra parte, los populistas (*Narodnik*) optaron por una actividad más pedagógica para levantar la conciencia revolucionaria del campesinado, pero el peso de la religión y el fatalismo histórico eran un valladar insalvable. Chernichevski intentó dar un contenido político a la lucha y promocionó la idea de formar «sociedades secretas», a imitación de los carbonarios de Europa occidental, difundiendo la consigna de «tierra y libertad», sin descartar la acción violenta en forma de atentados y sabotajes. En 1881, fue muerto en atentado el zar Alejandro II, sucediéndole Alejandro III.

A través de Plejánov, un sector de la intelectualidad rusa entró en contacto con las ideas de Marx y Engels, que hacían especial hincapié en la «organización de la revolución», y en el uso de la política y la pedagogía revolucionaria. Plejánov organizó el Partido Socialdemócrata, ideológicamente fundamentado en el ideario marxista.

La ofensiva revolucionaria indujo al zar a constituir, en 1881, la terrible policía política, la «Orjana», omnipresente en todos los sectores de la vida rusa. Su sucesor, Nicolás II, que accedió al trono en 1894, siguió una política represiva similar, obligando al exilio a los principales dirigentes socialdemócratas, como Plejánov, Vera Zasulich, Pavel Axelrod, y un joven abogado llamado Vladímir Ilich Uliánov, que comenzó una intensa actividad agitadora a través del periódico *Iskra*.

Lenin había sufrido ya persecución política y destierro en Siberia entre 1893 y 1900, período durante el cual estudió profundamente el marxismo y la historia. Luego, en su exilio, recorrió las principales capitales europeas –París, Londres, Ginebra, Viena, Munich–, contactando con todos los sectores rusos del exilio y con los socialistas europeos más destacados.

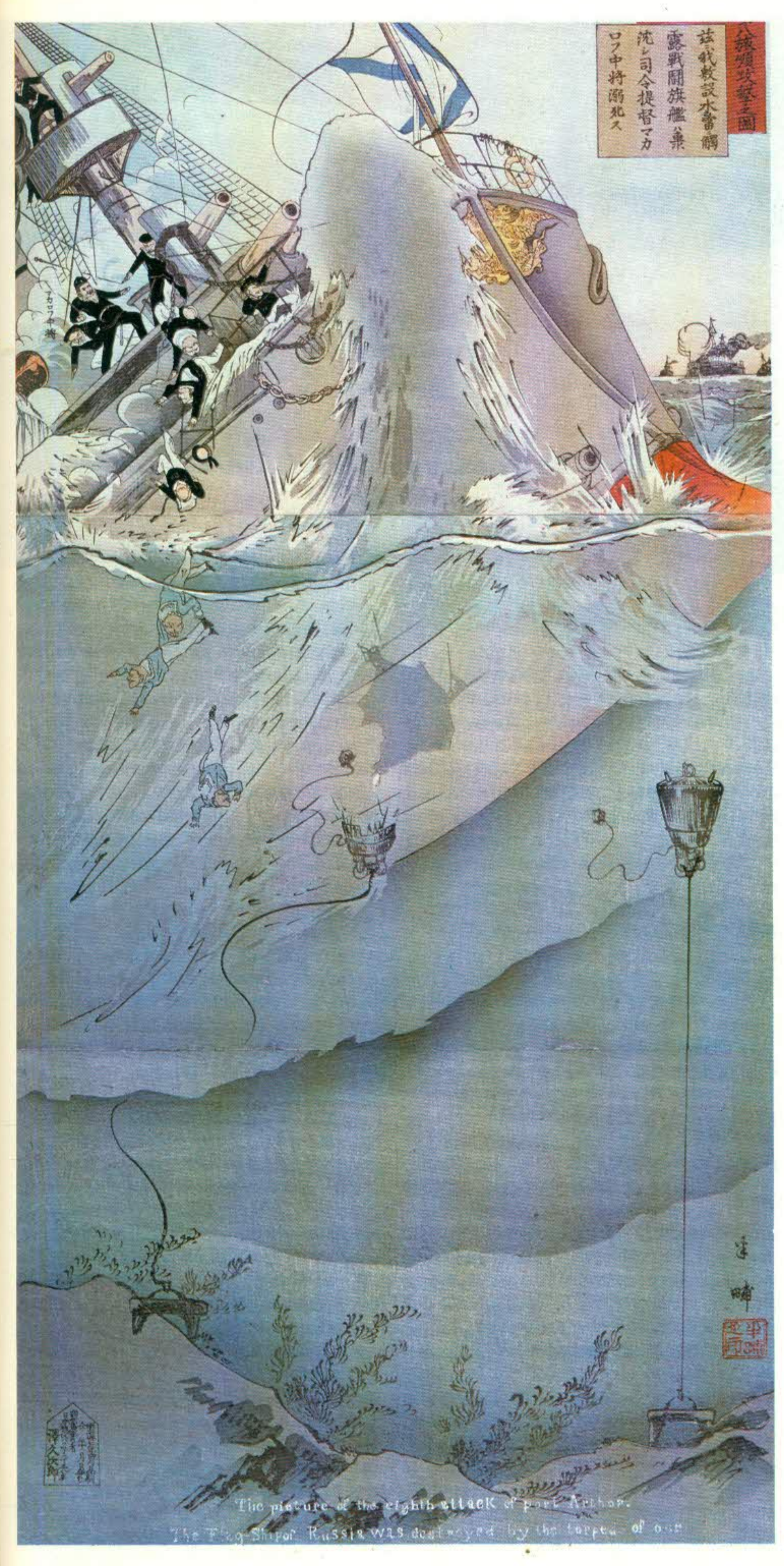
1905

A principios del siglo XX funcionaba en Rusia una agrupación política denominada Partido Socialrevolucionario, dirigida por Chernov, que anteponía la revolución «nacional» a la de clase, potenciando un frente populista que incluyera a todos los sectores perseguidos por el zarismo, burgueses, pequeñoburgueses, campesinos y obreros industriales, en una perspectiva de cambio social democrático.

Por otra parte, en 1903 se realizó el II Congreso del Partido Socialdemócrata Ruso, en las ciudades de Bruselas y Londres. Allí se produjo una escisión que habría de tener consecuencias a largo plazo, y que de hecho traducía las tensiones existentes, en el campo del socialismo marxista, entre moderados y radicales. La fracción menchevique representaba la moderación y defendía la perspectiva de promover en Rusia un pleno desarrollo del capitalismo como paso previo para alcanzar el socialismo, siguiendo los esquemas ortodoxos de Marx. En consecuencia, estaban decididos a apoyar una revolución democrático-burguesa, que permitiera la implantación en su país de un capitalismo avanzado. En esa estrategia se integraban personalidades como Martov, el propio Plejánov, y un inquieto intelectual autodidacta, brillante orador, llamado Leon Bronstein, más conocido como Trotsky. La fracción bolchevique, comandada por Lenin, preconizaba la necesidad de saltar la etapa de la revolución democrático-burguesa, señalando que la naturaleza del capitalismo ruso no permitía abrigar esperanzas para un derrocamiento del zarismo feudalizante. Los bolcheviques eran partidarios de una instalación de la «dictadura del proletariado», como Estado de la clase obrera industrial y del campesinado pobre.

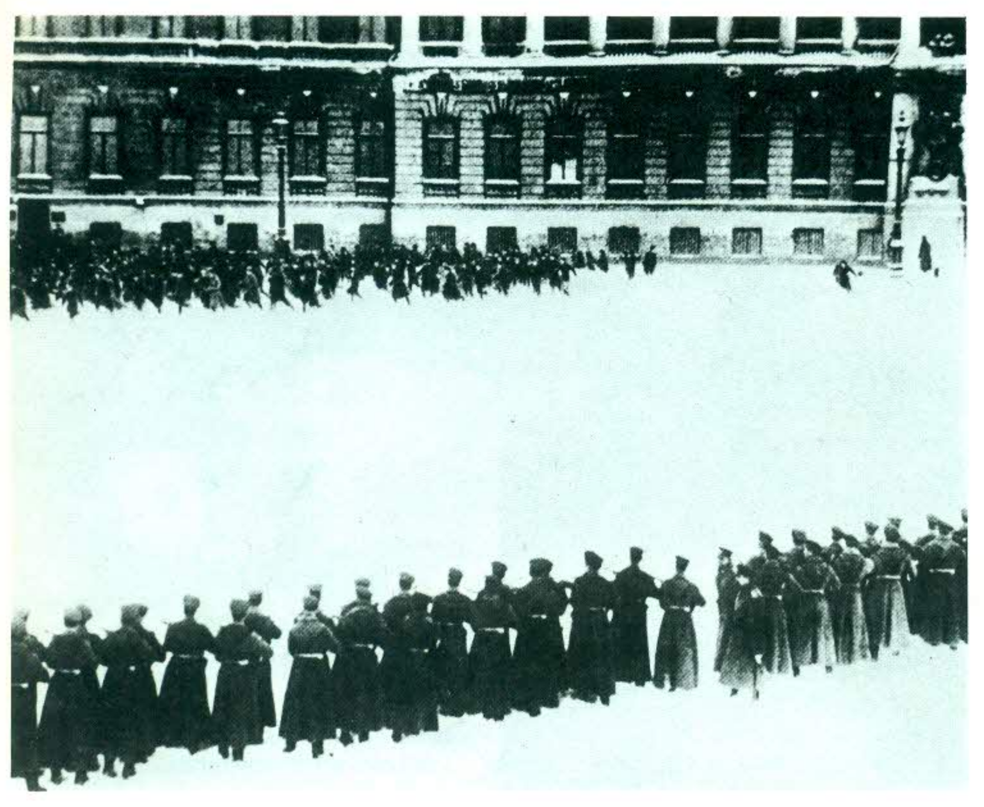
En 1904 y 1905, Rusia sufrió duros reveses militares frente a una potencia considerada como de «segundo orden», Japón. La guerra ruso-japonesa puso de manifiesto la corrupción de la administración zarista y la incompetencia de sus responsables, civiles y militares. El impacto que produjo en la población más sensibilizada de las ciudades fue enorme.

En 1905 estalló un movimiento revolucionario que tuvo como centro principal la ciudad de San Petersburgo, donde el 9 de enero el ejército descargaba sus fusiles contra una masa de manifestantes pacíficos comandados por el pope Gapon. Los manifestantes apoyaban a una comisión que exigía una entrevista con el zar. Las muertes provocadas por esta acción desataron una oleada de violencia en todo el territorio europeo de Rusia: las huelgas se generalizaron, y la rebelión se introdujo en el ejército. La tripulación del acorazado *Potemkin* se amotinó, y también la guarnición de Kronstadt. Al amparo de esta primera revolución, se generalizaron unas células sociales de base, llamadas «soviets», integradas por campesinos, obreros y soldados, embriones de la organización revolucionaria que desempeñaría un importante papel en 1917.



Izquierda, pintura japonesa que describe artísticamente el hundimiento de un acorazado ruso al chocar con una mina submarina, durante la guerra ruso-japonesa (1904-1905).

Página anterior, asesinato del zar Alejandro II el 13 de marzo de 1881, en San Petersburgo.



Alertado ante la tensión provocada por el movimiento, el zar inició una etapa de tímidas reformas económicas. Entre otras cosas, prometió la institucionalización de un parlamento, o «Duma», nombrando primer ministro al aristócrata reformista Stolypin, que sería asesinado en 1911. Además, se impulsó un plan de industrialización con apoyo estatal, que mixtificaba el desarrollo del capitalismo, demostrativo de la falta de fuerza de la burguesía autóctona para imponer un capitalismo liberal que desarrollara plenamente las energías del sistema de la economía de mercado. Desde un punto de vista agrario, se programó una tímida reforma en la perspectiva de crear una clase media agrícola, los *kulaks*. Esta reforma removió los densos posos sociales y culturales del campo ruso, y ayudó al despertar de una conciencia campesina.

Mientras, desde un punto de vista político, se sucedieron tres Dumas: la de 1906, llamada «de las «esperanzas populares»; la de 1907, conocida como la «de la cólera del pueblo»; y finalmente, la de 1907-1912, llamada «de los señores, popes y lacayos». La cancelación en 1912 de la Duma, por decreto del zar, reabrió un paréntesis de agitación social y desprestigio de la monarquía, pues en la corte dominaba ahora la personalidad de un extraño «elegido de Dios», llamado Rasputín.

La descomposición fue a la vez frenada y acelerada por la Gran Guerra de 1914, en la que Rusia se involucró abiertamente. La incidencia bélica frenó inicialmente la actividad revolucionaria, situando en primer plano el «interés nacional». Pero cuando se comprobó que este interés se identificaba estrictamente con el interés del zar, los acontecimientos tomaron un giro imprevisible. Las vicisitudes bélicas marcaron el porvenir inmediato de Rusia.

La guerra como factor de revolución

La Gran Guerra de 1914 implicó profundos cambios en el equilibrio político mundial. Un factor decisivo para su desenlace fue la intervención en la misma de Estados Unidos a favor de la alianza anglo-franco-rusa, hecho que se produjo en abril de 1917, es decir, un año antes del final de la guerra.

Sin embargo, los ejércitos rusos habían sufrido ya en el frente oriental europeo diversas derrotas, tras un inicio favorable traducido en la victoria obtenida por las tropas rusas en Gumbinnen, en agosto de 1914. Ello obligó a los alemanes a evacuar el sector oriental de Prusia, hasta que Hindenburg frenó el avance ruso.

La reacción alemana tuvo sus frutos a finales de agosto de 1914, en la batalla de Tannenberg, cuando fueron cercadas las tropas rusas junto al río Neva. A mediados de septiembre, éstas se replegaban y abandonaban el territorio prusiano. La lucha se hizo especialmente dura en la Galitzia oriental, combatiéndose también en las estribaciones de la cordillera de los Cárpatos, donde se produjo una leve reacción rusa, dominando momentáneamente la Alta Silesia.

El año 1915 contempló ofensivas y contraofensivas por ambos bandos, y las tropas austro-alemanas ocupaban Varsovia en agosto de 1915 y Brest-Litovsk a principios de septiembre. Fue en este mes cuando el zar Nicolás II asumió el mando directo de las fuerzas rusas, en preparación de la ofensiva que tuvo lugar en 1916, dirigida por el general Brusilov, que fracasó, sufriendo su ejército gravísimas pérdidas. A partir de ese momento Rusia tenía perdida la guerra, y solamente podía esperar un cambio de la situación a partir del éxito de sus aliados en los frentes occidentales. Allí, tras un largo período de estancamiento, la situación comenzó a modificarse a favor de la entente franco-británica.

El ejército ruso estaba diezmado, y no sólo por la acción de las fuerzas enemigas, sino también por la propia ineficacia de los mandos. En la retaguardia se alentaba a la deserción y faltaban víveres. El contexto social era de absoluta descomposición. Un medio idóneo para que cristalizara la latente revolución.

León Trotsky, excelente historiador, además de estratega militar y político, ha dejado notables referencias acerca de la Revolución rusa a lo largo de su dilatada obra investigadora y literaria. Él mismo señala que «la revolución nació de la guerra».

1917

San Petersburgo fue el epicentro del inicio de un movimiento insurreccional de gran envergadura. El 27 de febrero, numerosos cuerpos del ejército allí acantonados apoyaron las iniciativas revolucionarias. Sobre esta base, se formó el Comité Provisional del Soviet Obrero. Al mismo tiempo, tras arduas negociaciones entre los socialistas moderados —mencheviques— y un sector de la aristocracia, se acordó la formación de un gobierno provisional presidido por el príncipe Lvov. Inmediatamente se anunciaba la abdicación del zar Nicolás II.

A partir de tal coyuntura, dos poderes coexistían en la capital intelectual rusa, que ahora asumía el nombre de Petrogrado: el del gobierno provisional, en cuyo programa figuraba la prosecución de la guerra para salvar el «honor nacional», y el del Soviet, con gran influencia sobre los medios obreros y militares. El punto inmediato de las exigencias políticas del Soviet radicaba en cesar la guerra y pactar una paz inmediata, en nombre de la tesis de





Arriba, Nicolás II (1868-1918), último zar de Rusia (de 1894 a 1917), con la zarina Alejandra y toda la familia. Murieron todos ejecutados por los bolcheviques en Ekaterinburgo.

Izquierda, tarjeta postal patriótica de 1916. El zar asumió el mando supremo del ejército en septiembre de 1915.

Página anterior, tropas disparando contra los manifestantes frente al palacio de Invierno, en San Petersburgo, el Domingo Sangriento (22 de enero de 1905). Aunque los disturbios afectaron a las fábricas y a las fuerzas armadas, el régimen zarista se mantuvo.

que aquella era una contienda «imperialista», ajena a los intereses del pueblo.

En esa situación, un hecho tendría gran impacto: la llegada de Lenin. El dirigente bolchevique llegó a su país proveniente de Suiza; el gobierno alemán le facilitó el viaje, en un tren especial. Este hecho tiene su explicación. Al gobierno alemán le interesaba la instalación en Rusia de un poder pacificador, que negociara la paz y se rindiera a las exigencias alemanas. Entonces, solventadas las dificultades en el frente oriental, el gobierno alemán podría concentrar sus energías bélicas en el frágil frente occidental. Esta fue la circunstancia que impulsó a los jefes políticos y militares alemanes a convertirse en elemento impulsor de la revolución rusa, aun sin ser plenamente conscientes de ello.

La llegada de Lenin, a principios de abril de 1917, radicalizó aún más a sus partidarios. Inmediatamente, el líder bolchevique elaboró, junto con Trotsky, que hacía escasas semanas se había adherido a los bolcheviques, las famosas «Tesis de abril», auténtico programa revolucionario. Su elemento central era la consigna de «todo el poder para los soviets», manifestándose ya la exigencia de una socialización de la economía.

Sin embargo, los bolcheviques tenían dificultades para dominar el Soviet de Petrogrado, en donde confluían también otras fuerzas revolucionarias, y además, en el seno de la propia dirección bolchevique existían discrepancias acerca de la necesidad de tomar el poder o no.

En julio, los bolcheviques decidieron tomar el poder, pero la adhesión popular no fue lo suficientemente amplia, ni el ejército se mostró favorable. La acción fracasó, y Lenin tuvo que ocultarse en Finlandia. A principios de agosto, Kerenski era nombrado primer ministro.

De hecho, el nombramiento del socialista moderado Kerenski para la jefatura del gobierno culminaba la llamada «revolución de febrero», conceptualizada como un estadio en el cual se sentaron ciertas bases para establecer un poder burgués democrático, que impulsara un conjunto de reformas capaces de eliminar los residuos feudalizantes de la sociedad rusa y desarrollara una industrialización basada en la economía de mercado.

Simultáneamente, la situación en el frente de guerra se deterioraba, pues las deserciones eran masivas. A pesar de ello, el gobierno Kerenski insistía en la necesidad de proseguir la lucha.

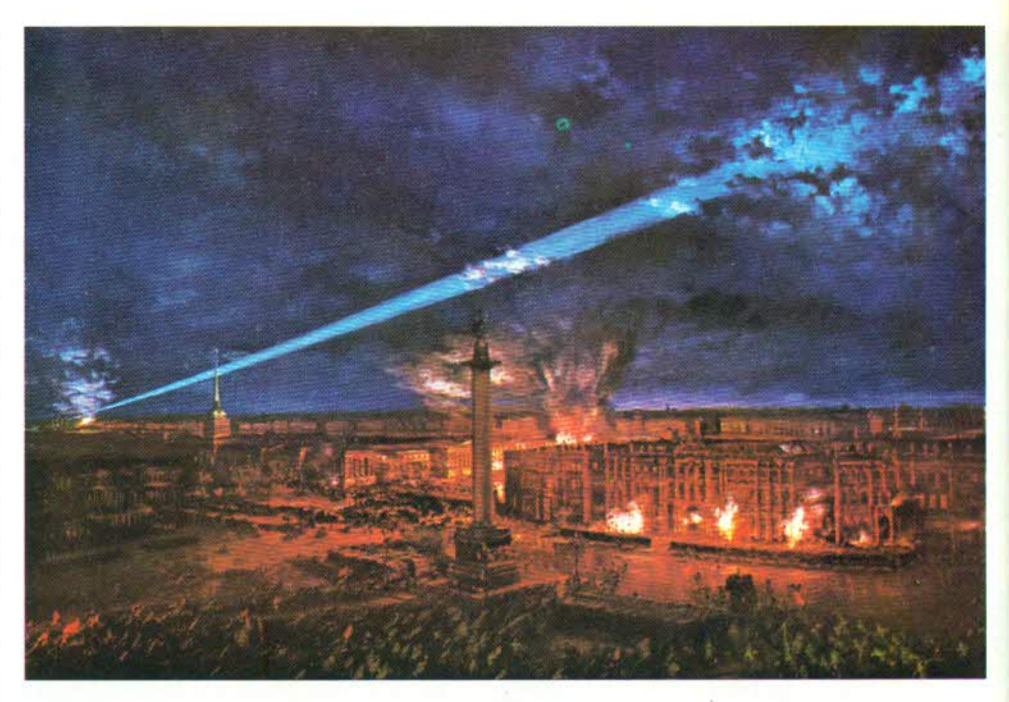
Por su parte, un general zarista, Kornilov, dirigió un intento de golpe de Estado a principios de septiembre, pero la situación era imposible para la viabilidad de un gobierno reaccionario.

A finales de octubre, Lenin se hallaba nuevamente en el país, clandestinamente. Y la dirección bolchevique analizó de nuevo la conveniencia de intentar la toma del poder. En el buró político dirigente figuraban, entre otros, Lenin, Trotsky, Zinóviev, Kaménev, Stalin y Bujarin. Lenin y Trotsky eran decididos partidarios de una acción enérgica y definitiva; Zinóviev, Kaménev y Bujarin, no; y Stalin no se decidía. El vacío de poder fue total cuando se supo que Kerenski había desertado. El 26 de octubre asumía el poder un Consejo de los Comisarios del Pueblo. Por otra parte, fuerzas insurreccionales dirigidas por Trotsky asaltaban el Palacio de Invierno, símbolo del poder estatal. La

primera medida del nuevo poder, dominado por los bolcheviques, a pesar de ser minoría en el Soviet, fue el cese inmediato de la guerra y la distribución de la tierra entre los campesinos, expropiando los latifundios sin indemnización de ningún tipo. Poco después, a propuesta de Lenin, se posibilitaba la libre autodeterminación de todos los pueblos sometidos a Moscú.

Las tensiones entre las diversas corrientes revolucionarias, que coexistían en el seno del máximo Soviet, estallaron a finales de diciembre de 1917. De hecho, los bolcheviques se oponían a que los socialrevolucionarios y anarquistas siguieran ejerciendo su influencia en el proceso de cambio, y estaban dispuestos a imponer su concepción revolucionaria. El 19 de enero de 1918, siguiendo órdenes de Trotsky, las tropas disolvieron la Asamblea Constituyente.

El poder quedaba prácticamente en manos de los bolcheviques, constituidos en Partido Comunista. La Paz de Brest-Litovsk fue la primera acción realmente importante del gobierno. Las negociaciones las dirigió Trotsky, y a pesar de que su objetivo era la pacificación inmediata, lo cierto es que el dirigente comunista intentó retrasar al máximo la firma de los acuerdos, pues preveía el fin de la guerra con la derrota alemana. Sin embargo, las potencias occidentales, que acababan de derrotar definitivamente a Alemania y Austria, decidieron extender su acción bélica a la Rusia bolchevique, hasta que el nuevo gobierno revolucionario decidió finalmente aceptar las condiciones de paz, que significaban la pérdida de Lituania, Curlandia, Estonia, Letonia y Polonia, y el reconocimiento de Finlandia y Ucrania como estados independientes.



La guerra civil

En julio de 1918 se proclamó la República Federal Socialista Soviética Rusa, adoptando como forma de Estado la Dictadura del proletariado, basada en el poder de los soviets. Se decretó al mismo tiempo la estatificación de la tierra y la industria. Por aquellas fechas, eran ejecutados todos los miembros de la familia real, en Ekaterinburgo.

Mientras, todas las fuerzas contrarrevolucionarias se reagruparon con el objetivo de derrocar a los bolcheviques y restaurar el Antiguo Régimen. Éste fue un error fundamental de los contrarrevolucionarios, que no supieron obtener el apoyo de otras fuerzas contrarias al comunismo, pero también opuestas a un retorno al «medievalismo». Así, las fuerzas burguesas fueron definitivamente rebasadas por los acontecimientos, pues la dicotomía era, o Dictadura del proletariado, o zarismo. La contrarrevolución, dirigida por los generales Kolschak, Denikin, Krasnov y Wrangel, llegó a constituir una seria amenaza contra el nuevo poder, y Trotsky asumió la dirección y reorganización del Ejército Rojo, utilizando para ello a numerosos cuadros de oficiales y suboficiales del viejo ejército zarista. En colaboración con los insurrectos, tropas japonesas y anglo-francesas desembarcaron en Siberia y ocuparon los puertos del mar Negro. Se retirarían en febrero de 1919, cuando Estados Unidos se negó a secundar la política intervencionista.

Dirigido hábilmente por Trotsky, el Ejército Rojo fue gradualmente derrotando a la contrarrevolución, y aún tuvo que afrontar, entre abril y octubre de 1920, la hostilidad bélica de Polonia.

La III Internacional

Mientras se desarrollaba la guerra civil, el movimiento revolucionario europeo —y mundial— se sintió sacudido por el triunfo del socialismo en Rusia. Moscú se convirtió en el centro de peregrinaje de todas las corrientes revolucionarias, y en el motor de la «inminente» revolución europea.

Bajo el influjo del triunfo bolchevique, Lenin impulsó la idea de una nueva Internacional, revolucionaria, que rompiera definitivamente los lazos con la socialdemocracia reformista, intelectualmente afecta a las ideas revisionistas de Bernstein y Kautsky.

En marzo de 1919 se fundó la III Internacional, comunista. Su punto esencial era el apoyo total a la revolución soviética. En su constitución se produjeron arduas discusiones. Los anarcosindicalistas, interesados inicialmente por la revolución soviética, se aproximaron al nuevo movimiento, pero desistieron rápidamente al comprobar los esquemas centralistas y autoritarios del mismo. Los espartaquistas alemanes, dirigidos por Rosa Luxemburgo, polemizaron con Lenin y Trotsky acerca del peligro de la hegemonía absoluta del partido y el centralismo burocrático.

Sin embargo, el nuevo movimiento revolucionario se cimentó definitivamente bajo el control total del Partido Comunista soviético. A él debían subordinarse las energías revolucionarias, mientras el socialismo no se extendiera por Europa, posibilidad ésta que parecía inminente, especialmente en Alemania.

Pero la revolución socialista no cristalizó más allá de las fronteras rusas, y el movimiento espartaquista alemán fue aplastado por los socialdemócratas instalados en el gobierno. La Revolución rusa quedó aislada.

La Rusia de Lenin: 1918-1924

Vencida la contrarrevolución y perdidas las esperanzas de una expansión de la revolución en Europa, el gobierno de Lenin decidió replegarse sobre sí mismo e iniciar el desarrollo del socialismo en Rusia. Antes, sin embargo, fue necesario reprimir otros brotes insurreccionales, esta vez provenientes de la izquierda crítica,



Izquierda, cartel soviético contra el imperialismo mundial.

Página anterior, la noche del 24 al 25 de octubre de 1917 (del calendario juliano, que equivale a 6-7 de noviembre de nuestro almanaque, el gregoriano) los rojos atacaron el Palacio de Invierno de San Petersburgo, mientras el crucero Aurora iluminaba la escena con sus reflectores.

pues socialrevolucionarios y anarcosindicalistas se oponían a la «nueva opresión» que se estaba forjando en el país.

La rebelión izquierdista de Kronstadt fue aplastada por el Ejército Rojo, comandado por el general Tujachevsky, siguiendo órdenes de Trotsky. Los bolcheviques solamente entendían el socialismo en una forma: con una férrea disciplina, y la sumisión de cualquier consideración a los intereses de la revolución, interpretada por ellos en exclusiva. El totalitarismo comunista comenzó, pues, a perfilarse tras la rebelión de Kronstadt.

Desde un punto de vista económico, la situación era caótica. Lenin había señalado en 1918 que, en Rusia, el comunismo era «comunismo más electrificación». Comenzó, pues, un proceso de industrialización acelerada, bajo la óptica del llamado «comunismo de guerra», basado en la nacionalización —estatificación— de todos los medios de producción, y en una planificación económica absoluta y rí-

gida. La iniciativa privada quedaba de hecho «fuera de la ley», pues el Estado se erigía en el gran administrador y gestor.

El historiador británico Edward H. Carr –profundo conocedor de la sociedad soviética, por sus cargos diplomáticos– ha señalado en sus estudios que el período revolucionario que abarca desde 1917 a 1921 constituye la fase «utópica» de la Revolución rusa. En esa fase, tal como hemos señalado, se desarrolló el programa del «comunismo de guerra», en el que todos los esfuerzos se concentraban en derrotar a la contrarrevolución, pero también a las otras corrientes revolucionarias partidarias de un socialismo distinto. Los bolcheviques pretendían implantar su propia utopía, y lo harían solamente ellos.

Trotsky, en 1920, había escrito lo siguiente: «Conocemos el trabajo de los esclavos, conocemos el trabajo de los siervos, conocemos el trabajo obligatorio y reglamentado de los gremios medievales, conocemos el trabajo asalariado, al que la burguesía llama "libre". Avanzamos hacia un tipo de trabajo socialmente regulado conforme a un plan económico obligatorio para todo el país, es decir, forzoso para cada trabajador ... Sabemos que todo trabajo es un trabajo socialmente coercitivo. El hombre tiene que trabajar para no morir. No quiere trabajar, pero la organización social le compele y empuja en esa dirección».

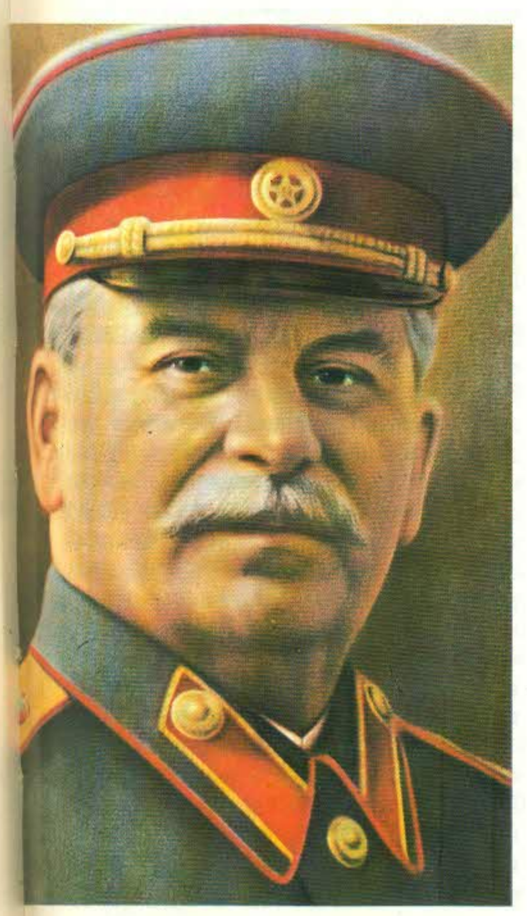
Por su parte, Lenin se dedicaba, además de las tareas de dirección política, a proporcionar al proceso revolucionario una «ilusión», a diseñar la «utopía» y su organización. Como profundo conocedor de la historia y de la psicología humana, sabía que la empresa que iniciaba era ardua, y que comenzaba en las peores condiciones posibles. Con ánimo pedagógico abordó su célebre libro *El Estado y la Revolución,* donde a partir de ciertos elementos de la teoría de Marx, elaboraba un plan del futuro. La llegada al comunismo debería hacerse a través de una fase de transición, la «etapa socialista», cuya forma de Estado es la «Dictadura del proletariado». En esa fase se realizaría la acumulación de capital socialista necesaria para abordar la fase superior, y en ella, asimismo, se crearían las condiciones para la gradual desaparición de las desigualdades sociales. En esta etapa, al haber Estado, afirma, habrá represión, «pues seguirán existiendo formas diversas de la lucha de clases», pero con el desarrollo socialista ésta se extinguirá. Y al extinguirse la lucha de clases, es decir, con la desaparición de las clases sociales, desaparecerán los antagonismos, y con ellos las ideologías, y finalmente el Estado, ya que al no existir contradicciones sociales, no tendrá función. Le sustituirá, entonces, un conjunto de mecanismos administrativos. Se entrará, pues, en la «fase comunista», en la que «la sociedad recibirá de cada cual según su capacidad, y le proporcionará según sus necesidades».



También por aquellas fechas, Lenin acostumbraba a citar a un antiguo nihilista ruso, Pisarev, de quien extrajo la siguiente reflexión: «Mi sueño puede que engarce con el curso natural de los acontecimientos, o acaso se extravíe por derroteros a donde el curso natural de aquéllos jamás pueda llegar. En el primer supuesto, el sueño ningún daño puede hacer; quizás incluso aliente al hombre en su labor ... Si a los hombres se les privara de su capacidad para soñar, si de vez en cuando no pudieran adelantarse, y con su imaginación observar en profundidad la obra que está comenzando a adquirir forma entre sus manos ...entonces no puedo realmente concebir qué fuerza les puede obligar a acometer y realizar empresas importantes y de gran aliento en las esferas del arte, de la ciencia y de la vida social».

Sin embargo, el Estado no iniciaría un proceso de extinción. Por el contrario, cada vez sería más poderoso, más extenso, más omnipresente.

El «comunismo de guerra» hubo de cesar, pues la base industrial y económica del país carecía de la solidez necesaria para su realización. En febrero de 1921 se formó la Comisión Estatal para la Planificación, o GOSPLAN, y al mes siguiente, el X Congreso del Partido Comunista determinaba la reformulación del proyecto global, adoptando la llamada Nueva Política Económica (NEP), que en palabras del propio Lenin significaba un



retorno transitorio a ciertas formas económicas capitalistas, aunque bajo la tutela estatal. El objetivo era reactivar la economía. La NEP comportaba libertad salarial y de comercio interior, dejando vía libre a la formación de empresas con capital privado, permitiendo asimismo la entrada de capitales foráneos y la imposición de tasas en especies a los campesinos. Bajo la esfera estatal permanecían la industria pesada, el sector de la construcción y el comercio exterior.

Paralelamente, los acuerdos comerciales con Alemania y Gran Bretaña supusieron un alivio para la crítica situación económica rusa, y de hecho el nuevo régimen comenzó a ser reconocido gradualmente por las principales potencias extranjeras. El cerco exterior se quebraba. Sin embargo, a nivel político el proceso fue contrario. No se liberalizó.

La ruptura revolucionaria de 1917 permitió una explosión cultural e intelectual sin precedentes. Surgieron cineastas de primerísima calidad, como Eisenstein, Pudovkin y Dovjenko; poetas como Maiakowsky; músicos como Strawinsky —que finalmente optaría por exiliarse—. La libertad de expresión permitió aquella irrupción de una generación creadora a todos los niveles. Pero las dificultades socioeco-

Arriba, participantes del VIII Congreso del Partido Comunista ruso, en marzo de 1919, en Moscú. En el centro, el tercero por la izquierda es Lenin (1870-1924); a su derecha, de uniforme, aparece Stalin.

Izquierda, Stalin (de verdadero nombre Yosif Visarianovich Dshugashvili, 1879-1953). (Fototeca Storica Nazionale, Roma.)

Página anterior, cartel del 1 de mayo de 1920, en Moscú, cuando Rusia se debatía en la Guerra Civil.

nómicas cerraban gradualmente las puertas de la libertad. En 1912 se dictaminó la prohibición de toda discrepancia política organizada, incluso dentro del partido. El derecho interno a disentir se diluyó. Los soviets se fueron unificando verticalmente, pero perdieron su capacidad de acción, cada vez más monopolizada por el partido. La policía secreta fue reorganizada en 1922, con el nombre de GPU. Y en abril de 1922, Stalin fue elegido secretario general del Partido.

De hecho, la figura de «secretario general» carecía de importancia. El cargo significaba una función meramente administrativa, y el propio Lenin nunca había sido titular del mismo. Sin embargo, en manos de Stalin la secretaría general se convertiría gradualmente en el órgano del máximo poder en el seno del partido, y por tanto, en el país.

Stalin procedió a reorganizar profundamente las estructuras del partido, aprovechando la escasa salud de Lenin y los largos períodos de ausencia de Trotsky de la capital, pues su labor de jefe del Ejército Rojo le obligaba a realizar continuos viajes por los confines del inmenso país. Stalin acabó depurando a todo sospechoso de discrepancia con él.

En el período 1923-1924 el proceso de burocratización fue gigantesco. En diciembre de 1922, el país adoptó la denominación de Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, integrada por la Rusia europea, Bielorrusia, Ucrania y Transcaucasia, a las que posteriormente se unirían Tadjikistán, Turkmenistán y Uzbekistán. Al mismo tiempo, la Constitución situaba al Soviet Supremo como órgano colectivo máximo del Estado, del cual emanaba un Presidium, centro real del poder.

A finales de 1923 la salud de Lenin empeoró, y sus problemas circulatorios debieron ser tratados en un hospital, donde pasó los últimos meses de su vida. Fue allí donde, analizando informes y sosteniendo entrevistas, acabó por apercibirse de la labor totalitaria y personalista de Stalin en el seno del Partido, del que dominaba ya los principales resortes con la colocación en los mismos de personas adictas a él. Por otra parte, la creciente burocratización de la vida social, acelerada por el secretario general, que utilizaba incluso a individuos provenientes del zarismo, creó en el ánimo de Lenin la idea de que aquél «no era el camino». Tras varios roces personales con Stalin, llamó a Trotsky a su cabecera y le señaló sin dilación: «La marea burocrática nos asfixia; estamos de fango hasta el cuello», añadiendo que la actividad de Stalin era nefasta, y que él, Trotsky, la personalidad más destacada y admirada de la revolución rusa —después del propio Lenin—, como jefe del ejército, debía poner fin a aquella situación.



Las vacilaciones de Trotsky, que no acababa de captar lo perjudicial de la labor de Stalin, fueron decisivas, pues cuando quiso reaccionar ya era tarde.

Lenin falleció el 21 de enero de 1924. Dejaba tras de sí la mayor aventura social de la humanidad, y también un cúmulo de problemas de extraordinaria entidad. En su testamento, el viejo líder bolchevique hacía un repaso de sus íntimos colaboradores y sus cualidades. De Stalin señalaba su propensión al personalismo y al burocratismo, así como su egoísmo y su escasa capacidad para entender los problemas desde una óptica distinta a la administrativa. No era el hombre adecuado para sucederle. De Zinóviev y Kaménev dijo que, aun siendo «excelentes camaradas», carecían de la decisión necesaria para presidir un proceso tan complejo como el iniciado en Rusia. De Bujarin reconoció su capacidad intelectual, pero afirmaba que sus vacilaciones eran excesivas. Trotsky, dijo, es un hombre muy orgulloso, excesivamente soberbio, pero su capacidad al frente del Ejército Rojo y su profunda cultura «le convierten en el sucesor más idóneo».

El testamento fue mal recibido por Stalin, quien de hecho haría caso omiso del mismo, y posteriormente lo ocultaría a las nuevas generaciones soviéticas.

La dictadura stalinista

Siempre propenso a la mordacidad, Lenin había dicho en una ocasión que Stalin era un «cocinero que hace guisos demasiado picantes».

Stalin no estaba dispuesto a ceder en la lucha por el poder, y Trotsky, tras haber perdido un tiempo precioso, comenzó a asumir el papel de jefe de la oposición al stalinismo. El antagonismo giró intelectual y políticamente en torno a dos opciones: la stalinista señalaba la necesidad de «construir el socialismo en un solo país», Rusia, dado el fracaso de la revolución europea —a esta construcción debían subordinarse todos los esfuerzos del proletariado mundial, pues la URSS era la «patria del socialismo»—. Frente a ella, el trotskismo promovía la tesis de la «revolución permanente», cuyo punto de partida era la consideración de la imposibilidad de construir el socialismo en un solo país, pues «el socialismo es internacionalista y universal», o no será. El Estado soviético «debe alentar la revolución mundial», y en el interior acelerar el socialismo, especialmente en el ámbito de la agricultura.

De hecho, la posición stalinista significaba un porvenir más sosegado, la trotskista exigía inmensos esfuerzos. Y Stalin fue ganando adeptos en el seno del Partido, iniciando una campaña de desprestigio contra Trotsky, que en 1925 fue ce-

sado como comisario de la Guerra, mientras el Congreso del Partido aceptaba sus tesis. Stalin contó con el apoyo de Bujarin, en tanto que Zinóviev y Kaménev favorecían a Trotsky. Fue decisivo el apoyo a Stalin de otro elemento de la vieja guardia bolchevique, Tomsky, jefe de los sindicatos.

La acción represora contra los trotskistas fue creciente, y el mismo Trotsky fue expulsado del Partido y deportado a Siberia. Sin embargo, Stalin –como señala el historiador Deutscher– no se atrevió a organizar un juicio público que hubiera culminado con la eliminación de su adversario, pues éste todavía poseía cierto carisma sobre las masas. En 1929 el antiguo jefe del Ejército Rojo fue expulsado de la URSS, iniciando un largo periplo de residencias, que desde Turquía le llevaría a México, donde sería finalmente asesinado en 1940 por Ramón Mercader del Río, un comunista catalán miembro de los servicios secretos stalinistas.

La purga de trotskistas incluyó a Zinóviev, que momentáneamente fue también expulsado del Partido. En 1930, Stalin adoptó en su política agraria los puntos de vista de Trotsky, y programó una intensa colectivización que provocaría la muerte de centenares de miles de campesinos, obligados a la fuerza a trasladar sus residencias y a trabajar en régimen forzado. Contrarios a esta política, los oposicionistas comenzaron a luchar contra Stalin, pero el poder de éste era ya omnímodo. Tomsky fue ejecutado en 1936, al igual que Zinóviev y Kaménev, acusados de trotskismo. Bujarin sería ejecutado después de un agitado proceso en Moscú, en 1938. Con él caía, en el interior, el último miembro de la vieja guardia bolchevique.

La construcción del socialismo en un solo país

La colectivización agraria impulsada por Stalin es un hecho que carece de parangón en la historia. Esta revolución exterminó violentamente a la antigua clase media de los ***kulaks***, surgidos con las reformas económicas del zarismo, y comportó la creación de las granjas colectivas, o *koljoses* –en donde los campesinos son propietarios de sus instrumentos, pero no de la tierra, que es estatal–, y también la de los *sovjoses*, granjas totalmente propiedad del Estado. En 1936 la colectivización abarcaba a la práctica totalidad del campo soviético, y 60 millones de campesinos se distribuían en más de 250.000 granjas colectivas.

Este proceso fue doloroso, y la producción agraria, sometida a los imperativos de la burocracia estatal, no ha acabado nunca de estabilizarse en la Unión Soviética, cuya producción de cereales, por ejemplo, sigue siendo insuficiente para abastecer el consumo nacional.

Desde un punto de vista industrial, la política se orientó hacia la prioridad absoluta de la industria pesada, aprovechando las ingentes riquezas carboníferas y férricas del subsuelo del inmenso país, y el



Arriba, monumento al Trabajo, en Moscú.

Página anterior, Stalin y Vorochilov en el Kremlin (1938), cuadro de Guerassimov.



continuo descubrimiento de nuevos pozos petrolíferos y de gas. En el año 1940 el país estaba electrificado prácticamente en su totalidad. Las perspectivas de un posible conflicto bélico, a finales de la década de 1930, decidieron a Stalin a potenciar en gran manera los sectores de la industria armamentista.

De todo ello se resintió la industria ligera y la de los bienes de consumo. Los sectores textil, alimentario, del calzado, etc., fueron subordinados a la perentoriedad de la industrialización pesada.

Culturalmente, la enseñanza fue desde un principio decretada como obligatoria, pública y gratuita. La escolarización era total en 1932, y en 1939 podía darse por desaparecido el analfabetismo, con 26 millones de alumnos escolarizados.

La reforma política constitucional de 1936 no produjo cambios sustanciales. La Unión Soviética estaba integrada por 11 repúblicas autónomas federadas: Armenia, Azerbaiján, Bielorrusia, Georgia, Kazán, Kirguistán, Rusia, Tadjikistán, Turkmenistán, Ucrania y Uzbekistán. El Estado seguía identificado con el partido único, y las elecciones se realizaban sobre las listas de éste.

Por debajo de las instituciones, Stalin y sus más íntimos colaboradores controlaban todos los mecanismos del poder. Molotov, Kaganovitch, Zdanov, Andreiev, Vorochilov y Beria despojaron al Partido de sus orígenes, en ideas y en personas. Las depuraciones fueron especialmente drásticas en el período 1936-1938, cuando, como hemos señalado, fueron juzgados y ejecutados los viejos compañeros de Lenin y del propio Stalin, acusados de «conspiración y sabotaje» contra el Estado soviético y de prácticas «antisocialistas». Cayeron, no sólo Kaménev, Zinóviev y Bujarin, sino también Tomsky, Radek, Muralov, Piatakov y Rikov, algunos de los cuales habían apoyado a Stalin en su lucha contra Trotsky.

Finalmente, la desconfianza de Stalin se centró en el ejército, en donde el dictador veía residuos y posos trotskistas. Tres mariscales, 13 generales y 62 oficiales fueron también ejecutados, y entre ellos el mariscal Tujachevsky, quizás el militar más prominente de aquella época, y en quien Stalin veía un posible usurpador del poder, aunque lo cierto es que aquel militar, formado bajo la tutela de Trotsky, carecía de aspiraciones en ese sentido.

La política exterior de Stalin, hasta el estallido de la II Guerra Mundial, fue de aproximación a los países occidentales. La diplomacia soviética, dirigida por Maxim Litvinov, consiguió el reconocimiento de la Unión Soviética por Estados Unidos en 1933, y al año siguiente se ingresaba en la Sociedad de Naciones. Frente al auge de los fascismos, la Unión Soviética indujo a los partidos comunistas a formar «frentes populares» con los socialistas y otras fuerzas de izquierda, y en la guerra civil española apoyó al bando republicano, condicionando la ayuda a la no internacionalización del conflicto y al protagonismo creciente de los comunistas españoles en el gobierno republicano. Agentes soviéticos, junto a comunistas stalinistas españoles, procedieron a las sangrientas purgas de mayo de 1937, realizadas en Cataluña contra la izquierda revolucionaria, anarcosindicalista y trotskista. Fue algo así como una prolongación de los procesos moscovitas.

En 1939, inopinadamente, y para sorpresa de los partidos comunistas afectos a los intereses de Moscú, Stalin decidió firmar un pacto de «no agresión» con la Alemania de Hitler. El estupor fue considerable. Era patente, una vez más, la unilateralidad de las decisiones de la Unión Soviética en el campo del comunismo.

La guerra con Alemania

A pesar del pacto Molotov-Von Ribbentrop, Alemania también declaró la guerra a la Unión Soviética, varios meses después de que el inicio de hostilidades alemán afectara a Francia y Gran Bretaña.

A lo largo de 1940, Alemania y la Unión Soviética tantearon la posibilidad de compaginar sus intereses en el conflicto contra las potencias occidentales, pero finalmente Hitler decidió que el este europeo era el medio geográfico «vital» para la expansión alemana, y el 22 de junio, sin previa declaración de guerra, tropas germanas atacaban posiciones soviéticas. Las fuerzas alemanas que iniciaron la apertura del frente europeo oriental se vieron reforzadas por el apoyo de Rumania, Hungría, Italia y un contingente de españoles agrupados en la llamada «División Azul». Todos ellos, a las órdenes de los militares alemanes.

Stalin ordenó la movilización popular para afrontar la defensa del país, en una «guerra patriótica» contra el fascismo. En caso de penetración alemana, el comité dirigente militar soviético señaló que se practicaría una acción de «tierra quemada» —al igual que ocurriera cuando las invasiones napoleónicas del pasado siglo—, organizándose cuerpos guerrilleros y reactualizando la figura de los mandos políticos en el ejército, los célebres «comisarios».

El avance inicial alemán fue fulminante en la segunda mitad de 1941. En el norte, las tropas hitlerianas llegaron hasta el lago Peipus, y en el centro y sur, tras varias victorias, alcanzaron las orillas del Dnieper. Asimismo, ocuparon la cuenca industrial de Donetz, y tras vencer en la batalla de Kiev, ocuparon Crimea. En el último trimestre de 1941 se produjo el ataque a Moscú. La capital soviética quedó prácticamente cercada, pero los alemanes decidieron aplazar el asalto a la misma hasta que pasara el durísimo invierno.

El año 1942 señala el inicio de la recuperación soviética en todos los frentes, y Hitler ordenó la resistencia a cualquier precio. Como consecuencia de ello, los alemanes consiguieron frenar la recuperación soviética, pero a pesar de sus victorias en Jarkov y de la toma de Sebastopol, el desarrollo de la guerra estaba paralizado por la tenacidad de la resistencia soviética. A principios de 1943 tuvo lugar la decisiva batalla de Stalingrado, quedando las tropas alemanas atenazadas por un movimiento envolvente. Von Paulus se rindió junto a 90.000 soldados. A partir de aquel momento, estaba claro que Alemania tampoco vencería en el frente oriental. El mérito de la victoria de Stalingrado se atribuyó a Stalin, quien fue promovido al mariscalato.

En octubre de 1944 los primeros destacamentos soviéticos entraban en Prusia, persiguiendo a las tropas alemanas que se batían en retirada. El 16 de abril de 1945 comenzó la gran ofensiva final soviética hacia Berlín, ciudad que capituló el 1 de mayo. Por otra parte, las tropas soviéticas avanzaban por toda Europa oriental, entrando en Hungría, Rumania, Bulgaria, Austria, Polonia y Checoslovaquia. Unos meses antes, en febrero, la Unión Soviética había declarado la guerra a Japón, en apoyo de Estados Unidos.

Las consecuencias de la guerra en la Unión Soviética fueron enormes. Cerca de 14 millones de soldados y no menos de 10 millones de civiles murieron en la contienda, a lo que se sumó la destrucción de una parte de la infraestructura industrial que tan costosa había sido de implantar.

Sin embargo, las contrapartidas políticas fueron importantes. La Unión Soviética conseguía, en los acuerdos de posguerra con los aliados, la configuración de un cordón de protección en su frontera europea. Todos los países de Europa oriental quedaban bajo la influencia soviética, con gobiernos dominados por los partidos comunistas, excepto Austria, que sería neutralizada, y Yugoslavia, donde el mariscal Tito mantenía celosamente su independencia, aunque organizaba un Estado socialista. Por otra parte, Alemania quedaba escindida en dos grandes zonas, y en el sector oriental los comunistas se instalaron en el poder, fundando la República Democrática Alemana.



Arriba, la universidad Lomonósov, de Moscú.

Página anterior, el Transiberiano, al cruzar los montes Urales en la Unión Soviética.



La Europa de posguerra

El presidente Wilson llegó a Europa en enero de 1919, con la esperanza de promover una reconstrucción fundada en los principios de la autodeterminación nacional y la democracia, con una Liga de Naciones que garantizara la paz. La delirante recepción que le dispensaron los pueblos de Europa aseguró su confianza. Él esperaba oposición de los gobiernos aliados, pero confiaba en que podría vencerla. «Gran Bretaña y Francia –había escrito en el verano de 1917– no tienen las mismas opiniones que nosotros respecto a la paz. Cuando la guerra finalice, impondremos nuestra manera de pensar.» Pero Gran Bretaña y Francia resultarían ser menos dóciles de lo que él había supuesto.

La base del acuerdo de posguerra fue el Tratado de Versalles, negociado en París durante el primer semestre de 1919. La conferencia de París no fue una reunión entre vencedor y vencido, sino una conferencia en la que los vencedores decidieron por sí mismos las condiciones a imponer al enemigo. Los detalles del acuerdo fueron elaborados por más de cincuenta comisiones, que celebraron más de 1.600 sesiones. Treinta y dos estados participaron en las discusiones, entre ellos países tan alejados de la lucha como Ecuador y Siam. Sin embargo, todas las decisiones importantes fueron tomadas por tres hombres: Wilson, Lloyd George y Clemenceau.

Dos dificultades principales obstruían el camino de la paz sin anexiones o indemnizaciones, que Wilson se había propuesto construir. La primera era el problema de la seguridad francesa. Apenas existe otro ejemplo, en la historia de la Europa moderna, de una nación tan agotada por su victoria, como Francia en noviembre de 1918. Gran Bretaña respiró con la rendición de la flota alemana, y la mayoría de las colonias alemanas fueron integradas a los dominios británicos. En cambio, Francia parecía haber obtenido una victoria pírrica. La mayor parte de la destrucción causada por las batallas en el frente occidental se concentró en suelo francés, y algunas de las principales industrias de Francia habían quebrado. Y lo que era peor: con el índice de natalidad más bajo de todas las grandes potencias, Francia tenía menos oportunidades que cualquier otra nación para restablecer sus enormes pérdidas de mano de obra. Incluso con la recuperación de Alsacia-Lorena, Francia seguiría siendo más débil, tanto en población como en recursos económicos, que la propia Alemania derrotada. Además, la alianza con Rusia, de la que anteriormente había dependido su seguridad contra Alemania, fue barrida por la Revolución bolchevique.

A pesar de su victoria en la I Guerra Mundial, el equilibrio de poder parecía pues más desfavorable a Francia al final de la guerra que al principio. Inicialmente, Clemenceau insistió en que la única manera de resurgir era separar Renania de Alemania y proporcionar a Francia unas cabezas de puente permanentes en el flanco derecho del Rhin. Wilson y Lloyd George se negaron a tomar en consideración el proyecto. Hicieron, en cambio, dos propuestas alternativas: primero, una ocupación aliada de Renania durante 15 años, junto con la desmilitarización per-

manente de esa zona y de una región con una anchura de 50 kilómetros en la orilla derecha del Rhin; en segundo lugar, una ocupación de El Sarre, también por 15 años (con la cesión a Francia de sus minas de carbón durante ese período), seguida por un plebiscito para decidir si debería pertenecer finalmente a Francia o a Alemania.

Se persuadió a Francia de que aceptara estas condiciones con una promesa anglonorteamericana de inmediata asistencia armada contra cualquier ataque alemán. No obstante, esta promesa no se cumpliría. El Senado norteamericano se negó posteriormente a ratificar el Tratado de Versalles, y por esta razón Gran Bretaña se declaró liberada de su propio compromiso con Francia. El segundo gran obstáculo para que se cumplieran las esperanzas de Wilson de una paz sin vencedores, fue la exigencia de reparaciones. La opinión pública en Francia y Gran Bretaña estaba indignada cuando se produjo la victoria. La campaña electoral que devolvió el poder a Lloyd George en diciembre de 1918 se realizó entre gritos de «colgad al kaiser« y «que Alemania pague». Eric Geddes, el primer lord del Almirantazgo (ministro de Marina) aseguró a sus electores que el gobierno exprimiría a Alemania «hasta que oigáis el chirriar de sus medallas militares». Incluso Lloyd George, aunque personalmente deseaba limitar la humillación de Alemania, se sintió obligado a prometer que Gran Bretaña «exigiría el coste completo de la guerra» como compensación.

Pese a los gritos de venganza que la rodearon, la exigencia de reparaciones estaba justificada. Era razonable esperar que Alemania, como agresor, pagase una proporción de las espantosas pérdidas que había infligido al resto de Europa, tanto más cuanto que sus propias pérdidas económicas habían sido más leves que las de la mayoría de sus contrarios.

Los aliados no fueron imprudentes en sus exigencias de reparaciones, sino en su forma de plantearlas. Obligaron a Alemania a firmar un cheque en blanco. Luego, a fin de justificarlo, incluyeron en el Tratado de Versalles la famosa cláusula de «culpabilidad de guerra», redactada por el joven John Foster-Dulles (más tarde secretario de Estado norteamericano): «Los gobiernos aliados y asociados afirman, y Alemania acepta, la responsabilidad de Alemania y sus aliados por causar todas las pérdidas y daños a los que los aliados, los gobiernos asociados y sus ciudadanos han estado sometidos a consecuencia de la guerra que les impuso la agresión de Alemania y sus aliados».

Esta declaración ofendió amargamente a la gran mayoría del pueblo alemán, que la consideró un insulto innecesario a la memoria de sus muertos.

La paz fue severa. Alemania perdió sus colonias, su fuerza aérea, la mayor parte de su flota, todo su ejército —salvo cien mil hombres— y más del 13% de su territorio (aunque la mayor parte de sus pérdidas territoriales, como la entrega de territorio polaco o el retorno de Alsacia-Lorena a Francia, podían justificarse por el principio de autodeterminación). Además, Alemania se enfrentaba con una indemnización de guerra, y se esperaba que tardase medio siglo en pagarla. No obstante, las bases fundamentales de la fuerza alemana, es decir, la unidad conseguida por Bismarck en 1871, el gran volumen de su población (aunque disminuido en un 10%) y la fuerza industrial que le había dado en 1914 la más avanzada economía en Europa, seguían esencialmente inalterables. Estos fueron los factores que, antes de 1914, habían hecho de Alemania el estado más poderoso de Europa continental. Era inevitable que, más pronto o más tarde, resurgiría. Francia, el principal rival de Alemania en Europa continental progresó económica y demográficamente más lentamente que éste último país.

Ya en 1919 muchos críticos franceses del Tratado de Versalles adelantaron la tesis, ampliamente aceptada tras la II Guerra Mundial, de que la seguridad europea exigía el sacrificio de la unidad alcanzada en 1871 y la creación de una Alemania dividida.

Tras fracasar en el intento de asegurar la paz «sin vencedores», Wilson cifró sus esperanzas en la Liga de las Naciones. Mientras las negociaciones de París avanzaban con lentitud, llegó a considerar la



Arriba, cartel soviético de 1920. El soldado rojo lucha contra el «monstruo» barón Wrangel (comandante en jefe de los rusos blancos). Al arrebatarle el manto, se descubre la presencia de varios estadistas occidentales, como Lloyd George, Foch y Millerand.

Página anterior, cartel espartaquista para las elecciones de 1920 al Reichstag alemán.



WORKERS OF THE WORLD UNITE!

THE COMMUNIST INTERNATIONAL

Nº 6 · MOSCOW KREML · PETROGRAD SMOLNY · OCTOBER 1919.

Liga como un medio para que las injusticias de la «paz» con Alemania fueran corregidas a medida que las pasiones creadas por la guerra se disiparan. Por esa razón insistió en que el convenio de la Liga de las Naciones debería incorporarse al mismo Tratado de Versalles. Uno de los artículos del convenio contenía estipulaciones expresas para «la reconsideración de los tratados que se han vuelto inaplicables» y la consideración de «condiciones internacionales» cuya continuación podría poner en peligro la paz mundial. El Tratado de Versalles contenía, en la opinión de Wilson, la solución de sus propias imperfecciones.

Al presentar el texto del Tratado de Versalles al Senado, tras su regreso a Estados Unidos en julio de 1919, Wilson reconoció que contenía algunas lagunas e insuficiencias, pero arguyó que éstas serían compensadas por el convenio que confería a Estados Unidos el liderazgo moral de la humanidad. Terminó su discurso con una nota idealista: «El escenario está dispuesto, el destino es conocido. La mano de Dios nos ha colocado en este camino. No podemos retroceder. Sólo podemos seguir adelante, con la mirada altiva y el espíritu vivo. América es la luz y guía del camino».

Sin embargo, Estados Unidos rechazó el llamamiento de Wilson. El Senado rehusó dar la mayoría de dos tercios que se requería para ratificar el Tratado de Versalles. El pueblo norteamericano, al elegir a Warren Harding como su presidente en el año 1920, avaló evidentemente su decisión.

La reorganización de Europa oriental

La segunda gran tarea de los pacificadores de París, después de la paz con Alemania, fue la recuperación de Europa oriental. La derrota casi simultánea de los imperios ruso, alemán y austríaco, significó que el mapa de Europa oriental, desde Finlandia, en el norte, hasta el mar Negro, en el sur, tenía que ser reelaborado. La recomposición fue preparada por los aliados mediante tres tratados diferentes: con Austria, en septiembre de 1919; con Bulgaria, en noviembre del mismo año; y con Hungría, en junio de 1920.

Los estados bálticos de Finlandia, Estonia, Letonia y Lituania, antaño partes del Imperio ruso, obtuvieron su independencia. Polonia, que había sido una gran potencia europea y que en el siglo XVIII fue desmembrada por sus vecinos, se constituyó como estado independiente. El Imperio austrohúngaro fue dividido entre media docena de «estados sucesores», de los que Austria y Hungría, anteriormente los dos centros de poder del Imperio, eran ahora los más pequeños.

El principio rector subyacente en el restablecimiento de Europa oriental fue la idea de nacionalidad. Las fronteras entre los estados tenían que coincidir en la medida de lo posible con las fronteras entre los pueblos. Este principio fue modificado en la práctica por otras dos consideraciones. Sin duda era inevitable que los aliados de Alemania en Europa oriental



–Austria, Hungría y Bulgaria– fuesen tratados menos equitativamente que sus vecinos, pero era difícil justificar tanto la anexión del Tirol del sur austríaco (una región de lengua alemana) por Italia, como la inclusión de grandes minorías magiares en el territorio de los vecinos de Hungría. El segundo factor que limitaba la aplicación del principio de nacionalidad era el temor a la revolución. Los «Tres Grandes» estaban de acuerdo sobre la necesidad de que los vecinos de Rusia fuesen lo más fuerte posible, aún a costa de incluir en ellos grandes minorías foráneas, a fin de reforzar su capacidad para resistir el avance del comunismo hacia el oeste.

Ningún bolchevique pudo imaginar que la Revolución rusa quedaría aislada en Europa. A principios de 1919, Zinóviev, líder de la Internacional Comunista, profetizó: «Dentro de un año toda Europa será comunista». Hoy es fácil valorar el error de tal predicción, pero en aquella época se tomó en serio. «El bolchevismo –escribió Wilson– se mueve firmemente hacia el oeste. Ha alcanzado Polonia y está envenenando a Alemania.»

Muchos otros estadistas de la Conferencia de París temieron que los fundamentos de la sociedad europea se derrumbaran. Lloyd George escribió en marzo: «Europa está imbuida del espíritu de la revolución. El orden imperante, en sus aspectos político, social y económico, es cuestionado por las masas de un extremo al otro de Europa.»

El temor a la extensión del bolchevismo fue reforzado cuando un régimen comunista, dirigido por Bela Kun, tomó el poder en Hungría durante algunos meses, en la primavera y verano de 1919. Aunque un intento de levantamiento comunista en Berlín había sido reprimido sangrientamente a principios de 1919, los estadistas europeos vieron un peligro en el hecho de que Alemania pudiera seguir el camino de Hungría y arrastrar a toda Europa central y occidental al comunismo.

Este temor siguió presente en la mente de los pacificadores durante las negociaciones de 1919. Se montaron oficinas secretas en el nuevo Scotland Yard y en el Departamento de Estado norteamericano para cortar el progreso comunista, que se extendía por Europa.

La guerra civil en Rusia

Mientras los estadistas aliados valoraban la amenaza comunista en la Conferencia de Paris, Rusia atravesaba un período de caos interno. La guerra civil había estallado. Los bolcheviques fueron desafiados por ejércitos «blancos» que les atacaron desde Siberia, el golfo de Finlandia y el Cáucaso.

Si los bolcheviques sobrevivieron a esta acción combinada se debió en parte a la habilidad con que Trotsky dirigió el Ejército Rojo, aunque contó con la inesperada ayuda del fraccionamiento del enemigo. De manera progresiva, los ejércitos «blancos» cayeron bajo el control de hombres pertenecientes a la antigua y desacreditada clase dominante, hostiles no sólo al bolchevismo, sino al liberalismo. Entre las

Arriba, el almirante Kolchak, jefe del gobierno de los rusos blancos, con base en Omsk, pasando revista a sus tropas en septiembre de 1919. Meses más tarde, detenido su avance, fue capturado y ejecutado. La intervención extranjera en Rusia finalizó en 1920, aunque los japoneses conservaron Vladivostock hasta noviembre de 1922.

Página anterior, izquierda, cartel polaco de 1920 que celebra el renacimiento de Polonia, tras el Tratado de Versalles que le devolvía antiguos territorios que habían estado ocupados por Austria y Alemania.

Página anterior, derecha, portada de la revista El comunismo internacional, *de octubre de 1919. Los bolcheviques creyeron que su movimiento desencadenaría una serie de revoluciones en Europa, pero a principios de 1920 consideraron que debían limitarse a desarrollar el socialismo dentro de sus fronteras.*


FINLANDIA
Helsinki
Leningrado
NORUEGA
Oslo
SUECIA
Estocolmo
ESTONIA
LATVIA
Riga
DINAMARCA
Copenhague
MAR BÁLTICO
Memel
LITUANIA
MAR DEL NORTE
Kiel
Vilna
Ciudad Libre de Danzig
PRUSIA ORIENTAL
Minsk
HOLANDA
Berlín
ALEMANIA
Poznan
Varsovia
UNIÓN SOVIÉTICA
BÉLGICA
(Aachen)
Bonn
Weimar
POLONIA
LUXEMBURGO
Coblenza
Mainz
SAJONIA
Breslau
EL SARRE
ALSACIA-LORENA
Praga
Cracovia
CHECOSLOVAQUIA
FRANCIA
Munich
BAVIERA
Viena
BESARABIA
SUIZA
AUSTRIA
Graz
Budapest
TRANSILVANIA
Trento
HUNGRÍA
Cluj
Trieste
ESLOVENIA
RUMANIA
YUGOSLAVIA
CROACIA
Bucarest
Belgrado
MAR NEGRO
Sarajevo
ITALIA
MAR ADRIÁTICO
BOSNIA
SERVIA
BULGARIA
MONTENEGRO
Sofía
MACEDONIA
TURQUÍA
ALBANIA
GRECIA
Perdido por Alemania
El Sarre: regulado por la Liga de Naciones de 1919 a 1935
Zona del Rhin desmilitarizada (1919-1936)
Austria-Hungría hasta 1918
Anteriormente territorios de la Rusia imperial



Arriba, cartel zarista contemporáneo de la Revolución Rusa. El dragón simboliza a los bolcheviques devorando el corazón de Rusia, respresentado por Moscú.

Izquierda, cartel revolucionario ruso que representa a los combatientes de la I Guerra Mundial como capitalistas y militares usureros.

Página anterior, Europa después del Tratado de Versalles, en 1919.

masas campesinas rusas, de las que, en definitiva, dependía el resultado de la guerra, creció la convicción de que los bolcheviques luchaban por el pueblo de Rusia contra los generales «blancos», cuyo único programa político y social era la reacción y la restauración de los antiguos privilegios aristocráticos.

La guerra civil rusa ofrecía a los gobiernos occidentales la oportunidad de variar la dirección revolucionaria rusa. Dos o tres divisiones aliadas desembarcadas en el golfo de Finlandia, en 1919, probablemente hubieran podido abrirse paso con facilidad hasta Moscú, la nueva capital de Rusia, y derribar el régimen comunista. Pero después de la I Guerra Mundial no había fuerza ni voluntad para ello. En ninguno de los países aliados la opinión pública estaba dispuesta a tolerar la intervención más que en un plano meramente simbólico.

Las tropas enviadas sirvieron principalmente para desacreditar aún más la causa de los «blancos». Eran demasiado escasas para afectar el resultado de la guerra, pero suficientes para permitir que los comunistas señalaran a sus contrarios como instrumentos del «imperialismo occidental».

A principios de 1920 las fuerzas «blancas», aunque no habían sido derrotadas definitivamente, no parecían constituir una seria amenaza para el régimen bolchevi-

que. En el mes de abril, la guerra civil en Rusia fue eclipsada por el inicio de la guerra con Polonia. Los polacos invadieron Rusia, nominalmente en apoyo de los nacionalistas ucranianos, pero con la intención verdadera de conquistar Ucrania para Polonia. Al cabo de dos meses, la invasión polaca de Rusia se transformó en la invasión rusa de Polonia, seguida por la creación de un gobierno provisional de los comunistas polacos.

Durante algunos meses, en el verano de 1920, muchos bolcheviques creyeron que estaban comprometidos en la construcción de una Polonia soviética, que empujaría las fronteras del bolchevismo hasta las fronteras de Alemania y permitiría a los comunistas alemanes, con la ayuda de Rusia, conseguir el poder. Churchill, entre otros, temió que pudieran tener éxito. En julio de 1920 publicó un artículo en *The Evening News* con un título sensacionalista: «El peligro del Este». En él sugería a los alemanes que, antes de que fuera demasiado tarde, construyeran «un dique de fuerza» contra la oleada de «barbarie roja que fluye desde el Este». Si así lo hacían, les aseguraba, volverían a ocupar su lugar en la gran «Asamblea de la cristiandad».

En agosto de 1920 fue detenido el avance ruso. Los polacos, con la ayuda francesa, infligieron una derrota decisiva al Ejército Rojo en la batalla de Varsovia, y comenzaron una triunfante contraofensiva que les llevó a las fronteras rusas. En marzo de 1921 los rusos se vieron obligados, por el Tratado de Riga, a dejar seis millones de ucranianos y rusos blancos bajo poder polaco. El fracaso del Ejército Rojo en Polonia terminó con las esperanzas inmediatas de una revolución en toda Europa.

Sólo después de la siguiente guerra europea el bolchevismo sería capaz de reanudar sus expectativas expansionistas en Europa. Después de 1945 triunfó allí donde había fracasado en 1918, debido menos a su poder ideológico que a su fuerza militar, muy superior. Sin embargo, en el período de entreguerras, la amenaza más grave contra la democracia liberal en Europa no provino del comunismo soviético, sino del fascismo, que surgió más rápidamente en Italia, y más lentamente, aunque de forma más virulenta, en Alemania.

El ímpetu inicial del fascismo en Italia se debió al pánico que producía el fenómeno revolucionario.

Los nazis intentaron explotar el mismo miedo en Alemania. «Mi ambición —dijo Adolfo Hitler, tras su primer y fracasado intento de conseguir el poder, en 1923— es destruir el marxismo. Y cumpliré esta tarea.»



La República de Weimar

El 14 de agosto de 1919, Alemania se convirtió en una democracia. El primer artículo de la Constitución de Weimar (así llamada por el nombre de la ciudad donde se redactó) proclamaba: «El Reich alemán es una República. La legitimidad política proviene del pueblo». Sus redactores trataron de combinar en ella los mejores aspectos de la Carta de Derechos británica, de la Declaración de los Derechos del Hombre francesa y de las primeras diez enmiendas de la Constitución norteamericana. Todos sus artículos —excepto uno— eran un modelo de democracia. La excepción era el artículo 48, que permitía al presidente (que en circunstancias normales moderaba, pero no gobernaba) conferir al canciller un poder absoluto «si el orden público y la seguridad son gravemente alterados». Tres cancilleres, durante los años finales de la República de Weimar, asumieron poderes absolutos. El último fue Adolfo Hitler.

La República de Weimar fue acertadamente descrita por su primer canciller como «una vela que arde por los dos cabos». La derecha alemana, que propagaba el mito de que fueron los políticos, y no los generales, los responsables de la capitulación de 1918, consideró la nueva Re-



Izquierda, arriba, tropas de asalto de Hitler durante el fracasado intento de golpe en Munich (noviembre de 1923). Hitler fue arrestado y encarcelado, y en el tiempo de su encierro escribió Mein Kampf (Mi lucha).

Izquierda, abajo, miembros de los Freikorps a principios de la década de 1920. Muchos alemanes eran desafectos a la República de Weimar por creer que había traicionado al ejército al firmar el Tratado de Versalles. Los descontentos constituyeron el caldo de cultivo de las ideas nazis.

Página anterior, cartel revolucionario alemán (1918-1919) que representa a un espartaquista ahuyentando a las fuerzas del militarismo, del capitalismo y de los junkers (grandes terratenientes prusianos).



pública como una «humillación impuesta a Alemania». La República recibió de quienes la apoyaban escasa lealtad, pero durante 13 años el número de los ciudadanos que la apoyaban superó a sus contrarios. Sin embargo, en julio y en noviembre de 1932, en las últimas elecciones libres celebradas en la Alemania unida, los enemigos de la democracia parlamentaria fueron mayoría.

Durante los primeros cuatro años de su existencia, la República de Weimar vivió en un estado permanente de crisis económica y política. La inflación de la posguerra, que afectó a todos los estados europeos, golpeó a Alemania con más dureza que a nadie. Las reparaciones de guerra le proporcionaron una excusa apropiada para sus males económicos. La causa real, sin embargo, era la irresponsabilidad financiera de sus gobiernos. En Gran Bretaña, durante la guerra, el impuesto sobre la renta había alcanzado la proporción jamás vista de cinco chelines por cada libra. En Alemania, por el contrario, ni un solo marco de la producción de guerra se financió mediante los impuestos. El gobierno recurrió, en cambio, a grandes créditos internos y a la emisión de papel moneda. Finalizada la guerra, se siguió con la misma política.

En estos cuatro años, el gobierno gastó cuatro veces más de lo que recibió en impuestos y el marco alemán siguió un rápido declive. En 1923 valía literalmente menos que el papel en el que estaba impreso. En noviembre de 1923, en su punto más bajo, el marco se cotizaba a 4.200 millones por dólar. En consecuencia, la «rapidez» de la recuperación financiera alemana era el resultado de la irresponsabilidad financiera de los últimos cuatro años. Aquella irresponsabilidad puso en peligro no sólo el futuro del marco, sino el futuro de la democracia alemana. Al suprimir los ahorros de las clases medias, destruyó la confianza de éstas en la democracia y provocó el derrumbe de la República de Weimar.

El colapso financiero fue acompañado de una intensa violencia política. Las figuras principales en esta ola de violencia fueron los *Freikorps,* grupos de «oficiales voluntarios» que obtuvieron una trágica celebridad mediante su sangrienta represión de los movimientos socialistas radicales en 1919. En marzo de 1920, 5.000 hombres del *Freikorps* dirigidos por Wolfgang Kapp, antiguo funcionario público, ocuparon Berlín, destituyeron al gobierno y revocaron la Constitución de Weimar. El *Reichswehr* (el ejército ale-



mán) se negó a intervenir. El general von Seeckt rehusó la petición del gobierno en ese sentido, con una contundente respuesta: «No se puede permitir que el *Reichswehr* luche contra el *Reichswehr*». Fue el pueblo de Berlín el que, paralizando la capital mediante una huelga general, obligó a Kapp y a sus hombres a abandonar la ciudad.

Los que habían tomado parte en el golpe de Kapp, o bien huyeron sin castigo, o fueron amnistiados. Seeckt, que se había negado a desarticular el levantamiento, fue nombrado jefe del *Reichswehr* casi al mismo tiempo que fracasaba la intentona. Cuando los trabajadores del Ruhr pidieron la purga del *Reichwehr*, el general von Seeckt los tachó de «bolcheviques» y envió contra ellos a los mismos *Freikorps* que habían intentado derribar al gobierno.

Durante los tres años posteriores al golpe de Kapp, los *Freikorps* asumieron la iniciativa de una bien organizada campaña de terrorismo político derechista. En 1921 dispusieron el asesinato del ministro de Finanzas, Mathias Erzberger, el hombre que había firmado el armisticio en nombre de Alemania. «Erzberger —dijo un periódico de derechas— ha sufrido el destino que la gran mayoría de patriotas alemanes le deseaban.» Un año más tarde le tocó el turno al ministro de Asuntos Exteriores, Walter Rathenau, asesinado en parte por su actitud claudicante hacia las reparaciones de guerra, pero sobre todo por su origen judío. Varios meses antes de su muerte, los nacionalistas cantaban en las cervecerías de Alemania una tonadilla que terminaba así: «Eliminad a Walter Rathenau, el maldito cerdo hijo de una cerda judía.»

El aspecto más inquietante de estos asesinatos fue su gran eco en amplios sectores del pueblo alemán. Los tribunales asumieron como hecho habitual el que la violencia de la derecha, opuesta a la de izquierdas, tenía motivos dignos de alabanza, y se mostraban indulgentes en su tratamiento.

La violencia de los años de posguerra, junto a la espiral de la inflación, alcanzaron su punto culminante en 1923. El año comenzó con la ocupación francesa del Ruhr, una acción cuyo propósito era imponer el pago de las reparaciones que se debían.

Durante más de ocho meses, hasta que el gobierno alemán ordenó su interrupción, la población del Ruhr organizó una campaña de resistencia pasiva, y ocasionalmente, violenta. Siguiendo órdenes de Moscú, se produjeron levantamientos comunistas durante el mes de octubre en Hamburgo, Sajonia y Turingia. Todos ellos fueron rápidamente reprimidos por el *Reichswehr*.

A la violencia de la izquierda siguió, como siempre, la de la derecha. En noviembre se produjo un golpe derechista en Baviera, a imitación del golpe anterior que Kapp había dado en Berlín. Cuando los derechistas se dirigían hacia el centro de Munich, la policía abrió fuego y el golpe fracasó.

Encabezando este levantamiento se encontraban dos de los más prominentes dictadores que ha conocido el siglo XX: el general Erich Ludendorff, cuya carrera periclitaba, y Adolfo Hitler, que iniciaba la suya.

El fascismo en Italia

Italia, como Bismarck había observado hacía mucho tiempo, estaba dotada de un voraz apetito territorial, pero «su dentadura era inadecuada». Sus ganancias en Versalles —el Tirol del Sur, Trieste, islas en el Egeo y el Adriático— fueron una recompensa exagerada por su pequeña contribución a la victoria aliada. Pero el gobierno de Italia quería más. En particular, pretendía la costa dálmata.

En septiembre de 1919 el poeta nacionalista Gabriel D'Annunzio marchó hacia el puerto dálmata de Fiume al frente de un millar de seguidores. Para desconcierto del gobierno italiano, que compartía sus ambiciones pero rechazaba sus métodos, D'Annunzio proclamó la «anexión del Fiume a Italia». Durante un año, hasta que el gobierno italiano consiguió desalojarle, dirigió un régimen de opereta. Sus seguidores llevaban camisas negras, se saludaban con el brazo extendido a la manera del saludo romano y conversaban con su líder en reuniones al aire libre.

Pero la histeria nacionalista reflejada por la aventura de D'Annunzio no fue, como se supone a menudo, compartida por el pueblo italiano. Las elecciones generales de noviembre de 1919 (al contrario de las elecciones de posguerra en Francia y Gran Bretaña) fueron un fracaso no sólo de nacionalistas y conservadores, sino de todos aquellos grupos políticos que habían favorecido la intervención en la guerra. El recién fundado Partido Fascista, el más extremo de los grupos nacionalistas, no obtuvo un solo escaño. Su dirigente, Benito Mussolini, que se presentó en Milán, obtuvo solamente el 2% de los votos.

Hasta 1921, socialistas y comunistas italianos coexistían en un único Partido Socialista, unidos en su admiración por la Revolución rusa. En las elecciones de 1919, el Partido Socialista ganó un tercio de los votos y triplicó su representación parlamentaria de antes de la guerra. El periódico socialista *Avanti* declaró triunfante: «¡Ha nacido la Italia revolucionaria!». La ola de malestar social que inundó Italia durante los años 1919 y 1920 pareció darle la razón. Millares de campesinos se establecieron en los latifundios y se arrogaron su propiedad. El gobierno fue impotente para evitarlo. La crisis industrial alcanzó su punto álgido en agosto de 1920, cuando medio millón de trabajadores ocuparon las fábricas e izaron en ellas la bandera roja.

Desde el final de la guerra, el Partido Socialista había exigido abiertamente una y otra vez «el derrocamiento violento de la sociedad burguesa». Lenin habría utilizado la ocupación de las fábricas como trampolín de la revolución, pero los socialistas italianos carecían del vigor y la clarividencia de aquél, y no supieron materializar su potencia política. En septiembre las fábricas fueron devueltas a sus propietarios, a cambio de un aumento de los salarios y una mejora de las condiciones de trabajo.

El resultado final del proceso revolucionario de la posguerra no fue el socialismo, sino el fascismo, es decir, la contrarrevolución. Como el anarquista Enrico Malatesta observó proféticamente durante la ocupación de las fábricas: «Si no vamos hasta el final, tendremos que pagar con sangre y lágrimas el temor causado a la burguesía». Con el retorno de las fábricas a sus propietarios, había pasado el peligro



Arriba, «La manera de vivir fascista debe comenzar con la aurora». Cartel de propaganda para la juventud. (Fototeca Storica Nazionale, Roma.)

Página anterior, Mussolini a la cabeza de sus camisas negras en la Marcha sobre Roma, con la que conquistó el poder el 29 de octubre de 1922 e instauró la dictadura fascista.

real de revolución. «El bolchevismo italiano —escribió privadamente Mussolini— está mortalmente herido.» Pero la burguesía italiana siguió convencida de que el bolchevismo se preparaba para el asalto final. Mediante la explotación de este miedo, y presentándose como los salvadores de Italia contra la «revolución roja», los fascistas pasaron de la oscuridad a una posición política que les daba la posibilidad de conseguir el poder.

En julio de 1920, en vísperas de la ocupación de las fábricas había como máximo un centenar de células fascistas *(fasci)* en toda Italia. Seis meses más tarde, había más de un millar. Ahora los fascistas tenían el apoyo financiero de los grandes industriales y terratenientes, que temían por sus fábricas y haciendas. También tenían el apoyo de los grupos de «oficiales voluntarios», similares a los que formaron el *Freikorps* en Alemania. Y como los *Freikorps*, los grupos fascistas paramilitares, llamados *Squadre d'azione*, tuvieron la bendición del gobierno. Poco después de la ocupación de las fábricas, el ministro de la Guerra acordó abonar a todos los ex oficiales que dirigían las escuadras paramilitares cuatro quintos de su antiguo salario. En muchas partes de Italia, Mussolini y sus seguidores pudieron confiar en el apoyo de la policía y los militares, ansiosos de ajustar viejas cuentas contra los socialistas.

Confiados en la connivencia de las autoridades del Estado, los fascistas iniciaron una serie intensiva de ataques terroristas contra las organizaciones de izquierda. Comenzaron a jactarse sin reparo de su brutalidad. Durante un ataque cerca de Siena, por ejemplo, un dirigente fascista ordenó a una de sus víctimas que sostuviera en equilibrio una taza sobre su cabeza, de manera que pudiera demostrar su puntería. Erró y mató al hombre. El incidente fue publicado por el periódico local, fascista, con el titular humorístico: «Un desafortunado Guillermo Tell».

La burguesía no concebía una amenaza contra el orden social distinta de la que presentaba la izquierda. Impresionados por la propaganda socialista, que llamaba al derribo violento de la sociedad burguesa, muchos burgueses se sintieron inclinados a aceptar el argumento fascista de que a «la violencia sólo puede responderse con la violencia». Incluso entre los liberales que deploraban los métodos fascistas, persistía la ilusión de que estos excesos no eran más que una fase pasajera. Uno de los que compartieron esta ilusión fue el ministro liberal Giolitti.

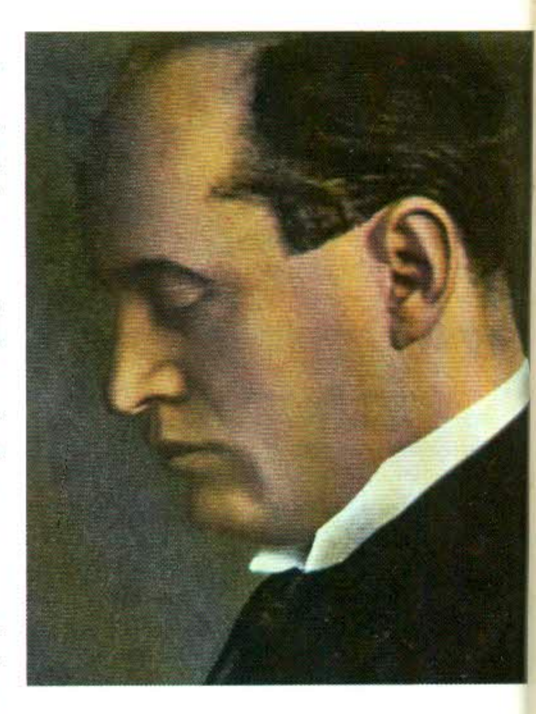
En las elecciones de mayo de 1921, Giolitti incluyó a los fascistas en su propia lista electoral, ayudándoles así a obtener por primera vez una firme representación en el Parlamento. Sin embargo, pocos escucharon a Mussolini cuando afirmó que los fascistas estaban destruyendo el comunismo no como un fin en sí mismo, sino como medio para «saldar cuentas con el Estado liberal que sobreviva». Cuando el Estado liberal reconoció finalmente la naturaleza de la amenaza fascista, fue incapaz de hacerle frente.

Hubo dos momentos críticos esenciales en el proceso fascista hasta la toma del poder. El primero fue el fracaso del gobierno para suprimir las escuadras paramilitares en las que se basaba el poder fascista. Sin ellas, la Marcha sobre Roma habría sido imposible. Un decreto del gobierno, emitido en diciembre de 1921, ordenó a los prefectos de toda Italia la supresión de todas las organizaciones armadas no oficiales. Mussolini declaró inmediatamente que todos los fascistas eran miembros de las escuadras, confiando en que ningún gobierno osaría disolver al Partido Fascista. Su confianza resultó bien fundada, y el decreto quedó en letra muerta. «El gobierno —se jactó Mussolini— no puede hacer nada contra nosotros.»

El líder fascista escribió en su diario, el primer día de 1922: «No sólo hemos quebrado la resistencia de nuestros enemigos, sino que también controlamos los órganos del Estado. El prefecto de policía tiene que someterse a las órdenes que yo le doy en nombre de los fascistas». Durante los siguientes nueve meses, los fascistas se convirtieron en los dueños del norte de Italia, ocupando a la fuerza la mayoría de sus ayuntamientos. Hacia octubre estaban preparadcs para intentar la toma del poder. El 24 de octubre Mussolini dijo a sus seguidores: «O el gobierno nos entrega el poder, o iremos a Roma y lo tomaremos». Tres días más tarde empezó la Marcha sobre Roma.

A última hora, el gobierno italiano pareció recuperar su temple. La tarde del 29 de octubre el gabinete solicitó formalmente al rey Víctor Manuel que declarase la ley marcial y utilizase el ejército para contener la marcha fascista. Si el rey hubiera accedido a esta petición, como le correspondía hacer constitucionalmente, la Marcha sobre Roma habría terminado en un fracaso del que el movimiento fascista se habría recobrado difícilmente. Pero el rey invitó a Mussolini a ocupar el cargo de primer ministro. Cuando los fascistas entraron en Roma, el 30 de octubre, Mussolini ya era jefe del gobierno.

Mussolini estableció su dictadura por etapas. Durante 18 meses permaneció a la cabeza de un gobierno de coalición. Los partidos de oposición y una prensa crítica siguieron existiendo durante más de dos años. En el verano de 1924, tras el asesinato del diputado socialista Matteoti, cometido por los fascistas, la oposición casi logró derribar a Mussolini. En enero de 1925, el líder fascista declaró que Italia era un «Estado de Partido Único».



Cuando se desarrollaba la Marcha sobre Roma nadie, ni siquiera Mussolini, tenía ideas claras de cómo sería una gobernación fascista. Sin embargo, poco a poco se configuró su política. Él mismo se definió como hombre que había preservado a Italia de la amenaza comunista, el que la libró de la corrupción del gobierno parlamentario y quien le dio un nuevo sentido patriótico. Muchos estadistas extranjeros fueron embaucados por el fascismo. Winston Churchill llamó a Mussolini «salvador de Italia»; Austen Chamberlain, entonces ministro británico de Asuntos Exteriores, dijo: «estoy seguro de que es un patriota y un hombre sincero». Ramsay McDonald, el primer ministro laborista, le escribió cartas amistosas, incluso cuando Mussolini estaba acabando con el Partido Socialista italiano.

Cualquiera que fuese su actitud hacia Mussolini, casi todos los observadores europeos de la década de 1920 se equivocaron acerca del significado del movimiento fascista. Consideraron el fascismo no como el principio de un movimiento europeo, sino como una respuesta peculiarmente italiana a una situación peculiarmente italiana. El mismo Mussolini avaló su juicio. «El fascismo —declaró en 1928— no es un artículo de exportación.» Sólo los nazis comprendieron la significación europea de la contrarrevolución fascista. «La Marcha sobre Roma —escribió Goebbels más tarde— fue un aviso, una señal de tormenta para la democracia liberal. Fue el primer intento para destruir el mundo del espíritu liberal y democrático.»

Europa y el mundo exterior

یہ سپاہی ہندوستان کی حفاظت کر رہا ہے۔ وہ اپنے گھر اور گھر والون کی حفاظت کر رہا ہے

اپنے گھر والون کی مدد کرنے کا سب سے اچھا طریقہ یہ ہے کہ فوج مین بھرتی ہو جاؤ

Para los observadores políticos era evidente que la hegemonía de Europa en los asuntos mundiales sería algún día reemplazada por las dos potencias rivales: Estados Unidos y Rusia. Estas dos naciones, escribió Tocqueville en 1835, estaban «destinadas por la voluntad del cielo a regir el sino de la mitad del globo terráqueo». La I Guerra Mundial avaló la profecía. Estados Unidos, que ahora era sin discusión la mayor potencia económica de la Tierra, salió de la guerra asumiendo lo que Wilson llamó la «dirección moral de la humanidad». Rusia compartía la misma ambición. La Revolución de octubre la convirtió en el centro de una nueva esperanza mundial.

Sin embargo, la era de la hegemonía europea no finalizó con la I Guerra Mundial. Duró aún 20 años debido a la retirada simultánea de Estados Unidos y Rusia de los asuntos mundiales. En su discurso inaugural, el 21 de enero, el presidente norteamericano Harding renunció formalmente a la visión futurista de Wilson. Durante la década de 1920, la mayoría de los norteamericanos llegaron a la conclusión de que Estados Unidos nunca debió haber entrado en la «guerra de Wilson». Incluso en 1937 una encuesta de opinión mostró que el 70% de los ciudadanos sustentaba todavía aquella opinión.

Estados Unidos no estaba dispuesto a «dirigir los destinos del mundo». En cambio la Unión Soviética (nombre adoptado por Rusia en 1922) sí deseaba hacerlo, pero carecía del poder adecuado. Cuando murió Lenin, en enero de 1924, la perspectiva de una revolución europea, que anteriormente había parecido tan real a los mismos bolcheviques y a los pacificadores de París, era remota. En cambio, poco antes de morir, Lenin anunció que en Extremo Oriente surgían movimientos revolucionarios de una envergadura extraordinaria. «Rusia, China, India —dijo—, constituyen una gran mayoría de la población mundial.»

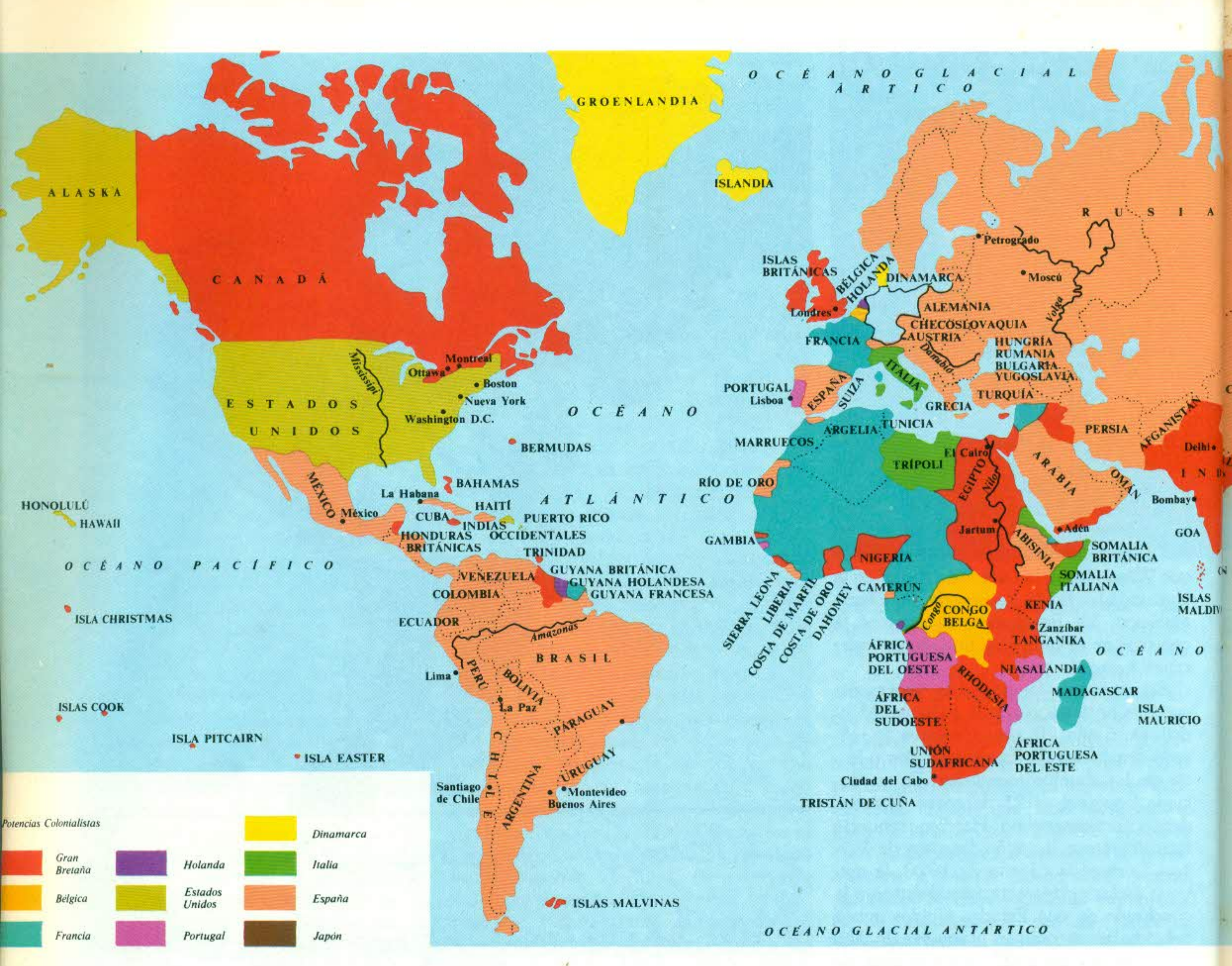
La antorcha de la revolución pasaba de los pueblos de la Europa industrial, elegidos por Marx para ello, a las subdesarrolladas masas campesinas de Asia. Pero ni siquiera en Asia parecía existir una perspectiva inmediata de revolución triunfante. Los levantamientos comunistas en las ciudades chinas durante los últimos años de la década de 1920, no tuvieron más éxito que las insurrecciones en Alemania durante los primeros años de dicha década. La revolución en Asia, como la revolución en Europa, sólo podría producirse como resultado de la guerra.

Aunque la primacía europea prosiguió tras la I Guerra Mundial, sus bases habían sido seriamente socavadas por las mismas potencias europeas. El principio de autodeterminación, proclamado por los aliados en Europa, sería aplicado por los pueblos coloniales a los imperios europeos, y una generación más tarde, proporcionaría la base ideológica para la descolonización. En Asia y en Oriente Medio (aunque no en África) la I Guerra Mundial introdujo el nacionalismo como fuerza política.

En Oriente Medio los aliados alentaron deliberadamente el crecimiento del nacionalismo árabe contra el Imperio turco, para encontrarse con que el mismo nacionalismo se volvía contra ellos al finalizar

Arriba, cartel invitando al alistamiento de los hindúes para la I Guerra Mundial. El texto dice: «Este soldado guarda a la India. Protege tu casa y tu familia». Como otros países del Imperio Británico, la India contribuyó con gran cantidad de hombres a la victoria final de los aliados.

Página anterior, el duce Benito Mussolini (1883-1945), fundador del fascismo italiano. (Fototeca Storica Nazionale, Roma.)



la guerra. En las dos mayores colonias asiáticas, India e Indonesia, la guerra propició el surgimiento del Congreso Nacional y el Sarekat Islam —constituidos hasta entonces por miembros de la burguesía autóctona, moderada en sus exigencias—, como movimientos de masas que exigían por primera vez la independencia nacional completa.

La *Commonwealth* británica

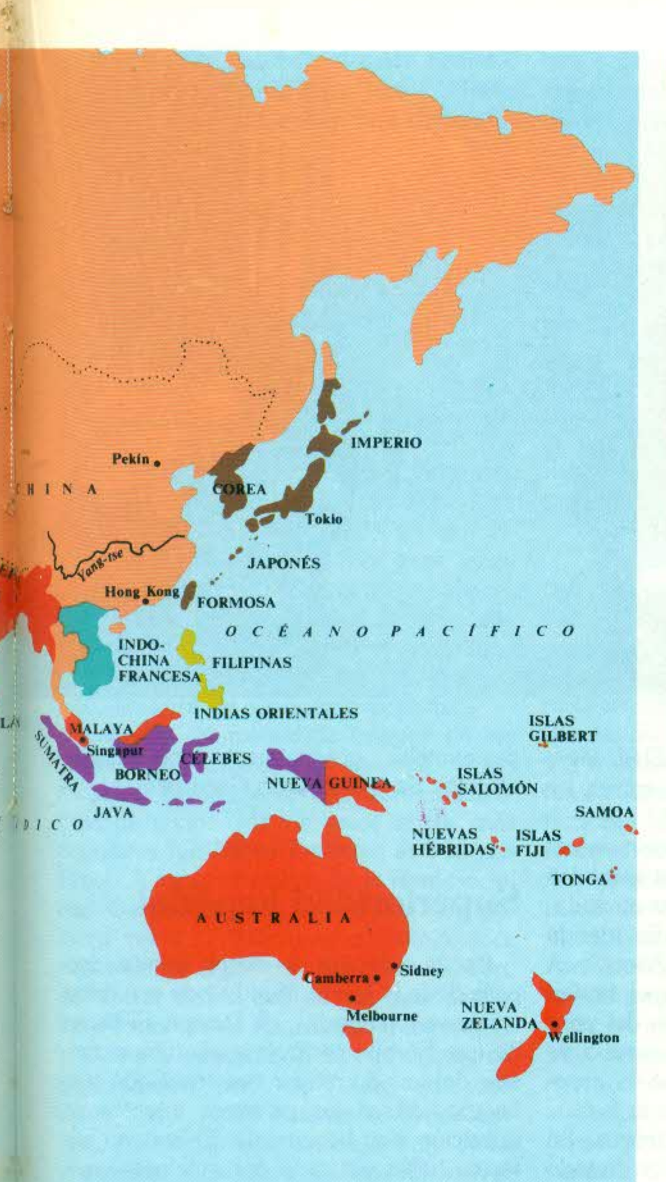
La I Guerra Mundial también transformó la relación de los dominios británicos con la metrópoli. La responsabilidad de la política exterior del Imperio, había dicho Asquith en 1911, «nunca podría ser compartida con los dominios». En 1914, los dominios, como el resto del Imperio, se vieron envueltos en la guerra, y no por decisión propia, sino por inducción del gobierno británico. Aunque aceptaron esta decisión sin objeciones, sus gobiernos se ofendieron porque Asquith no les había consultado sobre la conducción de la guerra, y ni siquiera les había informado adecuadamente acerca de la política británica. El mismo volumen de la contribución de los dominios a la guerra —458.000 hombres de Canadá, 332.000 de Australia, 112.000 de Nueva Zelanda y 76.000 de Sudáfrica— hizo inevitable que sus voces exigieran ser escuchadas.

Uno de los primeros actos de Lloyd George como primer ministro fue anunciar la formación de un «gabinete imperial de guerra» compuesto por los primeros ministros y otros representantes de los dominios. El nuevo gabinete se reunió en Londres durante varias semanas en 1917 y 1918, para coordinar el esfuerzo bélico imperial y preparar las negociaciones de paz.

En la conferencia imperial de 1926 se concedió formalmente a los dominios la condición de que disfrutaban de hecho desde 1917, expresado en palabras que han pasado a la historia constitucional británica: «Son comunidades autónomas dentro del Imperio británico, de igual condición, en ningún modo subordinada una a otra en cualquier aspecto de sus asuntos domésticos o externos, si bien unidas por una común lealtad a la corona, y libremente asociadas como miembros de la *Commonwealth* británica de naciones».

Había una deliberada y calculada ambigüedad en la definición. En Australia, los partidarios del gobierno podían enorgullecerse de seguir formando parte del Imperio británico. Los nacionalistas sudafricanos, por medio de un convenio, obtuvieron la satisfacción de ser reconocidos como miembros autónomos de la comunidad.

Para otros, el concepto de la *Commonwealth* de naciones era un ejemplo de metafísica constitucional que desafiaba un análisis racional. Esto era particularmente cierto para el rey Jorge V, que habiendo iniciado su reinado como gober-







nante de un Imperio unido, ahora se encontraba como «propietario de siete coronas técnicamente separadas»: una para Gran Bretaña y las colonias, y una para cada uno de los seis dominios (Australia, Nueva Zelanda, Sudáfrica, Canadá, Groenlandia, y desde 1922, Irlanda).

Posteriormente a la I Guerra Mundial se produjo una tendencia de los dominios a romper su dependencia de Gran Bretaña. Entre guerras, la mayoría de los políticos canadienses aceptaron la máxima de Henri Bourassa, líder de los canadienses franceses: «No existe un solo problema de política interna o externa que podamos resolver sin referirnos a Estados Unidos». Sir Robert Borden, primer ministro canadiense, advirtió a Lloyd George en la Conferencia de Paz de París que «si la futura política del Imperio británico obligaba alguna vez a cooperar en contra de Estados Unidos, tal política no podría contar con el apoyo de Canadá». En 1921 el sucesor de Borden, Arthur Meighen, apoyado por Sudáfrica, presionó a los británicos para que abandonaran su alianza con Japón debido a la oposición de Estados Unidos.

Australia siguió, aunque con más lentitud, el mismo camino de creciente dependencia de Estados Unidos. Durante la mayor parte de los años de entreguerras, Australia y Nueva Zelanda se vieron abrumadas por problemas domésticos, hasta el punto de desaparecer de la política internacional. Aunque sus habitantes, en 1939, eran más prósperos que cualquier otro pueblo en el mundo, ni siquiera disponían de un servicio diplomático en países no pertenecientes a la *Commonwealth*. Sin embargo, ya en marzo de 1914, Churchill, como primer lord del Almirantazgo, había advertido a Australia que no contase con el apoyo naval británico en el Pacífico si Gran Bretaña se veía envuelta en una guerra europea. Y sin la Armada Real para defenderlos, «el único camino para los cinco millones de hombres blancos en el Pacífico sería buscar la protección de Estados Unidos».

Arriba, Dublín durante el levantamiento Oriental (Easter Rising) de los Voluntarios Irlandeses. Las demandas del gobierno irlandés de principios de siglo fueron aumentando hasta asumir la vocación de independencia total.

Abajo, Eamon de Valera (1882-1975) pasando revista al Ejército Republicano Irlandés en 1921. Valera rechazó un acuerdo con el gobierno británico, y el Estado Libre de Irlanda se convirtió en un miembro independiente de la Commonwealth, mientras Irlanda del Norte permanecía como parte del Reino Unido.

Página anterior, los imperios coloniales después de la I Guerra Mundial.

El ascenso de Japón durante la década de 1930 y la observación de que el Lejano Oriente, en palabras de un periódico de Nueva Zelanda, se había convertido en el «cercano norte de Australasia», convenció lentamente a los gobiernos de Australia y Nueva Zelanda de la advertencia de Churchill. A principios de 1942, incluso antes de la rendición de Singapur, el primer ministro australiano, John Curtin, declaró: «Sin inhibiciones de ninguna clase, es necesario aclarar que Australia desea aproximarse a Estados Unidos». Aunque la brusquedad de la declaración de Curtin encolerizó incluso a Churchill, desde entonces ha sido la premisa subyacente de la política de defensa australiana.



El Estado Libre de Irlanda

Hasta la I Guerra Mundial, Irlanda había estado representada en Westminster por sus propios miembros del parlamento, la mayoría de los cuales habían pedido el *Home Rule* (gobierno propio), una fórmula que combinaba el autogobierno interno con la soberanía británica. La Gran Guerra hizo que el nacionalismo irlandés, como el nacionalismo de otros pueblos sometidos, se extremara. En Pascua de 1916 un grupo de extremistas tomó el centro de Dublín y proclamó la República de Irlanda «en el nombre de Dios y de las generaciones sacrificadas». Tras cuatro días de lucha callejera, la nueva República se rindió, y todos sus líderes fueron ejecutados, menos uno. La única excepción fue el futuro presidente de Irlanda, Eamon de Valera, nacido en Estados Unidos, de padre español y madre irlandesa. Su nacionalidad norteamericana le valió el indulto.

A largo plazo, el levantamiento de Pascua significó el abandono del *Home Rule*. Las 450 vidas irlandesas perdidas durante el levantamiento, y las 16 ejecuciones que le siguieron, conmocionaron a la mayoría de los irlandeses, que apoyaron la exigencia de una independencia completa.

Hacia el final de la guerra, la mayoría de los miembros irlandeses del Parlamento británico ya habían abandonado Westminster. Tras las elecciones de 1918, establecieron un Parlamento independiente irlandés, el *Dáil Eireann,* y un gobierno independiente bajo el mando de Eamon de Valera. Al principio, el nuevo gobierno confió en que, mediante la recaudación de sus propios impuestos y la administración de la justicia, podría sustituir apaciblemente la desacreditada administración británica, pero el Ejército Republicano Irlandés (IRA) pensaba de otro modo. Contra los deseos del *Dáil,* inició su propia guerra de guerrillas contra los ocupantes británicos.

En 1920 los británicos pusieron en acción a su propio *Freikorps,* los llamados *Black and Tans,* y *Auxis,* cuyas atrocidades superaron a las del IRA. «En Irlanda están sucediendo hechos —dijo Asquith en la Cámara de los Comunes— que harían palidecer los anales más negros del peor despotismo en Europa.» En el verano de 1921, Lloyd George abandonó la esperanza de someter a Irlanda por la fuerza, y los rebeldes acordaron una tregua. En enero de 1922 el *Dáil* aprobó un tratado por el que se establecía el Estado Libre de Irlanda, con categoría de dominio de la Comunidad Británica de Naciones, y se permitió que el Ulster siguiera formando parte del Reino Unido.

En Gran Bretaña, el tratado provocó la ruptura de la coalición de Lloyd George y el retorno a la tradicional política de partidos. En Irlanda comenzó entonces la fase más encarnizada de la lucha. Una minoría republicana, dirigida por De Valera, denunció el tratado como una rendición e inició una guerra civil contra sus antiguos colegas. A algunos ministros británicos les fue difícil reprimir un sentimiento de satisfacción al ver que los nacionalistas irlandeses se descuartizaban entre sí. Antes de que finalizara la guerra civil en la primavera de 1923, el gobierno del Estado Libre había ejecutado a más del triple de irlandeses que los británicos ejecutaron en los dos años anteriores a la independencia. Tras la independencia, De Valera permaneció durante una década apartado de la política, pero en 1932 volvió al poder como jefe de un nuevo partido, el *Fianna Fáil* («Soldados del destino»), y comenzó a desmantelar gradualmente los últimos vínculos de Irlanda con Gran Bretaña.

Superioridad imperial

Pocos europeos se dieron cuenta, después de la I Guerra Mundial, de que había comenzado el declive de Europa. El hecho de que Europa controlase aún una extensión del mundo mayor que en ningún otro tiempo, diluyó los primeros intentos de oposición a su hegemonía. El Imperio británico había obtenido dos millones y medio de kilómetros cuadrados a expensas de Turquía y Alemania. Ahora disponía de la cuarta parte de la superficie terrestre y de la población mundial. Pocos británicos sospechaban que la potencia de su Imperio estaba abocada a desaparecer. El primer ministro sudafricano, Jan Smuts, el abogado más persuasivo de la Comunidad de Naciones, negó enfáticamente tal debilitamiento. «El Imperio británico —dijo en la conferencia imperial de 1921—, surgió de la guerra como la mayor potencia del mundo, y sólo la imprudencia o una política errónea podrían impedir su hegemonía.»

La idea de que Gran Bretaña tenía alguna clase de misión para con las «razas inferiores sin ley» sólo había arraigado en la imaginación popular en la última década del siglo XIX. Hacia 1918, sin embargo, la mayoría de los británicos ya consideraban esta misión como una de sus tradiciones más antiguas. Pocos dudaban de la inmensa superioridad moral del Imperio británico sobre todos los imperios del pasado y el presente. Lloyd George dijo en 1921 que era el «experimento más

extraordinario en la organización humana que el mundo jamás haya visto». Medio siglo después, el Imperio habría desaparecido.

El dominio europeo en África

El dominio europeo sobre la mayor parte del continente africano tuvo efectos profundos, pero fue breve. En muchos casos, su duración fue inferior a la de una vida humana. No obstante, en el período de entreguerras la mayoría del pueblo británico creía que los africanos eran «pueblos infantiles», probablemente incapaces de dirigir jamás sus propios asuntos, alegres e indolentes en general y conservando, bajo un ligero barniz de civilización, un aura de salvajismo primitivo.

Esta fue, al menos, la imagen de los pueblos de África que la mayoría de los escolares británicos aprendieron en sus libros de texto. Uno de estos textos más populares fue *Niños Lejanos,* escrito por Ernest Young, miembro de la Real Sociedad Geográfica, que se publicó por primera vez en 1919 y se imprimió doce veces en los siguientes seis años. El libro de Young dedica dos de sus siete capítulos a los niños de África: uno a los negros y el otro a los pigmeos. Los niños negros, según la descripción de Young, «son estúpidos pero moderadamente benevolentes». A los pigmeos se les retrata como malévolos: «Los niños pigmeos no quieren a sus padres, y sus padres no les quieren a ellos. No se preocupan por su propia tierra o su gente. Lo único que desean es cazar y comer. Son crueles entre sí».

El dominio blanco en el África de lengua inglesa tomó dos formas completamente diferentes. En África occidental y gran parte de África oriental se basó en el sistema de «gobierno indirecto» que hizo famoso el más célebre de los procónsules africanos de Gran Bretaña, Frederick Lugard. Lugard creía en el reforzamiento del gobierno tradicional con jefes tribales –creando incluso, si fuera necesario, gobiernos tribales allí donde nunca los había habido–, situando a los mismos jefes bajo el cuidado paternal de oficiales británicos de distrito. Con estos medios logró gobernar Nigeria, el mayor de los estados africanos (con un quinto de toda la población africana), utilizando unos centenares de funcionarios.

La Nigeria de Lugard se convirtió en el escaparate de la administración imperial británica, y su libro *El mandato dual en África tropical,* publicado en 1922, se convirtió en la Biblia del imperialismo británico de entreguerras. En el libro, Lugard argumentaba que Gran Bretaña tenía «un deber» para con los pueblos de África y con la misma civilización: con los pueblos de África, para vigilar su desarrollo político y económico; y con el conjunto de la sociedad civilizada, para asegurar que podría disponer de los recursos naturales de África. «El comerciante, el minero y el fabricante no penetran en los trópicos ni emplean su habilidad técnica, su energía y su capital como intrusos capitalistas codiciosos, sino que lo hacen para cumplir con el mandato civilizador.» El objetivo final del dominio europeo sería preparar a los pueblos de África para que dirigieran sus propios asuntos.

Ni Sudáfrica ni Rhodesia del Sur (la cual, aunque no era independiente, logró prácticamente el autogobierno en 1923) pensaron en preparar a sus poblaciones nativas para la independencia final, por muy remota que pudiera ser esa independencia. Su propósito, que era compartido por muchos colonos blancos en otras partes de África occidental, era crear nuevas naciones blancas al sur de África y «mantener al negro en su lugar». Un funcionario del gobierno de Rhodesia del Sur expresó de manera terminante el fundamento del dominio blanco en el sur de África: «Estamos en este país porque somos mejores. Esta es nuestra única excusa para tomar esta tierra. Para nosotros, retroceder y pedir a los nativos que nos ayuden a gobernar es ridículo».

Después de la I Guerra Mundial, mucha gente en Gran Bretaña y Sudáfrica (incluyendo a Churchill y Smuts) esperaban que Rhodesia del Sur buscara la unión con ésta. Para su sorpresa, un referéndum celebrado en Rhodesia en 1922 rechazó la propuesta de unión. Esta decisión fue decisiva para toda África. Como quinta provincia dentro de la Unión de Sudáfrica, Rhodesia del Sur podría haber inclinado la balanza en favor de la población de habla inglesa, haciendo más difícil el dominio de los nacionalistas *afrikaners* tras la II Guerra Mundial y la era del *apartheid* que inauguraron.

En vísperas de II Guerra Mundial no parecía haber motivo para prever ni las tensiones raciales que pronto iban a aflorar en el sur de África, ni las tensiones para la independencia que pronto surgirían en el conjunto africano. Aunque la frase «conflicto racial» era de uso común en el sur de África, en aquel tiempo se refería no a las tensiones entre negros y blancos, sino a la rivalidad entre las comunidades de ingleses y los *afrikaners*. Excepto en el norte árabe, la oposición africana al dominio europeo todavía parecía intrascendente. No existía ni un solo movimiento nacionalista de importancia que lu-

Página anterior, miembros de las tropas británicas, llamadas «Black and Tans», enviadas para reprimir las revueltas irlandesas.

chara para lograr la independencia en ninguna colonia africana al sur del desierto del Sahara.

El futuro del continente africano lo decidieron menos los acontecimientos ocurridos en la misma África, entre las dos guerras, que la lucha de la India por su independencia. La India, como decía el tópico popular, era la «joya más espléndida en la corona imperial». Su población, de 315 millones de habitantes, constituía las tres cuartas partes de la del Imperio británico. En India empezó el declive de este Imperio.



El subcontinente indio

Cuando se declaró la I Guerra Mundial el dominio británico en la India parecía tan firme como el de África en vísperas de la segunda contienda. La explosión de patriotismo que saludó la declaración de guerra en Calcuta casi igualó a la de Londres. En 1857, el uso de tropas indias fuera del país constituyó uno de los motivos del «motín de la India». Pero en 1914 los príncipes indios compitieron por el privilegio de ser los primeros en llevar sus tropas al frente. Mientras los príncipes ofrecían tropas, la burguesía autóctona ofrecía dinero, y la Asamblea Legislativa quiso contribuir al coste de la guerra en Europa.

A medida que el conflicto prosiguió, la fatiga de la guerra, común ya en Europa, se extendió a la India, pero mientras los soldados del frente occidental creían al menos que luchaban por la supervivencia nacional, los indios se apercibieron de que daban sus vidas en Oriente Medio simplemente para ampliar los límites del Imperio británico.

Al iniciarse la guerra no hubo escasez de reclutas indios. Durante sus etapas finales, Gran Bretaña tuvo que limitarse a utilizar patrullas de leva.

La autoridad británica en la India había descansado menos en la coerción militar que en el respeto por la superioridad moral y material de la civilización británica. Al desaparecer la convicción en esa superioridad, los días de la soberanía británica estaban contados.

El gobierno británico respondió al malestar causado por la guerra con un compromiso —la Declaración Montagu de

1917–, que en la India fue interpretado como una promesa de que se le concedería la categoría de dominio. Al despertar esperanzas que Gran Bretaña no cumpliría, la Declaración Montagu aceleró el aumento de la oposición antibritánica. Las reformas introducidas inmediatamente después de la guerra, en 1919, aunque suponían una mejora sustancial, no parecieron la mejor vía para el autogobierno.

Antes de la I Guerra Mundial no había existido en la India ningún movimiento capaz de organizar una exigencia masiva de independencia. El Congreso Nacional indio era todavía una sociedad burguesa de debates, que se reunía brevemente cada mes de diciembre y luego permanecía inactiva durante un año. En 1914 nada sugería que el Congreso pudiera salir de la guerra como un movimiento de masas que se convertiría en el foco de resistencia a la soberanía británica en la India. El hombre que llevó a cabo esta transformación fue Mohandas Gandhi, un abogado del Templo Interno, el cual, más que ningún otro, puso en marcha el proceso que conduciría a la caída del Imperio británico.

Hasta la guerra, Gandhi vivió parte de su existencia adulta fuera de la India. Se hizo popular como paladín de la comunidad india en Sudáfrica, y allí fue donde desarrolló la técnica de *satyagraha*, o «resistencia pasiva», que utilizaría contra la soberanía británica. Gran parte del éxito político de Gandhi fue el resultado del aura de santidad que rodeaba a su persona y que le valió la devoción de las masas hindúes. Tras su regreso a la India, abandonó la vestimenta occidental en favor de un taparrabos, rigurosa y ostentosamente adherido a las reglas de pobreza y castidad, y se identificó con la causa de los «intocables», la clase más baja de la sociedad india, a los que dio el nuevo nombre de *Harijans*, o «Hijos de Dios». Gandhi buscó no sólo la liberación política del dominio británico, sino también la emancipación espiritual del materialismo de la civilización occidental. Reclamó precisamente para la India aquella superioridad espiritual que los dominadores británicos se habían arrogado hasta entonces.

A la guerra siguió una gran epidemia de gripe, que causó gran mortandad, lo cual incrementó el malestar causado por la guerra. El principal centro de desorden fue el Punjab, donde se habían concentrado la mayor parte de las patrullas de leva británicas. En abril de 1919 una reunión prohibida en la ciudad punjabí de Amritsar fue dispersada por tropas armadas con rifles y ametralladoras. La lista oficial de víctimas fue de 379 muertos y más de un millar de heridos. El general Dyer, responsable de la orden de abrir fuego, se mostró impenitente. Continuó la matanza, con flagelaciones públicas, y obligó a los indios que pasaban por una calle donde fue asaltada una misionera británica, a recorrerla a cuatro patas.

La matanza de Amritsar fue la mayor atrocidad cometida en la historia del Imperio británico. Pero no fue tanto la matanza en sí misma, sino los intentos para justificarla lo que exacerbó los ánimos. Dyer fue destituido, aunque mucha gente en Gran Bretaña defendió vigorosamente su conducta. La Cámara de los Lores presentó, por una gran mayoría, una moción a favor de Dyer, y los lectores del *Morning Post* reunieron una suscripción de 30.000 libras como reconocimiento a su acción.

Gandhi obtuvo el control del Partido del Congreso y el aval a su opinión de que «la cooperación con este gobierno satánico es pecaminosa». En el verano de 1920, Gandhi inició una campaña de no-cooperación. Aunque millares de estudiantes abandonaron sus escuelas y universidades, y millares de miembros del Congreso marcharon de las empresas, la no-cooperación fracasó. Fue así porque millares de funcionarios indios, aun cuando simpatizaban con los ideales de Gandhi, temían el riesgo de perder sus puestos. A fines de 1921 muchos de los seguidores de Ghandi estaban desilusionados.

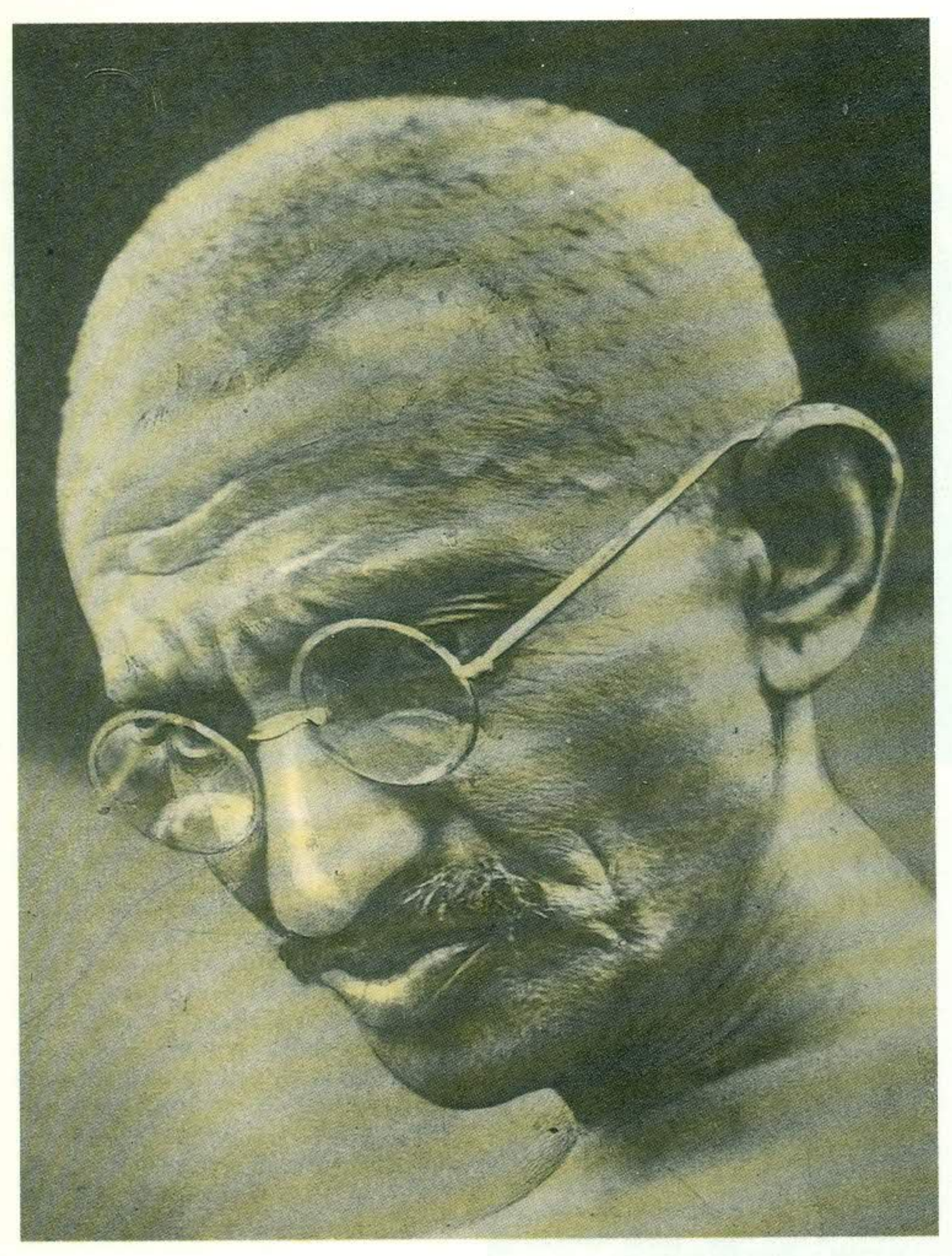
A principios de 1922, después de que 22 policías fuesen quemados en la hoguera por una muchedumbre hindú, el mismo Gandhi suspendió su campaña. Llegó a la triste conclusión de que el pueblo de la India no poseía aún la suficiente comprensión del principio de no-violencia, necesario para lograr sus objetivos. Poco después, Gandhi fue arrestado y se declaró culpable de incitación a la rebelión. «Sería imposible –le dijo el juez– ignorar el hecho de que, a los ojos de millones de sus conciudadanos, es usted un gran patriota y un gran líder. Incluso quienes difieren de usted en las ideas políticas le consideran como un hombre de altos ideales y de vida noble e incluso santa.» Pero Gandhi «no consideraría irrazonable», creía el juez, que debía ir a prisión por seis años. «Y quisiera decir... que si el curso de los acontecimientos en la India hiciera posible que el gobierno redujera el período y le dejara en libertad, nadie estaría más complacido que yo.»

Con la prisión de Gandhi, pareció diluirse la resistencia organizada al dominio británico. En 1924 el gobierno indio creyó, como había esperado el juez, que podría dejar libre a Gandhi basándose en su mal estado de salud.

El gobierno británico no tenía la intención de conceder el autogobierno a la India. Lord Birkenhead, secretario de Estado para la India, admitió en una carta al

Página anterior, arriba, tropas moras durante el levantamiento de 1921 en el norte de África. Cinco años más tarde España restablecería su control sobre Marruecos.

Página anterior, abajo, inmigración clandestina de judíos a Palestina, después de burlar el bloqueo de la Royal Navy, a finales de la década de 1930. A lo largo de estos años el gobierno británico controló la entrada de judíos en Palestina, obligando a muchos de ellos a exponerse a una muerte segura en los campos de concentración nazis.



virrey, en 1925: «Para mí es francamente inconcebible que la India esté jamás preparada para el autogobierno en calidad de dominio dentro de la Comunidad de Naciones británicas». Pero Birkenhead pensó también en anticiparse a posibles conflictos con algún gesto conciliatorio hacia la opinión india. Así, en 1927 el gobierno británico estableció la «Comisión Simon», formada por todos los partidos para elaborar una Constitución.

Al omitir la inclusión de miembros hindúes, Gran Bretaña hizo, empero, que la «Comisión Simon» fuera valorada como un insulto al pueblo indio. Incluso los indios mejor dispuestos hacia Gran Bretaña se negaron en absoluto a aceptarla. Al igual que la matanza de Amritsar, la «Comisión Simon» desacreditó a los moderados y favoreció a los radicales. En diciembre de 1928, el Partido del Congreso emitió un ultimátum al gobierno británico exigiendo el autogobierno «en el plazo de un año». Cuando expiró el año, declaró a la India como estado independiente y autorizó a Gandhi a lanzar una nueva campaña de desobediencia civil. La nueva campaña incluiría, por primera vez, «pecados» de acción, así como de omisión: un programa de delitos no-violentos en gran escala.

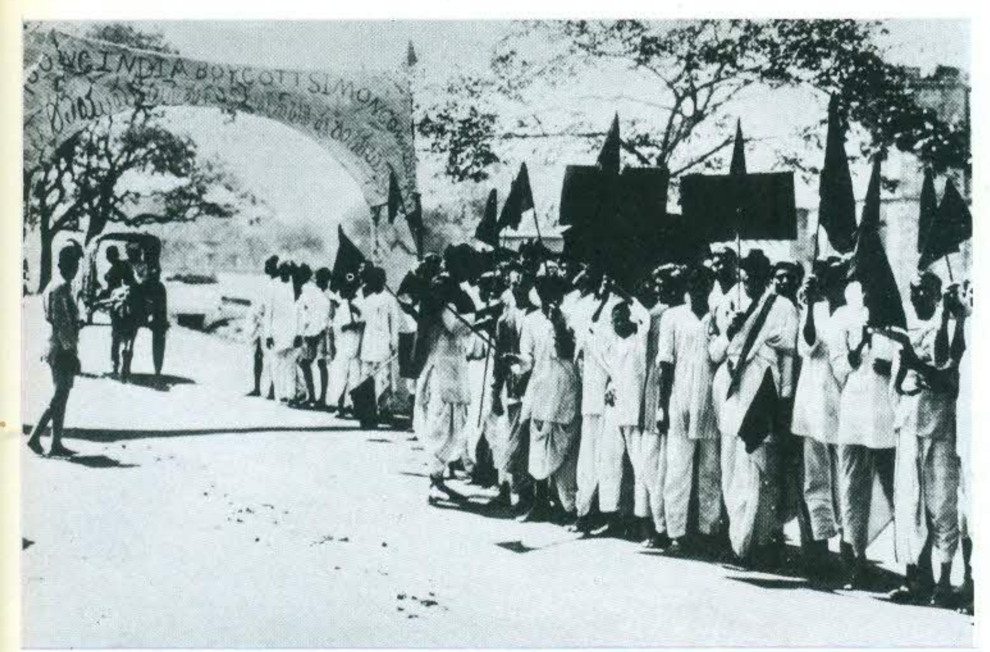
Gandhi empezó su campaña con un golpe calculado para mostrar hasta qué punto era ridícula e injusta la soberanía británica. Probablemente, la menos justificable de todas las imposiciones británicas era su monopolio de la sal, una reminiscencia de las odiadas gabelas en la Francia anterior a la revolución. No sólo era delito vender, sino incluso tener sal no adquirida al monopolio británico, y Gandhi decidió desafiar a este monopolio. Rodeado por el clamor de la publicidad mundial, inició una marcha hacia el océano Índico que duró tres semanas. Una vez llegado a la orilla, las cámaras de los noticiarios le fotografiaron extrayendo sal del mar. Tras un breve período de incertidumbre, durante el que la administración británica trataba de tomar una decisión, Gandhi fue encarcelado, y luego se enviaron también a prisión a 60.000 de sus seguidores. El gobierno británico convocó apresuradamente una «mesa redonda» para discutir el futuro de la India, pero sus discusiones fueron inoperantes debido a la ausencia de representantes del Congreso indio.

A principios de 1931 el virrey británico, lord Irwin (al igual que más tarde, lord Halifax, ministro británico de Asuntos Exteriores en la época de la crisis de Munich), liberó a Gandhi y le invitó a iniciar conversaciones. Gandhi replicó que no quería «reunirse con el virrey, sino con el hombre que había dentro del virrey». En sus reuniones con Irwin, Gandhi exhibió el mismo gusto por la publicidad que ya había mostrado antes en su marcha hacia el mar. Todos los días se dirigió a pie al palacio del virrey, rodeado por muchedumbres de seguidores y llevando una marmita de aluminio que contenía su comida del día. En Gran Bretaña, Winston Churchill tronó contra «el nauseabundo y humillante espectáculo de este antiguo abogado del Templo Interno, convertido ahora en un faquir sedicioso, que sube medio desnudo los escalones del palacio del virrey para negociar y parlamentar en condiciones iguales con el representante del rey-emperador».

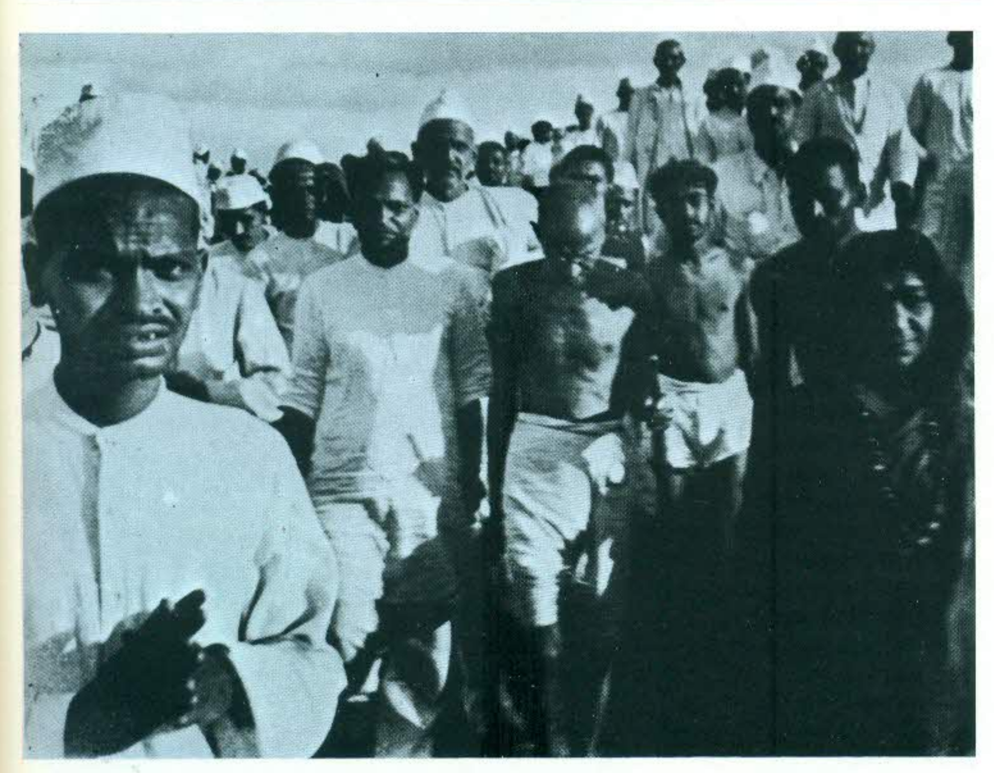
El resultado de las conversaciones fue la «tregua de Gandhi-Irwin». Irwin aceptó la liberación de todos los prisioneros políticos, excepto los convictos de crímenes violentos. Gandhi accedió a suspender la campaña de ayuno y desobediencia civil y asistir a una segunda mesa redonda en Londres.

La tregua duró menos de un año. En Londres, Gandhi exigió de inmediato la categoría de «dominio» para la India, y la conferencia terminó en un punto muerto. Pocas semanas después de su regreso a la India, a principios de 1932, Gandhi fue encarcelado de nuevo. Una vez más, el Partido del Congreso sufrió una eclipse parcial, como había ocurrido 10 años antes, la primera vez que Gandhi fue encarcelado. La mayoría de los hindúes aceptaban sus objetivos, pero pocos estaban preparados para proseguir una guerra indefinida contra la poderosa soberanía británica.

El gobierno y el Parlamento británicos siguieron, no obstante, preocupados por el futuro del subcontinente indio. Una serie



Izquierda, arriba, manifestación hindú en contra de la Comisión Simon. Esta comisión, encabezada por John Simon, que más tarde sería nombrado secretario de Asuntos Exteriores, proponía unas elecciones indirectas para la legislatura central y un incremento de la democracia local.

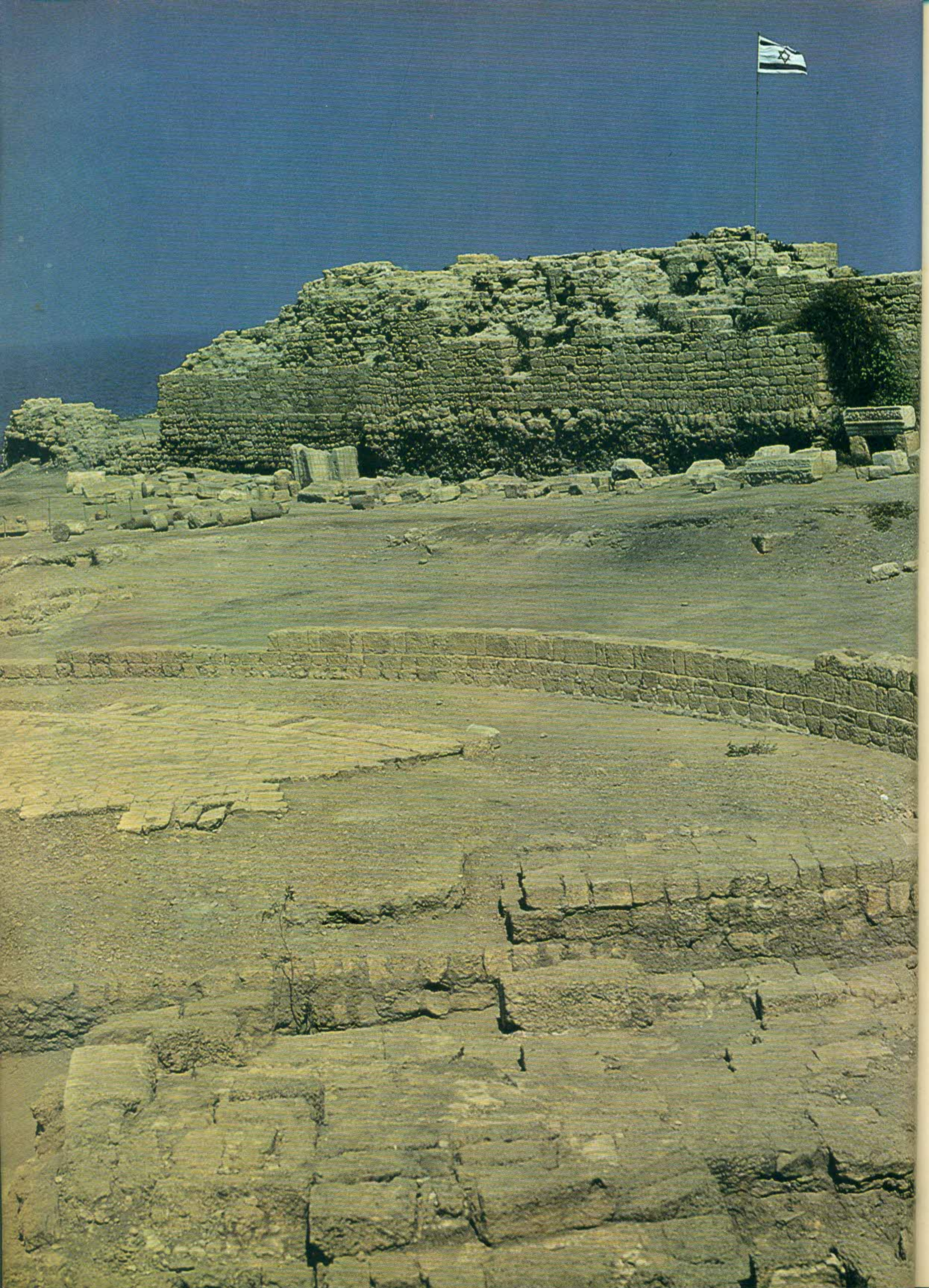


Izquierda, abajo, Gandhi al frente de la Marcha de la Sal en 1930. El Partido del Congreso, del Mahatma, desempeñó un importante papel en la primera campaña para el autogobierno de la India.

Página anterior, Mohandas (Mahatma) Gandhi (1869-1948), principal artífice de la independencia de la India.

de comisiones investigadoras recorrieron la India y regresaron, como se quejó Churchill, cargadas con «voluminosos e indigestos fajos de papeles». El resultado final de estas deliberaciones fue la Ley del Gobierno de la India de 1935, calificada por Churchill como «un monstruoso monumento de impostura construido por pigmeos». Bajo aquella ley el gobierno central permanecía a buen recaudo en manos del virrey, pero las provincias adquirían un alto grado de autonomía local y gobierno.

Al principio, el Congreso indio se dividió en su actitud hacia la nueva Constitución. El ala izquierda, dirigida por Jawaharlal Nehru, exigía su rechazo. Sin embargo, finalmente, el Congreso accedió a presentarse como candidato en las primeras elecciones celebradas bajo la nueva Constitución, en 1937, y ganó el control de ocho de las once provincias. La experiencia de gobierno durante los dos años anteriores a la II Guerra Mundial fue un punto crucial en la historia de aquel partido nacionalista. Señaló la transformación de un movimiento que trataba de conseguir sus fines por medios anticonstitucionales, en un partido parlamentario. Los políticos del Congreso y los funcionarios británicos, que hasta entonces se observaban con suspicacia, descubrieron ahora que sus relaciones podían ser mejores, descubrimiento que suavizaría el curso de



las negociaciones de independencia después de la guerra.

El gran error cometido por el Congreso durante la década de 1930 fue su actitud frente a los musulmanes. Durante la década de 1920 los dirigentes del partido, en su conjunto, habían sido conscientes de la necesidad de que la mayoría hindú respetara los derechos de la minoría musulmana. En 10 años había habido cinco presidentes del Congreso musulmanes. «La unidad hindú-islámica –dijo Gandhi– es nuestro aliento de vida.» La idea del Pakistán (la «Tierra de los puros») no surgió en el mismo subcontinente indio, sino entre un grupo de estudiantes musulmanes en la Universidad inglesa de Cambridge, en 1932.

Incluso a mediados de la década de 1930, pese a los signos de tensión entre las comunidades hindú e islámica, la organización de un estado separado musulmán constituía la ambición de una pequeña minoría de musulmanes indios. Jinnah, el dirigente de la Liga Musulmana, declaró en 1937: «No existe realmente diferencia alguna entre la Liga y el Congreso».

En las elecciones de 1937 la Liga declaró su voluntad de formar coaliciones con el Congreso en los nuevos gobiernos provinciales. No obstante, entusiasmados por su éxito electoral, los dirigentes del Congreso se negaron a permitir a la Liga musulmana la menor participación en el poder de los estados que controlaban. Al negarles la participación a la que tenían derecho en el gobierno de la India, la Liga musulmana no tuvo otra alternativa que recurrir a la idea del Pakistán: una ambición realizada con el coste de una guerra civil en el subcontinente indio y la pérdida de un millón de vidas humanas.

Oriente Medio

Las relaciones de Gran Bretaña con el pueblo de Egipto fueron peores que con cualquier otro de sus pueblos sometidos. A los egipcios se les llamaba despectivamente *wogs*, término que más tarde se usó con mayor amplitud para indicar la imagen británica del «forastero taimado». Pero los mismos británicos se mostraron más taimados que nadie imponiendo en Egipto una dictadura sin parangón en la historia del imperialismo victoriano.

Gran Bretaña había enviado tropas a Egipto en 1882 para sofocar un levantamiento antieuropeo, insistiendo en que estas tropas se retirarían en cuanto se restaurase el orden. «Una ocupación indefinida –declaró Gladstone, el primer ministro británico– estaría absolutamente en desacuerdo con los principios y puntos de vista del gobierno de Su Majestad, y con las garantías dadas a Europa.» Aunque esta promesa se repitió muchas veces, la «ocupación temporal» duró 70 años.

Gran Bretaña rompió su palabra por motivos estratégicos más que económicos. Incluso en el período de entreguerras, el petróleo carecía de importancia relevante en la política británica en Oriente Medio. En vísperas de la II Guerra Mundial, todo Oriente Medio no producía más del 5% del petróleo mundial. Pero el canal de Suez, que atravesaba el territorio egipcio, se consideraba el enlace más vital de las comunicaciones imperiales británicas. A los ojos británicos, la seguridad de este paso vital exigía la presencia permanente de tropas británicas en suelo egipcio y el control británico de la política exterior de Egipto.

Pese a la extensión de su ocupación, el protectorado británico en Egipto duró oficialmente sólo ocho años. Comenzó poco después del estallido de la I Guerra Mundial, y terminó, según se afirma, en 1922, cuando Gran Bretaña declaró la independencia de Egipto. Pero tanto las tropas británicas como el alto comisionado permanecieron en el país, y Gran Bretaña siguió declarándose responsable de la defensa de Egipto, así como de su política exterior, y de la protección de los intereses extranjeros en Egipto. El partido nacionalista «Wafd» declaró razonablemente que la independencia en estas condiciones sería una farsa. El sultán, Ahmed Fuad, se encontró indeciso entre su disgusto por los británicos y su odio a los políticos del Wafd, la mayoría de los cuales combinaban nacionalismo y corrupción en proporciones más o menos iguales.

Tras un año de discusiones, dedicado en gran parte a aumentar sus propios poderes, Fuad accedió a la independencia en unas condiciones que le elevaban de sultán a monarca más que constitucional. Aunque Gran Bretaña redujo ligeramente su control tras el acceso al trono del rey Faruk en 1936, las tropas británicas siguieron en Egipto durante otros 20 años.

La mayor parte de Oriente Medio, en 1914, pertenecía aún al decadente Imperio turco. Además de Egipto, sólo Chipre y una serie de emiratos del golfo Pérsico se hallaban bajo control europeo. Pero el establecimiento de la paz que siguió a la I Guerra Mundial, impuso el dominio europeo en casi todo Oriente Medio. El papel jugado por Gran Bretaña en esta transformación fue más escandaloso que cualquier otro episodio de la historia de su diplomacia en el siglo XX. Ramsay McDonald lo describió así: «Alentamos una revuelta en Turquía, con la promesa [en 1915] de crear un reino árabe en las provincias árabes del Imperio [turco] incluyendo Pales-

Página anterior, lugar de la costa palestina donde se realizaron los primeros desembarcos clandestinos de judíos, en los años 1930, y se conmemora actualmente esta llegada a la Tierra Prometida, como uno de los primeros hitos de la creación del Estados de Israel.

tina. Al mismo tiempo, alentamos a los judíos para que nos ayudaran, prometiéndoles que pondríamos Palestina a su disposición para que se establecieran en ella y la gobernaran; y también al mismo tiempo, firmamos con los franceses el acuerdo Sykes-Picot, por el que dividíamos los territorios sobre los que habíamos dado instrucciones a nuestro gobernador general en Egipto para que los prometiera a los árabes. Es un asunto de cruda duplicidad, y no podemos esperar juicios benevolentes en el futuro».

Como parte del acuerdo de posguerra, Gran Bretaña y Francia se dividieron la mayor parte del antiguo dominio árabe de Turquía. Francia se quedó con Siria y el Líbano, Gran Bretaña adquirió Irak (conocido anteriormente como Mesopotamia), Transjordania y Palestina. Arabia Saudí fue cedida a los árabes como reino independiente.

El astuto negocio entre Gran Bretaña y Francia en Oriente Medio se institucionalizó como «administración fiduciaria». Ambos países adquirieron los dominios turcos no como colonias, sino como mandatos de la Liga de las Naciones, y reconocieron como un deber vigilar su «progresivo desarrollo... hasta que puedan valerse por sí mismas». Sin embargo, la mayor parte de Oriente Medio sólo consiguió su independencia después de la II Guerra Mundial. Aunque el mandato británico en Irak concluyó formalmente en 1932, Gran Bretaña mantuvo, como en Egipto, una forma de dominio indirecto en virtud del llamado «tratado de derechos», que le proporcionó el control militar y financiero.

Un inesperado producto secundario del dominio británico en Irak fue el nacimiento de la Real Fuerza Aérea como servicio independiente. En 1922, Gran Bretaña logró reprimir una revuelta tribal en Irak, pero no lo hizo, como en el pasado, mediante una expedición militar, sino por medio de un bombardeo desde el aire. Por primera vez pareció posible concebir que una guerra europea se decidiera tanto en el aire como en tierra. En consecuencia, Gran Bretaña se convirtió en 1923 en el primer país del mundo que liberó su fuerza aérea de la dependencia de los demás servicios.

El problema más grave a largo plazo, legado por la tortuosa diplomacia británica en Oriente Medio, surgió de su promesa a los judíos. Las condiciones del mandato británico en Palestina la hicieron responsable de llevar a efecto su promesa mediante «el establecimiento en Palestina de un hogar nacional para el pueblo judío». Los árabes, que constituían más del 90% de la población palestina, recibieron la seguridad de Gran Bretaña de que el «hogar nacional judío» no se convertiría en un estado nacional judío y que serían respetados todos sus «derechos civiles y religiosos». Pero un estado nacional era precisamente lo que el movimiento sionista (responsable de la idea de un «hogar nacional» en Palestina) trataba de conseguir, un estado que, en palabras del doctor Weizmann, su dirigente, fuera «tan judío como Inglaterra es inglesa».

Como primer paso hacia este objetivo, los sionistas insistieron en la estricta separación de las comunidades árabe y judía. Los padres judíos se negaron a enviar a sus hijos a escuelas mixtas. Los agricultores árabes y los arrendatarios fueron expulsados de todas las tierras adquiridas por el Fondo Nacional Judío. David Ben Gurión, que más tarde sería primer ministro del estado de Israel, organizó una serie de huelgas contra los empresarios judíos que contrataban mano de obra árabe. La Agencia Judía, que coordinaba la colonización hebrea de Palestina, trató, con cierto éxito, de convertirse en un «Estado dentro del Estado». Hasta la I Guerra Mundial, los árabes habían sido el único pueblo coexistente con los judíos que jamás les persiguió. El nacimiento del antisemitismo árabe de entreguerras no fue obra de Adolfo Hitler, sino de los sionistas.

Uno de los primeros ministros británicos que se enfrentó con el problema palestino fue Winston Churchill, secretario de Colonias durante el último año de la coalición de Lloyd George. En un *Libro Blanco* publicado en 1922, Churchill definió el núcleo del problema, dudando de la «capacidad de absorción» de Palestina. En 1920 la «capacidad de absorción» palestina era mínima. No más de 5.000 judíos llegaban allí anualmente. Con semejante tasa de inmigración, el predominio árabe en Palestina no peligraba, y los administradores británicos podían esperar una disminución final de las tensiones entre ambas comunidades.

Lo que ningún gobierno británico pudo llegar a prever fue el vasto flujo, en la década siguiente, de los judíos refugiados de la persecución nazi.

Los imperios europeos

El Imperio británico era mayor que todos los demás juntos. Los imperios de Italia, Bélgica, España y Portugal estaban todos prácticamente confinados en África. El de Holanda consistía en las Indias occidentales holandesas y la Guayana holandesa. Alemania carecía de dominios. Curiosamente, fueron los imperios más antiguos y decadentes —los de España y Portugal— los que durarían más. En Asia, la última colonia europea que obtuvo su independencia fue el diminuto enclave portugués de Goa, en el subcontinente indio. En África, a fines de la década de 1960, el Imperio de Portugal era mayor que el de Gran Bretaña.

Aparte de Gran Bretaña, sólo Francia —con colonias en África, Asia, Oriente Medio, las Indias occidentales y el Pacífico— podía considerarse una potencia mundial. El Imperio francés equivalía a menos de la mitad del británico, pero era mucho más rebelde. En África, Asia y Oriente Medio, Francia se enfrentaba con rebeliones armadas en una escala que Gran Bretaña no conocería hasta después de la II Guerra Mundial. Durante la década de 1920 hubo graves revueltas en Siria y Marruecos. La pacificación de Marruecos no fue completa hasta mediados de la década de 1930, y Siria siempre fue hostil al dominio francés. En Indochina, la administración francesa, durante 1930, pareció extinguir una rebelión nacionalista en su fase inicial, restaurando el orden con centenares de ejecuciones. Pero a principios de la II Guerra Mundial, ya existía un poderoso movimiento clandestino comunista dirigido por Ho Chi-Minh.

Aunque el Imperio francés era más autocrático que el británico, los franceses se sentían menos preocupados por las cuestiones raciales. El objetivo a largo plazo de la administración colonial francesa consistió en conceder a sus súbditos la nacionalidad francesa. Un ministro británico observaba en 1926: «En estos asuntos, al parecer, somos por naturaleza exactamente lo contrario que los franceses. Ellos quieren afrancesar África en su lenguaje, sentimientos, costumbres y actidudes. Nosotros dudamos de que una persona que no pertenezca a nuestra raza pueda convertirse realmente en británica».

Progresivamente, los franceses consideraron a sus colonias —especialmente en África— no como tales, sino como extensiones de la misma Francia. Por tal motivo, valoraban su Imperio como superior al británico, aunque fuera mucho más pequeño.

La «misión imperial» fue una experiencia transitoria. A finales de la década de 1960, la mayoría no creía ya en ella. El joven Disraeli había descrito a la mayor parte de las colonias británicas en el siglo XIX como «despreciables piedras de molino». Poco más de un siglo después, tal descripción se adaptaba exactamente a la única colonia continental que le quedaba a Gran Bretaña, Rhodesia. Pero la misión imperial dejó huellas. Durante la década de 1950, Dean Acheson describió a Gran Bretaña como un país que «ha perdido un Imperio y no ha encontrado su papel en el mundo de hoy».

Prosperidad y depresión



Gustav Stresemann, canciller de Alemania en 1923 y ministro de Asuntos Exteriores hasta su muerte, en 1929. Sacó a su país del aislamiento diplomático en que había quedado al final de la I Guerra Mundial.

Los años finales de la década de 1920 fueron el último período de auténtico optimismo en la historia de Europa. El optimismo comenzó en 1925 con el Tratado de Locarno, un pacto de no agresión entre Francia, Alemania y Bélgica, garantizado por Gran Bretaña e Italia. Locarno, dijo Austin Chamberlain, «será recordado como la verdadera línea divisoria entre la guerra y la paz». Para muchos estadistas europeos, pareció un hito en la historia de Europa. Era el fin de una era de profunda hostilidad entre Francia y Alemania que databa desde la guerra franco-prusiana de 1870 y se cerraba con la ocupación del Ruhr en 1923. Geneviève Tabouis, la periodista francesa más famosa de su generación, escribió sobre el Tratado de Locarno: «Parecía imposible que Alemania, nuestro gran enemigo de ayer, firmara el pacto. ¡A partir de ahora, no más miedo por el futuro! ¡No más guerra!».

La reconciliación entre Francia y Alemania fue reforzada por sus ministros de Asuntos Exteriores, Aristide Briand y Gustav Stresemann. Su oratoria le valió a Briand el título de «arcángel de la paz», y los caricaturistas franceses le representaban convirtiendo las espadas en arados. El discurso más famoso de Briand fue su bienvenida a Stresemann con ocasión de la admisión de Alemania en la Liga de las Naciones, en septiembre de 1926. Su perorata es una mezcla de lo sublime con lo trivial: «A partir de este día las mujeres podrán mirar a sus hijos sin sentir sus corazones desgarrados por la ansiedad». Representaba fielmente el talante de la «luna de miel» de Locarno.

Poco después de dar la bienvenida a Stresemann a la Liga de las Naciones, Briand le invitó a un almuerzo privado en Thoiry, en los Alpes franceses. Tras el almuerzo, los dos políticos anunciaron que habían «establecido las bases para un entendimiento», aunque la naturaleza del mismo no se supo nunca. «Pueden llamarlo "el misterio de Thoiry" –dijo Briand a los periodistas–. ¡Qué buen título para una novela de suspense!». Pero añadió caprichosamente: «Mientras estábamos sentados durante el almuerzo, contemplamos las nubes que se elevaban de la cumbre del Mont Blanc, y ambos estuvimos de acuerdo en que sus nieves no eran más blancas que el fondo de nuestros corazones».

El aspecto más importante de la «luna de miel» de Locarno fue el Tratado Briand-Kellogg de 1928. En abril de 1927, Briand propuso al gobierno norteamericano que Francia y Estados Unidos celebraran el décimo aniversario de la entrada de esta nación en la I Guerra Mundial, mediante un pacto «renunciando a la guerra como instrumento de la política nacional». Kellogg, el secretario norteamericano de Estado, replicó seis meses más tarde, sugiriendo (con la mente puesta en





las próximas elecciones presidenciales) que tal pacto debería incluir al mundo entero. Como primer paso hacia tal fin, los representantes de 15 grandes potencias se reunieron en París, en agosto de 1929, para firmar un acuerdo para proscribir la guerra.

Casi todos los estados del mundo se apresuraron a añadir su firma, incluso la Unión Soviética, que como Estados Unidos, no era miembro de la Liga. Solamente cinco estados –Argentina, Bolivia, Brasil, Arabia Saudí y Yemen– se negaron a firmar.

La Liga de las Naciones

Reflexionando en 1930 sobre los logros de la década anterior, la mayoría de los estadistas europeos podían aún sentirse optimistas por el futuro. La Liga de las Naciones, aunque ridiculizada en sus comienzos por quienes se consideraban pragmáticos, formaba parte ahora de la diplomacia internacional. De acuerdo con *The Times*, había «cumplido silenciosamente bien». Hasta entonces la Liga sólo tuvo que afrontar un reto importante: la toma por Mussolini de la isla griega de Corfú, en 1923, tras el asesinato de un general italiano en Grecia. Como resultado de la mediación de la Liga, Mussolini se comprometió a retirarse de Corfú a cambio de que Grecia pagara 50 millones de liras. Aunque el arreglo favorecía claramente a la potencia más fuerte, se consideró como una victoria para la organización internacional. Se arguyó que sin la Liga, la ocupación de Corfú podría haberse convertido en una guerra europea. El hecho de que, durante los restantes años de la década, la Liga no tuviera que enfrentarse con más desafíos a su autoridad por parte de ninguna potencia importante, pareció demostrar su creciente autoridad.

En la presentación de un informe sobre los 10 primeros años de la Liga, en 1930, su secretario general resumió las perspectivas para el futuro citando un discurso del general Smuts: «Considerada bajo su verdadera luz, la luz de la época y de las ideas consagradas por el tiempo y la práctica de la humanidad, estamos contemplando algo sorprendente, somos testigos de uno de los grandes milagros de la historia... La Liga puede ser un proyecto difícil de realizar, pero lo significativo es que las potencias han prometido realizarlo... La humanidad ha pasado de un solo salto, por así decirlo, del mundo viejo al nuevo, salvando un profundo abismo».

El retorno de la prosperidad

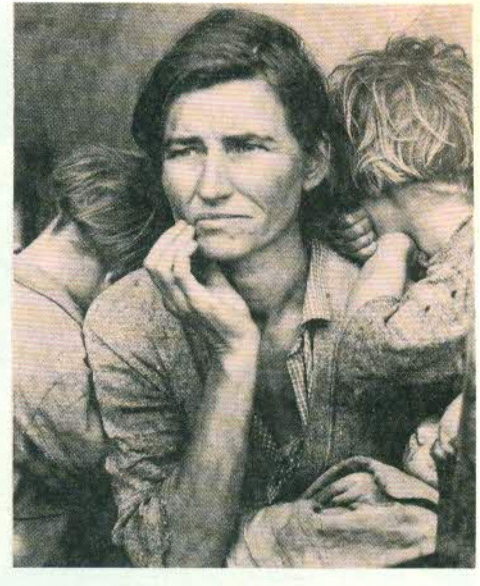
El optimismo de Locarno fue, en parte, una consecuencia de la prosperidad económica. En 1925 la producción europea alcanzó por primera vez el nivel que tenía antes de la guerra. El retorno de la prosperidad quedó simbolizado por la decisión de Winston Churchill, ministro de Hacienda, de que Gran Bretaña volviera al patrón de oro haciendo la libra esterlina convertible en oro. En 1928, las demás monedas europeas imitaron su ejemplo. Entre 1925 y 1929, el volumen del comercio internacional aumentó cerca de un 20 %.

Los años prósperos de finales de la década de 1920 se caracterizaron por el gobierno de estadistas conservadores. Calvin Coolidge ganó las elecciones de 1924 en Estados Unidos pregonando la paz y el espíritu de trabajo. De forma similar, Stanley Baldwin incitó a los británicos a confiar en su honestidad y situó la «seguridad» como lo primordial. Hubo numerosas lagunas en la prosperidad de aquellos años, pero los gobiernos conservadores les prestaron escasa atención. En Gran Bretaña, por ejemplo, no hubo nunca menos de un millón de parados. Aún así, incluso después de la huelga general de 1926, el Parlamento se las ingenió para dedicar más tiempo a la revisión del Libro de Plegarias Anglicanas que al problema del desempleo. Felizmente para el Partido Conservador, la inactividad del gobierno de Baldwin propició su derrota en las elecciones de 1929, en el momento justo para dejar que el gobierno laborista se enfrentara a la depresión.

El gran problema de la prosperidad europea de la «era de Locarno» fue que su continuidad dependía de la inestable economía norteamericana. Esta dependencia fue una de las consecuencias más importantes derivadas de la I Guerra Mundial. Durante un siglo antes de 1914 la inversión fluyó a través del Atlántico de Europa a Estados Unidos. Pero luego, la dirección se invirtió. La economía europea en la década de 1920 dependió de la masiva inversión norteamericana. En los cinco años comprendidos entre 1925 y 1929 esta inversión supuso no menos de 2.900 milones de dólares. Alemania, con una deuda total de 1.000 millones de dólares, dependía de la inversión norteamericana no sólo para mantenerse próspera, sino para seguir siendo simplemente solvente. Pero la disponibilidad continua de la inversión norteamericana dependía de la permanencia de unas condiciones especulativas que se hundieron rápidamente.

En el verano de 1929 los precios de las cotizaciones en Wall Street eran casi cuatro veces más elevados que cuatro años antes, y todos los días cambiaban de propietarios cinco millones de acciones. Sin embargo, la mayoría de los norteamericanos siguieron creyendo que la prosperidad sería eterna. El presidente Coolidge, en su último mensaje sobre el estado de la Unión, en diciembre de 1928, dijo lo siguiente: «Ningún Congreso de este país se reunió jamás con una perspectiva más agradable que la que aparece en el momento actual. En casa tenemos tranquilidad y prosperidad. En el exterior hay paz. La buena voluntad ha facilitado el mutuo entendimiento».

Herbert Hoover, sucesor de Coolidge como presidente de Estados Unidos, era igualmente optimista. En su campaña electoral prometió a los norteamericanos no sólo una «despensa llena», sino también un «garaje repleto». Los economistas no avistaban peligro alguno. Quince días antes de la mayor quiebra en la historia del mercado de valores norteamericano, el profesor Irwin Fisher, decano de los economistas de Yale, dijo: «Dentro de pocos meses el mercado de valores ascenderá vertiginosamente».



Arriba, Madre emigrante, *una de las fotografías encargadas por la Administración a Dorothea Lange, a mediados de la década de 1930.*

Izquierda, Bar dancing en Baden-Baden, *del pintor expresionista alemán Max Beckmann, que muestra una imagen típica del período de entreguerras. (Galerie Günther Franke, Munich).*

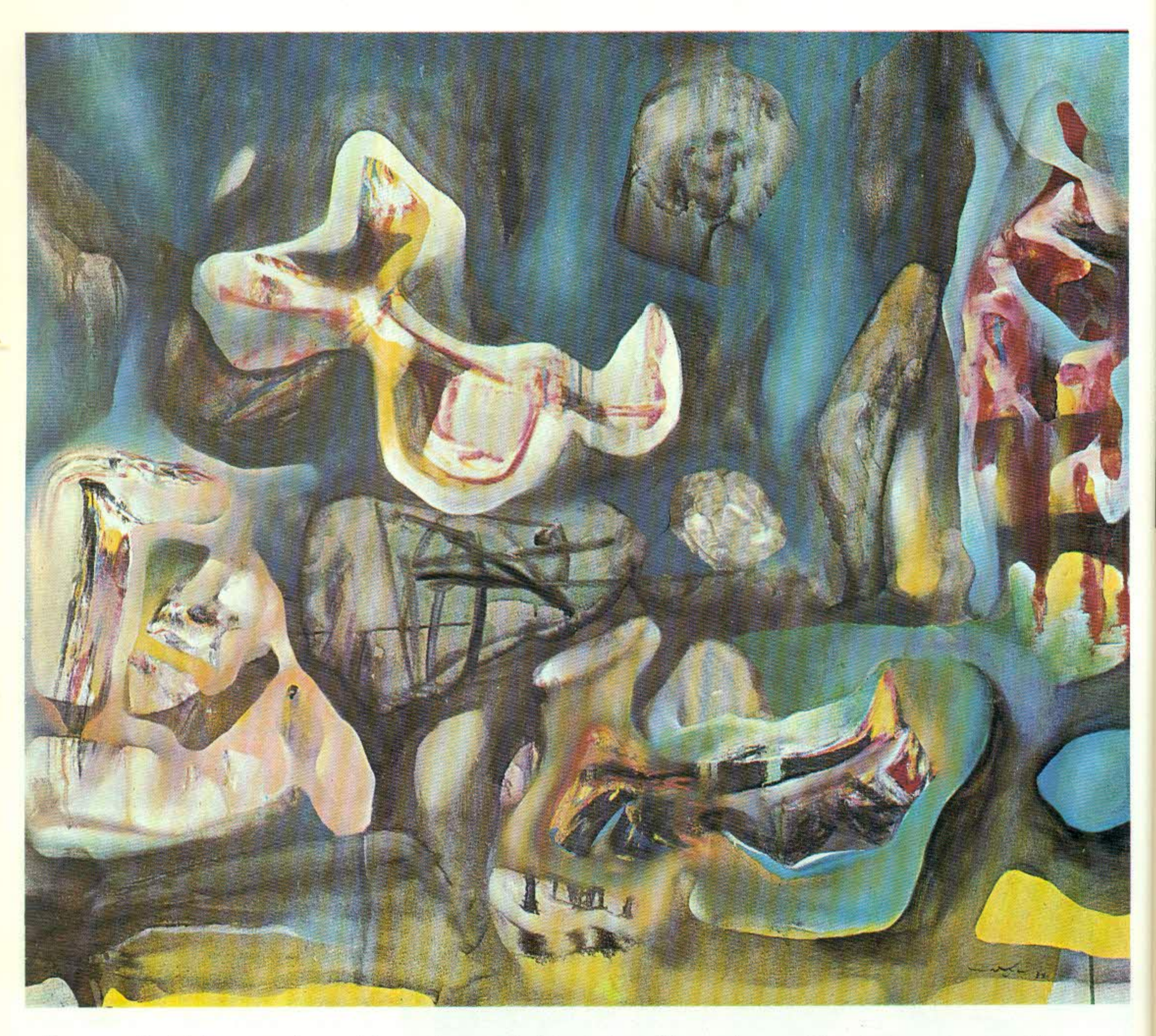
Página anterior, arriba, cartel electoral de 1928, en que hay una referencia a los Pactos de Locarno, del 16 de octubre de 1925. En una época de franca mejora de las relaciones internacionales entre los países de la Europa Occidental, la Renania alemana fue ocupada por soldados negros de las tropas coloniales francesas.

Página anterior, abajo, cartel de una Feria italiana en 1927, convocada por el Sindicato de Agricultores Fascistas, bajo el alto patronado de Benito Mussolini.

La gran depresión

El «jueves negro», 24 de octubre de 1929, estalló la bomba especulativa en Estados Unidos. Durante los nueve días siguientes se cancelaron 40.000 millones de dólares en valores. Con el derrumbe del mercado de valores cesaron los préstamos a Europa, y las deudas fueron reclamadas inmediatamente. Ello provocó una catástrofe. Simultáneamente a la exigencia del pago de los préstamos, solicitó puntualmente, hasta el verano de 1931, el pago de las deudas de guerra. Al elevar los derechos de importación en un promedio del 40 %, Estados Unidos hizo imposible que sus deudores extranjeros pudieran pagarle mediante un aumento de las exportaciones.

Un país tras otro trataron de equilibrar sus economías mediante una drástica reducción de las importaciones. El resultado inevitable fue el colapso del comercio mundial.



La prosperidad de la economía mundial dependía no sólo de la inversión norteamericana en el extranjero, sino también del elevado ritmo del consumo en Estados Unidos. En 1928 el país consumía gran parte de los nueve principales productos básicos del mundo (alimentos y materias primas). A la larga, los productores serían, pues, los más duramente afectados, tanto por el colapso del comercio mundial como por la contracción del mercado norteamericano.

Las consecuencias políticas de la depresión fueron gravísimas. Incluso en Gran Bretaña, famosa por su estabilidad política, la depresión derribó al gobierno laborista en agosto de 1931 y lo reemplazó por un «gobierno nacional», compuesto principalmente por ministros conservadores, bajo el liderazgo nominal del antiguo líder laborista Ramsay McDonald. En dos continentes, América Latina y Europa, las consecuencias políticas de la depresión fueron particularmente severas. En ambos, el colapso económico provocó la aparición de regímenes autoritarios.

América Latina

Para América Latina, como para Europa, la década de 1920 había sido un período de estabilidad relativa. En la mayor parte de los estados, en 1930, la revolución parecía un recuerdo del pasado. La inversión privada fue superior a 5.000 millones de dólares en una sola década, y Europa y Norteamérica proporcionaban mercados de firme expansión para los productos alimenticios y las materias primas latinoamericanas. Pero en 1930 el capital extranjero y los mercados exteriores, de los que dependía la prosperidad de aquellos años, se colapsaron.

Por primera vez en su historia, América Latina tuvo que enfrentarse al problema del paro en gran escala. En Brasil, la mitad del funcionariado se quedó sin trabajo en pocos meses. En Chile, las tres cuartas partes del personal minero perdieron sus empleos en dos años. En el primer año de la crisis los gobiernos de los tres mayores estados, Argentina, Brasil y Chile, fueron derribados. En Argentina, que había tenido gobiernos estables durante medio siglo, el general José Uriburu, admirador confeso de Mussolini, estableció una dictadura militar. Dos meses más tarde, un golpe militar en Brasil entregó el poder a otro admirador de Mussolini, Getulio Vargas, forjador de una «democracia disciplinada». Chile, que sufrió la depre-



Izquierda, arriba, cartel del Partido Comunista francés, durante las elecciones de 1937, en el que se ataca a los banqueros, considerándolos contrarios a los intereses nacionales.

Izquierda, abajo, Franklin D. Roosevelt (1882-1945), presidente de los Estados Unidos de América desde 1933 que, con su programa del New Deal, contribuyó a aliviar los efectos de la Gran Depresión.

Página anterior, Ortología psicológica, *del pintor chileno Roberto Matta, fechado en 1938. El período entre las dos guerras, aunque sometido a la superación de la terrible crisis económica, produjo una evolución de la cultura, del pensamiento y de los descubrimientos científicos, entre los que son notables los avances en neurología y psiquiatría.*



sión más severamente que cualquier otro país latinoamericano, permaneció durante 18 meses en una situación crítica: en cien días cayeron seis gobiernos. De todos los estados de América Latina, sólo Colombia y Costa Rica lograron mantener cierta estabilidad durante la década de 1930.

Como Uriburu y Vargas, muchos de los hombres que llegaron al poder durante la depresión se sintieron atraídos por los métodos que utilizaba Mussolini en Italia. No obstante, sería un error trazar un paralelismo demasiado próximo entre las dictaduras de Europa y las de América Latina. En este continente ningún gobierno poseía los medios adecuados para convertirse en radicalmente totalitario, aunque deseara hacerlo. Además, los programas políticos contenían con frecuencia una sorprendente mezcla de ideologías, impensable en Europa. La característica más sorprendente de los regímenes de la década de 1930 fue su nacionalismo y su xenofobia. Marxistas, fascistas y conservadores culparon por igual al mundo exterior de los males que aquejaban a América Latina.

La depresión en Europa

La primera consecuencia internacional de la depresión europea fue el refuerzo de Francia. Francia, al contrario que Alemania, no dependía de la inversión norteamericana ni, como Gran Bretaña, tenía que exportar para vivir. Mientras cayeron el marco y la libra, el franco permaneció firme, apoyado por un tercio de las reservas mundiales de oro. El doctor Luther, presidente del Reichsbank alemán, se vio obligado a viajar humildemente a París en busca de crédito.

Hasta 1932 los franceses creyeron que podrían librarse de la depresión. «Debemos —decía *Le Figaro* en octubre de 1931— sentirnos satisfechos de nuestra tímida, pero estable economía, en contraste con la decadencia económica anglosajona.» Esta euforia duró poco. Aunque la depresión tardó más que en ningún otro país en llegar a Francia, lo hizo con una fuerza tremenda.

Durante más de medio siglo los marxistas habían predicho el colapso de la economía europea. No obstante, cuando llegó tal colapso no pudieron aprovecharse de él. Ni un solo país se hizo comunista a causa de la Gran Depresión. En cambio, la depresión hizo que el fascismo, el adversario más virulento del comunismo, se transformara en un movimiento europeo.

En gran parte de Europa, la democracia era todavía una nueva y frágil institución, incapaz de resistir la conmoción de un cataclismo económico. La mayor tragedia de la depresión europea fue que golpeó con mayor dureza a Alemania, la gran potencia con una democracia más débil.



América Latina y su inserción en el siglo XX

Conseguida la independencia en el siglo XIX, la mayoría de las naciones de América Latina entraron en una etapa de desequilibrio económico, producto de graves crisis sociales y políticas. En las ciudades más importantes, la administración colonial española había sido progresivamente sustituida por las élites criollas, impulsoras de unos programas liberales y reformistas que, en la mayoría de países, tropezaron con las dificultades propias de unas sociedades en período de recomposición. La extensión del analfabetismo, la concentración del poder económico en pocas manos, una tradición autoritaria heredada del militarismo castellano, y el variado mosaico étnico, eran factores que difícilmente podían correlacionarse con un proceso político democrático. El desequilibrio entre el campo y la ciudad era, por otra parte, abismal.

Poco antes de morir, Simón Bolívar, el Gran Libertador, profetizó: «Si América no se une en una gran confederación, sobre mi tumba surgirá una multitud de tiranos». Los esfuerzos reformistas, de gobernantes militares o políticos, tropezaron efectivamente con las ambiciones de las viejas oligarquías y de otras nuevas que se conformaban alrededor de las riquezas naturales recién descubiertas. Por otra parte, las relaciones de América Latina con el poderoso vecino del norte, Estados Unidos, se hicieron muy complejas y difíciles. En febrero de 1895, Estados Unidos intervino ya en la guerra de Independencia de Cuba, contra España. El 24 de abril de 1965, marines norteamericanos invadían la República Dominicana, derribando al presidente constitucional, Juan Bosch. Entre una y otra fecha, la historiografía cuenta no menos de 50 intervenciones, militares o políticas, de Estados Unidos en América del Sur y Central.

Argentina

El general Mitre asumió la presidencia en 1860, impulsando la recuperación del país en base al desarrollo de un proceso constitucional. Con él, Argentina expansionó su política hacia el exterior, aproximándose a Estados Unidos y Gran Bretaña. Le sucedió en la presidencia, en 1868, Domingo Faustino Sarmiento, que impulsó la reforma educativa y reorganizó el ejército. En la etapa de Mitre y Sarmiento se configuró la «Triple Alianza»

con Brasil y Uruguay, contra Paraguay, y Argentina se anexionó 75.000 km² en El Chaco. Fue una época de prosperidad económica, que facilitó una creciente inmigración europea.

Gran importancia tuvo la presidencia de Nicolás Avellaneda, que prosiguió la obra de Sarmiento, reorganizando la universidad argentina y colonizando el inhóspito territorio de la Patagonia con emigrantes extranjeros. El capital exterior promovió en aquella zona un amplio desarrollo urbano. En 1880 el general Julio Roca asumió la presidencia, inaugurando una etapa de dominio oligárquico, caracterizada por una política de drástico enfrentamiento entre la Iglesia y el Estado. De hecho, secularizó la sociedad argentina, en una política que prosiguieron las siguientes presidencias de Pellegrini, Sáenz Peña, Uriburu, Roca –de nuevo–, Quintana y Figueroa.

La democracia política fue introducida plenamente en Argentina por el presidente Roque Sáenz (1910-1914), quien promulgó, en 1912, una Ley Electoral que transformaba el sufragio censitario en universal y secreto. Este cambio político permitió el acceso a la presidencia de Hipólito Yrigoyen, miembro de la Unión Cívica Radical, partido que postulaba importantes cambios. Yrigoyen mantuvo al país neutral durante la I Guerra Mundial, y en 1921 autorizó la legalización del Partido Comunista. Durante su mandato se consolidó el predominio de una oligarquía burguesa de tendencia liberal, pero la crisis económica mundial de la posguerra provocó una caída vertical de las exportaciones de cereales y carne. Estalló la agitación social, y el 6 de septiembre de 1930, un pronunciamiento militar, dirigido por José F. Uriburu, inició una dictadura militar de dos años, caracterizada por la intensa represión contra radicales y socialistas.

Tras Uriburu, se sucedieron las presidencias de Agustín P. Justo (1932-1938), que reanudó el intercambio comercial con Gran Bretaña, y Roberto M. Ortiz (1938-1942), sustituido en 1942 por Ramón S. Castillo, quien estableció un régimen totalitario, declarándose partidario del fascismo mussoliniano. Castillo fue derrocado en junio de 1943 por el Movimiento de los Coroneles, sucediéndose en la presidencia Arturo Rawson, Pedro Ramírez y Edelmiro J. Farrell (1944-1946). En esta etapa permanecieron disueltos los partidos políticos y suprimidas las libertades democráticas. Como ministro de la Guerra y vicepresidente de la República, actuaba un militar que pronto habría de desempeñar un complejo papel en la vida argentina: Juan Domingo Perón. En 1943 había impulsado ya una política populista destinada a mejorar la situación de las clases trabajadoras. Fue elegido presidente de la República el 24 de febrero de 1946.

Su política transitó desde unas actitudes liberales hacia un totalitarismo personalista. Renovó la administración y organizó corporativamente las relaciones entre el trabajo y el capital, impulsando la intervención estatal en la economía. El movimiento peronista se articuló en base a la Confederación General del Trabajo, cuya proyección superaría ampliamente al mandato de Perón. Éste gobernó siempre apoyándose en las clases obreras urbanas (los «descamisados»), sobre las que ejerció un gran carisma su esposa, Eva Duarte de Perón. El peronismo, que adoptó el nombre de Movimiento Justicialista, tuvo una marcada influencia corporativista, basada en el régimen de Mussolini. Perón fue ele-



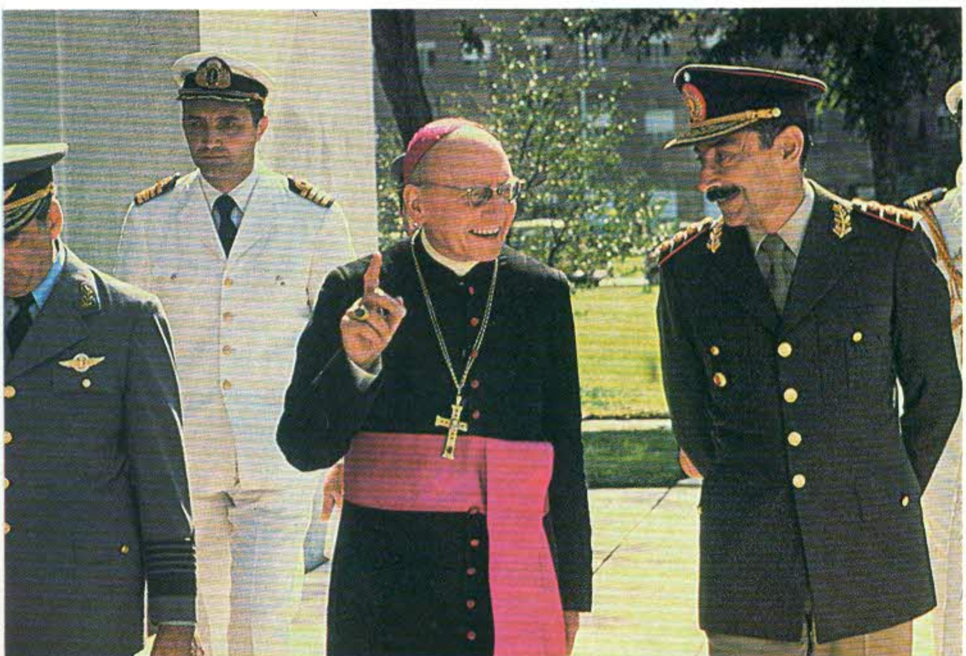


Arriba, partidarios del ex presidente de la República Argentina Juan Domingo Perón (1895-1974) y de su movimiento, el justicialismo, después de 1955.

Abajo, el presidente argentino Alejandro Agustín Lanusse y la Junta Militar (1971).

Página anterior, María Eva Duarte de Perón, esposa del presidente, saludando a la multitud.





gido presidente, y cubrió el mandato entre 1946 y 1952. En este último año murió Evita, perdiendo el líder argentino una colaboración de gran valía. En 1952, Perón era reelegido presidente, derrotando al radical Ricardo Balbín. En 1955, la crisis económica y las dificultosas relaciones de Perón con la Iglesia católica abrieron un paréntesis de violencia, y un golpe de Estado dirigido por el general Leonardi le derribó. Entre los años 1955 y 1958 hubo un gobierno militar, al frente del cual figuró Pedro Eugenio Aramburu, que pudo organizar el retorno a la normalidad democrática.

En las elecciones de 1958 venció el liberal Arturo Frondizi, que pactó con los sindicatos peronistas. Sin embargo, fue derrocado por los militares en 1962 y sustituido por su vicepresidente José María Guido. Nuevas elecciones en 1963 dieron paso al dirigente civil Arturo Illía, luego depuesto por el ejército, que nombró presidente al teniente general Juan Carlos Onganía. Éste gobernó dictatorialmente, disolvió el Parlamento y prohibió los partidos políticos, pero fue impotente para vencer a la poderosa CGT, impregnada por el peronismo. A partir de 1969 la crisis socioeconómica tomó caracteres alarmantes, y las fuerzas armadas exigieron la dimisión de Onganía, sustituyéndole el general Roberto Levingston. Las disensiones entre los militares desembocaron en el triunfo del general Alejandro A. Lanusse, que en 1973 convocó elecciones generales.

En ellas venció el candidato peronista Héctor J. Cámpora, quien renunció a la presidencia ante la inminencia del retorno de Perón. En septiembre de aquel mismo año, en unas nuevas elecciones, venció por amplia mayoría la nueva esposa del viejo líder, María Estela Martínez de Perón. Perón murió en 1974, y María Estela se apoyó en las fracciones derechistas y oligárquicas del justicialismo. La violencia guerrillera, la corrupción y los desórdenes sociales impulsaron una vez más al ejército a tomar el poder. En marzo de 1976, una Junta Militar, presidida por el general Jorge Rafael Videla, inició una nueva etapa política tendente a reprimir cualquier tipo de violencia. En 1981, se produjo el relevo de Videla por el también general Roberto Viola, esbozándose la posibilidad de una recuperación de la democracia política, en parte a causa de las dificultades que la inflación ha generado en la sociedad argentina.



Bolivia

El período comprendido entre 1920 y 1936, caracterizado por la crisis económica mundial, que afectó a las exportaciones de estaño –producto básico de la economía nacional–, fue de permanente inestabilidad. En 1919, el presidente José Gutiérrez Guerra fue derrocado por un golpe de Estado, y Bautista Saavedra estableció un gobierno dictatorial. En 1925, fue presidente Hernando Siles, cuyo mandato se vio alterado por la oposición estudiantil. Dimitió en junio de 1930, y su sustituto, Daniel Salamanca, fue depuesto por otra rebelión militar.

En 1938, el coronel Germán Busch tomó el poder y nacionalizó las propieda-

des de la compañía norteamericana Standard Oil Company. En 1940, el entonces presidente, general Enrique Peñaranda, indemnizó a Estados Unidos. En 1943, el gobierno manifestó su adhesión a las potencias aliadas que combatían contra Alemania, Italia y Japón. En diciembre asumió la presidencia Gualberto Villarroel, mientras Paz Estenssoro fundaba el Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR), de tendencia populista radical. Villarroel murió linchado por la multitud en 1946, y su cuerpo fue expuesto en las calles. El régimen, a partir de finales de la II Guerra Mundial, estuvo dominado por el MNR, partido en el que se formaron dos tendencias: la de Víctor Paz Estenssoro, nacionalista y fascistizante, identificada con la organización; y la de Juan Lechín, de tendencia trotskista, enraizada en las cuencas mineras.

En 1951 ganó las elecciones Paz Estenssoro, quien organizó milicias obreras y nacionalizó la industria del estaño. En 1956, asumió la presidencia Hernán Siles Suazo. Durante su mandato, las huelgas mineras, dirigidas por los sindicatos de Lechín, manifestaron su repulsa contra la hegemonía norteamericana en el país. En 1960, accedió de nuevo a la presidencia Paz Estenssoro. La crisis económica promovió una coyuntura de gran agitación social: en las ciudades se organizó una guerrilla urbana dirigida por los hermanos Peredo; y en la cordillera, la guerrilla rural contó con la dirección de Ernesto «Che» Guevara, líder revolucionario argentino que había combatido a favor de Fidel Castro en Cuba.

La crisis culminó con el acceso al poder del ejército en 1964. En 1966, el general Barrientos venció en unas elecciones, apoyado por una coalición de socialdemócratas, cristianos, populistas y comunistas. En 1967, las operaciones antiguerrillas cercaron al núcleo guerrillero y Guevara fue ejecutado. El 27 de abril de 1969, Barrientos moría en un accidente aéreo, y asumía interinamente la presidencia Adolfo Siles Salinas, derribado el 27 de septiembre por el general Ovando. Tras nacionalizar los intereses de la Gulf Oil Company, Ovando anunciaba el establecimiento de relaciones diplomáticas con la Unión Soviética.

En 1970, Estados Unidos apoyó un golpe de Estado derechista del general Rogelio Miranda, pero a los pocos días, el general izquierdista Juan José Torres le derribó y asumió el poder, iniciando una política progresista: nacionalización del capital extranjero, reforma agraria, reforma educativa y aproximación al régimen castrista cubano. Torres fue derrocado en agosto de 1971 por el coronel Hugo Banzer, que estableció una dictadura derechista. En 1978, Banzer permitió elecciones generales, pero los resultados, al parecer favorables a las izquierdas, fueron impugnados, y el general Pereda dio un golpe de Estado. Unos meses después, Pereda fue destituido por el general Padilla. Tras una fase de inestable transición, dominada siempre por la personalidad de Banzer, en 1979 se celebraron elecciones generales, venciendo por escaso margen el izquierdista Siles Suazo, que no pudo asumir la presidencia por falta de mayoría parlamentaria. Se acordó una transición, según la cual Walter Guevara, presidente del Congreso, sería el presidente provisional. Su intento de limitar la influencia militar fracasó, y en 1980 dimitió. Le sucedió Lidia Gueiler, que a los pocos meses fue derribada por un sangriento golpe de Estado. A partir de ese momento, varias fracciones del ejército pugnan por hacerse con el poder, dominado inicialmente por el general García Meza, vinculado a los grandes propietarios de las plantaciones de vegetales narcotizantes. Sin embargo, en julio de 1981 se produjeron nuevas tensiones entre fracciones del ejército, promovidas por la sublevación del general Natusch, y García Meza delegó sus poderes en un triunvirato militar.

Brasil

La crisis económica de 1918 a 1922 facilitó la asunción de poderes dictatoriales por parte de Arturo Da Silva, elegido presidente en 1922, con el voto del 1% de la población —debido al enorme índice de analfabetismo—. Durante el mandato de Da Silva, el capitán Carlos Prestes, que posteriormente sería líder del Partido Comunista brasileño, encabezó una sublevación izquierdista que arraigó en el nordeste, pero que finalmente fue vencida. En 1926, asumió la presidencia Washington Luis Pereira, que impulsó una política de permisión a la masiva entrada de capitales extranjeros, y por otra parte reinstauró las libertades civiles.

En el ámbito de la grave depresión mundial de 1929, concretamente en 1930, se celebraron elecciones generales, triunfando Julio Prestes, que de hecho no llegó a asumir la primera magistratura nacional, pues fue derrocado por Getulio Vargas, que gobernaría el país entre 1930 y 1945, apoyándose en las clases medias urbanas. Vargas desarrolló una política populista, realizando numerosas reformas laborales, educativas y económicas, así como una reforma agraria. La sublevación comunista de 1935, dirigida también por Carlos Prestes, radicalizó hacia la derecha la política de Vargas, quien toleró la proliferación de grupos fascistas.

Página anterior, el general Roberto Viola, que asumió la presidencia de la República Argentina el 29 de marzo de 1981.

Página anterior, arriba, Jorge Rafael Videla, que accedió a la presidencia de la Argentina en marzo de 1976, tras el golpe de Estado que derrocó a María Estela Martínez de Perón.

Página anterior, abajo, Celso Torrelia Villa, presidente de Bolivia (agosto de 1981).

En 1937, en la perspectiva de elecciones generales, el presidente asumió poderes totalitarios y programó la política del Estado Novo, que entre otras cosas suponía la persecución de toda oposición política, aunque en contrapartida promovió la industrialización y la construcción de obras públicas.

La derrota nazi-fascista en la II Guerra Mundial aceleró la caída de Vargas, que en los últimos años había manifestado claras inclinaciones fascistas. Durante el período de 1946 a 1951 gobernó el general Gaspar Dutra, que promulgó una Constitución federalista, tolerando las actividades políticas, excepto las de las organizaciones comunistas. En 1951, Getulio Vargas obtuvo de nuevo la victoria en las elecciones, pero la radical oposición de sus adversarios, y su relación con turbios asuntos financieros, determinaron su suicidio, sustituyéndole João Cafe Filho en 1954-1955.

Una nueva etapa pareció iniciarse en Brasil con la victoria electoral de Juscelino Kubitscheck en 1956, quien procedió a potenciar la modernización del país, fomentando la industria y creando la ciudad de Brasilia. Su sucesor, Janio Quadros, elegido en 1961, radicalizó el gobierno





hacia la izquierda, pero la presión militar le obligó a dimitir, sucediéndole el vicepresidente socialdemócrata João Goulart, depuesto finalmente por el golpe de Estado del general Castelo Branco, en 1961.

Los militares prohibieron los partidos políticos, iniciándose una etapa de sucesivos gobiernos castrenses, prolongada hasta la actualidad. En 1966 asumió la presidencia el general Arturo Da Costa e Silva, candidato del partido único Alianza de Renovación Nacional. Declarada, por enfermedad, la incapacidad temporal de Da Costa, le sustituyó en 1969 el general Garrastazu Medici. Su sucesor (1979), el general Figuereido, ha impulsado un programa de reformas que tiende a liberalizar el régimen, en la perspectiva de la devolución del poder a los civiles.

Colombia

La guerra civil entre conservadores y liberales duró hasta bien entrado el siglo XX. Tras ella, el país entró en una fase de inestabilidad política y social. Conservadores y liberales se disputaron y turnaron en el poder en los años siguientes. Una importante coyuntura fue la de la presidencia de Miguel Abadía Méndez, que impulsó una política de desarrollo económico. Pero las tensiones sociales no tardaron en aparecer, y el dominio conservador entró en crisis, pues en 1930 ascendió a la presidencia el liberal Enrique Olaya, quien realizó numerosas reformas sociales. En 1946, subió a la presidencia Mariano Ospina. Durante su mandato, alcanzó gran popularidad el líder radical socialista Jorge Eliécer Gaitán. Su asesinato, el 9 de abril de 1948 –instigado, al parecer, por agentes norteamericanos para entorpecer el desarrollo de la IX Conferencia Interamericana, a celebrar en Bogotá por aquellas fechas–, provocó un estallido revolucionario conocido con el nombre de «bogotazo», que de hecho fue un conato de guerra civil.

En aquella fecha asumió la presidencia el dirigente conservador Laureano Gómez, derrocado en 1953 por el golpe de Estado militar del coronel Gustavo Rojas Pinilla. La dictadura de éste consistió en una demagogia fascistizante, con amplias

Arriba, Getulio Vargas (1883-1945), presidente del Brasil tras el golpe de Estado de 1930, que fue confirmado en su cargo posteriormente. En la foto está acompañado por el presidente peruano, Manuel Odria (de uniforme), en una visita oficial al Perú.

Página anterior, arriba, bloques de apartamentos de Brasilia, capital del Brasil construida en plena selva, a centenares de kilómetros de cualquier centro habitado.

Página anterior, abajo, el Congreso Nacional, el edificio más elevado de Brasilia.

posibilidades para el capital extranjero. Otro golpe militar puso fin a su mandato, sustituyéndole una Junta Militar. En las elecciones de 1958 accedió a la presidencia Alberto Lleras Camargo, que suspendió el «estado de sitio» y procesó a Rojas Pinilla. Su sucesor, en 1962, el conservador Guillermo León Valencia, estrechó los vínculos con Estados Unidos. La agitación interna creció, y los movimientos guerrilleros, alentados por el ejemplo castrista cubano, proliferaron, descollando entre ellos el Ejército de Liberación Nacional, en cuyas filas militó el sacerdote Camilo Torres.

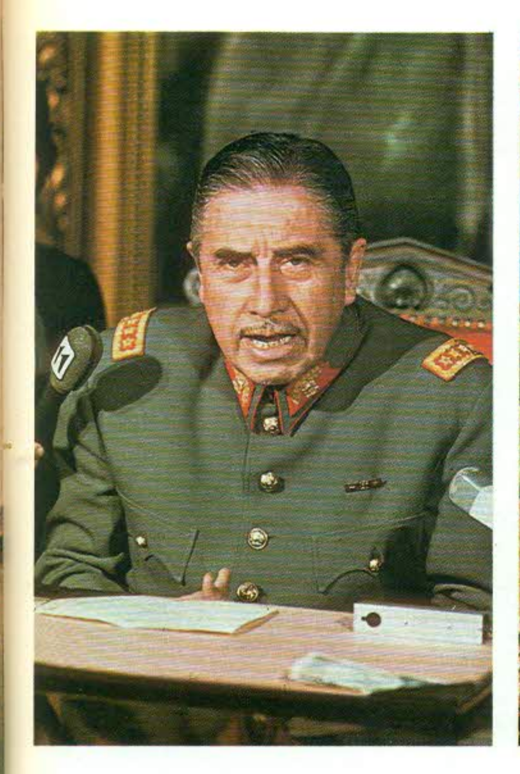
En 1966, ocupó la presidencia Carlos Lleras Restrepo, recuperándose así el viejo pacto establecido en Sitges (España) entre conservadores y liberales, por el cual unos y otros iríanse turnando en el uso del poder.

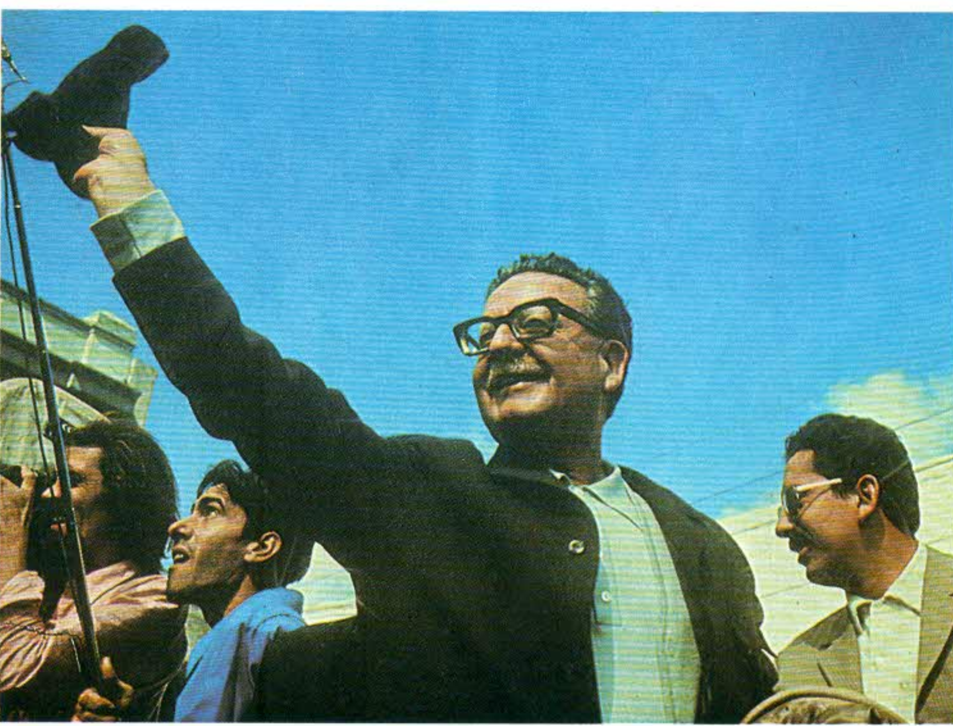
En 1970, concretamente en el mes de abril, fue decretado el «estado de sitio», a causa de los disturbios provocados por los seguidores del general Rojas Pinilla. En las elecciones de ese mismo año triunfó Pastrana, y durante su mandato fueron juzgados, en el llamado «consejo de guerra del siglo», 325 guerrilleros del Ejército de Liberación Nacional. Entre 1974 y 1978 gobernó el liberal Alfonso López Michelsen, iniciándose una etapa de desprestigio del sistema de turnos entre ambos partidos. Le sucedió en las elecciones de 1978 el también liberal Julio César Turbai Ayala, cuya gestión aparece comprometida por la presión de la guerrilla revolucionaria y de los militares conservadores.



Chile

Chile, bajo la presidencia de José Luis Sanfuentes (1916-1920), permaneció neutral durante la I Guerra Mundial. La explotación del cobre y el salitre fue potenciada como factor económico esencial del país. En 1920 ascendió a la presidencia el liberal Arturo Alessandri, que inició un programa de reformas sociales, mal acogido por la oligarquía conservadora. Un golpe militar disolvió el Congreso y obligó a dimitir al presidente en 1924, pero los coroneles Carlos Ibáñez y Marmaduque Grove derrocaron a la Junta Militar, accediendo el primero de ellos, en 1927, a la presidencia del Estado. La cri-





sis económica de 1929 incidió en el mercado de los minerales y el país se vió sumido en un caos social. En julio de 1931 huyó Ibáñez, pero en 1932 dirigió un pronunciamiento que derrocó a Juan Esteva Montero. Aquel mismo año, en los comicios venció de nuevo Alessandri, que gobernó apoyándose en la oligarquía agraria y en la Iglesia. En 1936, a raíz de una huelga ferroviaria, el gobierno desencadenó una ola represiva contra comunistas y socialistas. En 1938, una coalición del Frente Popular llevó a la presidencia a Pedro Aguirre Cerdá, que desarrolló un programa de industrialización y reformas sociales.

Su sucesor, Juan Antonio Ríos Morales, presidente en 1942, alentó una política económica basada en la intensiva explotación de la minería, posibilitando el crecimiento de las clases medias. En 1946 le sustituyó Gabriel González Videla, miembro del Partido Radical. Durante su mandato se colonizó el área chilena de la Antártida (la Tierra de O'Higgins), y Chile obtuvo numerosos empréstitos norteamericanos. En 1952 fue elegido presidente el general Ibáñez, que ya desempeñara la magistratura años atrás. Su programa reformista fracasó, y la inflación provocó la convocatoria anticipada de elecciones en 1958. En ellas venció Jorge Alessandri. Aquel año Eduardo Frei fundó el Partido Democratacristiano, vencedor en las elecciones de 1964, con un programa reformador que derrotó al Frente Popular, dirigido por Salvador Allende. La timidez en la aplicación del programa político democratacristiano, permitió a Allende aumentar su prestigio entre las clases populares, y en 1970 el líder socialista venció en las elecciones, al frente de una coalición en la que figuraban también radicales y comunistas. Allende programó una reforma agraria y una política de nacionalizaciones, acción entorpecida por la carencia de una mayoría parlamentaria absoluta y por la actividad opositora de la Democracia Cristiana de Frei. El 11 de septiembre de 1973, Allende, siempre opuesto a armar a las organizaciones populares, tal como le exigía la extrema izquierda, fue cercado en el Palacio de la Moneda, en la capital chilena, por efectivos militares comandados por el general Augusto Pinochet. Allende murió durante el asedio. Los militares suspendieron la Constitución, y Pinochet asumió la jefatura del Estado.

Ecuador

En 1934 asumió la presidencia José María Velasco Ibarra, que gobernó hasta 1937, año en que la Alianza Democrática consiguió sustituirle por Carlos Alberto Arroyo del Rio (1940-1944). Éste siguió una política de aproximación a Estados Unidos, cediéndole las islas Galápagos como base militar. En 1941 estalló un grave conflicto fronterizo con Perú, solucionado por la III Conferencia de Cancilleres Americanos. Por este pacto, Ecuador perdía aproximadamente 174.000 km^2 de su territorio, consecuencia de la derrota sufrida el 23 de julio de aquel año, en la batalla de Zarumilla. Por ello, la Alianza Democrática destituyó a Arroyo

Arriba, izquierda, el general Augusto Pinochet, presidente de Chile desde 1973.

Arriba, derecha, Salvador Allende, presidente de Chile desde 1970, que murió el 11 de septiembre de 1973.

Página anterior, arriba, las naves españolas Villa de Madrid *y* Blanca, *a principios de siglo, durante un combate en el archipiélago de Chiloé, en los últimos enfrentamientos que precedieron a la independencia de Chile. (Museo Naval, Madrid.)*

Página anterior, abajo, Eduardo Frei (1911-1982), presidente de Chile desde 1964, conversando con una comisión de agricultores con motivo de la reforma agraria, dentro del programa «Revolución en Libertad».





del Río y, en 1944, Velasco Ibarra asumía de nuevo el poder.

Velasco Ibarra fue cesado en 1948, y le sustituyó el liberal Galo Plaza, quien inició un programa reformista con la ayuda norteamericana. En 1952 el general Velasco Ibarra accedió de nuevo al poder, tras vencer en las elecciones. La crisis económica surgió en los últimos dos años del gobierno de Velasco Ibarra, y su sucesor, Camilo Enríquez (1956), intentó combatirla en colaboración con el Banco Mundial, facilitando la entrada masiva de capitales norteamericanos.

Una vez más, en las elecciones de 1960, venció Velasco Ibarra, cuya política nacionalista fue siempre vista con recelo por Estados Unidos. Ello coincidió con el descubrimiento de importantes pozos de petróleo. La agitación antinorteamericana provocó un pronunciamiento militar que derribó al presidente, y en 1961 asumió la jefatura del Estado Carlos Julio Arosemena. Su gobierno fue interrumpido por otra intervención castrense. En 1963 una Junta Militar le depuso, pero al año siguiente la crítica situación política y económica incidió en el estamento militar, cuya desunión permitió, el 16 de noviembre, que el Congreso Constituyente nombrara presidente a Otto Arosemena. La provisionalidad se interrumpió el 2 de junio de 1968, cuando Velasco Ibarra ganó de nuevo los comicios. Bajo su nuevo mandato, se amplió la jurisdicción marítima a 200 millas y se anunció una revisión de la Constitución.

Por otra parte, el gobierno exigió a las compañías norteamericanas la devolución al estado ecuatoriano de un millón de hectáreas de tierra apropiadas ilegalmente. Bajo presión popular, Velasco Ibarra disolvió el Parlamento y estableció una dictadura. Poco después, el ejército le derribó una vez más, asumiendo el poder el comandante en jefe del ejército, Guillermo Rodríguez Lara, a su vez destituido en 1977 por una Junta Militar que permaneció en el poder hasta 1979.



Esta Junta abrió un período constitucional, y en 1979 se convocaron elecciones, en las que triunfó el candidato socialdemócrata Jaime Roldós, que en mayo de 1981 fallecería víctima de un accidente de aviación.

México

Al iniciarse el siglo XX, el hecho histórico más importante del continente americano fue el proceso revolucionario mexicano. Desde 1876, el país estaba sometido a la dictadura militar de Porfirio Díaz. El «porfiriato» redujo las instituciones liberales a un puro formalismo, y su característica económica más importante fue la apertura del país a la masiva penetración de capitales extranjeros, especialmente norteamericanos y británicos, que veían en el petróleo y en la construcción de la red de ferrocarriles (24.000 kilómetros de



Izquierda, Eloy Alfaro (1842-1912), militar y político, de tendencia liberal, que fue varias veces presidente del Ecuador. (Palacio del Gobierno, Quito.)

Página anterior, arriba, izquierda, actividad electoral en Ecuador durante las elecciones que dieron como ganador a Velasco Ibarra.

Página anterior, arriba, derecha, Jaime Roldós, presidente del Ecuador tras las elecciones de abril de 1979. Muerto en accidente en mayo de 1981, asumió la presidencia el doctor Oswaldo Hurtado.

Página anterior, abajo, manifestación de campesinos en Quito pidiendo la reforma agraria.

vía férrea) grandes posibilidades de negocio. El capital extranjero recibió concesiones en exclusiva sobre obras públicas y explotaciones mineras. En 1902, se calcula que 117 compañías norteamericanas habían invertido más de 500 millones de dólares.

En 1909, tales inversiones ascendían a 1.000 millones de dólares. Una gran preocupación de la dictadura de Porfirio Díaz fue el orden interno, para cuyo mantenimiento invirtió grandes sumas de dinero en reorganizar el ejército y las policías rural y urbana.

Persistía en México el cúmulo de problemas típicos de una nación recién independizada, con una incipiente industria y un campesinado inquieto. Como señala el historiador español Vicens Vives: «Frente a los tres millones de peones ignorantes y sumidos en la miseria, 834 grandes hacendados eran los propietarios de la mayoría del territorio nacional. Mientras, el capital industrial y financiero quedaba en manos extranjeras. Por último, durante la etapa final del gobierno de Porfirio Díaz, se desencadenó un caciquismo agresivo, con una evidente falta de libertad indivi-



dual, más apreciable conforme más pequeño era el centro de población y más adentrado estaba en el medio rural».

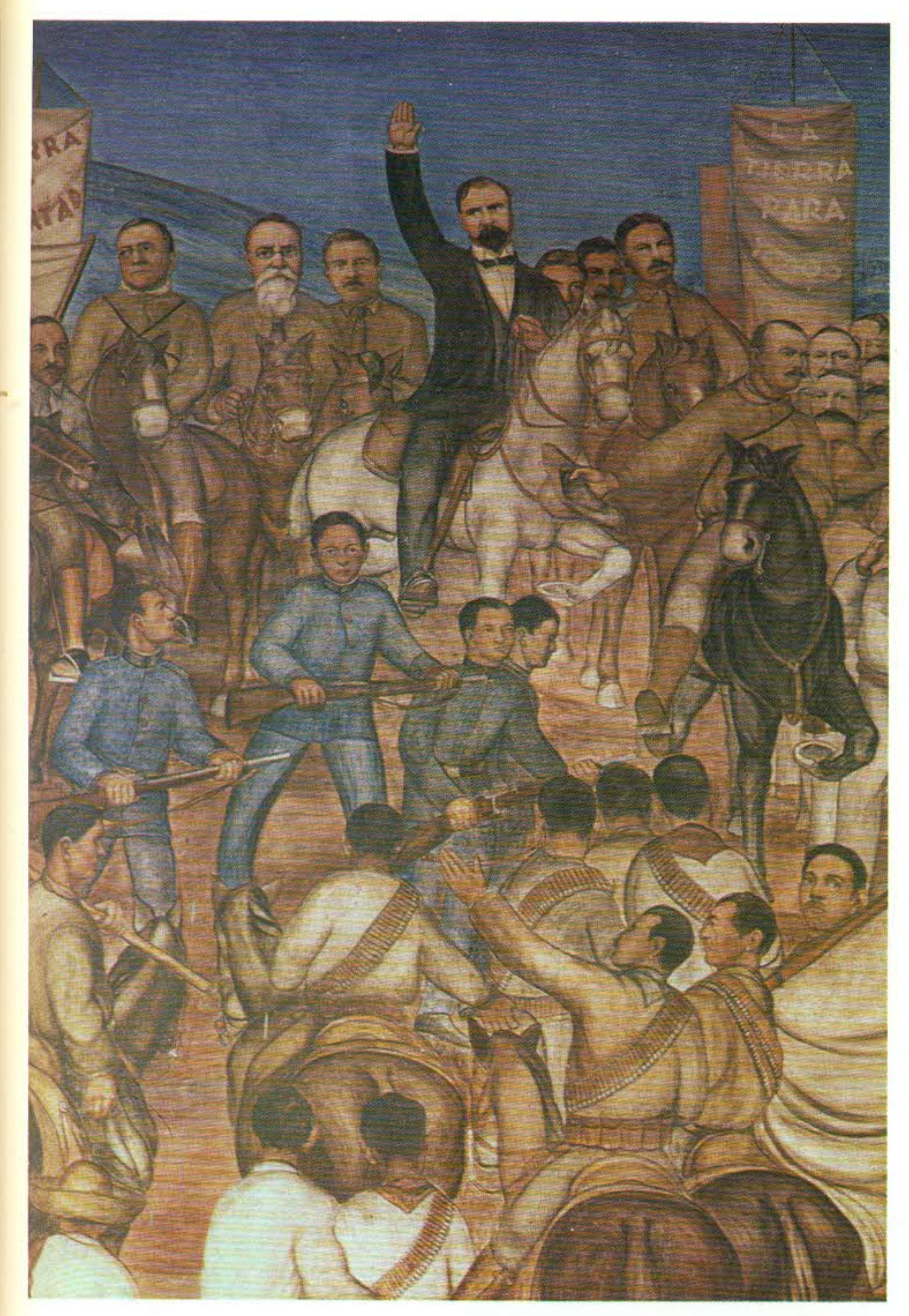
En los últimos años, a la crítica radical de nuevas minorías intelectuales se unió un progresivo movimiento agrarista, conformándose gradualmente una fuerte oposición contra la dictadura.

La revolución

En 1907, Porfirio Díaz tenía 77 años de edad, y sus partidarios especulaban acerca de su sucesión, dada la inminencia de unas elecciones. Las divergencias surgieron en el seno de la oligarquía dominante. Un movimiento antiporfirista —compuesto de varias fuerzas sociales, sin previo acuerdo y sin muy claros propósitos para el futuro— publicó en San Luis de Potosí, el 5 de octubre de 1910, un programa exigiendo «sufragio efectivo, y no reelección», declarando nulas las elecciones y proclamando a Francisco Madero «presidente constitucional».

Madero representaba a la burguesía agraria y era un liberal, pero carecía de un programa atractivo para movilizar al pueblo en torno suyo. Las condiciones sociales del campo mexicano, como ya se ha indicado, constituían un caldo de cultivo para la rebelión. El 20 de noviembre de 1910 se produjo un levantamiento, que tuvo especial relieve en Puebla y Chihuahua. En la insurrección descolló un ranchero analfabeto que demostró tener unas innatas condiciones de líder: Francisco («Pancho») Villa.

Sin embargo, de los diversos movimientos revolucionarios que surgieron en México durante ese año de 1910, el más profundo sin duda fue el que dirigió Emiliano Zapata.



Izquierda, Francisco Indalecio Madero (1873-1913), presidente de México después de la Revolución de 1910. Detalle de un mural donde se le ve dirigiendo el movimiento contra Porfirio Díaz. (Museo Nacional de Historia, México.)

Página anterior, mosaico que representa a José María Morelos (1765-1815) y a Emiliano Zapata (1883-1919), en la Ciudad Universitaria de México D.F.

Tierra y Libertad: los ejes del movimiento zapatista

Emiliano Zapata había nacido en 1883, hijo de una humilde familia campesina. Desde muy joven dio muestras de una extraordinaria inteligencia natural y de un sólido instinto de rebelión, adquirido en las opresivas condiciones en que vivía el campesinado de la zona de Morelos.

En marzo de 1910 estalló allí un movimiento campesino, encabezado por Zapata. La guerrilla armada confiscó las haciendas de los terratenientes, y distribuyó las tierras entre los campesinos pobres. El movimiento zapatista se vinculó inicialmente, al igual que el movimiento villista del norte, a los planes reformadores de Madero, en aquel momento símbolo de la libertad nacional.

Asediado por los movimientos campesinos y por la agitación urbana, el porfiriato se derrumbó, y a principios de 1911, Díaz marchó al exilio, muriendo en París. En junio de ese mismo año, Madero entraba en Ciudad de México, aclamado por más de cien mil personas. Sin embargo, el cambio social que requería el país se vio colapsado por la actitud pactista y vacilante de Madero con los poderes fácticos del régimen caído. Propuso un

lento programa de reformas, orientadas hacia un constitucionalismo legalista. Las componendas políticas, y su temor a que la insurrección popular le rebasara, impidieron a Madero captar en su verdadera dimensión la auténtica problemática del país, y al poco tiempo, aquellas masas populares que le recibieran triunfalmente comenzaron a sentirse defraudadas.

A los pocos meses de asumir Madero la presidencia del estado, Zapata rompió su alianza con él y proclamó la necesidad de una reforma agraria basada en el Plan de Ayala. A partir de ese momento, el Plan zapatista se configuró como el centro de una gran crisis nacional, que alternó los intentos negociadores con la violencia armada. Fue a finales de septiembre de 1911, después de intensos combates entre la guerrilla y las tropas gubernamentales, cuando los zapatistas decidieron denunciar definitivamente el Plan de San Luis, de inspiración maderista, sustituyéndolo por su propio programa revolucionario, elaborado en la población de Ayala. En el preámbulo del programa zapatista, podía leerse una dura crítica de la gestión de Madero: «Teniendo en consideración que... Francisco I. Madero ha tratado de acallar con la fuerza bruta de las bayonetas y de ahogar en sangre a los pueblos que le piden, solicitan o exigen el cumplimiento de las promesas de la revolución... le declaramos inepto para realizar las promesas de la revolución de que fue autor, por haber traicionado los principios con los cuales burló la voluntad del pueblo y pudo escalar el poder».

En el séptimo punto de su articulado, el Plan de Ayala disponía lo siguiente: «En virtud de que la inmensa mayoría de los pueblos y ciudadanos mexicanos no son más dueños que del terreno que pisan, sufriendo los horrores de la miseria, sin poder mejorar en nada su condición social ni poder dedicarse a la industria o a la agricultura, por estar monopolizadas en unas cuantas manos las tierras, montes y aguas; por esta causa se expropiarán, previa indemnización, la tercera parte de esos monopolios a los poderosos propietarios de ellos, a fin de que los pueblos y ciudadanos de México obtengan ejidos, colonias, fundos legales para pueblos o campos de sembradura o de labor, y se mejore en todo y para todo la falta de prosperidad y bienestar de los mexicanos».

Los guerrilleros zapatistas se aprestaron a realizar su programa en el estado de Morelos. La reacción del gobierno no se hizo esperar, y el general Victoriano Huerta fue encargado por Madero de restablecer el orden en Morelos.

El mismo general Huerta, comprometido aún con los intereses oligárquicos del





Arriba, Pancho Villa (1887-1923), revolucionario mexicano cuyo verdadero nombre era Doroteo Arango, sentado en el sillón presidencial junto a Zapata. (Castillo de Chapultepec, México D.F.)

Izquierda, El sueño de los pobres, *mural de Diego Rivera.*

Página anterior, arriba, el general Porfirio Díaz (1830-1915), presidente de México en 1876, que fue depuesto en 1910 y murió en París.

Página anterior, abajo, los héroes de la Revolución Mexicana. Detalle de un mural. (Castillo de Chapultepec, México D.F.)

porfiriato, traicionaría a Madero, que fue asesinado por una conjura en 1913. El presidente mexicano fue víctima de sus propias vacilaciones y de su aislamiento frente a las fuerzas populares que en un principio le prestaron su apoyo.

El movimiento zapatista siguió su actividad revolucionaria, enfrentada ahora al dictador Huerta. Al mismo tiempo, un colaborador de Madero, Venustiano Carranza, proclamaba el Plan de Guadalupe, y formaba un ejército con el fin de restaurar el constitucionalismo. En el norte, las guerrillas de Villa presionaban también contra las fuerzas militares que habían tomado el poder.

Asimismo, Álvaro Obregón comandaba otras fuerzas populares, cuyo objetivo era el retorno al maderismo, coincidiendo, pues, con los carranzistas. A finales de 1913, el moderado Plan de Guadalupe, fomentado por Carranza, recibió el apoyo de Obregón y Villa. Pero no así el de Zapata, que deseaba un profundo cambio en las estructuras agrarias del país. Al año siguiente, Villa pactó con Zapata en

Aguas Calientes, constituyéndose un eje revolucionario contra Carranza. La Convención de Aguas Calientes fue escasamente operativa, pues Carranza controlaba el poder en la capital. La tensión entre los constitucionalistas y los revolucionarios se agravó a finales de octubre de 1914 y, a principios de noviembre, Villa, en una carta dirigida a Zapata, le comunicó que «ha llegado el momento de luchar».

La noche del 24 de noviembre de 1914, Carranza, a pesar del apoyo norteamericano, se vio obligado a abandonar Ciudad de México ante la amenaza de las columnas villistas y zapatistas. El 26 de noviembre, Zapata entró en la capital. Permaneció allí muy pocos días. Durante su breve estancia se encontró con Villa, tal como ambos habían planeado. El 8 de diciembre, ambos líderes fueron aclamados por los habitantes de la capital, que ocuparon la sede del Palacio Nacional. Todo hacía presagiar que Zapata, más firme que Villa en el mantenimiento de su ideario revolucionario, asumiría la dirección del poder. Sin embargo, el líder agrarista, adoptando una actitud que pasaría a la historia como uno de los pocos casos de renuncia al poder dictatorial, decidió regresar a Morelos para dirigir la reforma agraria junto a su pueblo. Zapata, en su breve estancia en la capital del estado, había entendido que de quedarse allí, la complejidad de la política, con sus pactos y componendas, le hubiera distanciado de su pueblo y de su programa social.

La retirada de Zapata, y la incapacidad de Villa para asumir el poder, generaron un vacío político que aprovechó Carranza. En ese momento las opciones eran, o el moderantismo de una reforma aburguesada, vinculada al Plan de Guadalupe, o bien el Plan de Ayala, cuyo contenido revolucionario y socialista fue ampliado, rebasando ahora el marco de un simple movimiento agrario, para abarcar la totalidad de la estructura social mexicana.



La revolución zapatista quedó aislada en Morelos, región convertida en un «territorio de frontera». Como afirma el historiador John Womack: «Familias pobres y desposeídas habían habitado el lugar durante siglos; ahora, lo ocuparon de verdad. Lo que conquistaron, desmontaron, allanaron y poblaron no fue un territorio que simplemente habían recuperado, sino una sociedad revolucionariamente creada. Como otros pioneros, actuaron inciertamente, a veces por la fuerza de las necesidades inmediatas, y otras veces en virtud de sueños a los que no quisieron renunciar. Pero en aquel territorio socialmente salvaje, avanzaron, con dirección notablemente constante, hacia el establecimiento de municipios democráticos, integrados por vecindarios rurales en los que cada familia participaba de la utilización de los recursos comunitarios».

La distribución igualitaria de la tierra en forma de pequeñas propiedades, así como las demás reformas operadas en el sur de México, fueron tuteladas por la milicia zapatista, en una acción de vigilancia permanente contra toda posible agresión o intervención del gobierno central. Esta milicia no era un cuerpo militar autónomo, como los ejércitos de Villa o de Orozco; el ejército revolucionario que había cobrado vida en Morelos, en 1913 y 1914, era sencillamente una liga armada de las municipalidades, integrada por miembros que, en los lapsos de paz, trabajaban en sus propios ranchos.

La reacción carranzista

El Congreso Constituyente de Querétaro, iniciado el 5 de febrero de 1917, eligió a Carranza presidente de México. La nueva Constitución recogía la necesidad de la reforma agraria. Sin embargo, la inoperancia reformista en el campo mexicano persistió, al igual que se mantuvo

la revolución del sur, constituyendo un desafío permanente para Carranza, cuyas tropas intentarían repetidamente destruir la revolución zapatista. El 25 de abril de 1918, en Tlaltizapán, después de haber rechazado varias ofertas de Carranza para negociar —ofertas que comportaban un retroceso para la revolución de Morelos—, Zapata firmó un documento que se conoce con el nombre de Manifiesto al Pueblo de México, en el cual podían leerse los nuevos objetivos de la revolución: «Redimir a la raza indígena, devolviéndole sus tierras, y por lo mismo devolviéndole su libertad; conseguir que el trabajador de los campos, y el actual esclavo de las haciendas, se convierta en hombre libre y dueño de sus destinos por medio de la pequeña propiedad; mejorar la condición económica, intelectual y moral del obrero de las ciudades, protegiéndole contra la opresión del capital; abolir la dictadura y conquistar las más amplias y efectivas libertades políticas para el pueblo mexicano». El documento proponía la destitución de Carranza, y la formación, en la capital de la República, de una Junta integrada por todos los jefes revolucionarios del país, la cual nombraría un gobierno provisional revolucionario.

La difusión del Manifiesto por todo el país, incluida la capital federal, constituyó un desafío para el gobierno carranzista. Intratable políticamente e invencible desde un punto de vista militar, Zapata se convirtió en un peligro permanente para el poder central. Por ello, se decidió su asesinato, con el cual el gobierno esperaba destruir la revolución de Morelos. El 10 de abril de 1919, Zapata fue convocado en Chinameca por oficiales del ejército, supuestamente desafectos a Carranza. El engaño surtió efecto. A las dos de la tarde, cuando Zapata salía del rancho de Chinameca, un clarín tocó tres veces, y al apagarse la última nota, el comandante en jefe de la guarnición y los soldados que le presentaban armas descargaron sus fusiles, prácticamente a quemarropa, sobre Emiliano Zapata.

Sin embargo, el movimiento zapatista persistió, y finalmente la reforma agraria de Morelos sería aceptada por el gobierno de Carranza. Éste fue asesinado en 1920 por los seguidores de su antiguo colaborador Obregón, quien, tras un breve período en el que fue presidente Adolfo de la Huerta, asumió la presidencia. Álvaro de Obregón —que a su vez sería asesinado en 1928— gobernó hasta 1924. Durante su mandato se profundizaron algunas de las reformas iniciadas por la revolución y, más concretamente, en algunas zonas de México se ampliaron los ejidos, es decir, las propiedades colectivas de las comunidades rurales, expropiándose los grandes latifundios. Además, se abolieron las deudas contraídas por los peones y campesinos pobres. Por otra parte, el gobierno de Obregón estrechó sus contactos con Estados Unidos.





Arriba, Nacimiento de fascismo *(1934), pintura de David Alfaro Siqueiros.*

Abajo, mural de Chaves Morado que representa a unos trabajadores mexicanos.

Página anterior, fragmento de un mural revolucionario de José Clemente Orozco.

La post-revolución

Durante el período de 1924 a 1929, asumió la presidencia de la nación Plutarco Elías Calles. El hecho central de esta etapa fue el desarrollo de una política gubernamental destinada a suprimir los pri-





vilegios de que gozaba la Iglesia católica. La reforma agraria progresó con la distribución de 4 millones de hectáreas de tierra entre pequeños propietarios, y con la creación de bancos agrícolas. En 1927 el gobierno, sin tener en cuenta el espíritu de la Constitución de 1917, cuyo artículo 27 decretaba la «nacionalización de las riquezas mineras», concedió a Estados Unidos el monopolio de la explotación petrolífera. Calles fundó el Partido Revolucionario Institucional, que a partir de entonces gobernaría ininterrumpidamente en México hasta nuestros días.

En 1928, fue reelegido presidente Obregón, quien como ya se ha dicho, fue asesinado al poco tiempo. Le sucedió, hasta 1932, Pascual Ortiz Rubio y a éste, hasta 1934, Abelardo Rodríguez. Tras esta etapa de transición, accedió a la presidencia, en 1934, el general Lázaro Cárdenas, cuya gestión supuso una profundización del proceso revolucionario. Cárdenas potenció los movimientos sindicales, es decir, la Confederación de Trabajadores Mexicanos y la Confederación Nacional de Campesinos. Aceleró la distribución de tierras con el reparto de 20 millones de hectáreas, potenciando el desarrollo del cooperativismo. Asimismo, decidió la nacionalización de los ferrocarriles (1937) y de las compañías petrolíferas (1938), lo que produjo un grave conflicto con Estados Unidos. Sin embargo, el gobierno mexicano resistió las presiones de su poderoso vecino del norte. Por otra parte, Cárdenas apoyó decididamente con armas y dinero al gobierno de la República Española, durante la guerra civil que terminó con la victoria del general Franco. México acogió a una gran masa de exiliados republicanos, y las relaciones diplomáticas con España no se reanudaron hasta la muerte del dictador español.

De un modo u otro, el período que se inicia con la caída de Porfirio Díaz en 1911, y el pluralismo revolucionario de Villa, Zapata y Orozco, combinado con el reformismo maderista, que heredaron Carranza y Obregón, hasta el impulso que caracterizó al gobierno de Cárdenas, constituye la plataforma esencial que señala la modernización de México desde un punto de vista sociológico.

A Lázaro Cárdenas le sustituyó Manuel Ávila Camacho, que prosiguió la reforma agraria, la alfabetización y la reconstrucción de obras públicas. En la misma perspectiva cabe situar el mandato de Miguel Alemán (1946-1952), aunque su política exterior se aproximó a Estados Unidos. En esa etapa se construyó la monumental Universidad de México, que cubría las nuevas necesidades de una población crecientemente urbana y joven. Un continuador de la misma orientación política fue



Adolfo Ruiz Cortines (1952-1958), de cuya presidencia cabe destacar la construcción de las centrales hidroeléctricas de Río Grande, Veracruz y Michoacán y la realización de obras públicas.

En 1958 fue elegido presidente Adolfo López Mateos, disminuyendo el intervencionismo estatal en la economía. Ello originó violentos disturbios sociales. En aquella coyuntura, se puso de manifiesto la compleja problemática que comporta el tránsito hacia una sociedad plenamente industrializada, y quedó patente que México vivía una explosión demográfica. En 1964, asumió la máxima magistratura del estado Gustavo Díaz Ordaz. La agitación social era creciente, y el nuevo presidente mexicano tuvo que utilizar el ejército. El mandato de Luis Echeverría (1970-1976) señala el inicio de la recuperación económica, en la que ha sido un factor esencial el descubrimiento de nuevos yacimientos petrolíferos.

En 1976 ascendió a la presidencia José López Portillo, personalidad de gran prestigio intelectual y literario. Durante su mandato, y después del fallecimiento del general Franco, México reanudó las relaciones diplomáticas con España. El gran impulso económico del último lustro ha convertido a México en uno de los países más prósperos de la zona, y su política exterior mantiene una peculiaridad propia, distanciada de Estados Unidos.

Arriba, José López Portillo, que en 1976 relevó a Luis Echeverría en la presidencia de México.

Página anterior, arriba, Luis Echeverría, presidente de México de 1970 a 1976.

Página anterior, abajo, el extenso parque de Chapultepec de la capital mexicana, la ciudad más populosa del mundo.



Paraguay

Al finalizar la I Guerra Mundial Paraguay era un país aislado. Fue el presidente liberal Eligio Ayala (1924-1928) quien inició la apertura. En 1932, siendo presidente José Guaggiari, se produjo el conflicto fronterizo con Bolivia que dio origen a la ya citada guerra de El Chaco. El 17 de febrero de 1936 fue depuesto el presidente Eusebio Ayala (1932-1936), derribado por los «febreristas», que nombraron jefe del estado al Coronel Rafael Franco, derrocado a su vez por un movimiento liberal en agosto de 1937.

En el año 1939 ascendió a la presidencia José F. Estigarribia, quien procedió a reformar la agricultura, redactando una Constitución aprobada por plebiscito que sustituía a la antigua de 1870. Estigarribia murió en un accidente de aviación en septiembre de 1940, dejando una administración bastante saneada y un país económicamente en alza. Le sucedió en la presidencia Higinio Moriñigo, de tendencia conservadora, quien se apoyó en los «febreristas» conservadores autoritarios, y en el Partido Colorado.

Bajo el mandato de Moriñigo estalló una violenta huelga general, que terminó en guerra civil en 1947, al sublevarse los «febreristas» dirigidos por el expresidente y coronel Franco. Finalmente triunfaron las fuerzas presidencialistas. Sin embargo, la inestabilidad del país era una realidad insoslayable, y tras la presidencia de Federico Chaves, que gobernó dictatorialmente –apoyado desde Argentina por Perón–, ascendió a la máxima magistratura, en 1954, el general Alfredo Stroessner. Éste prosiguió gobernando dictatorialmente, y superó los diversos intentos liberales y «febreristas» por derrocarle. La grave inflación que sufría la economía fue mitigada con la ayuda del Fondo Monetario Internacional.

El general Stroessner ha permanecido en el poder hasta nuestros días, desarrollando una política económica favorable a las inversiones extranjeras.

En el año 1970, la construcción de las enormes presas sobre el río Paraguay, en colaboración con sus vecinos Brasil y Argentina, abrió al país nuevas posibilidades económicas.

Perú

La historia contemporánea de Perú presenta una gran complejidad política. Entre 1919 y 1930 gobernó dictatorialmente Augusto B. Leguía, quien promulgó en 1920 una Constitución que prácticamente eliminaba al Congreso, impulsando la representación de los partidos políticos, estableciendo la censura de prensa, potenciando la economía agraria, facilitando la penetración de capital norteamericano y separando la Iglesia del Estado. Leguía fue derrocado el 22 de agosto de 1930 por un movimiento que tuvo su origen en Arequipa, dirigido por Sánchez Cerro. Ello permitió el regreso a Perú del líder populista Víctor Raul Haya de la Torre (1895-1979), a quien todos los indicios señalaban como presidente de la República, al frente de su poderosa Alianza Popular Revolucionaria (APRA). La pugna con Sánchez Cerro fue violenta, y éste fue asesinado en 1933.

En una acción combinada del Congreso y los dirigentes militares, fue nombrado presidente, en 1933, Óscar R. Benavides, el cual, apoyado en la élite criolla y en los militares, combatió ferozmente al APRA, promulgando en 1937 la Ley de Defensa



promulgando en 1937 la Ley de Defensa Social, destinada a asegurar su régimen.

Le sucedió en la presidencia Manuel Prado Ugarte, que gobernó durante el período 1939-1945, época en la que surgieron graves problemas con Ecuador por cuestiones fronterizas. Prado facilitó la presencia militar norteamericana, cediendo diversas bases. En 1945 asumió la presidencia José Luis Bustamante. El APRA inició en aquella época una modificación de su política, desplazándose hacia la derecha, lo que provocó la escisión de la fracción comunistizante. Ante la agitación social que se desencadenó en el país, el ejército se rebeló en El Callao (1948), destituyendo al presidente, que fue sustituido por el general Manuel Odria. Su dictadura obtuvo, en el año 1950, un refrendo plebiscitario que le autorizaba a ampliar por seis años su gobierno. Odria desencadenó una intensa represión sobre los apristas, favoreciendo el liberalismo económico y la estrecha cooperación con Estados Unidos.

En 1956, apoyado por Odria, accedió a la presidencia nuevamente Manuel Prado, que inició una política de tolerancia. Las elecciones de 1962 fueron anuladas por una Junta Militar, que destituyó a Prado y organizó nuevos comicios, en los que resultó elegido, F. Belaúnde Terry. Los apristas denunciaron las elecciones, aduciendo la victoria de su candidato, Haya de la Torre. El nuevo presidente inció una política liberal, pero los conflictos internos y la agitación social propiciaron un golpe de Estado en 1968, y los militares proclamaron presidente al general Juan Velasco Alvarado (1910-1977). Éste procedió a una profunda reforma de las estructuras sociales del país, e impulsó una drástica reforma agraria, en combinación con los criterios del socialismo cristiano de un amplio movimiento que dirigía Hugo Blanco. Se nacionalizaron las principales industrias, especialmente la del cobre y la del petróleo. En el año 1967, Perú había anunciado el establecimiento de amplias relaciones comerciales con la Unión Soviética y los países socialistas. Un año después, Estados Unidos, ante la orientación neutralista del gobierno peruano, suspendió la ayuda económica a este país.

La enfermedad del general Velasco Alvarado y la crisis económica motivaron una reorientación en el seno de la dirección militar, y en 1975 fue nombrado presidente el general Francisco Morales Bermúdez, que anunció elecciones presidenciales para 1978, con el objetivo de devolver a los civiles el poder político. En ellas resurgió la figura de Belaúnde Terry, aunque nuevamente los apristas reclamaron la victoria.



Arriba, Aparicio Méndez, elegido presidente del Uruguay en 1976 por un Consejo de civiles y militares.

Página anterior, arriba, el general Alfredo Stroessner, presidente del Paraguay desde 1954; su última reelección fue en 1978.

Página anterior, abajo, el general Francisco Morales Bermúdez, presidente del Perú desde agosto de 1975, cuando sustituyó al anterior, el también general Velasco Alvarado.

Uruguay

Durante el gobierno de Batlle, el país conoció una etapa de equilibrio político y auge económico. En 1919, promulgó una Constitución basada en la separación de poderes. A partir de 1929 la crisis económica internacional incidió en el país, y Batlle fue sustituido por Gabriel Terra, que gobernó dictatorialmente, reprimiendo cualquier tipo de oposición. Las presidencias de Alfredo Baldomir y Juan José Amézaga, entre 1938 y 1943, significaron la vuelta a la normalidad democrática, y de nuevo Uruguay entró en una fase de auge económico, al socaire de la II Guerra Mundial, durante la cual el gobierno apoyó a las potencias democráticas. La estabilidad económica prosiguió con los presidentes Tomás Barreta (1947), y Luis Batlle, que le sucedió ese mismo año a causa de su fallecimiento.

En 1951, el presidente Andrés Martínez Trueba promulgó una reforma de la Constitución de 1934. Se suprimió la presidencia de la República y se estableció como órgano máximo de la nación un Consejo Nacional de Gobierno, que entraría en funciones en 1951, integrado por 9 miembros elegidos por sufragio directo para un período de 4 años. Durante este mandato, se nacionalizaron todos los servicios públicos y se combatió con eficacia el analfabetismo. Uruguay fue llamada la «Suiza de América». En 1961 tuvo lugar, en Punta del Este, la célebre Conferencia de la Organización de Estados Americanos, en la que el presidente norteameri-



cano John F. Kennedy propuso la Alianza para el Progreso, y que significó asimismo la expulsión de Cuba de dicho organismo.

En 1966 la dirección colegiada fue disuelta, y asumió la presidencia Oscar Gestido. La reforma tuvo su origen en el plebiscito del 27 de noviembre de 1966. Gestido falleció a los pocos meses de asumir la presidencia, y le sustituyó el vicepresidente Jorge Pacheco Areco. La situación económica se hizo difícil y la agitación social irrumpió con fuerza, traduciéndose en la formación de un poderoso movimiento urbano guerrillero de tendencia socialista radical: los Tupamaros. Pacheco Areco combatió drásticamente a la guerrilla, pero no pudo eliminarla. Su sucesor, Juan María Bordaberry, elegido en 1972 con el apoyo de los militares, asumió plenos poderes y disolvió el Parlamento, confirmando el «estado de sitio» decretado por su antecesor el 5 de marzo de 1970, en un intento de derrotar a los Tupamaros. En 1976 los militares que apoyaban a Bordaberry decidieron destituirle, asumiendo la presidencia Aparicio Méndez. A partir de ese momento la represión antiguerrillera se extendió por el país, afectando incluso a las fuerzas políticas de la oposición moderada, es decir, del Frente Amplio que dirigía el general Seregni.

El poder militar organizó en 1981 un referéndum, proponiendo al pueblo una Constitución autoritaria, que fue rechazada. Como alternativa ante tan inesperada respuesta popular, el poder militar

decidió nombrar jefe del Estado al general Gregorio Álvarez, con la misión de promover cierta evolución hacia la democracia política, a reinstaurar, según se dice, en 1984.

Venezuela

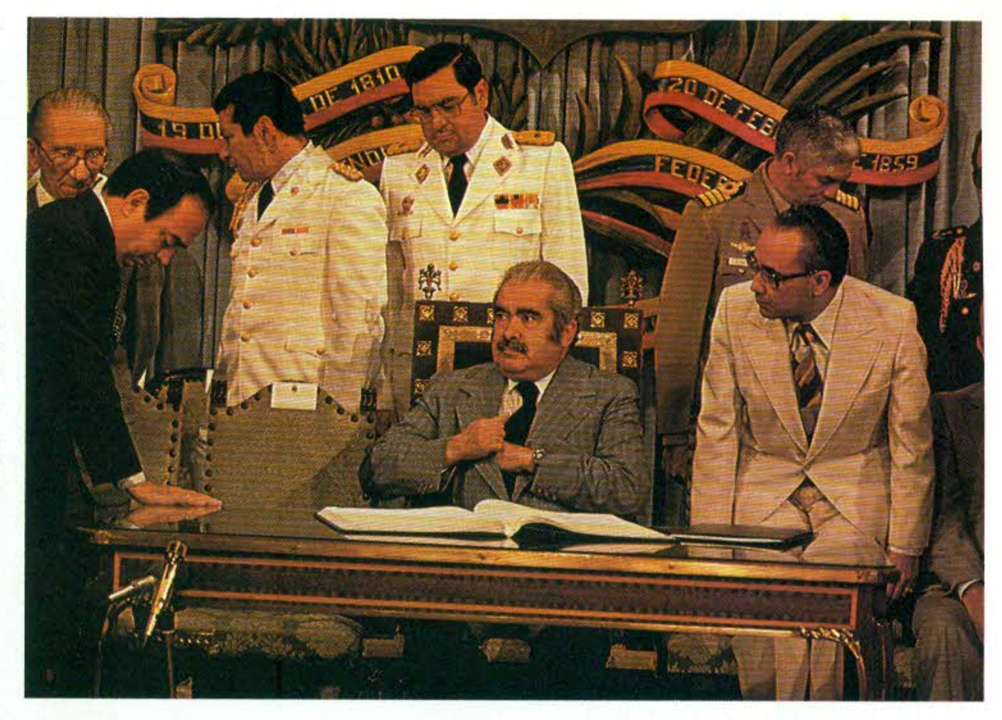
Durante la larga dictadura de Gómez se desarrolló la explotación petrolífera en el lago Maracaibo, cediéndose las concesiones a compañías extranjeras. En 1920 fue introducido el servicio militar obligatorio y se impulsó la construcción de carreteras. A su muerte, en 1935, el Congreso eligió para sucederle a Eleazar López Contreras, que promulgó una Constitución, inició una etapa de restablecimiento de las libertades políticas, dio gran impulso a las obras públicas y reformó el ejército.

En el año 1941 fue presidente el general Isaías Medina Angarita, que prosiguió una política aperturista, manifestándose favorable a los aliados que en Europa combatían el fascismo. El partido revolucionario izquierdista Acción Democrática le derrocó el 18 de octubre de 1945.

La Junta Revolucionaria propugnó importantes reformas sociales, y en 1948, Rómulo Gallegos era nombrado presidente con el apoyo de las clases populares. Poco después fue derribado por un golpe militar, que preparó las condiciones para la toma del poder del general Marcos Pérez Jiménez, quien gobernó dictatorialmente entre 1952 y 1958, apoyándose en la fuerza militar. En las elecciones de 1952 ganó por amplio margen el partido U.R.D., y Pérez Jiménez anuló los comicios. Bajo su mandato, el capital norteamericano penetró masivamente en Venezuela, a través de las poderosas empresas de la familia Rockefeller. La explotación petrolífera situó al país como el segundo productor mundial del preciado carburante.

En enero de 1958 estalló en Caracas una huelga general, y el contraalmirante Wolfgang Larrazábal derribó al dictador. En las elecciones subsiguientes venció Betancourt, líder de Acción Democrática, partido que había evolucionado hacia posiciones socialistas moderadas. Betancourt fue presidente entre 1958 y 1964, debiendo afrontar diversas conspiraciones militares. Impulsó una política económica socializante, y realizó la construcción de numerosas obras públicas. En política exterior, rompió relaciones con el régimen castrista de Cuba. A Betancourt le sucedió en 1964 Raúl Leoni, miembro de su mismo partido. En 1966, Venezuela reclamó a Inglaterra un sector de la Guayana. En 1968, el expresidente Pérez Jiménez fue condenado a prisión preventiva. La victoria electoral de Rafael Caldera, en 1969, supuso el acceso al poder del Partido Socialcristiano. Durante el mandato de Caldera, Venezuela se retiró del Pacto Andino.

En 1974 venció de nuevo Acción Democrática, y Carlos Andrés Pérez asumió la presidencia de la República, procediendo a nacionalizar la industria petrolífera, lo cual generó graves tensiones con Estados Unidos. En 1979 los socialcristianos accedieron nuevamente a la presidencia, con Luis Herrera Campíns, quien siguiendo una política moderada, recogió el fruto de la gestión reformadora de sus predecesores. Ello, unido a los beneficios económicos obtenidos por el petróleo, ha



Arriba, Luis Herrera Campíns, socialdemócrata, candidato del COPEI, elegido presidente de Venezuela en diciembre de 1978.



Abajo, Carlos Andrés Pérez, secretario general del partido de Acción Democrática, presidente de Venezuela de 1974 a diciembre de 1978.

Página anterior, arriba, torres de petróleo en el lago de Maracaibo, Venezuela.

Página anterior, abajo, Rafael Caldera, presidente de Venezuela de 1969 a 1974.



situado a Venezuela en una óptima posición económica en el concierto internacional.

Centroamérica y el área del Caribe

La historia contemporánea de esta región americana es aún más compleja que la del subcontinente del sur, debido a la menor entidad de los estados allí conformados desde principios del siglo XX, y a la mayor densidad de los intereses económicos y políticos de Estados Unidos en la zona, convertida ya esta nación en una de las grandes potencias mundiales. En 1950, el coronel Jacobo Arbenz, socialdemócrata, que ocupó efímeramente la presidencia de la República de Guatemala —pues fue derribado por un golpe de estado—, señaló que toda el área se hallaba en realidad gobernada por la United Fruit Company, poderosa empresa monopolista estadounidense, con enormes intereses agrícolas y comerciales.

La crisis económica mundial que quebró las economías capitalistas a partir de 1929, incidió también gravemente en el área centroamericana, propiciando una sucesión de dictaduras, casi siempre de carácter militar. Sin embargo, después de la II Guerra Mundial, superada aquella crisis, el auge del capitalismo en las décadas de 1950 y 1960 no significó un cambio en la realidad social y política de la zona, excepto en algun caso aislado como el de Costa Rica, en donde se estabilizó una democracia política.

Ello fue consecuencia de la hegemonía estadounidense, que convirtió la región en un dominio de hecho, manipulando los gobiernos e impidiendo las profundas reformas sociales que exigía la situación. La contrapartida a la parálisis social fue el inicio de una etapa de inestabilidad, e incluso revolucionaria, que tuvo su momento crucial en la insurrección castrista en Cuba y la posterior evolución del régimen revolucionario hacia posiciones comunistas. Y ello, cabe recordarlo, como resultado de la política de Estados Unidos.

Un mosaico sociopolítico en permanente agitación

Acabamos de señalar que Costa Rica ha sido, en cierto sentido, la excepción de la realidad política centroamericana. El siglo XX se inició también allí bajo el signo de las dictaduras, con el régimen que implantó Federico Tinoco entre 1917 y 1919. Sin embargo, las posteriores etapas presidenciales, sobre todo con Ricardo Jiménez, que afrontó ciertas reformas sociales y una política de grandes obras públicas, crearon las bases para el sostenimiento de una estabilidad política y permitieron la actuación de una prominente figura política: José Figueres, quien en 1948 fundó la llamada Legión del Caribe, órgano de denuncia y oposición contra las dictaduras. Figueres fue elegido presidente en 1953, desarrollando una política liberal y progresista, afrontando





con éxito los intentos de la Central de Inteligencia Americana (CIA) para derribarle. Curiosamente, Costa Rica es uno de los pocos países del mundo sin ejército profesional.

Figueres fue sucedido por Mario Echandi, Francisco J. Orlich, José Joaquín Trejos, de nuevo el propio Figueres, y Daniel Oduber, oscilando la orientación política y económica entre el conservadurismo, y un liberalismo —el practicado por Figueres y Oduber— cada vez más teñido de socialdemocracia, pero en cualquier caso, el respeto a las reglas del juego democrático ha sido una característica básica de la clase política en este país.

Cuba constituye otro de los casos peculiares de la zona, pero por motivos muy distintos. La célebre «Enmienda Platt», legislada por el Congreso de Estados Unidos en 1902, autorizaba al gobierno de este país a intervenir política y militarmente en la isla cuando considerara sus intereses amenazados, lo que convertía a Cuba en un «protectorado» cuya perspectiva era seguir el mismo camino que Puerto Rico. Tras la presidencia del liberal Alfredo Zayas, fundador del Partido Popular, ocupó el poder, por elección, Gerardo Machado, entre 1925 y 1933, quien estableció un gobierno fuerte pero de tintes populistas reformadores, con la oposición de las oligarquías locales. La crisis económica de la década de 1930 dio pie a una serie de agitaciones sociales, y el sargento Fulgencio Batista se convirtió en el «hombre fuerte» de la política cubana, siendo elegido presidente en 1940, con el visto bueno de Estados Unidos. Su abierta dictadura se prolongó hasta 1944, fecha en que la perspectiva de la derrota de las potencias totalitarias en la II Guerra Mun-



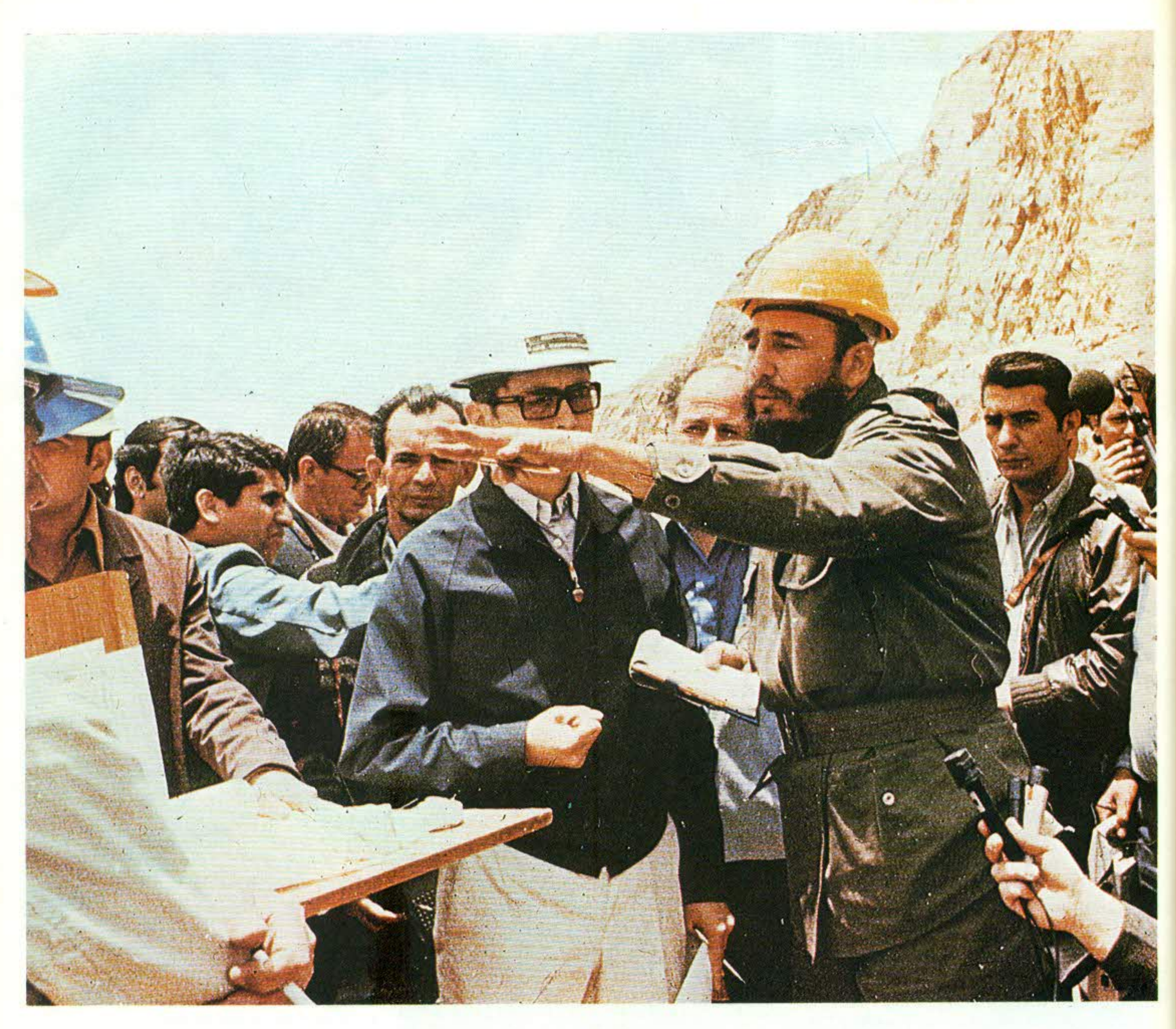
Arriba, encuentro de Fidel Castro (Cuba) y Nikita Kruschev (URSS) en Nueva York, en la sede de las Naciones Unidas, el 20 de septiembre de 1960.

Arriba, izquierda, el general Fulgencio Batista (1901-1973), dictador de Cuba hasta 1958, año en que fue derribado por la revolución de Fidel Castro, en una recepción con la marquesa de Villaverde.

Izquierda, abajo, Ernesto (llamado «Che») Guevara (1928-1967), político y guerrillero argentino que desempeñó un importante papel en la revolución cubana y murió dirigiendo las guerrillas en Bolivia.

Página anterior, izquierda José Figueres, por tres veces presidente de Costa Rica.

Página anterior, derecha, monumento a Juan Mora Fernández (1784-1854), primer presidente de Costa Rica.



dial facilitó una coyuntura de recuperación democrática, venciendo en los comicios de 1944, Ramón Grau San Martín, del Partido Revolucionario, que fue sucedido por Carlos Prío Socarrás en 1948, aunque Batista seguía siendo la pieza clave de la política nacional, por su influencia en el ejército y por contar con el apoyo estadounidense. En 1952, el ex-sargento dio un golpe de Estado e implantó una dictadura fascistizante.

La dictadura batistiana fue fermento de revolución. Un grupo de intelectuales organizaron, en 1953, un movimiento guerrillero, bajo la dirección del abogado Fidel Castro, que asaltó el Cuartel Moncada el 26 de julio. Aunque el intento fracasó, el proceso revolucionario fue creciendo, y en noviembre de 1956 el propio Castro dirigió un desembarco en la isla, estableciéndose focos guerrilleros en la Sierra Maestra, que recibieron el apoyo del campesinado. La descomposición de la dictadura fue pareja con el aumento de la actividad guerrillera. En enero de 1959 el dictador huía de la isla, y las fuerzas castristas ocupaban La Habana bajo la dirección de Fidel Castro, Ernesto Guevara y Camilo Cienfuegos.

Se inició así un proceso político muy complejo, pues el ideario castrista, aunque profundamente radical, no pareció en un principio de tendencia comunista. Lo cierto es que, ya en una primera fase, y aunque los castristas toleraron la presencia de líderes políticos liberales en importantes cargos, como Prío Socarrás y Miró Cardona, se iniciaron cambios sociales y económicos revolucionarios: nacionalización de la educación y de los servicios, aumento salarial, creación de Seguridad Social, y la perspectiva de una profunda reforma agraria. Al mismo tiempo, el castrismo, a través de la Declaración de La Habana, alentaba a los pueblos latinoamericanos a liberarse de la tutela estadounidense. Estados Unidos, por su parte, rompió relaciones diplomáticas con La Habana en 1961, mientras que Fidel Castro destituía a los políticos liberales y ordenaba la nacionalización de las cuantiosas propiedades estadounidenses en la isla, que perdió rápidamente su carácter de «gran casino de los millonarios del Norte». La respuesta de Estados Unidos fue, bajo Eisenhower, decretar el bloqueo económico de la isla, en tanto que el sucesor de aquél, John F. Kennedy, toleraba un intento de invasión de la isla por fuerzas anticastristas, que culminó en el desastre de la bahía de los Cochinos en abril de 1961.

El régimen castrista estableció tratados de solidaridad con la Unión Soviética, y se declaró adscrito a la opción socialista marxista-leninista. A partir de ese mo-



Izquierda, entierro del arzobispo de San Salvador, monseñor Óscar Romero, asesinado por grupos paramilitares del gobierno.

Página anterior, Fidel Castro en su visita a la localidad de Santa Elena (Chile), cuando gobernaba el presidente Allende.

mento, la isla se transformó en un enclave del expansionismo revolucionario (nueva Declaración de la Habana, Conferencia Tricontinental). La ayuda soviética se trocó en apoyo militar, y en octubre de 1962, por presiones estadounidenses, fueron desmanteladas rampas de cohetes establecidas en la isla, tras la peligrosa «crisis del Caribe». La adscripción cubana a la órbita soviética ha sido creciente a partir de aquella coyuntura. La torpeza política de Estados Unidos galvanizó el proceso revolucionario, convirtiéndolo en el hecho más importante del continente en el siglo XX después de la Revolución mexicana. A pesar de todo, Castro ha mantenido cierto control sobre el funcionariado del viejo Partido Comunista, que se opuso a las acciones de los guerrilleros en 1958, pactando con el dictador Batista. En cambio, en política exterior la vinculación con la Unión Soviética es total, y tropas cubanas, amparadas en el equilibrio mundial de la década de 1970 y principios de 1980, han reforzado los procesos revolucionarios de Angola y Etiopía. Asimismo, en 1980, La Habana fue sede de la Conferencia de Países No-alineados.

El Salvador ha cobrado palpitante actualidad en los inicios de 1980 por su







explosiva situación política. El Consejo de la Revolución, que derribó al presidente Salvador Castañeda en 1948, programó numerosas reformas económicas, que prosiguieron los presidentes Oscar Osorio y José María Lemus, hasta que en 1960, Estados Unidos indujo un golpe de Estado apoyado por tropas propias, instalando a los militares en la presidencia, en una sucesión de dictaduras con escasa historia prolongadas hasta nuestros días. Desde 1979 el país vive en guerra civil, acelerada en 1981, y las fuerzas revolucionarias han recibido abierto apoyo de países como México y Francia, mientras que el presidente estadounidense Reagan sostiene su ayuda al dictador Duarte.

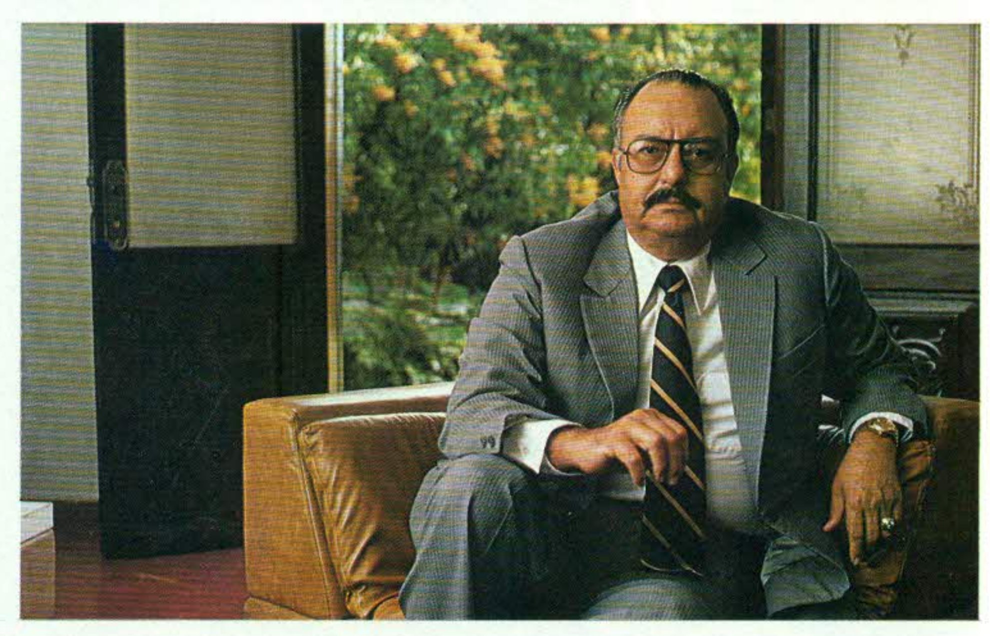
El caso de Guatemala constituye otro mosaico de dictaduras conservadoras. En el pasado, los dictadores Manuel Estrada y Jorge Ubico gobernaron largamente: 1898-1920 y 1931-1944, respectivamente. Este último fue derrocado, y en el paréntesis democrático abierto por la derrota del Eje en la II Guerra Mundial, accedió al poder el reformista Juan José Arévalo, sucedido en 1950 por el coronel Jacobo Arbenz. Éste adoptó una decidida política de reformas moderadas, que incluía la nacionalización de los intereses de la poderosa United Fruit Company, con el fin de crear en sus territorios granjas para los campesinos pobres. La reacción no se hizo esperar, y el coronel Castillo Armas, apoyado por Estados Unidos, derrocó a Arbenz, ocupando el poder en 1954. A partir de ese momento se sucedieron en el gobierno dictaduras militares (Ydígoras, Peralta) hasta 1966, en que una reforma constitucional permitió elecciones libres, venciendo el reformista moderado Méndez Montenegro, cuyo gobierno se vio obstaculizado por la violencia guerrillera. Sucedido por Arana en 1970, el país siguió sumido en la crisis, agudizada especialmente al final de la década, sin que los distintos gobiernos militares hayan conseguido frenar lo que puede convertirse en un proceso revolucionario similar al nicaragüense.

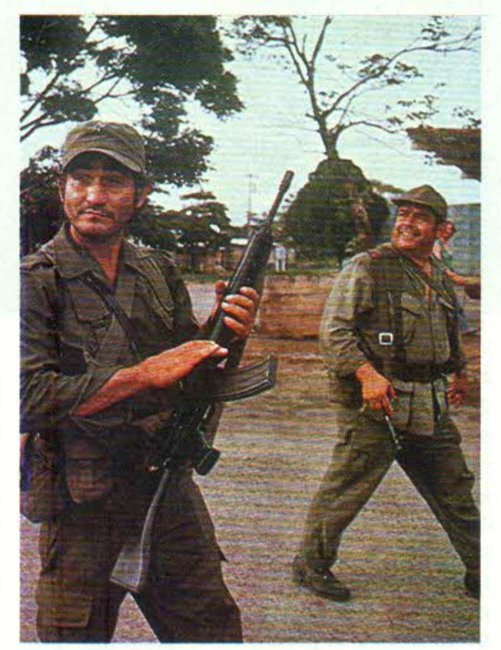
En 1922, Haití se hallaba ocupada por fuerzas estadounidenses, que sostenían al dictador Luis Borno. A partir de 1930, el nuevo presidente, Stenio Vicent, consiguió la retirada de tales fuerzas, pero en base a gobernar como representante de los intereses de Estados Unidos. La inmensa pobreza e incultura del país propiciaron las dictaduras más extravagantes, impulsadas por la Guardia Nacional, que derrocó a los presidentes Elio Descot (1946), Dumarsais Estime (1950), y Paul Magliore (1957), en cuanto abordaron alguna política reformadora. Ascendió finalmente al poder François Duvalier, llamado «Papá Doc», que se convirtió en un tirano, acumulando títulos como «Primer Sacerdote vudú de Haití», «Gran Protector», etc. Durante su mandato, el país retrocedió aún más económica y culturalmente, transformándose en uno de los más pobres del mundo. Al tirano le sucedió su hijo, el cual procuró expurgar al régimen de algunos de sus rasgos más estridentes, pero prosiguió una gestión despótica, gobernando exclusivamente para la oligarquía.

Quizás el control de la United Fruit Company no fue nunca tan ostensible en ningún país de la región como en Honduras. Allí, en 1925 desembarcaron tropas estadounidenses, aprovechando la guerra civil. En la década de 1930 el país estuvo dominado por la dictadura de Tiburcio Carias, a quien sucederían otros autócratas. Cabe destacar la etapa de 1957 a 1963, en que Ramón Villeda y Osvaldo López Arellano intentaron aplicar cierto reformismo, pero siempre tropezaron con los poderosos intereses del vecino del norte. El último de ellos, en 1956, dio un golpe de Estado, y al año siguiente estalló la «guerra del Fútbol» con El Salvador, originada por un partido de este deporte, pero tras el cual existían viejos conflictos fronterizos.

Igualmente, Nicaragua entró en el siglo XX ocupada por tropas estadounidenses, que en 1926 colocaron en el poder a Adolfo Díaz. La trágica situación semicolonial del país motivó la rebelión de César Augusto Sandino, cuya acción se desarrolló en conflicto con las tropas estadounidenses. En 1933 tomó el poder la familia Somoza, que bien directamente, o por intermediarios, dirigió los asuntos del país de modo totalitario durante más de 40 años. A finales de la década de 1970 comenzó a progresar la guerrilla, cuya creciente fortaleza, unida a la inhibición del presidente Carter de Estados Unidos, permitieron el derrocamiento de «Tachito» Somoza en 1980 y la toma del poder por las fuerzas revolucionarias, cuyo hombre fuerte era el comandante Edén Pastora. El movimiento revolucionario sandinista es una amalgama de diversas opciones: cató-







Arriba, elecciones de 1981 en Honduras.

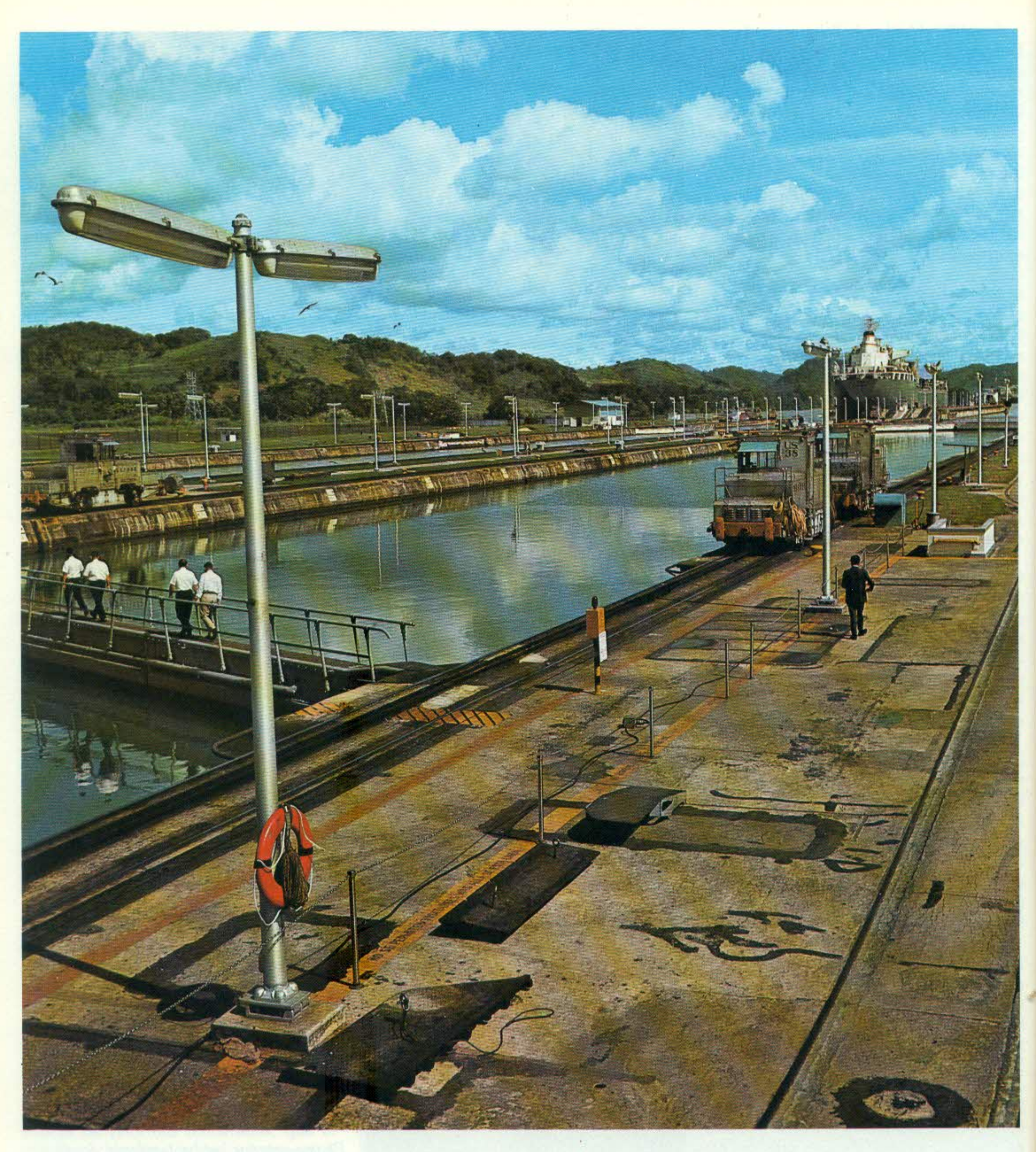
Abajo, Anastasio (llamado «Tachito») Somoza Debayle (1925-1980), presidente de Nicaragua desde 1967, derrocado en 1979 y, posteriormente, asesinado en Paraguay.

Izquierda, Edén Pastora, «Comandante Cero» de la guerrilla sandinista en Nicaragua.

Página anterior, arriba, izquierda, Suazo Córdova, presidente de Honduras.

Página anterior, derecha, arriba, la victoria de los sandinistas, causó una gran alegría en Managua, capital de Nicaragua, el 17 de agosto de 1979, cuando el presidente dictador Somoza, decidió huir a Estados Unidos.

Página anterior, abajo, monumento a los Caídos en el parque Central de Managua.



licos progresistas, socialdemócratas y comunistas castristas, y ha procedido a aplicar amplias reformas sociales.

El presidente panameño Chiari pactó con el gobierno estadounidense el derecho a la injerencia en los asuntos políticos del país, en 1926; este acuerdo fue renovado más matizadamente en 1933. El rumbo izquierdista dado por Arnulfo Arias a su régimen en 1952 determinó un golpe de Estado. En 1960 asumió la presidencia el conservador Roberto Chiari, y en 1964 se produjo un amplio movimiento reivindicador popular exigiendo la devolución de la Zona del Canal. En la represión se produjeron más de 30 muertos, y Panamá rompió sus relaciones con Estados Unidos. En las elecciones de 1968 venció Arnulfo Arias, pero prácticamente no pudo asumir la presidencia, derrocado por un golpe de Estado dirigido por el general Pinilla. Tras una pugna entre diversas fracciones militares, fue el general Omar Torrijos quien asumió el gobierno, y desde entonces hasta su muerte accidental en 1981, fue el verdadero «hombre fuerte» del país. Él impulsó la recuperación de la soberanía sobre la Zona del Canal, desplegando una política populista y tercermundista.



Izquierda, Manuel Amador Guerrero (1833-1909), primer presidente de la República de Panamá.

Página anterior, las esclusas de Miraflores, en el canal de Panamá.

En 1922 las tropas estadounidenses se retiraron de la República Dominicana. En 1930, Horacio Vázquez intentó aplicar una reforma constitucional progresista, pero fue derribado del poder por Rafael Leónidas Trujillo, quien instauró una de las más terribles dictaduras conocidas en el hemisferio, siempre con el apoyo de Estados Unidos. La dictadura se prolongó hasta 1961, fecha en que el tirano murió en un atentado. Abierto el proceso constitucional, el presidente electo, el reformista liberal Juan Bosch, fue sin embargo privado de su mandato por los militares en 1963 y una junta gobernó el país hasta 1965. Ese mismo año, el movimiento revolucionario del coronel Caamaño se enfrentó con la Junta Militar heredera del trujillismo, con el objetivo de reponer en el poder a Bosch, pero la intervención directa de tropas estadounidenses impidió el desenlace favorable a los revolucionarios, y asumió el poder Joaquín Balaguer, un antiguo colaborador de Trujillo. Éste gobernaría el país hasta 1980, tras vencer en diversos comicios, siempre bajo la acusación, por sus opositores, de manipulación electoral.

China y Japón



China tiene la cultura más antigua de la Tierra. Es también el único gran país del mundo que jamás ha estado bajo el dominio europeo. Durante 2.000 años, tras su unificación en el 221 antes de Cristo, el Imperio chino no entró en contacto con ninguna civilización que pudiera parangonársele.

A China no le interesaba el mundo exterior. Se consideraba inconcebible que los «bárbaros de más allá de sus fronteras» tuvieran algo importante que ofrecer. Fue la primera Guerra del Opio, en 1840-1842, la que obligó a China a iniciar sus contactos con Occidente. Sus guerras con Occidente la forzaron a abrir sus puertos al comercio extranjero, convirtiéndose en enclaves semicoloniales. Durante un siglo, su economía, sus puertos y sus industrias más importantes estuvieron a merced de las potencias extranjeras. El gobierno chino se convirtió, en palabras de MaoTse-Tung, en «la oficina de contabilidad de nuestros amos foráneos». Los privilegios coloniales establecidos por Occidente en China en 1842 fueron finalmente abandonados un siglo más tarde, en 1943, en una época en que gran parte de China se encontraba dominada por los japoneses.

Durante los primeros 50 años de su explotación por el capital europeo, China consiguió mantener marginadas las ideas occidentales. El gobierno chino buscaba refugio en el «retorno a los antiguos caminos». Paradójicamente, no fue Europa sino Japón el responsable del cese del aislamiento intelectual chino. Durante siglos, los japoneses eran despectivamente llamados en China los «piratas enanos», seres «inferiores» que habían copiado su civilización. En 1895, China fue duramente derrotada en una guerra con Japón y perdió Formosa. La derrota infligida por los «piratas enanos» fue la mayor humillación en toda la historia del Imperio chino. No obstante, la causa de tal humillación era evidente. Estribó en la capacidad de Japón para aprender de Occidente. Fue entonces cuando ciertos círculos intelectuales chinos concluyeron que el tradicional aislamiento debía cesar.

La respuesta de Japón al desafío de Occidente fue distinta. A mediados del siglo XVIII, Japón llegó rápidamente a la conclusión de que, si quería evitar el destino de China, debía aprender los secretos de la fuerza de Occidente.

La velocidad de la modernización japonesa no tiene paralelo en la historia del mundo moderno. En la década de 1850 sus islas estaban indefensas. Medio siglo más tarde, en 1905, infligió una derrota aplastante a Rusia, que durante la mayor parte del siglo XIX había sido considerada la mayor potencia militar del planeta. La transformación de Japón en un estado moderno empezó con la subida al trono del emperador Mutsu-Hito, en 1867. Durante siglos, el emperador había sido una simple figura decorativa, dominada por un clan de nobles, los Tokugawa, que habían sido los auténticos gobernantes, pero en 1867 los Tokugawa fueron derribados por reformadores que restauraron la autoridad y prestigio del emperador y lograron imponer un ambicioso programa de reformas.

Mutsu-Hito dio a su reinado el nombre de *Meiji*, o «gobierno ilustrado». Cuando murió en 1912, Japón poseía un gran ejército, una flota moderna y las bases de una economía industrial. Había conquistado Formosa y Corea, logrando establecerse en Manchuria, desde donde, en la década de 1930, iniciaría la conquista de China. Aunque insistía en su «divinidad», Mutsu-Hito otorgó a Japón un sistema autocrático de gobierno modelado en la Alemania de Bismarck, pero en el que los jefes militares tenían mayor influencia.

Al estallar la I Guerra Mundial, los competidores de Japón se vieron forzados a abandonar la lucha por la influencia en China para concentrarse en Europa. Japón aprovechó la situación para capturar la base alemana de Kiao-Tcheu, en China continental, y tomar posesión de todas las islas alemanas al norte del Pacífico. Incluso Estados Unidos, hasta entonces muy suspicaz respecto a las intenciones de Japón, reconoció formalmente, tras su entrada en la guerra, que «Japón tiene intereses especiales en China». «El problema de Extremo Oriente —escribió el ministro británico en Pekín al final de la guerra— puede definirse ahora como el problema de la hegemonía de Japón en China.»

La hegemonía japonesa en Extremo Oriente fue garantizada por una conferencia internacional celebrada en Washington, en 1921, para discutir la limitación del armamento naval. Japón aceptó limitar su armada a un 30% de las de Gran Bretaña y Estados Unidos, y abandonar Kiao-Tcheu, aunque conservó las islas del Pacífico que había arrebatado a Alemania. A cambio de tales concesiones, consiguió que Occidente no construyera bases navales a una sorprendente distancia de sus islas: Gran Bretaña no construiría ninguna base naval al norte de Singapur, ni Estados Unidos al oeste de Hawai. Japón adquiría así la hegemonía naval del Pacífico occidental.

Anthony Eden, ministro británico de Asuntos Exteriores antes de la crisis de Munich, trató en varias ocasiones de alcanzar un acuerdo con Estados Unidos acerca de Extremo Oriente, pero este país sólo se comprometió a una «condena moral» de la agresión japonesa.

Además de transformar la posición política de Japón, la I Guerra Mundial también lo convirtió por primera vez en un estado industrial. Ningún país en el mundo —ni siquiera Estados Unidos— obtuvo mayores beneficios económicos de la guerra. En toda Asia, Japón conquistó mercados que Europa había dominado en otro tiempo, pero a los que ahora era incapaz de atender a causa de la guerra, y se convirtió en una nación acreedora. Hasta 1914, Japón siempre tuvo déficit con su balanza de pagos. Sólo durante los años de la guerra acumuló un excedente comercial de 1.400 millones de yens, es decir, una suma mayor que el valor total de su producción industrial en 1913. Sus reservas de oro en el mismo período se incrementaron casi en un 100%.

China desempeñó también un papel en la conversión de Japón en potencia hegemónica de Asia. A lo largo de la historia, la grandeza de un país se ha fundado invariablemente en la debilidad de sus vecinos. Este principio fue tan cierto en el Japón del siglo XX, como lo había sido en la Roma clásica, la Francia de Luis XIV o la Alemania de Adolfo Hitler. La base del poder japonés consistía menos en su propia fuerza que en la debilidad de China. China era doce veces mayor que Japón en extensión (incluso después de las conquistas de la era Meiji), su población era ocho veces mayor y sus recursos naturales muy superiores. A la larga, la moderni-



Izquierda, jefe militar de China recibido con honores militares en el cuartel general norteamericano de Tientsin. Después de la caída de la dinastía manchú, numerosos jefes militares chinos intentaron llenar el vacío de poder, pero no lograron establecer un régimen firme.

Página anterior, Chiang Kai-Shek (1887-1975), jefe del Gobierno nacionalista chino, que intentó eliminar el ala comunista del Kuomintang. Tras la revolución de 1949 tuvo que retirarse a Taiwan (Formosa).

zación de China, comenzada a principios del siglo XX, la convertiría en la mayor potencia de Asia, pero a corto plazo destruyó su cohesión interna. En el intervalo, Japón dominó Asia.

Los jefes militares chinos

Cada una de las dinastías que gobernaron China en los 2.000 años anteriores, habían afirmado que su trono provenía «del mandato del Cielo». Cada vez que una dinastía era derribada, su desaparición se interpretaba, por parte del pueblo chino, como una señal de que el Cielo le había retirado su mandato. Así ocurrió con la caída de los manchúes en 1911. Pero con ella se interrumpió el tradicional modelo dinástico. No les sucedió una nueva dinastía, sino una república inspirada por los ideales, foráneos, de la democracia liberal occidental. «La historia –dijo *The Times*– ha sido testigo de pocas revoluciones tan sorprendentes.» Pero el periódico no era precisamente optimista con respecto al futuro, y declaraba: «Quienes conocen a China, no pueden por menos que dudar de que una forma de gobierno tan profundamente ajena a sus tradiciones como es una república, pueda sustituir de repente a una monarquía en una nación de 400 millones de habitantes, cuyos reyes, con atributos semidivinos, han gobernado desde el alba de la historia».

El objetivo de los nacionalistas republicanos en la revolución de 1911 era reemplazar la autocracia descentralizada del Imperio manchú por un Estado chino fuerte y centralista. Sin embargo, a corto plazo, lograron exactamente lo contrario. La nueva república no podía unir a China porque no controlaba el ejército. De las 36 divisiones con que contaba el ejército manchú en 1911, Pekín pagaba directamente sólo a cinco de ellas. Las otras eran financiadas por las provincias en donde estaban apostadas. Los jefes provinciales –los «señores de la guerra» como les llamaba románticamente la prensa occidental– consideraron la caída de los manchúes como una oportunidad para atrincherarse como gobernantes feudales de sus provincias respectivas. Hasta que Mao Tse-Tung proclamó la República Popular China en 1949, ningún gobierno fue capaz de poner fin a la autoridad de aquellos jefes militares.

La República china se proclamó oficialmente el 1 de enero de 1912. Seis semanas más tarde, con el fin de evitar una guerra civil, su primer presidente, Sun Yat-Sen, se vio forzado a entregar el poder a Yuan She-k'ai, antiguo jefe del ejército manchú. Los políticos republicanos dijeron de Yuan que era el «Washington de la República china». Sin embargo, el objetivo de éste no era defender la República, sino destruirla. El día de Año Nuevo de 1916 se proclamó fundador de una nueva dinastía imperial, pero murió seis meses más tarde, mientras trataba sin éxito de sofocar las rebeliones que provocó su proclamación.

Los 12 años que siguieron a la muerte de Yuan fueron los más caóticos de la historia china desde las rebeliones de los campesinos que derribaron a la dinastía Ming a mediados del siglo XVII. En 1917, Sun Yat-Sen y sus seguidores republicanos abandonaron Pekín y establecieron su gobierno en Cantón. Dos años más tarde, en la Conferencia de Paz en París, China presentó dos delegaciones separadas, representantes de los regíme-



nes rivales de Pekín y Cantón, cada una de las cuales afirmaba ser el único gobierno chino «legítimo». Sin embargo, ninguno de los dos gobiernos controlaba más que una fracción de las provincias chinas, y ambos estaban a merced de los jefes militares locales. Sun Yat-Sen se vio obligado en varias ocasiones a huir, para refugiarse en uno de los enclaves extranjeros en suelo chino.

Hasta la invasión japonesa de 1937, los auténticos dirigentes de la mayor parte de China fueron los jefes militares. Algunos hicieron verdaderos esfuerzos, aunque caóticos, para modernizar sus provincias. Uno de los más famosos, Fong Yuhsiang, el «mariscal cristiano», ordenó el bautismo en masa de sus tropas con mangueras para incendios, y durante un tiempo hizo que sus fuerzas de caballería montaran en bicicleta. Otros muchos caudillos militares se contentaron simplemente con salvaguardar su poder. Conscientes de que sus reinados serían breves, intentaron expoliar al máximo a la población de sus provincias antes de que pudieran ser derrocados. Ninguno de ellos tuvo la menor esperanza de fundar siquiera una dinastía local. Tras amasar sus fortunas, en general se retiraron a los puertos abiertos al comercio extranjero. En 1926 había en Tientsin 25 grandes caudillos militares, y otros de menor importancia, que vivían retirados.

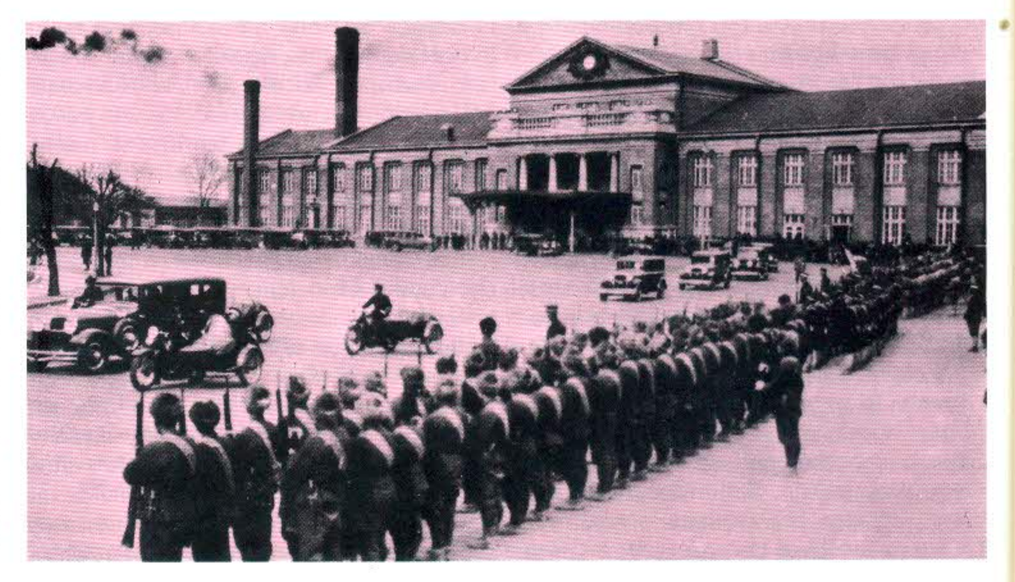
En China, las consecuencias a corto plazo de la I Guerra Mundial fueron menos dramáticas que en Japón. Sin embargo, a la larga resultaron de importancia aún mayor. La guerra produjo una desilusión masiva entre los chinos educados en los ideales que inspiraron la fundación de la República china. La reacción china contra Occidente —al igual que su anterior interés— fue el resultado de la agresión japonesa. Este último país se aprovechó de la guerra para presentar, en 1915, a Yuan She-k'ai las célebres «veintiuna exigencias», cuya intención era convertir a China en un protectorado japonés. Japón procuró que estas exigencias fueran secretas, por temor al efecto que causarían en el mundo exterior, y precisamente por ello China se aseguró de su divulgación en Europa y en Estados Unidos. La presión de la opinión mundial obligó a Japón a modificar sus exigencias más extremas, pero China se vio obligada a cederle el puerto de Kiao-Tcheu y los privilegios de que disfrutaba anteriormente Alemania, así como a reconocer la presencia japonesa en Manchuria.

En agosto de 1917 el gobierno de Pekín cedió a la presión norteamericana para entrar en la guerra junto a los aliados. En opinión de Estados Unidos, China podría asistir así a la Conferencia de Paz, y denunciar las presiones japonesas. Las delegaciones de China salieron hacia París al final de la guerra, confiadas en que el principio de autodeterminación que los aliados habían proclamado en Europa se aplicaría también en China. Lo que China no sabía era que Gran Bretaña y Francia ya se habían comprometido, mediante tratados secretos, a apoyar a Japón. El Tratado de Versalles obvió las reclamaciones chinas y reconoció formalmente la transferencia a Japón de la antigua base alemana de Kiao-Tcheu. El embajador norteamericano en Pekín escribió: «Probablemente ningún otro país tenía tantos deseos de que se plasmara definitivamente el liderazgo norteamericano en París como China. Los chinos confiaban en Estados Unidos, confiaban en las frecuentes declaraciones de principios efectuadas por el presidente Wilson, cuyas palabras llegaron a los más recónditos lugares de China. Su decepción y desilusión fue total. Me preocupó pensar cómo recibiría el pueblo chino aquel golpe que significaba la destrucción de sus esperanzas y de su confianza en la equidad de las naciones».

El trato dispensado a China por sus aliados transformó el nacionalismo chino en un movimiento de masas. Sus dirigentes fueron los líderes universitarios. El 4 de mayo de 1919, unos manifestantes que participaban en una marcha de protesta contra la Conferencia de Paz de París, organizada por estudiantes de la Universidad de Pekín, prendieron fuego a la casa de Ts'ao Ju-lin, quien había negociado la réplica china a las «veintiuna exigencias», y golpearon a Chang Tsunghsiang, el antiguo ministro chino en Tokyo, quien logró salvar la vida gracias a la llegada de las tropas. El «Movimiento del 4 de Mayo» —como se le conoció— se extendió a la mayoría de ciudades y pueblos, y movilizó a 20 millones de personas en una serie de huelgas, manifestaciones y boicot de mercancías japonesas.

Como respuesta a la presión del movimiento, los delegados chinos en la Conferencia de Paz de París se negaron a firmar el Tratado de Versalles, el cual dejaba de contar con la firma de las tres mayores naciones independientes del mundo: China, Rusia y Estados Unidos. Uno de los dirigentes del movimiento, en Hunan, era el joven Mao Tse-Tung, entonces un ardiente nacionalista. En su folleto titulado *La gran unión de las masas populares,* escrito en julio de 1919, afirmaba: «Los jóvenes vivimos en el siglo XX, pero los dirigentes chinos todavía nos obligan a respetar las viejas tradiciones. El país está a punto de perecer, y sin embargo, ellos fijan carteles prohibiéndonos amar a nuestro país... Es la gran unión del pueblo chino. ¡Compatriotas! Debemos esforzarnos, debemos desarrollar al máximo nuestras fuerzas. El futuro es nuestro».

En China, la protesta estudiantil era tan antigua como el mismo Imperio. En el si-



glo I antes de Cristo, unos 30.000 estudiantes de la Escuela Imperial se unieron en una protesta organizada contra la destitución de un funcionario imperial. En varias crisis, durante los dos milenios siguientes, los estudiantes de las escuelas y universidades reclamaron el derecho a actuar como portavoces de la opinión pública china. Las publicaciones del Movimiento del 4 de Mayo significaban que los estudiantes chinos, en 1919, recuperaban su papel.

Hasta la I Guerra Mundial, los intelectuales chinos no se vincularon con las teorías marxistas. Es necesario señalar que Ch'en Tu-hsin, que en 1921 sería el primer líder del Partido Comunista chino, no buscaba la salvación de China en las ideas de Marx y Lenin, sino en la democracia y la ciencia, fundamentos de la civilización occidental. Sin embargo, el revés político de Versalles produjo en Ch'en, como en la mayoría de los intelectuales chinos, una profunda desilusión respecto a Occidente. «Ningún sol se levanta para China en el oeste», dijo Ch'en.

Transcurrido menos de un mes del Tratado de Versalles, la Rusia bolchevique renunció a todas las imposiciones zaristas contra China y le devolvió los territorios arrebatados. El contraste entre la conducta de Rusia y la de las potencias occidentales fue sorprendente. Sun Yat-Sen, que era un ardiente occidentalista, abandonó Wilson por Lenin. «Los únicos aliados y hermanos del pueblo chino en la lucha por la libertad nacional —dijo en un manifiesto, en julio de 1919— son los trabajadores, campesinos y soldados soviéticos.»

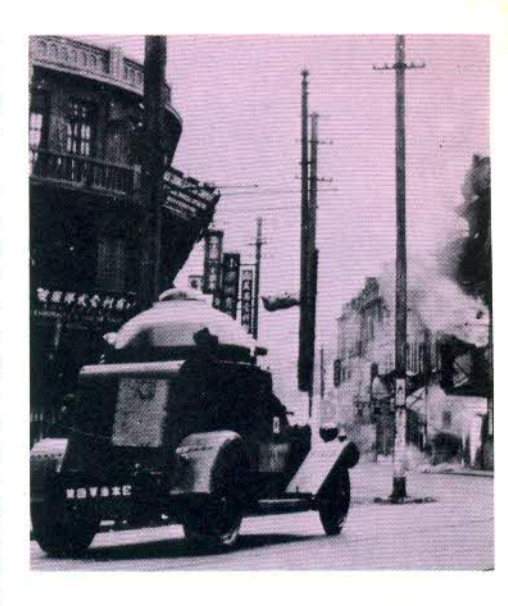
Sun Yat-Sen y los republicanos de Cantón (denominados ahora *Kuomintang*, o Partido Nacionalista) fueron ignorados por las potencias occidentales, pues esperaban el surgimiento de un caudillo militar lo suficientemente fuerte para imponer una dictadura. En cambio, los comunistas rusos ofrecieron a Sun Yat-Sen y sus seguidores solidaridad y apoyo. En enero de 1922, delegados del *Kuomintang* asistieron en Moscú a un Congreso de Trabajadores de Extremo Oriente. En el otoño siguiente, uno de los mejores diplomáticos soviéticos, Adolf Joffe, llegó a China para negociar una alianza con Sun Yat-Sen. Ambos acordaron que «el comunismo no es apropiado a las condiciones actuales chinas».

Rusia prometió al *Kuomintang* armas, dinero y consejeros políticos y militares. Los consejeros políticos, inspirados en los principios del «centralismo democrático», convirtieron al *Kuomintang* en una eficaz organización política. Los consejeros militares fundaron la Academia Militar de Whampoa, la cual, en pocos años, proporcionó al gobierno de Cantón (anteriormente a merced de los jefes militares locales) un poderoso ejército. El primer jefe de la Academia fue el joven y ambicioso general nacionalista Chiang Kai-Shek.

La alianza con Rusia aumentó la influencia del joven Partido Comunista. Durante varios años, algunos comunistas ocuparon cargos importantes en la administración. Mao Tse-Tung dirigió el departamento de Propaganda del Comité Central del *Kuomintang*. Chu En-Lai, más tarde primer ministro de la República Popular China, fue el principal asesor político en la Academia Militar de Whampoa. En 1925, en su lecho de muerte, Sun Yat-Sen escribió la última carta al Comité Central del Partido Comunista ruso. En ella manifestó su esperanza en la alianza de «una China libre y fuerte» con la Unión Soviética «en la gran lucha por la emancipación de los pueblos oprimidos del mundo».

Antes de su muerte, Sun Yat-Sen soñó que los ejércitos del *Kuomintang* avanzarían hacia el norte desde Cantón y pondrían a China bajo el control nacionalista. En julio de 1926, el Ejército del Norte, al mando del general Chiang Kai-Shek, salió de Cantón con el objetivo de convertir en realidad aquellos sueños. Menos de dos años después, en junio de 1928, las fuerzas de Chiang Kai-Shek entraron en la capital rival, Pekín. Al mes siguiente, dirigió a sus tropas hacia el monasterio de la Nube Verde, donde el cuerpo de Sun Yat-Sen esperaba ser sepultado desde hacía tres años. Ante el cadáver del líder, Chiang Kai-Shek declaró solemnemente que la unidad de China había sido restaurada. No obstante, aquella unidad era sólo nominal, pues si bien había logrado el apoyo de muchos de los jefes militares locales, éstos no estaban bajo su control. El gobierno nacionalista nunca pudo liberarse de su dependencia.

Chiang Kai-Shek no era admirador de Occidente, pero tampoco de la Rusia soviética. Regresó de una visita a Moscú, en 1923, convencido particularmente de que «lo que los rusos llaman "internacionalismo" y "revolución mundial", no es más que imperialismo», pero públicamente se expresó de modo distinto: «Si Rusia ayuda a la revolución china, ¿significa ello que deba implantarse el comunismo en China? No; quiere que llevemos a cabo la revolución nacional. Si los comunistas se unen al *Kuomintang*, ¿significa que pretenden aplicar el comunismo? No; tampoco lo pretenden». En privado sospechaba lo contrario. Los rusos, aunque tenían suspicacias sobre las intenciones de Chiang, creían que los comunistas chinos cooperarían con él hasta que fueran lo bastante fuertes para derribarle.

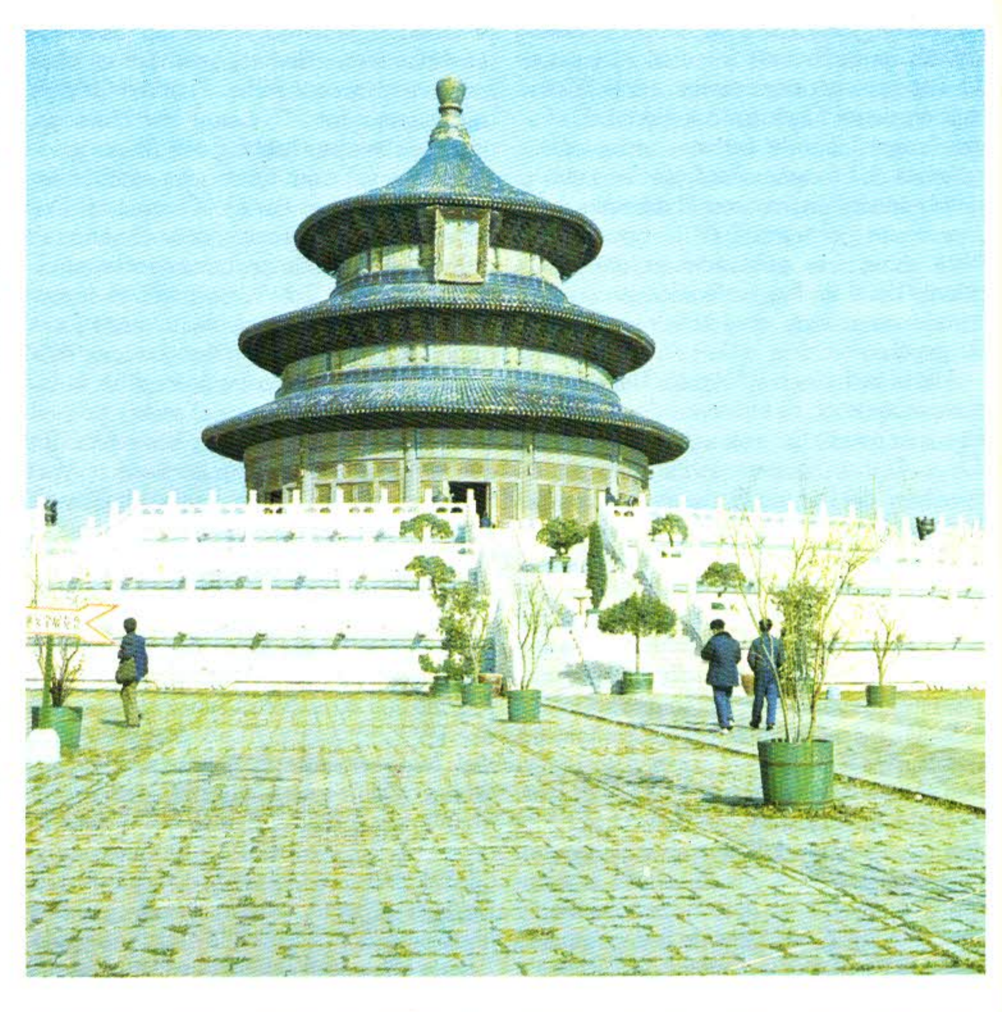


Arriba, vehículo blindado japonés en las calles de Shanghai. La intervención nipona fue motivada por el boicot de China a los productos japoneses en respuesta a la invasión de Manchuria por el Japón.

Página anterior, arriba, Sun Yat-Sen (sentado), con Chiang Kai-Shek (detrás de él). Sun Yat-Sen impulsó la unificación nacional, la democracia y el progreso social. Aceptó el apoyó soviético, pero después de su muerte la alianza fue disuelta por Chiang Kai-Shek.

Página anterior, abajo, Pu Yi, emperador títere puesto por el Japón en Manchuria, en marzo de 1932. La captura de este país por los japoneses fue el primer escalón del nuevo orden establecido en Asia (1931).

Chiang Kai-Shek decidió ahora que la Expedición del Norte no sólo unificaría China, sino que debía destruir el comunismo. En abril de 1927 un levantamiento comunista le dio el pretexto para ocupar Shanghai, e inició una sistemática persecución de comunistas, hasta entonces colaboradores suyos, el «movimiento purificador», como se definió eufemísticamente al intento de exterminación del Partido Comunista chino, se extendió rápidamente a otras partes del país controladas por el *Kuomintang* y los jefes militares solidarios, y prosiguió durante un año. Los comunistas, siguiendo intrucciones de Stalin, replicaron con una serie de rebeliones armadas, entre ellas el levantamiento de la «cosecha de otoño», dirigido por Mao Tse-Tung en Hunan, y la Comuna de Cantón, en diciembre. Fracasadas las insurrecciones, el mismo Mao Tse-Tung fue capturado y estuvo a punto de ser ejecutado, pero logró escapar de sus guardias y ocultarse en el campo, entre la maleza. Chu En-Lai tuvo aún más suerte: el oficial encargado de dirigir el pelotón de ejecución resultó ser uno de sus antiguos discípulos en Whampoa, y le dejó libre.



El intento japonés de dominar Asia

Muchos observadores occidentales, en la década de 1920, creían que Japón era «la Gran Bretaña del Lejano Oriente». Pareció que se transformaba rápidamente en la única democracia parlamentaria estable de Asia. En 1925, sólo siete años después que en Gran Bretaña, todos los hombres japoneses obtuvieron el derecho al voto (aunque, como en Francia, las mujeres tuvieron que esperar hasta después de la II Guerra Mundial). Cuando, al año siguiente, Hiro-Hito fue proclamado emperador, dio a su reinado el nombre simbólico de *showa,* o «paz iluminada». Era un título apropiado, pues el gobierno japonés y el ejército parecían haber abandonado sus ambiciones de guerra y la idea de convertir a la República china en un protectorado japonés.

La paz de Asia y el futuro de la democracia japonesa parecieron reforzarse con la moderación nipona, pero al poco tiempo el ejército sufrió un grave revés en su intervención en la guerra rusa. En 1918, alentado por sus aliados occidentales, Japón había enviado tropas a Siberia, que permanecieron allí hasta 1922, mucho después de que todos los demás ejércitos extranjeros se retirasen de Rusia. El contraste entre el fracaso de la intervención contra los bolcheviques, y la rápida y aplastante victoria nipona de 1905, impresionó a la opinión pública del país.

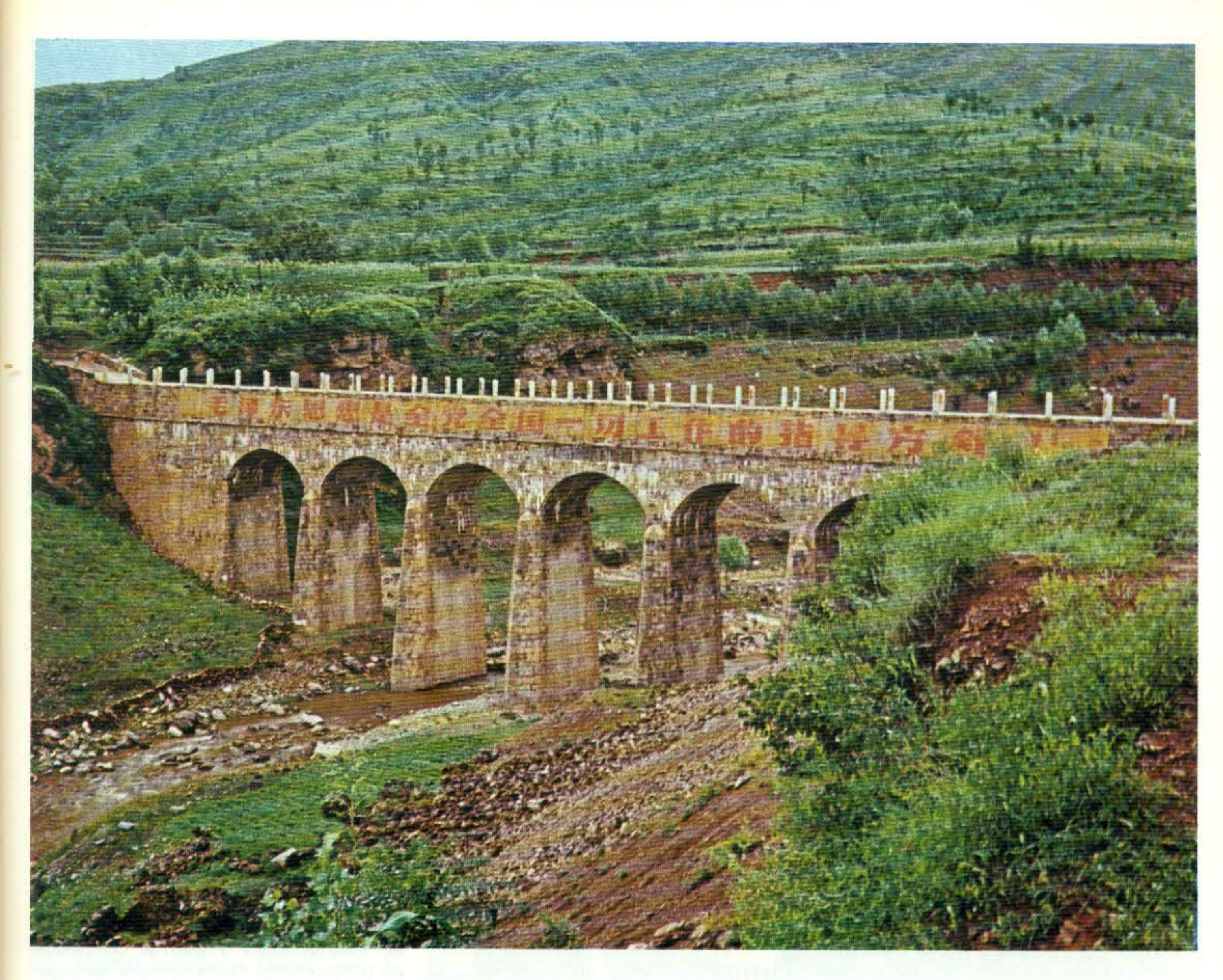
En 1924, el ejército, a pesar de las protestas del alto mando, se vio obligado a reducir su fuerza en cuatro divisiones. Durante los restantes años de la década de 1920 se le negaron los fondos que necesitaba para dotarse de tanques y aviones modernos. El gobierno se mostró igualmente firme con la flota. En la Conferencia Naval de Londres, en 1930, Japón accedió a recortar su programa de construcción naval, pese a la dimisión del jefe del Estado Mayor de la armada.

La debilidad de la democracia japonesa provenía principalmente de la falta de experiencia de sus políticos. A menudo, los debates parlamentarios terminaban violentamente. Por otra parte, los líderes recibían regularmente sobornos de los enormes monopolios industriales y financieros que dominaban la economía. Tales defectos fueron tolerados en tanto que perduraba la prosperidad económica. Pero la Gran Depresión derrumbó finalmente el edificio democrático.

Un año después de la quiebra de Wall Street, el precio mundial de la seda –producto que representaba dos quintos de las exportaciones japonesas– descendió a la mitad. El malestar favoreció al ejército. Hasta la era Meiji todos los oficiales del ejército japonés habían sido *samurais,* miembros de la antigua aristocracia guerrera, pero en la década de 1920, la mayoría de ellos eran ya de origen campesino. Las principales zonas de las que se abastecía el ejército eran, significativamente, también las zonas más afectadas por la depresión. Para la mayoría de los militares, la única respuesta a los problemas creados por la depresión era un gobierno fuerte y la expansión exterior. La depresión creó las condiciones para que el ejército se impusiera a los políticos y obtuviera el apoyo de la mayor parte del pueblo japonés.

El incidente de Manchuria

El 18 de septiembre de 1931, tropas japonesas apostadas cerca del ferrocarril del sur de Manchuria, propiedad nipona, volaron un sector de la línea. Luego acusaron a tropas chinas como responsables de la explosión, utilizando este ardid para iniciar la ocupación de la región. El gobierno japonés, advertido de las intenciones de su ejército, el 15 de septiembre había ordenado al jefe militar en Manchuria que evitara enfrentamientos con las tropas chinas. Pero el enviado fue interceptado por oficiales nipones, y cuando



finalmente entregó la orden, el incidente de Manchuria ya se había producido.

El control de la política exterior japonesa pasó abruptamente de los políticos a los militares. El 30 de septiembre de 1931, el gobierno aceptó una resolución del consejo de la Sociedad de Naciones que pedía la retirada de las tropas niponas de la zona ferroviaria al sur de Manchuria, pero ante el fervor nacionalista que estalló en Japón, el gobierno se vio impotente para cumplir su promesa. El ejército siguió adelante con la conquista de Manchuria. A principios de 1932, estableció en Manchuria el estado-marioneta de Manchukuo, bajo el gobierno nominal del último de los emperadores manchúes.

Durante los cinco años siguientes, el ejército japonés prosiguió una política imperialista en el norte de China. Los requerimientos occidentales a Japón para que no se entrometiera en China, en 1936, fueron inútiles. Cuando se declaró la guerra abierta entre Japón y China, en 1937, el ejército japonés ocupaba gran parte del nordeste de aquel país.

El incidente de Manchuria señala un momento crítico en la historia del mundo de entreguerras. Walter Lippmann, el periodista norteamericano más influyente de su generación, insistió en que «el ejército japonés no está llevando a cabo una "guerra" sino una "intervención"», lo cual no contravenía en modo alguno el pacto de Briand-Kellogg. *The Times* admitía que el establecimiento del Manchukuo «se propone, sin duda, dotar a Manchuria de un gobierno eficaz y una administración financiera honrada.»

La ilusión llegó a su fin en octubre de 1932. El informe de la comisión investigadora de la Sociedad de Naciones, aunque expuesto en un lenguaje moderado, condenó a Japón. El delegado japonés en Ginebra comparó a su país con Jesucristo, y afirmó que Japón era «crucificado». A principios del año 1933, Japón abandonó la organización. Por primera vez una gran potencia desafiaba la autoridad de la Sociedad de Naciones. Algunos otros países seguirían bien pronto el ejemplo japonés.

Arriba, puente del complejo de canales Bandera Roja, con la inscripción: «El pensamiento de Mao Tse-Tung es el principio que guía todos los trabajos del partido y del país.»

Página anterior, la Sala de las Preces Anuales, construida durante la dinastía Ming y reconstruida en 1896 tras un incendio. Es el punto central del Templo Celestial de Pekín.





El incidente de Manchuria fue un episodio típico en la historia del imperialismo militar. Durante el período de la expansión europea, los gobiernos controlaban difícilmente a sus ejércitos coloniales. En el siglo XVI, el gobierno de España llegó a perder el control de sus conquistadores en el Nuevo Mundo. Cuatro siglos más tarde, la IV República de Francia fue prácticamente derribada por la rebelión de sus ejércitos en Argelia. El ejército japonés en Manchuria tenía también ambiciones políticas e imperialistas.

En mayo de 1932, un grupo de jóvenes oficiales asesinó al primer ministro, Inukai Tsuyoshi, tras ocupar su residencia oficial. El alto mando militar, aunque rechazó la responsabilidad por el asesinato, anunció que no toleraría más ningún gobierno dirigido por un hombre de partido, a pesar de lo cual no establecieron una dictadura militar hasta la II Guerra Mundial. De hecho, estaba dividido en dos facciones rivales: el movimiento Kodo-ha, que alentaba la guerra con la Unión Soviética y un Japón nacional-socialista, y el más moderado Tosei-ha, cuyas ambiciones se centraban en China.

Su rivalidad estalló en febrero de 1936, con un intento de golpe de Estado del Kodo-ha y la victoria final del Tosei-ha. En lo sucesivo, el victorioso Tosei-ha exigió poder para nominar los gobiernos. A partir de entonces, las principales decisiones políticas no fueron tomadas ya por el gobierno japonés, sino en las reuniones entre el primer ministro, el ministro de Asuntos Exteriores y los ministros militares y jefes del Estado Mayor.

Japón nunca fue un estado fascista en el sentido europeo. No forjó ni un führer ni un sistema de partido único, pero compartió con la Alemania nazi (con la que Japón firmó una alianza en 1936) un nacionalismo violentamente agresivo y la convicción de que la democracia parlamentaria era incompatible con la grandeza nacional. El argumento utilizado por Japón para justificar su expansión en el Asia continental fue el mismo que utilizó Alemania en Europa: la necesidad de «espacio vital». Sin expansión, arguyeron sus gobernantes, a las islas niponas les será pronto imposible albergar la población. La extraordinaria expansión de la economía japonesa (como de la alemana) después de la II Guerra Mundial demuestra la falsedad de aquel argumento.

El liderazgo de Mao Tse-Tung

Tras la derrota del levantamiento de Hunan, en 1927, Mao Tse-Tung huyó a las montañas con un grupo de partidarios. En 1928 se le unió Chu Teh, que dirigía el levantamiento militar en Nanchang. Ambos lograron establecer un soviet comunista independiente en la provincia de Kiangsi, protegido por una división roja, mandada por Chu Teh, y de la que Mao Tse-Tung era comisario político.

En Kiangsi, Mao desarrolló una nueva estrategia revolucionaria. Hasta entonces, el objetivo de las insurreciones comunistas, tanto en Europa como en China (incluida la de Mao), consistía en adueñarse de las ciudades. Era la estrategia preconizada por Moscú. Según Stalin, una vez tomadas las ciudades, el control del campo sería automático. Mao Tse-Tung decidió invertir la estrategia. Creyó mejor organizar a los campesinos en soviets rurales y «rodear las ciudades desde el campo». El enemigo, decía Mao, sería derrotado «no mediante batallas abiertas o insurrecciones urbanas, sino por una guerra de guerrillas librada en el campo». Resumió su estrategia de guerra en cuatro frases célebres: «Cuando el enemigo avanza, nos retiramos. Cuando ataca, hostigamos. Cuando reposa, atacamos. Cuando se retira, le perseguimos».

«Quien se gane a los campesinos —afirmaba— gobernará China. Quien resuelva la cuestión de la tierra, obtendrá la adhesión campesina.» La fe de Mao Tse-Tung en el potencial revolucionario del campo chino surgió en parte de su experiencia en la organización de movimientos campesinos en su Hunan natal. Pero partió también —como tantos aspectos de su pensamiento— de su interpretación de la historia china. En 1940 escribió: «La proliferación de insurrecciones y guerras campesinas en la historia de China no tiene parangón en la historia del mundo. Ellas constituyen la auténtica fuerza motriz del desarrollo histórico del país».

Para un marxista clásico, las opiniones de Mao eran heterodoxas. Aunque Lenin había confiado en la participación de las masas campesinas en un movimiento revolucionario asiático, nunca dejó de insistir en que este movimiento debía ser dirigido por las clases obreras industriales. «La ciudad —había dicho— dirige inevitablemente a la aldea. La aldea inevitablemente sigue a la ciudad.» Pero Mao Tse-Tung sabía que, en China, la clase obrera era una mínima fracción de la población.

A fines de 1930 había 11 soviets rurales en China, la mayor parte de ellos según el modelo del soviet de Kiangsi. En 1931, los delegados de estas zonas se reunieron en Juchen, y proclamaron la República Soviética China, con Mao Tse-Tung como primer presidente. Pese al fracaso de una nueva serie de insurrecciones urbanas en 1930, la dirección oficial del Partido Comunista chino siguió abrigando profundas sospechas respecto de la estra-

tegia maoísta basada en la guerra de guerrillas. En 1931, el Comité Central, del que Mao Tse-Tung había sido expulsado pocos años antes por su heterodoxia, se trasladó a Juchen, y trató durante tres años de reducir el papel de aquél, como presidente de la República, al de una figura decorativa.

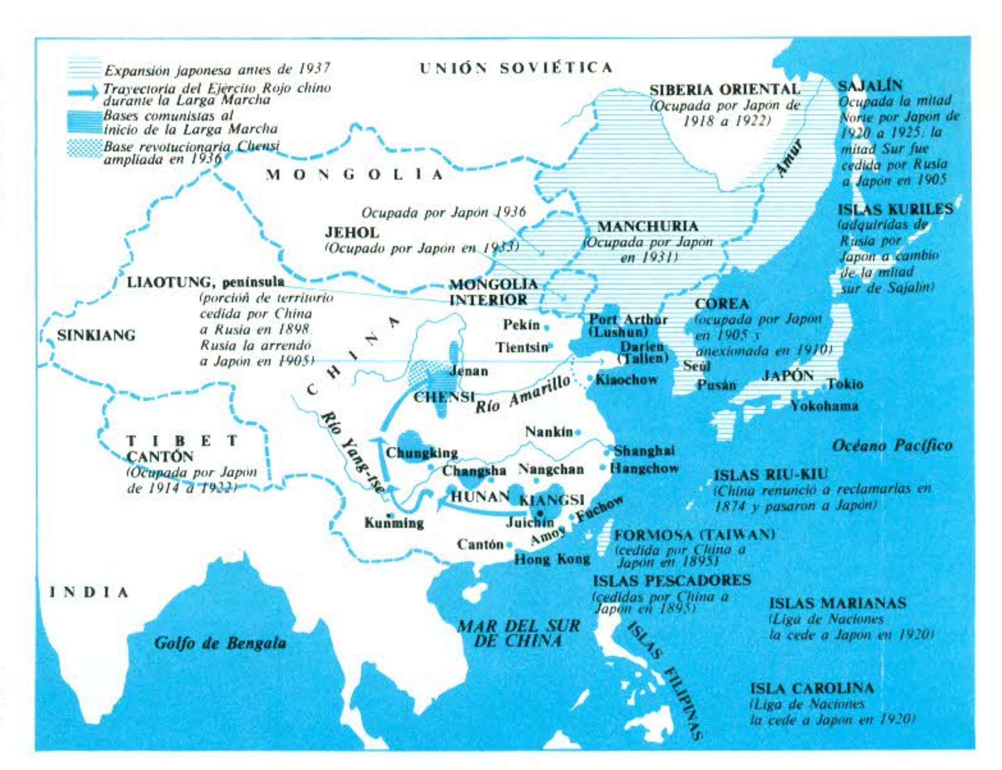
La Larga Marcha

Por su parte, Chiang Kai-Shek fue incapaz, a causa de las intrigas de los jefes militares que le apoyaban, de enviar una expedición en gran escala contra los comunistas, hasta que en 1930 comenzó la primera de las cinco «campañas de aniquilación» contra los soviets rurales. Incluso después del incidente de Manchuria, Chiang Kai-Shek mantuvo que la gran «prioridad de China», superior incluso a la resistencia contra los japoneses, era la destrucción del comunismo dentro de sus fronteras. En 1934 casi consiguió su objetivo.

Para evitar la aniquilación, el soviet de Kiangsi, y los restos de la República Soviética China, se vieron obligados a iniciar una marcha de 10.000 kilómetros hasta el reducto de Shensi, en las montañas del noroeste de China. El Ejército Rojo cruzó en su viaje 18 cordilleras y 24 ríos, ocupó en diversas ocasiones más de 60 ciudades, derrotando a los ejércitos de 10 jefes militares locales y rechazando el hostigamiento del *Kuomintang*.

De los 130.000 miembros que partieron (100.000 soldados y 30.000 civiles), sólo 30.000 llegaron a Shensi, pero lo hicieron con su cohesión intacta y una elevada moral. Mao Tse-Tung escribió que aquella era la más «larga marcha» registrada por la historia.

Aparte de asegurar la supervivencia del Partido Comunista chino, la Larga Marcha lo impulsó definitivamente la estrategia maoísta de la «revolución campesina». En enero de 1935, mientras la revolución se encontraba en sus etapas iniciales, los «estudiantes regresados» se sometieron a Mao Tse-Tung, convertido en el nuevo presidente del Comité Central del partido. Ahora, aquel convocó un frente común contra Japón. Muchos de los seguidores de Chiang Kai-Shek estaban desmoralizados por su política de declarar la guerra a los comunistas mientras permitía que Japón reforzara sus posiciones al norte de China. En diciembre de 1936, el líder conservador fue presionado por miembros de sus propias tropas a pactar una alianza con los comunistas. Esta alianza fue uno de los factores que persuadieron al ejército japonés para poner fin a su política de progresivo imperialismo.





En 1937 parecía difícil que los comunistas chinos llegaran finalmente a controlar el poder. Pero el *Kuomintang* presentaba dos grandes debilidades que, al final, serían decisivas. Bajo el liderazgo de Chiang Kai-Shek, el *Kuomintang*, que una vez se consideró un partido revolucionario, se vació ideológicamente. En la cuestión de la reforma agraria, el más grave de todos los problemas internos a los que se enfrentaba China, no tenía política definida. En las zonas que reconquistó a los comunistas, arrebató la tierra a los campesinos y la devolvió a los terratenientes. Cuando llegó el momento crucial, no pudo contar con la lealtad de las masas campesinas.

Arriba, el Extremo Oriente entre 1920 y 1940. Las principales características de esta época fueron el inexorable avance japonés en China y el repliegue de los comunistas chinos en el norte del país.

Abajo, en 1937 estalló de nuevo la guerra entre China y Japón. En la foto, soldados japoneses marchando por las calles de Hainan en 1939.

Página anterior, izquierda, Mao Tse-Tung (1893-1976) dirigiendo un mitin en Shensi.

Página anterior, derecha, la Larga Marcha, *con Mao Tse-Tung en primera línea.*



La segunda gran debilidad del *Kuomintang* fue su incapacidad para promover una guerra de guerrillas. Después de 1939, con gran parte de China en poder japonés, Chiang Kai-Shek se puso a la defensiva, en tanto que los comunistas libraban una intensa campaña guerrillera en la China ocupada, con el propósito no sólo de luchar contra los japoneses, sino de extender la revolución al campo. «El Ejército Rojo —escribió Mao Tse-Tung— lucha también para concienciar a las masas, organizarlas, armarlas y ayudarlas a convertirse en una fuerza política revolucionaria.»

Al igual que la agresión japonesa durante la I Guerra Mundial provocó que China se distanciara de Occidente, ahora la nueva agresión japonesa, en escala mucho mayor, creó las condiciones para la victoria comunista.

El siglo transcurrido desde las guerras del Opio hasta el nacimiento de la República Popular China parece, en retrospectiva, un interludio anormal en el curso de la historia china. A mediados del siglo XX, China se aisló de Occidente tanto como a mediados del siglo XIX, convenciéndose de que no tenía nada que aprender de su cultura. De nuevo, China se consideró el «centro de la civilización» en un mundo, por otra parte, cuarteado por la miseria y el colonialismo.

La estrategia revolucionaria de Mao Tse-Tung, comenzada en los días del soviet de Kiangsi, adoptó luego nominalmente la tesis del papel dirigente del proletariado industrial, pero en realidad se apoyaba en el campesinado, extendiéndose ahora a mayor escala. El «íntimo compañero de armas» de Mao Tse-Tung, Lin Piao, escribió que «si Norteamérica y Europa occidental son las "ciudades del mundo", en tanto que Asia, África y América Latina constituyen el "campo del mundo"... La revolución mundial contemporánea consiste en el cerco de las ciudades por el campo». La estrategia de la revolución china se había convertido, finalmente, en la estrategia de la revolución mundial.





Arriba, cartel nazi donde se promete «trabajo, libertad y pan». Las consignas y llamamientos nacionalsocialistas eran sencillos y directos.

Izquierda, Adolf Hitler (1889-1945) presidiendo en Nuremberg un desfile de las SA en 1927.

Página anterior, arriba, cuerpo de autodefensa de un pueblo de Honan (1938). La invasión japonesa unió a comunistas y nacionalistas.

Página anterior, abajo, soldados de guardia en la Gran Muralla, en 1938.

El declive de la democracia en Europa

El desenlace de la I Guerra Mundial, aunque favorable a los países que gozaban de una estabilidad política democrática, generó un clima adverso a la democracia. Varias son las causas que los especialistas señalan como factores del declive de la democracia, que se inicia en los albores de 1920.

Por una parte, la propia brutalidad de la guerra, y su causa principal: la lucha por la ocupación de territorios. Ello creó un clima que propiciaba la tendencia a la resolución de los problemas políticos mediante la violencia. Por otra parte, el papel desempeñado por los principales partidos políticos que sostenían el sistema democrático. Conservadores, liberales y socialistas, en unos y otros países, se sintieron arrastrados por el sentimiento imperialista y chovinista, y especialmente los últimos, abandonaron sus principios obreristas e internacionalistas. Las protestas de la extrema izquierda, espartaquista, leninista o anarquista, fueron tildadas de testimonialismo.

La misma guerra conmovió hasta tal punto la realidad política que comportó la desaparición de numerosas dinastías que venían rigiendo los destinos de muchos países: los Hohenzollern, los Habsburgo, los Romanov y los sultanatos otomanos desaparecían de la historia. En 1914 había en Europa 17 monarquías y 3 repúblicas. En 1919 las repúblicas eran 13, con igual número de monarquías: habían nacido nuevos estados, y prácticamente ninguno de ellos adoptó una forma estatal monárquica.

Y finalmente, la crisis económica vinculada a la ascensión del movimiento obrero revolucionario. Quizá fuera este factor el desencadenante principal del declive de la democracia.

La pujanza del movimiento obrero

La guerra trajo también el primer estado socialista de la historia en 1917, aunque el régimen bolchevique de Rusia derivaría pronto hacia un totalitarismo de Estado. Pero lo cierto es que allí fueron suprimidos los rasgos esenciales de la economía y la sociedad burguesas. Desaparecía la propiedad privada de los medios de trabajo, y con ello la iniciativa privada

quedaba supeditada al Estado, al igual que se disolvía el papel del libre mercado basado en la ley de la oferta y la demanda, ahora sustituido por una planificación centralizada.

Esto sacudió a las burguesías europeas. Y allí donde la democracia política no era lo suficientemente fuerte, acabó sucumbiendo. De hecho, donde hubo una burguesía de larga tradición racionalista y liberal, los embates del movimiento obrero fueron contenidos finalmente, y la democracia subsistió, como en Francia, Gran Bretaña y los países escandinavos. En cambio, allí donde la revolución burguesa había sido débil, mixtificada con pactos con las grandes burocracias estatales (Alemania) o con las aristocracias (Rusia, España, Italia), los intentos de consolidar la democracia política fracasaron. Las burguesías británica y francesa supieron integrar lentamente al movimiento obrero en el sistema capitalista, en base a conceder numerosas reformas, políticas y económicas. Pero en otros países la situación era mucho más radicalizada. Las opciones eran «reacción o revolución».

Rusia derivaba hacia un totalitarismo de Estado de base socializante. Y un totalitarismo de signo distinto se esbozaba en las entrañas de diversos países europeos: el fascismo y el ultraconservadurismo.

Mientras tanto, Estados Unidos reafirmaba su adhesión a los principios de la democracia política, al amparo de los cuales había nacido como nación.

El totalitarismo fascista

Esencialmente, el advenimiento del totalitarismo fascista, en sus diversas variantes, se produjo como consecuencia de la amenaza de la revolución socialista.

Como fenómeno sociohistórico, de carácter eminentemente político, el fascismo ha sido observado de modo diverso por numerosos especialistas, pero lo cierto es que se trata de un hecho peculiar del siglo XX.

Para los sociólogos y estudiosos de la política, como los alemanes Reinhard Kuhn o Ernest Nolte, el fascismo nace de las entrañas del sistema social capitalista, como respuesta a la revolución. Y en esa respuesta, establece el reino de la contrarrevolución. Es decir, el capitalismo sería portador del anticuerpo fascista, que se manifestaría en las coyunturas históricas adecuadas. En tal sentido, el fascismo podría nacer de la propia democracia política, como así lo avalan los casos de Hitler, en Alemania, y de Mussolini, en Italia. Ambos alcanzaron el poder mediante el sufragio universal, y sin ocultar sus objetivos sociopolíticos. Luego, una vez instalados en el Estado democrático, suprimirían las estructuras legales que habían utilizado para su ascenso, es decir, la organización política democrática sería abolida para dar paso a un sistema de «partido único». Por otra parte, los citados autores señalan también que el fascismo no modifica las relaciones de propiedad existentes en las sociedades capitalistas, es decir, mantiene el sistema, aunque el Estado interviene en la economía para favorecer a las grandes propiedades o a los capitales monopolistas, en detrimento del medio o pequeño propietario, que sufriría un proceso de «proletarización». Y de hecho, así ocurrió en Alemania e Italia.

Herbert Marcuse comparte esencialmente este tipo de análisis, pero profundiza más en los orígenes de la ideología fascistizante, que localiza en los tradicionalismos del siglo XIX, en autores como el español Donoso Cortés o los franceses De Bonald y De Maistre, e incluso en el británico Edmund Burke, quien en nombre de la defensa de los valores «eternos» de la jerarquía social, anatematizó la Revolución francesa. Este pensamiento tradicionalista propugnaría un retorno a las «sosegadas» y estáticas estructuras sociales de la Edad Media, en donde lo existente no podía ser modificado por ser «obra de la Providencia», y alterar esta obra sería actuar contra ella. Este afán por el retorno al pasado sería el producto de la sensación abismal creada en ciertos espíritus ilustrados por las convulsiones de la industrialización, que abrieron el camino al capitalismo y la democracia, y a sus secuelas socialistas. Ante este abismo, la reacción fue volver hacia atrás, nostálgicamente.

El español Juan Donoso Cortés fue un destacado valor intelectual de aquel movimiento tradicionalista, retrógrado o contrarrevolucionario, según lo definen diversas escuelas analíticas. Hombre culto, de origen aristócrata, que pasó varios años de su vida en París como embajador de España y vivió las convulsiones de 1848, solía afirmar que la humanidad está abocada a la lucha entre la «dictadura del sable» y la «dictadura del puñal». La primera es la de la jerarquía; la segunda, la del pueblo. Y él se acogía a la «del sable», por ser «más noble». Era un modo de utilizar la dialéctica y de definir la lucha de clases.

Pero, como señaló Talheimer, el fascismo, preñado de retorno a la estática medievalista, no podía prescindir de la realidad industrializadora ni de la economía de mercado. El pacto entre el gran capital y una burocracia autoritaria y despótica tendría como objetivo preservar el capitalismo y suprimir la amenaza revolucionaria, proveniente del movimiento





Izquierda, «Primera celebración nacional del pueblo alemán», con motivo del 1 de mayo de 1933. Un ejemplo de las fastuosas concentraciones de masas del Tercer Reich.

obrero y de las élites intelectuales. La disolución de las libertades de expresión, de asociación y de reunión sería consustancial con el fascismo. Supresión por decreto del conflicto social, y armonización de las relaciones sociales en base a conservar perennemente cada clase social su situación en la jerarquía.

Providencialismo y paternalismo aparecen como dos factores del fascismo en su concepción social. Todo ello bajo la vigilancia totalitaria del Estado, identificado con el «partido único».

Para Rudolf Rocker, el fascismo sería el producto del nacionalismo, y un elemento inherente de la institución estatal, autoritaria por naturaleza.

Al amparo de la reacción antisocialista, surgieron en Europa, en el período de entreguerras, numerosas dictaduras, unas de carácter fascista, otras ultraconservadoras, dirigidas por un civil o por un militar.





Las dictaduras europeas

Fue Mussolini, en Italia, quien sentó los fundamentos del primer fascismo. Mussolini era un notable intelectual que había militado en el Partido Socialista, ocupando cargos de relieve. Influenciado por el pensamiento de Sorel sobre el papel de la violencia en la historia, y también por la filosofía hegeliana del culto al Estado, Mussolini accedió al poder en 1922 tras la «marcha fascista sobre Roma». Y en 1925, suprimía la democracia parlamentaria. Sería necesaria una guerra de carácter internacional para derribarle del poder, en 1945. Él implantó los sindicatos verticalistas y la sociedad corporativa. El individuo quedaba anulado. La corporación lo era todo, y la máxima corporación o resumen de todas las existentes era el Estado.

En 1923, Bulgaria, España y Turquía fueron el escenario de la formación de dictaduras. En Bulgaria, Zankov estableció una dictadura ultraconservadora apoyándose en el ejército y la oligarquía agraria. En España, lo hizo el general Primo de Rivera, con apoyo de las clases dominantes, del rey Alfonso XIII, de la Iglesia, del ejército, y de algunos sectores del Partido Socialista. En Turquía, Mustafá Kemal Ataturk inició un largo mandato autoritario que duraría hasta su muerte, en noviembre de 1938.

En 1925, Ahmed Zogu era elegido presidente de la República y, tres años más tarde, en 1928, se erigía en dictador de Albania, autoproclamándose rey con el nombre de Zogu I. En 1926, el general Pilsudski tomó el poder en Polonia, instaurando una dictadura paternalista. Casi si-

LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL Y EL PERÍODO ENTRE GUERRAS

Año	Europa occidental	Europa central y del este	Resto del mundo
1914	Gran Bretaña declara la guerra a Alemania (4 de agosto) Batalla del Marne (5-12 de septiembre)	Asesinato de Francisco Fernando de Austria (28 de junio) Ultimátum de Austria a Servia (23 de julio) Movilización en Rusia (30 de julio) Alemania declara la guerra a Rusia (1 de agosto) Alemania declara la guerra a Francia e invade Bélgica (3 de agosto) Los rusos derrotados en Prusia oriental (agosto-septiembre)	Nueva Zelanda invade Samoa (agosto) Gran Bretaña invade Togo (agosto) Australia invade Nueva Guinea (septiembre) Turquía entra en la guerra (octubre) Japón toma Kiaochow (noviembre) Egipto, «protectorado» de Gran Bretaña (diciembre)
1915	Ofensivas aliadas en Artois y Champaña (febrero-octubre) Italia entra en la guerra (mayo) Haig, comandante en jefe británico (diciembre)	Campaña de Gallípoli (febrero 1915-enero 1916) Arrolladores avances alemanes en el frente del este (mayo-octubre) Bulgaria entra en la guerra (octubre)	Japón elabora las Veintiuna Demandas a China (enero) Tropas sudafricanas invaden el África del Sudoeste
1916	Reclutamiento en Gran Bretaña (enero) Batalla de Verdún (febrero-noviembre) Pascua de Resurrección en Dublín Batalla de Jutlandia (31 de mayo) Batalla del Somme (julio-noviembre) Lloyd George, primer ministro (diciembre)	Ofensiva de Brusilov (junio-septiembre) Rumania entra en la guerra (agosto)	La última guarnición alemana en Camerún se rinde (febrero) Acuerdo Sykes-Picot en el Oriente Medio Sublevación árabe contra Turquía Wilson es reelegido presidente de los Estados Unidos (diciembre)

1917	Ofensiva de Nivelle (abril-mayo) Motines en el ejército francés	«Guerra comercial» de los submarinos alemanes (febrero) Abdicación del zar (15 de marzo) Revolución bolchevique (7 de noviembre)	Estados Unidos entra en la guerra (abril) China entra en la guerra (junio) Sun Yat-Sen dirige un gobierno rival en Cantón Declaración de Montague acerca de la India (agosto) Declaración de Balfour acerca de Palestina (noviembre)
1918	Fin de la ofensiva alemana en el oeste (marzo-julio) Foch, comandante en jefe de las tropas aliadas en Francia (abril) Contraofensiva aliada (julio-noviembre) Batalla de Amiens (8-11 de agosto) Armisticio (11 de noviembre) Reelegida la coalición de Lloyd George (diciembre)	Tratado de Brest-Litovsk (marzo) Empieza la guerra civil en Rusia (1918-1920)	Los Catorce Puntos de Wilson (enero)
1919	Empieza la Conferencia de Paz en París (enero) Tratado de Versalles (28 de junio) Tratado de Saint-Germain con Austria (10 de septiembre) Tratado de Neuilly con Bulgaria (19 de noviembre)	Rebelión de los comunistas en Berlín (enero) Bela Kun accede al poder en Hungría (marzo-agosto) República de Weimar en Alemania (agosto)	Masacre de Amritsat en India (abril) Movimiento del 4 de Mayo en China El senado de Estados Unidos rechaza el Tratado de Versalles Reforma Montagu-Chelmsford en la India (diciembre)
1920	Tratado de Trianon con Hungría (4 de junio) Tratado de Sèvres con Turquía (agosto) Trabajadores italianos ocupan sus factorías (agosto)	Intento de golpe de Estado de Kapp en Berlín (marzo) Batalla de Varsovia (agosto)	Campaña de la «no cooperación» del pueblo indio con los ocupantes británicos (agosto)
1921		Tratado de Riga (marzo) Nueva Política Económica en Rusia	Harding, presidente de Estados Unidos Fin de la alianza anglo-japonesa Fundación del Partido Comunista Chino Conferencia naval de Washington
1922	Irlanda obtiene el estatus de Estado Libre (enero) Bonar Law, primer ministro británico (octubre) Marcha fascista hacia Roma (octubre)	Stalin, secretario general del Partido Comunista Ruso	Fin del protectorado británico de Egipto Rhodesia del Sur rechaza la unión con Sudáfrica Gandhi en prisión (1922-1924)
1923	Primer ministerio de Baldwin (mayo)	Ocupación del Ruhr (enero) Inflación en Alemania (noviembre) Hitler dirige un fallido golpe de Estado en Munich (noviembre)	Sun Yat-Sen firma una alianza con Rusia (enero) Coolidge, presidente de Estados Unidos Rhodesia del Sur obtiene un virtual autogobierno
1924	Ramsay MacDonald, primer ministro laborista en Gran Bretaña (enero) Matteoti asesinado en Italia (junio) Segundo ministerio de Baldwin (noviembre)	Muerte de Lenin (enero)	
1925	Mussolini instaura el Partido Único en Italia (enero) Tratados de Locarno en Londres (diciembre)	Hindenburg, presidente de Alemania	Muerte de Sun Yat-Sen Rebelión de Abd-el Krim en Marruecos (1925-1926) Rebelión drusa en Siria (1925-1927)
1926		Alemania entra en la Liga de las Naciones	Chang Kai-Chek inicia la Larga Marcha por el norte Hirohito, emperador de Japón

Página anterior, izquierda, «honores al camarada caído». Otra muestra del esquematismo de la propaganda nazi.

Página anterior, derecha, Joseph Goebbels, jefe de propaganda nazi que hizo posible el gran éxito del partido a principios de la década de 1930.

1927		Stalin derrota a sus rivales políticos en Rusia	Enfrentamientos de Chang Kai-Chek con los comunistas chinos La comisión Simon visita India
1928	Pacto de Kellogg-Briand en París	Primer Plan Quinquenal en Rusia	Chang Kai-Chek reclama la unificación de China
1929	Segundo gobierno laborista de Ramsay MacDonald (junio)	Trotsky abandona Rusia	Hoover, presidente de Estados Unidos Soviet de Chu-Mao en Kiangsi Crack financiero en Wall Street (octubre)
1930	Conferencia Naval en Londres	El poder político pasa a Hindenburg y su camarilla palaciega en Alemania (marzo) Las últimas tropas aliadas abandonan los territorios del Rhin (junio)	Campaña de desobediencia civil en la India Uriburu, presidente de Argentina (septiembre) Vargas, presidente de Brasil (octubre) Rebelión en Indochina
1931	Gobierno nacional en Gran Bretaña dirigido por Ramsay MacDonald (agosto)		Tregua entre Gandhi e Irwin Incidente en Manchuria (18 de septiembre) Mao es elegido primer presidente de la República Popular China
1932	El peor año de la Gran Depresión	El peor año de la Gran Depresión Los nazis emergen con fuerza en Alemania Hambre e inflación en Rusia	El peor año de la Gran Depresión Fin del protectorado británico de Irak El ejército japonés establece el estado de Manchukuo
1933		Hitler, canciller alemán (30 de enero) Incendio del Reichstag (27 de febrero) «Ley de defensa del Pueblo y del Estado»: el poder legislativo es asumido por el ejecutivo en Alemania (23 de marzo)	Franklin D. Roosevelt, presidente de Estados Unidos Japón abandona la Liga de las Naciones
1934		La Noche de los Cuchillos Largos (30 de Junio) Muerte de Hindenburg; Hitler jefe de Estado (agosto) Kirov asesinado en Rusia (diciembre)	La Larga Marcha en China (1934-1935), dirigida por Mao Tse-Tung
1935	Tercer ministerio de Baldwin (junio)	Saar vuelve a Alemania (enero) Leyes racistas en Nuremberg (marzo)	Reformas parlamentarias en la India Italia invade Etiopía
1936	Eduardo VIII rey de Gran Bretaña (enero); le sucede Jorge VI (diciembre) Gobierno de Frente Popular en Francia (1936) Guerra Civil española (1936-1939)	Hitler ocupa de nuevo los territorios del Rhin Terror en Rusia bajo el mandato de Stalin (1936)	Italia se anexiona a Etiopía Tratado anglo-egipcio La facción Tosei-ha del ejército japonés derrota a Kodo-ha Alianza entre Mao y Chang (diciembre)
1937	Neville Chamberlain, primer ministro (mayo)		El Partido del Congreso vence las elecciones en India (febrero) Guerra entre China y Japón (1937-1945)
1938		Alemania se anexiona Austria (marzo) Conferencia de Munich (septiembre)	
1939	Gran Bretaña y Francia declaran la guerra a Alemania (3 de septiembre)	Alemania se anexiona Checoslovaquia (marzo) Alemania invade Polonia (1 de septiembre)	



multáneamente, los generales Gomes da Costa y Carmona harían lo propio en Portugal, sentando las bases de una larguísima dictadura ultraconservadora y clerical, en el seno de la cual surgiría la figura de Antonio Oliveira Salazar.

En 1929, el rey Alejandro asumía en Yugoslavia poderes totalitarios, vía seguida por el rey Carol de Rumania, en 1930. Paradójicamente, en 1931, caída la dictadura de Primo de Rivera, y en plena oleada totalitaria en Europa, España recuperaba la democracia en un grado jamás conocido por el país, al implantarse la II República, cuyo término abriría el camino a una nueva y larguísima dictadura: la del general Francisco Franco, en el año 1939.

En 1933, Hitler alcanzaba el poder en Alemania. Este hecho era el punto culminante de la carrera desenfrenada de los autoritarismos derechistas por frenar o disipar las amenazas socialistas. Pero Hitler se convertiría también muy pronto en la principal y más terrible amenaza para todas las democracias burguesas existentes en Europa.

En la década de 1930, los tres pequeños estados bálticos, Letonia, Lituania y Estonia sufrirían asimismo dictaduras ultraderechistas. En Grecia, en 1936, coincidiendo con el inicio de la Guerra Civil española, el general Metaxás asumiría el poder hasta la fecha de su muerte, en enero de 1941.

A modo de resumen cabe señalar, pues, que en Europa se habían establecido tres modalidades de gobierno en vísperas del estallido de la II Guerra Mundial: los totalitarismos de carácter plenamente fascista, el totalitarismo comunista de la Unión Soviética y las democracias burguesas. Los dos últimos se aliarían para derrotar a los primeros, pero su propio antagonismo se prolongaría hasta nuestros días.

La España del siglo XX: de la Restauración borbónica a la Guerra Civil



El 3 de enero de 1874, el general Pavía, que ocupó con sus fuerzas militares el Congreso de los Diputados, ponía fin al breve paréntesis de la I República española. Once meses había durado el intento de racionalizar la vida política del país, tiempo escaso para que cualquier régimen político pueda demostrar su capacidad y eficacia. De hecho, los militares sublevados cortaron una experiencia que quizá pudo haber reorientado el futuro español hacia horizontes distintos, pero lo cierto es que el ejército conocía perfectamente un orden político basado en la monarquía, y aunque había combatido a esta institución en varias ocasiones, siempre promovió soluciones monárquicas —caso de Amadeo de Saboya, tras el derrocamiento de los Borbones—. Este ejército constituía un ente de desproporcionadas dimensiones para las necesidades del país. Perdidas las colonias, fueron muchos los militares que regresaron a la metrópoli, conformando así un cuerpo militar cuantitativamente excesivo para la nueva realidad de un país que prácticamente había perdido su imperio colonial. A partir del golpe de Estado de Pavía, el ejército español, salvo brevísimas coyunturas, no desempeñaría ya un papel reformador, progresista o liberal como antaño. Ahora, sus intervenciones tendrían un sentido eminentemente conservador. Perdidas las colonias, se adjudicaría la misión de mantener el orden interno del país.



Tras su acción liquidadora, el general Pavía reunió a varios generales y políticos conservadores, acordando ceder el gobierno al general Serrano, el viejo compañero de Prim durante las jornadas del derrocamiento de los Borbones en 1868. Serrano disolvió oficialmente el régimen republicano, reprimiendo algunos intentos federalistas, y nombró presidente del Consejo de Ministros a Zabala. Curiosamente, los adversarios más serios de Serrano serían los carlistas —un heterogéneo movimiento, tras cuyo integrismo formal se parapetaban rebeldías sociales y políticas de signo variado—, los cuales llegaron a poner sitio a Bilbao, conquistando las ciudades de Cuenca y Albacete. Fue en estas circunstancias cuando se produjo un

Arriba, Antonio Cánovas del Castillo (1828-1897), presidente de las Cortes en 1885. Cuadro de Madrazo. (Palacio de las Cortes, Madrid.)

Izquierda, el general Manuel Pavía y Lacy, que en 1874 disolvió las Cortes, haciendo posible la restauración borbónica. Grabado de la Ilustración Española y Americana.

Página anterior, tropas alemanas en un desfile en España, en mayo de 1939, poco después de la Guerra Civil. Alemania e Italia ayudaron a Franco con hombres y material, y la URSS envió armamento a la República, mientras que las democracias se mantuvieron al margen.

nuevo golpe de Estado, ahora promovido por el general Martínez Campos, en Sagunto, el 29 de diciembre de 1874, proclamando rey a Alfonso XII, de la casa de Borbón.

La larga Restauración

Martínez Campos propició un régimen monárquico que duraría exactamente 48 años, hasta septiembre de 1923, cuando otro general disolvió el Congreso de Diputados por indicación de Alfonso XIII.

El ejército, pues, había restaurado a los Borbones en el trono, en la persona de Alfonso XII, hijo de Isabel II. La aquiescencia militar fue total, y los pocos discrepantes, como el general Serrano, se exiliaron. El nuevo monarca contaba 17 años de edad, y era un hombre sosegado, que no gozaba de excesiva buena salud. Sin embargo, la gran figura política de aquella nueva etapa sería esencialmente Antonio Cánovas del Castillo, un político andaluz nacido en 1828, que se licenció en Leyes, y que durante la Vicalvarada se había significado por su amistad con el general O'Donell.

Cánovas del Castillo ideó el sistema político de la Restauración, y le dio un personalísimo contenido con la Constitución de 1876. Esta Carta Magna proporcionaba al monarca cierta capacidad de acción: coparticipaba con las Cortes del poder legislativo; disponía del derecho de veto; le facultaba para nombrar senadores y al presidente de la Cámara Alta; él convocaba las Cortes y podía suspenderlas; éstas, a su vez, podían intervenir en las cuestiones sucesorias dinásticas y en la regencia.

Políticamente, se organizaron dos grandes partidos: el Conservador, dirigido por el propio Cánovas, y el Liberal, conducido por Práxedes Mateo Sagasta. El partido canovista era la expresión política de la oligarquía agraria castellano-andaluza y de la élite funcionarial de la capital del reino; los liberales se abrogaban la representación de la burguesía industrial y comercial. Las clases populares quedaban al margen del juego político en esta «democracia censitaria». La Restauración fue en realidad un pacto entre las oligarquías del país, y una de sus consecuencias fue el surgimiento de un fenómeno sociopolítico de nefastas consecuencias: el caciquismo. Este sistema, basado en la hegemonía de un cacique –conectado con los poderes oligárquicos– sobre el pueblo, una aldea o un municipio, impidió el desarrollo político del campesinado, que gradualmente fue ganado para el ideal anarquista. Fue en aquella etapa «restauradora» cuando se fraguó entre las clases populares la idea, de consecuencias tan profundas, de que «del Estado nada bueno podía provenir», pues era un ente que se alimentaba a sí mismo, autosuficiente, y compenetrado con la oligarquía agraria, mercantil y administrativa. Los partidos eran meras variantes formales de un mismo modo de entender la sociedad.

En política exterior, un grave problema acosó a los restauradores: la guerra de Cuba, que movilizó nuevas energías militares hacia la isla del Caribe, mantenida precariamente por la férrea acción represora del general Martínez Campos. En el interior del país, el carlismo siguió sus acciones. En vísperas de la Restauración, el pretendiente Carlos disponía de unos 80.000 hombres armados, especialmente en el País Vasco, Cataluña y Levante. Para afrontar el desafío carlista, las tropas gubernamentales pasaron a la acción y tomaron sucesivamente Seo de Urgel, Irún, Tolosa y Estella, en 1876, en lo que fue la última «guerra carlista», aunque no el fin del carlismo como opción política.

Sagasta sucedió a Cánovas en la jefatura del gobierno en febrero de 1881, iniciándose de hecho el sistema de turnos de los «dos partidos únicos». Durante su mandato, restauró la libertad de prensa.

En noviembre de 1885 falleció prematuramente el monarca, y asumió la regencia María Cristina, con quien el rey había contraído segundas nupcias, y que se hallaba encinta –tenía además dos hijas hembras–.

Aquel mismo año, Cánovas y Sagasta firmaron el Pacto de El Pardo, institucionalizando el implícito sistema de turnos políticos: hasta 1890 gobernarían los liberales; de 1890 a 1892, los conservadores; de nuevo los liberales hasta 1895, y los conservadores hasta 1897; una vez más los liberales, relevados en 1899 por los conservadores; y en 1900, los liberales regirían el país hasta 1902.

Poco antes de finalizar el siglo se produciría una acumulación de acontecimientos importantes: nacimiento, en mayo de 1886, del hijo póstumo de Alfonso XII; incidentes en Marruecos; guerra en Cuba y Filipinas (1890-1895); y muerte de Cánovas, en un atentado llevado a cabo por el anarquista Angiolillo, en agosto de 1897.

El poscanovismo

Muerto Cánovas del Castillo, Sagasta se convirtió en el más importante de los políticos del sistema.

De hecho, toda la política económica de la Restauración tuvo como eje central



el proteccionismo, especialmente reclamado por la burguesía industrial –textil catalana–.

Obsesionados por compensar la deficitaria balanza de pagos, los sucesivos gobiernos restauradores promovieron una permanente exportación aurífera, al tiempo que aumentaban la circulación monetaria, generando una insuperable inflación. Desde una óptica social, el ministro Segismundo Moret se limitó a mejorar las condiciones de trabajo, para cortar la sangría que representaban los accidentes laborales, así como a regular el trabajo de mujeres y niños, pero las clases trabajadoras siguieron siendo ciudadanos de «segunda clase». No contaban para la política, y ello en una Europa en la que las grandes potencias, como Gran Bretaña y Francia, habían procedido ya a profundas reformas políticas y sociales.

Las guerras coloniales fueron una pesada carga, que se generó en la fase canovista de la Restauración. Cuba, Puerto Rico, diversas islas antillanas, y el archipiélago de las Filipinas, fueron los territorios en los que España tuvo que afrontar la intervención estadounidense en interesado apoyo a los movimientos independentistas allí existentes. El conflicto en torno a Cuba fue especialmente doloroso para la metrópoli.

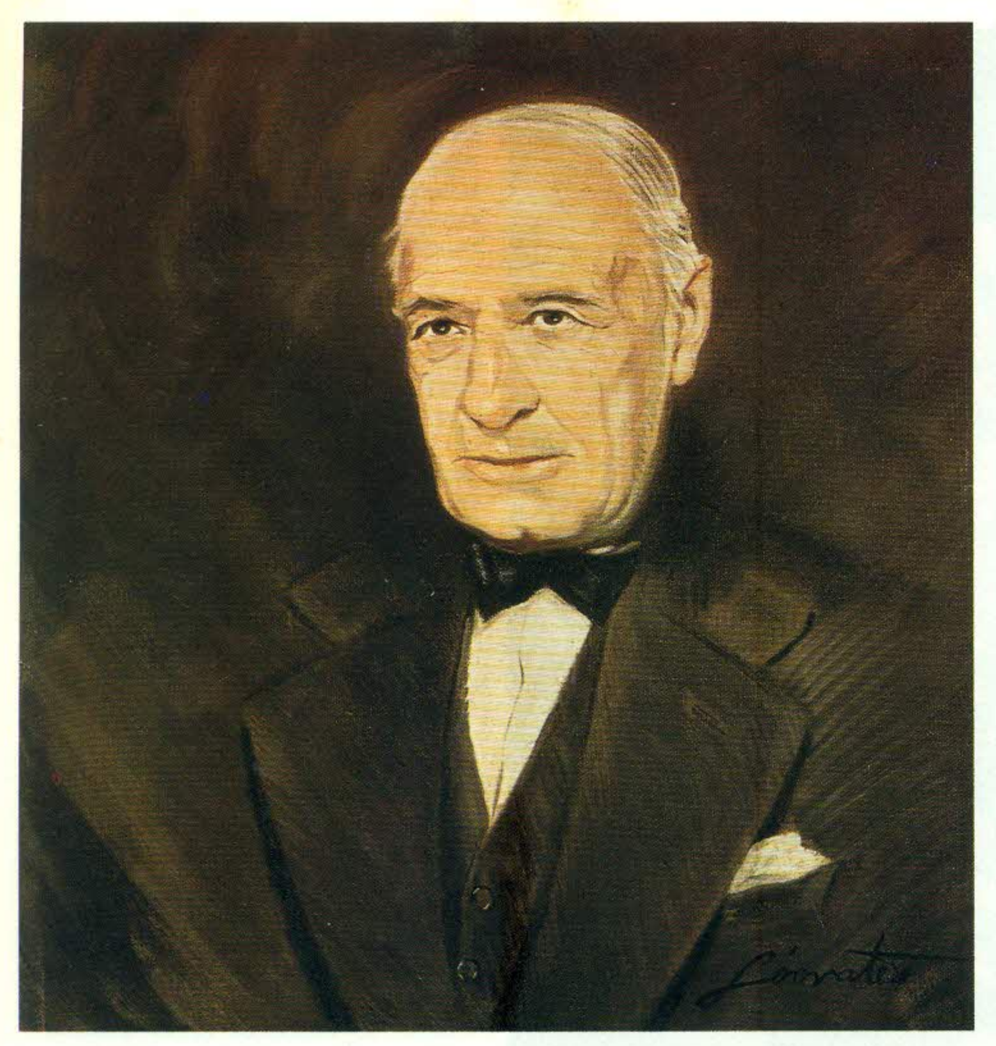


Izquierda, Alfonso XII (1857-1885), rey de España, hijo de Isabel II. Pintura de M. Hiraldez de Acosta. (Real Academia de la Historia, Madrid.)

Página anterior, María Cristina de Habsburgo-Lorena (1858-1829), segunda esposa de Alfonso XII. Cuando enviudó, fue regente (1885-1902) de su hijo Alfonso XIII.

Las apetencias estadounidenses sobre las islas del Caribe dominadas por los españoles, eran una realidad ampliamente divulgada. Estados Unidos presionaba sobre el gobierno español para la compra de aquellos territorios.

La última fase del movimiento independentista cubano se inició en febrero de 1895, con el Grito de Baire. Cánovas envió allí al general Martínez Campos, imbuido de la necesidad de «salvar el honor a toda costa», y al frente de cien mil soldados. Fracasada la gestión represora, Martínez Campos fue sustituido por el poco hábil general Weyler. Mientras, en la metrópoli, Pi y Margall, Maura y Moret señalaban la necesidad de autonomizar la isla, pero el gobierno se involucró más y más en una guerra imposible. Muerto Cánovas, le sustituyó Sagasta, quien a su vez sustituyó a Weyler por el general Blanco, concediendo la autonomía a Cuba y Puerto Rico en 1897. La solución era tardía. Los rebeldes, animados por el apoyo estadounidense, prosiguieron su lucha independentista. El 16 de febrero hizo explosión, en el puerto de La Habana, el crucero *Maine*, de la marina de Estados Unidos. Este país acusó a los españoles de la acción —años después se demostró que fue un accidente de la tripulación—, declarando la guerra.



La guerra con Estados Unidos fue breve, y naturalmente victoriosa para este país.

El gobierno español se sintió impotente, condicionado por la casta militar y su obsesión de «salvar el honor», y acorralado por la agitación republicana que apoyaba el abandono puro y simple. Se decidió finalmente por la primera opción, ante el temor de un golpe de Estado. El 3 de agosto de 1898 la escuadra del almirante Cervera era aniquilada por la poderosa flota estadounidense, que no sufrió prácticamente bajas. El combate se desarrolló en las cercanías de Santiago de Cuba. Casi paralelamente, en Filipinas, los insurrectos, apoyados de manera abierta por tropas estadounidenses, ocuparon finalmente Manila.

El fin del Imperio era una realidad. Derrotado, el gobierno español acudió a las negociaciones de París dispuesto a ceder a las exigencias de Estados Unidos, y el 10 de agosto de 1898 aceptaba la pérdida de Cuba, Puerto Rico y el resto de islas caribeñas, así como Filipinas y la isla de Guam, en el Pacífico asiático. A cambio, el gobierno español recibió 25 millones de dólares. Asimismo, por 25 millones de marcos cedía a Alemania los archipiélagos de las Carolinas, las Marianas y Palaos, en el Pacífico.

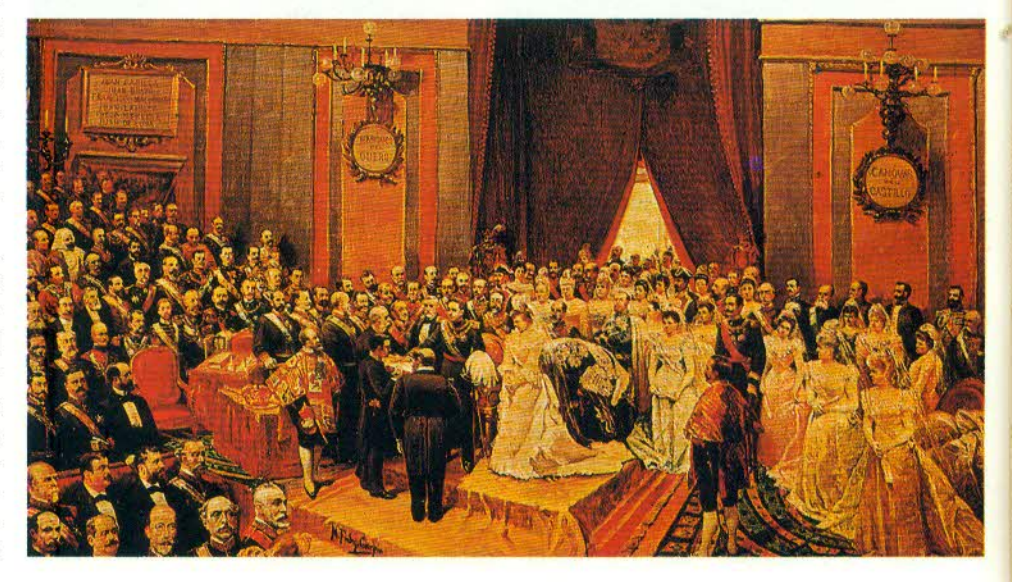
Sagasta cesó en el gobierno, y le sustituyó Francisco Silvela en marzo de 1899, que a su vez fue reemplazado por el general Azcárraga en octubre de 1900. Al año siguiente, Sagasta asumía de nuevo el cargo. Fueron cambios en una etapa de transición, a la espera de la mayoría de edad del nuevo rey, Alfonso XIII.

El reinado de Alfonso XIII

El 17 de mayo de 1902, Alfonso XIII subió al trono. El nuevo monarca no fue un rey pasivo. Por el contrario, intervino continuamente en el gobierno del país, interfiriendo a menudo la labor ministerial. Pero una nueva fase se abría dentro del ámbito de la Restauración. En aquella fecha el monarca cumplía 17 años de edad, y en el acto de asunción al trono prometió acatar la Constitución.

El liberal Sagasta solamente duró en el gobierno siete meses. En la nueva etapa se perfilaron de modo creciente dos hechos: por una parte, la lenta descomposición del sistema implantado por Cánovas, que excluía a la población trabajadora de cualquier derecho político; y por otra, la creciente configuración de lo que José Ortega y Gasset llamaría la «España vital», es decir, la España del trabajo y de la intelectualidad, marginada por el caciquismo de la política restauradora. La pugna entre las dos Españas, la «oficial» y la «vital», se prolongaría varias décadas y tipificaría el reinado de Alfonso XIII. En la crisis del «bipartidismo» canovista pugnaban por surgir otras fuerzas políticas, y otros hombres políticos, siendo quizá los más destacados de esta etapa, Maura, Canalejas, Cambó y el socialista Pablo Iglesias.

A Sagasta le sustituyeron Silvela y Villaverde, conservadores, en sendos gobiernos de transición, en 1903. Accedió luego al poder Antonio Maura, quien dio un gran impulso al Partido Conservador, pero dimitió por las discrepancias con el monarca en torno a la elección del jefe del Estado Mayor Central, que según Alfonso XIII debía ser el general Polavieja, abriéndose una implícita crisis institucional, pues el rey de hecho había actuado contra la





Constitución al entorpecer la labor gubernamental. La crisis fue superada momentáneamente por Alfonso XIII nombrando sucesivamente al general Azcárraga y a Villaverde como jefes del gobierno.

Una etapa liberal

Eugenio Montero Ríos recogió la jefatura del Partido Liberal tras la muerte de Sagasta. Este cauteloso político gallego, que había servido fielmente al general Prim y al rey Amadeo de Saboya, fue elegido ahora por Alfonso XIII para que dirigiera el gobierno, formando un ministerio que incluía diversos familiares, y que resistió solamente cinco meses, pues los militares promovieron en Barcelona un grave incidente contra el renaciente nacionalismo catalán, asaltando las redacciones de la revista humorística *Cu-Cut*, y el diario *La Veu de Catalunya*, por haber publicado caricaturas y artículos considerados lesivos para la institución militar. Sin embargo, los liberales siguieron gobernando, ahora bajo la dirección del economista Segismundo Moret, quien asumió el lamentable papel de presentar a las Cortes —obligado por el rey y el ejército— una Ley de Jurisdicciones, la cual autorizaba a los militares a juzgar a los miembros de la sociedad civil que, en su opinión, cometiesen delitos de «lesa patria». Se iniciaba con ello una nueva etapa en la historia del país, caracterizada por la proliferación de consejos de guerra contra civiles. El ejército asumía así un papel eminentemente político de signo reaccionario, y se convertía, como posteriormente afirmó Ortega y Gasset, en un instrumento de la «España oficial, oligárquica» para mantener sometida a la «España vital, la del trabajo». El filósofo Miguel de Unamuno levantaría su voz repetidamente para denunciar tan triste realidad, llegando a declarar que «en España es fácil militarizar a los civiles, pero difícilmente se puede civilizar a los militares».

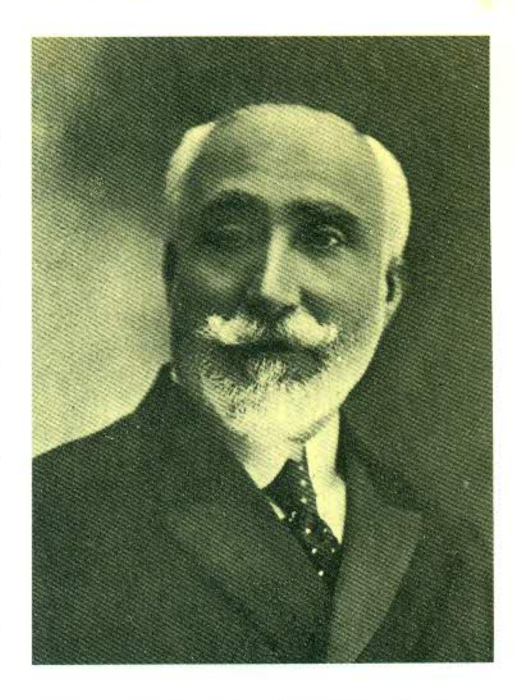
Entre enero y marzo de 1906, la Conferencia de Algeciras, celebrada por representantes de Alemania, Austria, Bélgica, Estados Unidos, Francia, Holanda, Italia, Gran Bretaña, Marruecos y Portugal, elaboró un proyecto para «reorganizar el norte de África», y a España le correspondió la administración colonial sobre parte de Marruecos y del Sahara.

Por su parte, el rey se casó el 25 de mayo de 1906 con la princesa Ena de Battemberg, nieta de la reina Victoria de Gran Bretaña, que adoptó el nombre de Victoria Eugenia tras convertirse a la religión católica. Al regresar de la ceremonia, la pareja real sufrió un atentado, llevado a cabo por Mateo Morral, en la calle de San Jerónimo de Madrid, en una acción que provocó numerosos muertos, aunque los monarcas salieron ilesos. Morral, anarquista, se suicidó cuando estaba cercado por las fuerzas del orden. El atentado presagiaba horas difíciles.

Moret dimitió de la presidencia del gobierno, al discrepar con el rey en lo relativo a la renovación electoral de las Cortes. Tras un breve interregno, en el que gobernó el general López Domínguez, volvió Moret, que esta vez gobernó solamente cinco días, sustituyéndole el marqués de Armijo, en un gabinete de transición que dio paso al gobierno conservador de Maura.

La guerra de África y la Semana Trágica catalana

Antonio Maura formó gobierno el 25 de enero de 1907, siendo la nota más destacada del mismo el nombramiento de



Arriba, Antonio Maura (1853-1925), varias veces ministro y presidente del Consejo. Reprimió con dureza la «Semana Trágica» de Barcelona, en 1909.

Izquierda, Alfonso XIII (1886-1941), rey de España, hijo póstumo de Alfonso XII. El 14 de abril de 1931 abandonó el país, dando lugar a la proclamación de la República. Murió en Roma. Retrato por Ramon Casas. (Museu d'Art Modern, Barcelona.)

Página anterior, arriba, José Ortega y Gasset (1883-1955), literato y filósofo español, cuyas ideas influyeron en el fundador de Falange Española. (Ateneo de Madrid.)

Página anterior, abajo, juramento solemne de Alfonso XIII el 7 de mayo de 1902, al ser declarado mayor de edad. Pintura de M. Fernández Carpio.

Juan de La Cierva como ministro de Gobernación. La Cierva era un ultraconservador, que en la provincia de Murcia dirigía un auténtico cacicato. El nuevo gobierno aprobó una Ley del Terrorismo que coartaba las ya debilitadas libertades cívicas, dedicó una considerable parte del presupuesto nacional a las instituciones militares y alentó una política probritánica en el concierto internacional.

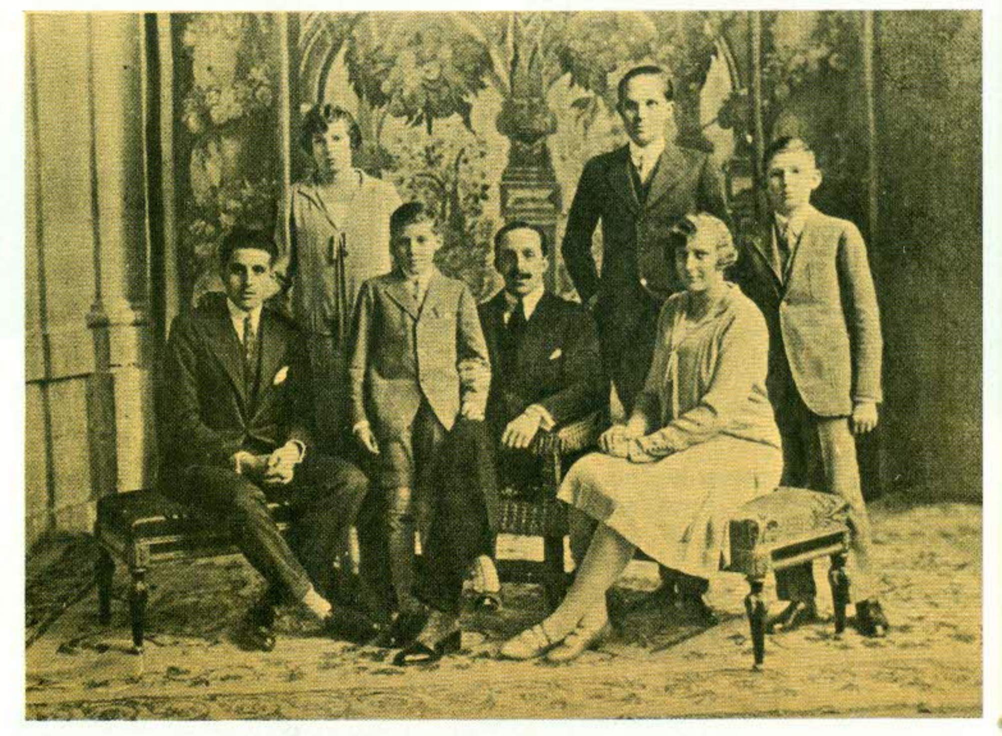
Fue en 1909 cuando la presencia española en Marruecos comenzó a ser contestada por la población autóctona, iniciándose una guerra abierta. La actuación del gobierno de Maura era paradójica: se inmiscuía en una nación extranjera, mientras la economía del país pasaba de modo acelerado a ser controlada por compañías foráneas, especialmente británicas (minas y grandes industrias pesadas). Como respuesta a los incidentes con los marroquíes, el gobierno organizó un ejército con la perspectiva de una intervención en gran escala, lo que provocó rápidamente un profundo descontento entre la población, registrándose numerosas manifestaciones anticolonialistas en diversos puntos de España. El primer combate en tierras marroquíes fue una debacle para las tropas españolas, en la trágica batalla del Barranco del Lobo, el 27 de julio de 1909.

La matanza de soldados, valorada como inútil por amplios sectores del país, radicalizó la situación interior, y los contingentes militares eran presionados a desertar por la multitud en las estaciones y puertos, en escenas repetidas abundantemente en toda la península.

La oposición de los rifeños era muy dura, y la guerra se presentaba larga y costosa, excesivamente gravosa para una economía tan delicada como la del estado español. La situación política se hizo muy tensa, especialmente en Cataluña, donde la guerra era absolutamente impopular, y en Barcelona estallaron graves motines en la víspera de un embarque de tropas, que culminaron con la huelga revolucionaria de los días 26, 27 y 28 de julio de 1909. Durante la llamada «Semana Trágica catalana» se produjeron gravísimos disturbios, con quema de iglesias y conventos. La rebelión catalana fue finalmente sofocada por el ejército, desatándose una intensa represión que tuvo su epicentro en la controvertida figura del pedagogo Ferrer y Guardia, fundador de la Escuela Moderna, hombre de tendencia antiautoritaria. El proceso de Ferrer y Guardia, y sus compañeros, fue oscuro, y su ejecución levantó grandes protestas en toda Europa, acusándose al gobierno español de un retorno a la «barbarie inquisitorial».

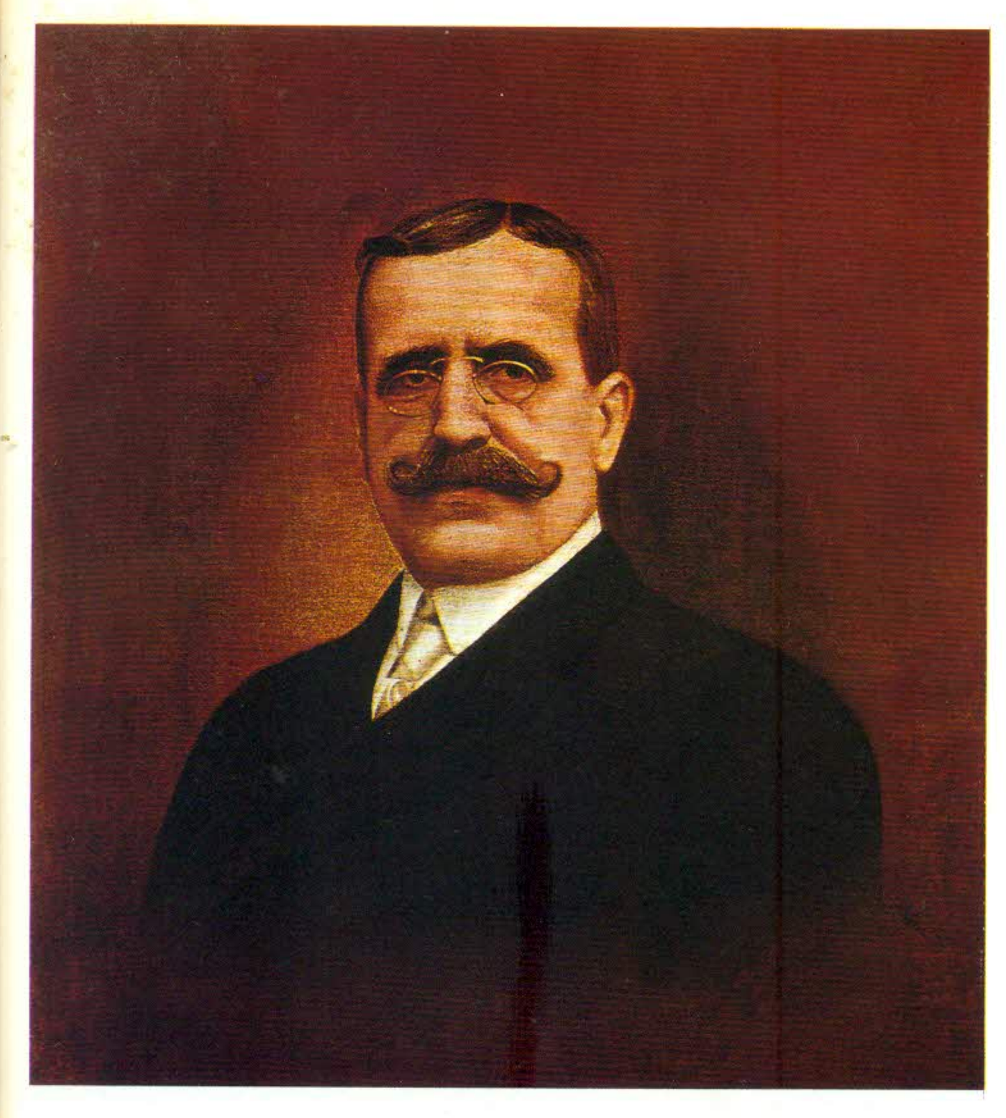
Eran demasiadas, y muy graves, las crisis que se acumulaban en el pasivo del gobierno, por lo que Maura presentó su renuncia. De hecho, la Semana Trágica fue una explosión lógica de la «España vital», que presionaba por hallar cauces para manifestarse y existir institucionalmente. En 1911 se fundaba en Barcelona la Confederación Nacional del Trabajo (CNT), gran sindicato revolucionario de tendencia socialista libertaria.





La larga agonía de la Restauración

El gabinete de Maura fue sucedido por un mandato episódico de Moret. Finalmente, el monarca decidió abrir tímidamente las puertas del poder a cierto sector moderado de la «España vital», y Canalejas, miembro del grupo demócrata, gobernó entre febrero de 1910 y febrero de 1912. Canalejas inició su mandato con reformas: un indulto político, restricción y control sobre las órdenes religiosas y una nueva Ley de Asociaciones. Asimismo, se cedía a la presión de la burguesía catalana, concediendo una Ley de Mancomunidades, la cual significaba una limitadísima capacidad de autogobierno para Cataluña, a través de la coordinación de sus cuatro diputaciones provinciales. Es necesario señalar también que Canalejas estableció el reclutamiento militar obligatorio,





Arriba, Eduardo Dato Iradier (1856-1921), conservador, presidente del Congreso (1907), fue encargado de formar gobierno en 1913, 1917 y 1920. Murió asesinado. (Ayuntamiento de Madrid.)

Izquierda, José Canalejas Méndez (1854-1912), del partido liberal. Presidente del Consejo de Ministros (1910-1912). Murió en un atentado. (Ateneo de Madrid.)

Página anterior, arriba, la Cruz Roja atiende a un herido en la plaza del Teatro de Barcelona (1909), durante la Semana Trágica.

Página anterior, abajo, Alfonso XIII y toda su familia en 1927. A la derecha, de pie, don Juan, padre del rey don Juan Carlos I.

pues la guerra con Marruecos proseguiría y los enfrentamientos con la guerrilla autóctona producían numerosas bajas en las fuerzas españolas.

La tragedia de Canalejas fue la de tantos políticos reformistas españoles que, una vez llegados al poder, sacrificaban su ideario esencial, y progresivamente se convertían en gobernantes autoritarios y conservadores, perdiendo su voluntad de cambio. Canalejas acabó transformándose en un típico político palatino, y se distanció de sus orígenes. El 12 de noviembre de 1912, fue tiroteado por el anarquista Manuel Pardiñas en la calle del Príncipe, en Madrid, muriendo a causa de las heridas, mientras su agresor volvía luego su arma contra sí mismo, suicidándose.

A partir de aquella coyuntura, como señala el historiador español Vicens Vives, el poder se convirtió en una «sucesión de gobiernos atosigados por las reivindicaciones políticas, sociales y autonomistas».

A Canalejas le sucedió el conde de Romanones, cuyo gobierno firmaría un pacto con el de Francia dividiendo Marruecos en tres zonas, de las cuales la más conflictiva y pobre pasó a ser un «protectorado» español. La guerra se hizo aún más abrupta. En 1913 el rey Alfonso XIII sufrió otro atentado, cuando el anarquista Sancho Alegre le disparó, saliendo ileso una vez más. Ese mismo año, el sólido Partido Conservador se fraccionó entre «mauristas» e «idóneos», enfrentando a sus respectivos jefes, Maura y Eduardo Dato. La descomposición afectó poco después a los liberales, emergiendo la figura de García Prieto. Dimitido Romanones en octubre de 1913, el rey encargó la formación del gobierno a la nueva figura conservadora, Dato. Bajo su gobierno estalló la I Guerra Mundial, en 1914, y Dato declaró la neutralidad española en el conflicto que enfrentaba a Gran Bretaña, Francia y Rusia con Alemania y Austria. Pero España tenía su guerra particular en Marruecos. La conmoción creada por la neutralidad obligó a Dato a presentar su dimisión en diciembre de 1915, sucediéndole el conde de Romanones, que gobernó hasta abril de 1917 y mantuvo la actitud neutral.

El gobierno Romanones afrontó las perturbaciones económicas y sociales provocadas por el largo conflicto bélico europeo, adoptando una política de dura re-

presión contra las organizaciones obreras. La crisis del gabinete permitió el acceso al poder del liberal García Prieto, quien a los tres meses de su toma de posesión fue prácticamente destituido por el ejército, en julio de 1917. Los militares insurrectos, coordinados en Juntas de Defensa, exigían esencialmente una política que favoreciese su situación profesional, exigiendo la destitución de numerosos políticos. En plena crisis, Dato asumió de nuevo la jefatura del gobierno. Su gabinete tuvo que afrontar, desde la derecha, la presión reaccionaria del ejército, y desde la izquierda, la del Partido Socialista Obrero Español (PSOE), que alentó una huelga general, movilizando a la población contra las injerencias militares. La huelga afectó especialmente a los ferrocarriles, siendo muy virulenta en Barcelona, Bilbao, Valencia y Madrid. Los líderes socialistas, Francisco Largo Caballero, Julián Besteiro y Andrés Saborit, fueron detenidos y condenados a cadena perpetua. El 19 de julio de 1917, una Asamblea de Parlamentarios organizada en Barcelona pedía una profunda reforma constitucional y el fin del caduco sistema de turnos entre liberales y conservadores, partidos que representaban a una pequeña fracción de la sociedad española. En agosto de ese mismo año, la Confederación Nacional de Trabajadores reactivaba el movimiento huelguístico.

La agitación social se intensificó especialmente en Cataluña, y la burguesía catalana, hasta entonces proclive al reformismo, cambió su actitud vinculándose de modo creciente al poder central.

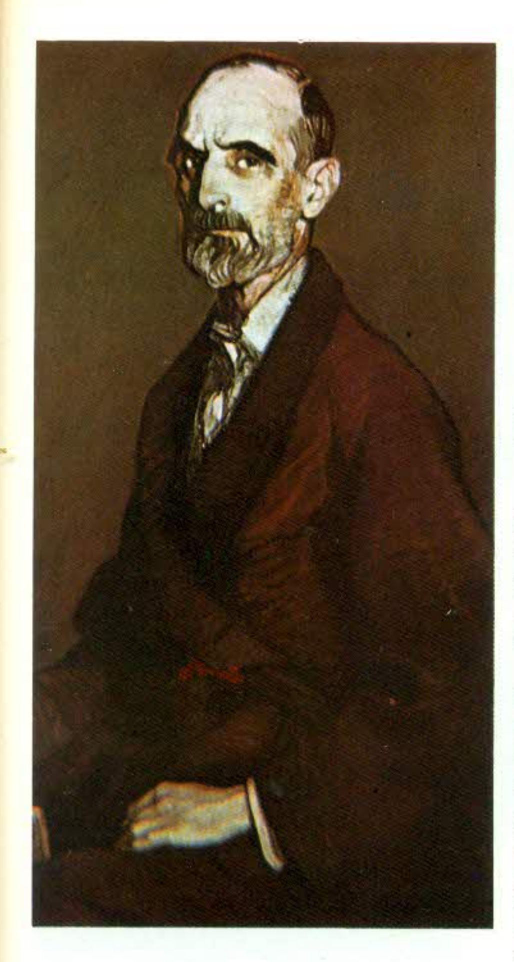
Superada la difícil y compleja crisis de 1917, el monarca auspició la formación de un gobierno de «concentración nacional», integrado por prohombres que de hecho representaban a la «España oficial». El 20 de marzo de 1918, Antonio Maura presentó su gabinete al rey: en Estado, Dato; en Gobernación, García Prieto; en Hacienda, González Besada; en Fomento, Francisco Cambó; en Gracia y Justicia, el conde de Romanones; en Marina, el almirante Pidal; en Guerra, el general Marina; en Instrucción Pública, Santiago Alba. Un remedo liberal-conservador, con la presencia del gran burgués catalán Cambó, una de las personalidades más atractivas de la vida política del país. Este gobierno cesó en noviembre del mismo año, después de suspender el «estado de guerra» y decretar un indulto.

La agitación social

Los sucesivos gobiernos que siguieron al de Maura fueron prácticamente episódicos. De hecho, en el país coexistían dos poderes: uno formal, constituido por el gobierno nominal; el otro fáctico, integrado por las Juntas Militares que persistían en su actitud de no disolverse e interferían la actitud del gobierno.

Al margen, pero incidiendo fuertemente en la situación, el movimiento social cobraba nuevos bríos. La «España vital» pugnaba por abrirse paso y participar en las instituciones políticas, pero la cerrazón gubernamental era absoluta. De los dos grandes movimientos obreros, uno, la Unión General de Trabajadores (UGT), era de signo marxista, y oscilaba entre una fracción moderada y otra más radical. De hecho, la UGT era un aparato del PSOE, y tenía gran fuerza en Madrid, País Vasco y Asturias. Este sector del movimiento social era proclive al diálogo con la «España oficial», pero no consiguió romper la barrera de la democracia censitaria impuesta por los grupos y clases sociales dominantes. Ello alimentó gradualmente al otro sector del movimiento social, la CNT, de tendencia anarcosindicalista, es decir, adscrito al sindicalismo revolucionario, absolutamente reacio al colaboracionismo político con las fuerzas sociales dominantes. El anarcosindicalismo presentaba notable potencia en Cataluña, Levante y amplias zonas de Andalucía, las primeras fuertemente industriales, y esta última eminentemente agraria, con un proletariado campesino sumido en una pobreza secular.





El gobierno de Romanones, formado en diciembre de 1918, tuvo que afrontar la gran prueba de fuerza protagonizada por los obreros de la Canadiense, gran factoría eléctrica de Barcelona, que realizaron una de las huelgas más largas de la historia de la Europa industrial, con numerosos episodios de carácter revolucionario. Se sucedieron los gobiernos de Maura —con nuevas elecciones, que en nada variaron la realidad política del país— y Sánchez Toca. En la segunda mitad de 1919, Barcelona se hallaba en estado prerrevolucionario, y los enfrentamientos entre patronos y obreros comenzaron a cobrar el carácter de una guerra larvada.

Así la situación, Eduardo Dato fue nombrado otra vez jefe de gobierno, en mayo de 1920. Las huelgas comenzaron a afectar a los propios ministerios, mientras que las estadísticas citaban 1.400 huelgas en toda España a lo largo de 1920.

En Barcelona, la lucha entre la patronal y los obreros anarcosindicalistas fue a más. El gobierno, cerrado a cualquier intento arbitral, acabó potenciando grupos parapoliciales, dirigidos por un oscuro y siniestro personaje austríaco que se autodenominaba «barón de Koenig», que sembraron la muerte en las calles barcelonesas y provocaron la violenta respuesta obrera. Aquel año, la patronal organizó un «Sindicato Libre», opuesto a la CNT, y la guerra entre ambos se hizo abierta —víctima de la misma fue el prestigioso abogado laboralista Francesc Layret—. El general Martínez Anido fue nombrado prácticamente «dictador» de la ciudad. La respuesta dada a la intensa represión estatal por el anarcosindicalismo fue drástica: el presidente del gobierno, Dato, resultó acribillado en su automóvil, en las cercanías de la Puerta de Alcalá, en Madrid.

La derrota de Annual

Allendesalazar, hombre de confianza del rey, fue designado para suceder a Dato, organizando un gobierno fuertemente derechista. A los problemas sociales se sumó ahora la radicalización de la guerra marroquí.

Las guerrillas nacionalistas norteafricanas contaban ahora con un líder sagaz, capaz de cohesionar a sus tropas y al pueblo en la lucha por la independencia. Abd-el-Krim se convirtió de pronto en un eficaz dirigente militar y político. El 5 de junio de 1921 derrotó al general Fernández Silvestre en Monte Abarán. Retiradas a Annual en espera de unos refuerzos que no llegaron, las tropas españolas fueron aniquiladas allí, pereciendo miles de soldados a causa de una guerra que no reportaba beneficio alguno, salvo un grotesco colonialismo en una de las zonas más pobres del planeta.

El impacto de los desastres militares en la opinión pública fue enorme. Se acusó de incompetencia a los generales Fernández Silvestre y Dámaso Berenguer, así como al ministro de la Guerra, el vizconde de Eza. Pero la realidad era que el ejército español, que llevaba un siglo cosechando derrotas en los territorios coloniales, estaba anquilosado, burocratizado, «corroído —como señala Vicens Vives— por las mismas taras que preñaban al Estado».

Incluso la ciudad de Melilla estuvo en peligro de ser conquistada por los norteafricanos, y si de hecho no lo fue, se debió más a la falta de decisión de los atacantes que a la defensa organizada en torno a la misma. Finalizada la ofensiva, el saldo español era catastrófico: 14.000 soldados muertos, miles de prisioneros y heridos, y cuantiosas pérdidas materiales.

El gobierno Allendesalazar cayó. Y una vez más, subió al poder ejecutivo un político ya gastado, Maura, el 12 de agosto de 1921. La acción del nuevo gobierno se centró en la guerra marroquí, canalizando hacia la misma a miles de hombres y gran parte del presupuesto nacional. El general Berenguer recibió plenos poderes, pero el progreso de la guerra fue lento, con enorme desgaste. El prestigio de Maura



Arriba, Salvador Seguí (1886-1923), llamado el «Noi del Sucre», uno de los hombres más destacados de la CNT de Cataluña. Murió asesinado. Detrás de él, Angel Pestaña, fundador del Partido Sindicalista.

Izquierda, Francisco Cambó (1876-1947), político catalán, fue ministro de Fomento (1918) y de Hacienda (1921). Pintura de Ignacio Zuloaga.

Página anterior, La carga *(1902), cuadro de Ramon Casas. (Museo d'Olot.)*





entró en crisis, y Alfonso XIII era ya abiertamente acusado de practicar una política probritánica y de frivolidad ante la realidad de la guerra. Algunos sectores, los socialistas, y generales como Miguel Primo de Rivera, se mostraron partidarios de abandonar Marruecos. En numerosos medios políticos e intelectuales se pedían responsabilidades por la desastrosa política militar africana. Por otra parte, en Barcelona la agitación social aumentaba, mientras la burguesía catalana exigía el abandono del librecambismo, tan favorable a las industrias textiles británicas, y la adopción de un severo proteccionismo. Finalmente, Maura, desbordado por la situación, dimitió en marzo de 1922.

Le sustituyó José Sánchez Guerra, líder del Partido Conservador, que formó un gobierno que incluía al político catalán Cambó, jefe de la Lliga Regionalista y experto financiero.

El nuevo gobierno no pudo atajar la agitación social, a pesar de la destitución de Martínez Anido como gobernador de Barcelona. La descomposición en el ejército fue frenada con la disolución de las Juntas Militares, al tiempo que se investigaban responsabilidades por el desastre de Annual. La imposibilidad de llegar al fondo de la cuestión obligó a la dimisión del gobierno. Y García Prieto asumió la dirección del ejecutivo, negociando el intercambio de prisioneros con Abd-el-Krim.

En Barcelona, en el contexto de la guerra larvada entre la patronal y el movimiento obrero, fue asesinado el líder anarcosindicalista Salvador Seguí, el «Noi del Sucre». La respuesta fue contundente y trágica: a los pocos días moría tiroteado el obispo de Zaragoza.

El 27 de agosto de 1923 la marina de guerra perdía el acorazado *España,* que embarrancó cuando se dirigía a Melilla, demostrando el grado de incompetencia a que se había llegado en los medios militares. Por otra parte, algunos contingentes militares se negaban a embarcar para Marruecos. En esa situación se produjo, el 11 de septiembre de 1923, el golpe de Estado del general Primo de Rivera.

La Dictadura

Con el golpe de Estado del general Primo de Rivera se abrió la etapa de la Dictadura, que duraría hasta enero de 1930.

En el contexto europeo, el golpe de Estado primorriverista, alentado por el rey, se situaba en el seno de la oleada de reacción que sobrevino, en gran parte de Europa, como resultado de la presión revolucionaria obrera y ante el proceso comunista desarrollado en Rusia después de 1917. En Italia, Mussolini radicalizó su gobierno hacia la derecha, suprimiendo las libertades y persiguiendo toda oposición, forjando así el régimen fascista. En otros países, especialmente centroeuropeos y europeorientales, surgían por doquier dictaduras militares o civiles, de índole ultraconservadora.

En el contexto interior, la dictadura primorriverista presenta aspectos complejos que es necesario detallar. El general Primo de Rivera, hombre abierto y partidario de la buena mesa y las costumbres más o menos frívolas, ocupaba el cargo de capitán general de Cataluña, con sede en Barcelona. Allí tuvo oportunidad de tratar con la alta burguesía catalana, especialmente la vinculada a la Lliga Regionalista, dirigida por Cambó y por Ventosa y Calvell, quienes gradualmente habían moderado su ya limitado catalanismo, evolucionando a posiciones ampliamente colaboracionistas con los gobiernos centralistas de la capital.





Esta burguesía había abandonado sus posiciones netamente liberales, evolucionando hacia una clara tendencia aristocratizante que la vinculaba ampliamente con las oligarquías aristocráticas constituidas como poder factual en Madrid. Sus quejas acerca de la política económica librecambista, que tanto afectaba a la industria textil, eran constantes, reclamando un proteccionismo estatal. Al mismo tiempo, la agitación social les inducía a buscar el refuerzo político y policial de Madrid.

Primo de Rivera había entrado en contacto con estas realidades, y también con la embrionaria pero firme realidad de un nuevo catalanismo, vinculado a la pequeña burguesía, activo, vitalista y radical, organizado en torno a la personalidad de Francesc Macià, un coronel leridano. Este catalanismo, más agresivo, desplazaba al de Cambó, vinculado con la alta burguesía y conformado con la Mancomunidad de Cataluña, un moderadísimo autonomismo administrativo.

El dictador contó con el apoyo de Alfonso XIII —que rompía así con la Constitución—, de las oligarquías centrales y de la burguesía catalana. Cambó, dos meses antes del golpe de Estado, anunció que se retiraba de la política, emprendiendo un crucero recreativo. Estaba ya al corriente del inmediato futuro.

La dictadura se desarrolló según un orden de prioridades: combatir y eliminar a las organizaciones del movimiento obrero, especialmente el anarcosindicalismo, que constituía una amenaza revolucionaria; extirpar el nacionalismo catalán de nuevo cuño, que operaba ya mostrando su vitalidad; potenciar el proteccionismo económico; y ganar la guerra del norte de África.

De hecho, la dictadura advino sin problemas, al contar con tan sólidos apoyos, y a pesar de ser combatida por miembros de la vieja clase política (Alba, Maura), así como por intelectuales y líderes obreros. Paradójicamente, en su tratamiento del problema social, pudo contar con el apoyo y colaboración de una importante fracción del socialismo español. Los socialistas se avinieron a formar pate de un sindicalismo de tipo corporativista, con los llamados Jurados Mixtos, integrados por un miembro de la patronal, otro de las clases obreras —socialista— y un representante arbitral del Estado. Al margen, la CNT fue perseguida, y sus publicaciones y locales, clausurados.

Primo de Rivera había sido partidario de abandonar Marruecos, pero tras una visita al frente africano, su actitud reflejó el grado de sensibilidad existente entre los mandos ante aquella posibilidad, y cambió de opinión, señalando que «vencer es la única alternativa». La ofensiva marroquí prosiguió, y las tropas de Abd-el-Krim conquistaron Xauen y pusieron sitio a Tetuán, mientras el ejército español se replegaba, acosado, hacia el litoral. Fue en ese momento crucial cuando el líder marroquí cometió el gran error de atacar posiciones francesas, en abril de 1925, lo que indujo al gobierno de París a pactar con el español una colaboración colonialista. Esto salvó al ejército español del desastre final. A partir de aquella coyuntura, el signo de las operaciones militares comenzó a variar, y el 27 de mayo de 1926 un ejército combinado franco-español infligía una dura derrota a las fuerzas marroquíes. A mediados de julio la derrota de éstas era total, y su líder Abd-el-Krim se entregaba a las autoridades coloniales francesas, que le deportaron. La pesadilla africana había terminado.

Por otra parte, el dictador, siguiendo el patrón italiano de Mussolini, pensó en la necesidad de organizar un «partido único», al que bautizó como Unión Patriótica. En

Arriba, Francesc Macià i Llussà (1859-1933), político y militar español. Catalanista, que fundó, junto con Companys, la «Esquerra Republicana de Catalunya». Primer presidente de la Generalitat de Cataluña (1931-1933).

Izquierda, en el centro, con cabello blanco y un bastón en la mano, el general Miguel Primo de Rivera. A su derecha (con gorro), Francisco Franco. A su izquierda (caballo blanco y gorra de plato), el general José Sanjurjo. Fotografía tomada en Marruecos.

Página anterior, izquierda, el rey Alfonso XIII con el general Primo de Rivera.

Página anterior, derecha, Álvaro de Figueroa y Torres, conde de Romanones (1863-1950). Político liberal que fue varias veces ministro y formó gobierno en 1912, 1915 y 1918. (Palacio de las Cortes, Madrid).

él, medraron políticos y funcionarios de derecha y ultraderecha. Frente a los intelectuales, desató una política de dureza, desterrando a personalidades como Miguel de Unamuno y Jiménez de Asúa.

La falta de libertades acabó por corromper la estructura de un Estado ya poco límpido en sus interioridades. Y lentamente, el descontento reavivó la llama de la disconformidad. En junio de 1926 se produjo la «Sanjuanada», un movimiento combinado de republicanistas, militares y sindicalistas, que fue finalmente controlado por el gobierno. Por aquellas fechas, el dictador comenzó a tener problemas de disciplina en los cuarteles del arma de Artillería, pues su orden de que se abrieran las escalas de ascensos fue desobedecida por los oficiales, partidarios de conservar el orden de antigüedad. Primo de Rivera, ante la insubordinación, disolvió el arma.

Acosado por el vacío de la clase política y por los intelectuales, e incapaz de controlar la corrupción, el dictador elucubró una extraña idea: constituir una Asamblea Nacional, integrada por diputados nombrados «a dedo» por el ejecutivo. A finales de 1928 la mayoría de oficiales del ejército retiraban su apoyo a Primo de Rivera, que presentó su dimisión al rey en el mes de enero de 1930.

Se abría con ello una crisis de extraordinarias dimensiones.



La caída de la Monarquía

Si la Dictadura de Primo de Rivera pudo realizarse con el apoyo de la Monarquía –incumpliendo el monarca su juramento constitucional–, la lógica de los hechos señalaba que, en su caída, la Dictadura arrastraría a la Monarquía que le había dado apoyo y legitimación. Era tan solo una cuestión de tiempo.

El 28 de enero de 1930 el dictador dimitía y se exiliaba a París, y al mismo tiempo el rey nombraba jefe de gobierno al general Dámaso Berenguer, iniciándose el período de la «Dictablanda», que culminaría en la proclamación de la II República.

Berenguer nombró un gabinete moderadamente conservador, restaurando la proscrita Constitución, concediendo un amplio indulto y abriendo una etapa de tolerancia. El problema estribaba en la opción política a tomar: seguir lisa y llanamente con la restringida Constitución restauradora, que marginaba al «país vivo»; o bien abrir un nuevo proceso político, con libertad de sufragio universal sin restricciones y libertad de asociación, reunión y expresión.

El país entró en vía muerta. El 12 de diciembre de 1930 los capitanes Fermín Galán y Ángel García Hernández se sublevaron en Jaca, en nombre de principios sociales y políticos revolucionarios, republicanistas y antimonárquicos. Fue la última sublevación progresista del ejército español, el gran protagonista de la política nacional desde la década de 1820. La rebelión fue sofocada y sus responsables fusilados, por decisión última de Alfonso XIII, que se negó al indulto. No se sabe ciertamente si los militares sublevados se habían precipitado, o bien si el Comité Civil revolucionario (Alcalá Zamora, Albornoz, Casares Quiroga, Giral, Miguel Maura, Largo Caballero, Fernando de los Ríos, Alejandro Lerroux, Indalecio Prieto, Manuel Azaña, etc.) no actuó en correlación con aquéllos. Por su parte, estos últimos fueron encarcelados en su gran mayoría.

Casi simultáneamente el gobierno anunció elecciones, pero las restricciones que impuso indujeron a numerosos líderes a renunciar a las mismas. Incluso notorios monárquicos, como Sánchez Guerra, Santiago Alba y Melquíades Álvarez, anunciaron su abstencionismo, convergiendo así con las fuerzas políticas republicanistas y socialistas.

Ante tal situación, Berenguer dimitió en febrero de 1931, sucediéndole un gobierno presidido por el almirante Juan Aznar, del que formaban parte el conde de Romanones, García Prieto, La Cierva, Ventosa y Calvell, y Gabriel Maura, entre otros; es decir, elementos de la gastada clase política de la Restauración. Aunque el gobierno indultó a numerosos presos políticos, la agitación estudiantil y obrera prosiguió. Consciente del derrumbe del régimen monárquico, el político catalán Cambó intentó una operación de salvación de la Monarquía. Inteligentemente, comenzó una campaña, en artículos y conferencias, señalando la necesidad de separar la dictadura primorriverista de la Monarquía, para preservar a ésta, y al mismo tiempo anunciaba la formación de un partido llamado, equívocamente, de Centro Constitucional, donde se aglutinaron los monárquicos aún afectos a Alfonso XIII, y que naturalmente era una organización claramente derechista.

La organización del Centro Constitucional se realizó con la perspectiva de las inmediatas elecciones, que aún en marzo no se sabía si serían legislativas o simplemente municipales. Finalmente fueron municipales.

Tales comicios eran aparentemente de importancia secundaria, pero lo cierto es que en el país latía la conciencia de que una victoria de las organizaciones republicanistas significaría un repudio de la Monarquía. Los resultados del 12 de abril de 1931 fueron complejos. En el campo y las pequeñas ciudades agrarias vencieron las coaliciones promonarquistas, aunque esta victoria tenía lugar en los medios sociopolíticos corrompidos por el caciquismo, una vieja lacra instaurada por los restauradores de la monarquía a finales del siglo XIX para mantener el control del campesinado. En las grandes urbes industriales, donde residían las fuerzas sociales de la modernidad, la victoria republicana fue indiscutible.

La crisis era un hecho. El gobierno se dividió. Al parecer, Bugallal y Ventosa y Calvell eran partidarios de recurrir al ejér-



Arriba, Indalecio Prieto (1883-1962), político socialista, diputado en Cortes, durante un mitin en la plaza de toros de Bilbao. Fue ministro de Hacienda y de Obras Públicas en la II República. Murió en el exilio.

Izquierda, portada del diario ABC, de Madrid, que muestra las colas de votantes en las elecciones municipales del 14 de abril de 1931, que provocaron el advenimiento de la República (Hemeroteca Municipal, Madrid.)

Página anterior, Niceto Alcalá Zamora (en el centro, con bastón), rodeado de los ministros del Gobierno Provisional de la República, en abril de 1931.

cito para frenar la crisis del régimen; los demás, o se opusieron o se inhibieron. Los altos mandos militares se abstuvieron. Y el monarca decidió renunciar al trono.

En Barcelona, Francesc Macià se adelantó unas horas y proclamó la República Catalana —la victoria republicano-catalanista había sido en Cataluña de gran envergadura—. Poco después, en Madrid, el Comité Revolucionario proclamaba la II República española.

La II República

En los primeros treinta años del siglo XX, España había sufrido cambios sustanciales en numerosos aspectos de la vida social. Desde un punto de vista demográfico, se había pasado de una población de 18 millones de habitantes a un censo de 23 millones, producto de una disminución de la mortalidad y de un aumento de la natalidad, pero también de la desaceleración de las corrientes migratorias, como resultado de la pérdida de las colonias. Sin embargo, las migraciones interiores sufrieron espectaculares avances, debido a la miserable situación del campesinado: en 1900, el 9% de la población del país habitaba en ciudades de más de 100.000 habitantes; en 1930, este índice había ascendido al 15%.

Según los estudios agrarios del historiador y agronomista Pascual Carrión, los latifundios —institución típica— ocupaban un 33% de la tierra cultivable del país, radi-



cados en las dos Castillas, Andalucía y Extremadura básicamente, en tanto que el minifundismo —tan improductivo como el latifundismo— estaba muy extendido en Galicia y las zonas del norte de la península. La situación social del campesinado era lamentable, sometido a un régimen laboral que apenas cubría la mitad del año. Este campesinado extremadamente pobre emigraría, en oleadas sucesivas, a los centros industriales del norte y este del país, sobre todo a ciudades como Barcelona, primer núcleo industrial. La propiedad de la tierra, la gran propiedad, estaba vinculada a la aristocracia, convertida en una oligarquía agrario-financiera fuertemente compenetrada con las decisiones del Estado y políticamente ultraconservadora.

Los dos grandes centros industriales del país eran Cataluña y el País Vasco. En Cataluña, y especialmente en Barcelona y su cinturón industrial, proliferaban las industrias ligeras, y el sector textil, favorecido casi siempre por el proteccionismo estatal, llegó a alcanzar un auge considerable. En el País Vasco, la industria pesada se vio favorecida por la proximidad de minas de hierro y carbón —de las que carecía Cataluña—, y por las condiciones creadas a raíz de la I Guerra Mundial en los mercados internacionales, mientras que la gran burguesía vasca robusteció su capacidad financiera potenciando importantes entidades bancarias.

La estructura social de España en los primeros treinta años del siglo XX presenta grandes peculiaridades y dicotomías. Cabe hablar de la consolidación de una aristocracia de mentalidad feudalizante en lo social, pero naturalmente aburguesada en lo referente a los negocios. Esta aristocracia económicamente aburguesada estaba enclavada esencialmente en Madrid y en las ciudades principales de Andalucía. En la periferia, la burguesía catalana, con unos orígenes similares a los de las burguesías europeas, proclive al liberalismo, fue perdiendo fuelle a medida que transcurría el siglo XX, atemorizada por la potencia del movimiento obrero. Por otra parte, esta burguesía, al igual que la vasca, presentaba ciertas raíces aristocratizantes que se fueron incrementando, y si a principios del siglo XX llegó a discutir abierta y decididamente con el poder central, lo cierto es que a partir de 1919 halló amplio terreno para el entendimiento con la aristocracia centralista, perdiendo definitivamente su personalidad y sus veleidades nacionalistas —siempre condicionadas por la economía— a lo largo de la II República. Algunos historiadores contemporáneos llegaron a señalar que, de haber gobernado en Madrid un tipo de gran burguesía como la catalana, el futuro del país hubiera sido de un signo más liberal y el proceso de acumulación capitalista menos duro y violento. Desde una perspectiva actual, y a la luz de los hechos precisamente de la II República, se puso de manifiesto que aquella burguesía no disponía, en definitiva, de alternativas espectaculares. Su empuje de principios de siglo se diluyó definitivamente con su colaboración con la Dictadura.

El proletariado industrial, es decir, las clases obreras, era númericamente importante en Cataluña, País Vasco, Asturias, Valencia y Madrid. Se trataba de un proletariado pujante, curtido en unas relaciones sociales tremendamente duras. Estas clases obreras segregaron dos tipos de movimientos: el socialista y el anarcosindicalista. El socialista vinculado al PSOE y la UGT, con predominio en Madrid, Asturias y País Vasco, y el anarcosindicalista articulado a través de la CNT, dominando totalmente en Cataluña, Zaragoza y parte de Andalucía. El socialismo español se debatía entre la reforma y la revolución de tipo marxista, pero en los momentos claves optó por el colaboracionismo de clases. El anarcosindicalismo era un movimiento totalmente revolucionario, y de hecho dominó en los comportamientos de las clases obreras.

En la radicalidad de este movimiento obrero anarcosindicalista han pretendido ver algunos historiadores contemporáneos, liberales y marxistas, como Vicens Vives y Fontana —este último siguiendo las pautas del británico Eric Hobsbawn, y



Arriba, Alcalá Zamora y Macià, presidente de la República y del Gobierno Autónomo de Cataluña, respectivamente (abril de 1931).

Página anterior, Niceto Alcalá Zamora (1877-1949), primer presidente de la República (1931) hasta la subida al poder del Frente Popular (febrero de 1936). Retrato por Eugenio Hermoso.

el primero asumiendo criterios del francés Pierre Vilar–, la causa de la dureza de las clases dominantes españolas, olvidando que el movimiento obrero no es causa, sino efecto, es decir, es un producto del capitalismo, no anterior a él –como señala Marx–. En los países donde la burguesía supo reformar socialmente y negociar políticamente, asumiendo unos comportamientos pragmáticos, acabó por integrar al movimiento obrero –Francia, Gran Bretaña, etc.–; en cambio, allí donde se mostró intransigente a toda evolución política, a causa de sus componentes ideológicos altamente jerárquicos y aristocráticos, la respuesta fue un movimiento obrero radical, revolucionario, intransigente también ante cualquier arreglo –Rusia, España, etc.–. El anarcosindicalismo español se forjó en fricción con un capitalismo duro, áspero y aristocrático.



El bienio reformador

El Pacto de San Sebastián, concertado en agosto de 1930 por políticos e intelectuales republicanos, y tránsfugas de la monarquía, despechados por el compromiso del monarca con la Dictadura, reunió a un conjunto de personalidades que recogerían el poder al producirse la dimisión de Alfonso XIII y la consiguiente proclamación de la República el 14 de abril de 1931.

Ortega y Gasset, que en un célebre artículo de prensa había lanzado la consigna de *Delenda est monarquía,* señaló que la «España vital entraba en la historia». ¿Tendría esta experiencia republicana tiempo suficiente para demostrar su capacidad de situar al país en una posición acorde con su entorno europeo-occidental, es decir, burgués? Lo cierto es que la II República española nació con un impulso claramente burgués y reformador.

Se formó rápidamente un gobierno provisional presidido por Niceto Alcalá Zamora, político liberal, católico y de pasado monárquico. Entre los ministros figuraban Indalecio Prieto (socialista), Manuel Azaña (demócrata) y Maura (ex monárquico), como figuras destacadas. El gobierno tenía que solucionar ante todo el contencioso creado con la proclamación, por Maciá, de la República Catalana. Las negociaciones fueron rápidas por la buena disposición de ambas partes y los dirigentes catalanes aceptaron reingresar en el Estado español, a cambio de iniciar un proceso de autonomía que tuvo su primer eslabón en la proclamación de la Generalitat.

El gran objetivo del gobierno provisional era preparar la Constitución, que in-



mediatamente comenzó a ser elaborada bajo la dirección del profesor Jiménez de Asúa. En mayo se proclamó la libertad religiosa, se decretaron medidas que mejoraban la situación del campesinado sometido a la explotación latifundista, y Azaña, desde el ministerio de la Guerra, anunció una reforma del ejército. El 28 de junio se celebraron elecciones generales para dotar al país de un Parlamento constituyente, y en ellas vencieron clarísimamente las fuerzas reformadoras burguesas, aliadas con el moderadísimo socialismo dirigido por Prieto. Mientras, la CNT presionaba en el mundo laboral solicitando medidas radicales y rápidas —huelga de la Telefónica, en julio—.

La discusión parlamentaria sobre la Constitución fue dura y larga. En el nuevo Parlamento, tal como acabamos de señalar, las fuerzas reformistas burguesas eran mayoritarias. Prácticamente no había extrema izquierda; y en la derecha, los comicios habían provocado una descomposición de sus organizaciones políticas, que intentaban reorganizarse a partir del diario *El Debate*, inspirado por el cardenal Herrera Oria. Mientras, en Cataluña, la Lliga Regionalista había sucumbido frente a la Esquerra Republicana. Sin embargo, en el seno del republicanismo surgieron divisiones centradas en torno a la cuestión religiosa, pues la Constitución que entró en el hemiciclo en agosto de 1931 reforzaba el anticlericalismo. La Iglesia perdería sus privilegios sobre la enseñanza y la ayuda estatal, quedando a merced de la fe de sus feligreses. Incapaces de modificar la orientación laica de la Constitución, Alcalá Zamora y Miguel Maura dimitieron del gobierno.

El 9 de diciembre de 1931 fue aprobada la Constitución. Se trataba de una Carta Magna que incluía notabilísimas reformas, pero siempre moderadas, y protegía la propiedad privada y la economía de mercado, esto es, el capitalismo. Se reorganizó inmediatamente el gabinete. Los republicanos decidieron ceder la presidencia de la República a Alcalá Zamora, líder de la derecha republicana, y Manuel Azaña se encargó de formar gobierno, eligiendo a personalidades de izquierda moderada, republicanos y socialistas. Se abría el bienio reformista, cuyo comienzo tuvo que afrontar los graves incidentes de Castilblanco, al reprimir violentamente la guardia civil una manifestación campesina.

El programa azañista no era revolucionario. Lo convirtieron en tal, demagógicamente, las derechas ultraconservadoras y monárquicas, los representantes de la «España eterna», aquella España que Maurín definiera como «monopolizadora de un patriotismo que se confundía con intereses privados». Azaña se propuso cuatro grandes tareas: reformar la propiedad agraria, reformar el ejército, reformar la enseñanza y la moral públicas, y proporcionar a las nacionalidades peninsulares un tratamiento autonomista.

En lo referente a la reforma agraria, su propósito era promocionar una redistribución de la tierra, y más concretamente, las grandes extensiones que componían los latifundios y mantenían al campesinado

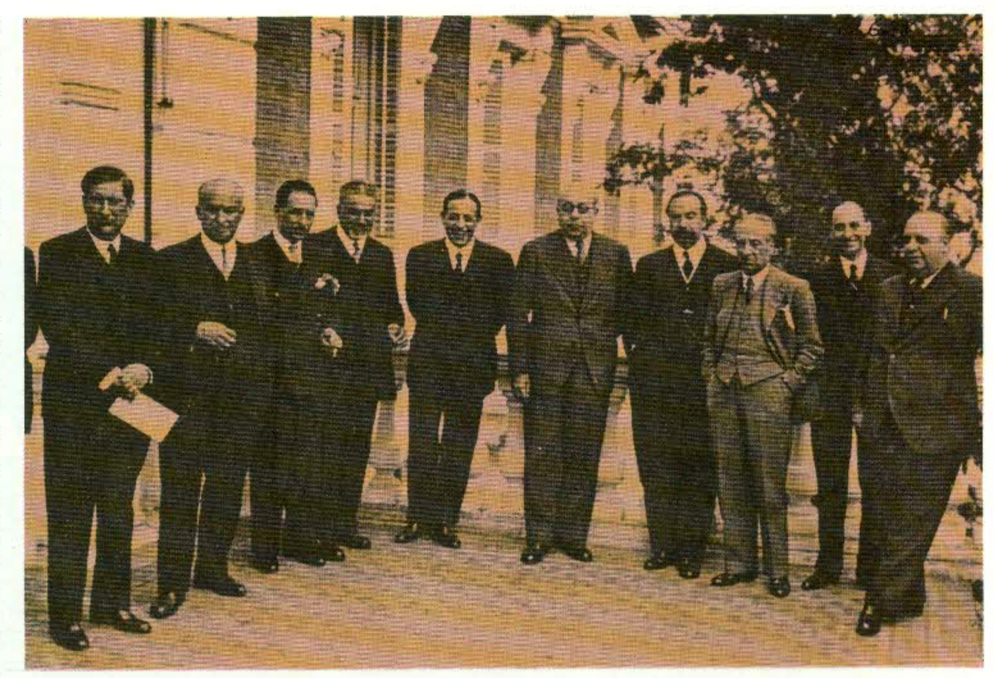
Arriba, Manuel Azaña, primer ministro de la II República, rodeado de personalidades políticas y miembros de su gabinete, el 23 de diciembre de 1931. A su izquierda (cabello blanco), Francesc Macià.

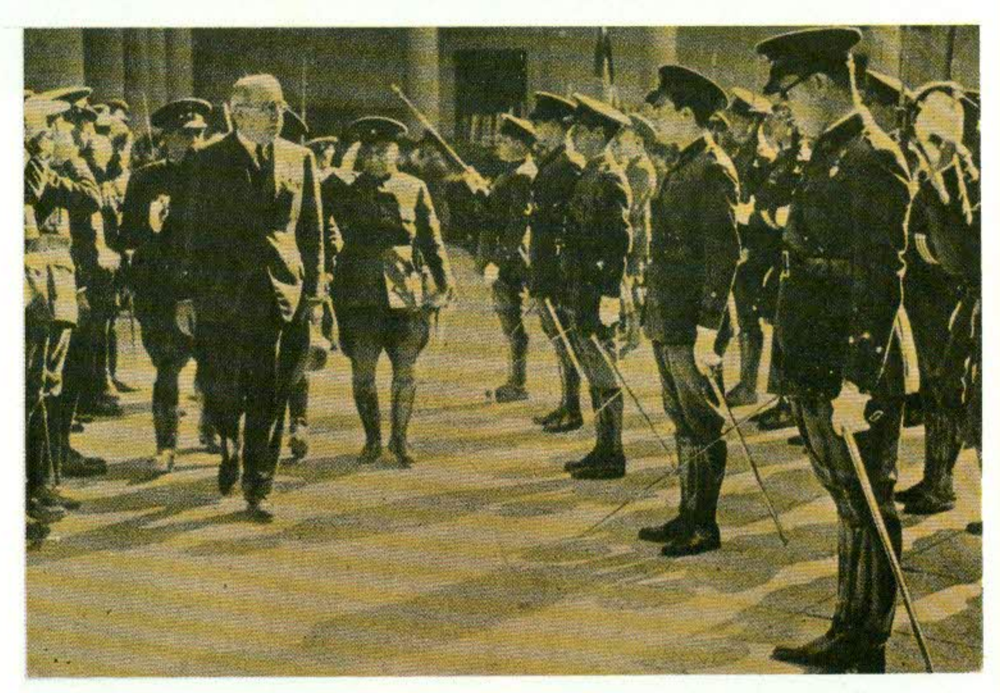
Página anterior, arriba, Alcalá Zamora y Azaña (sentados), rodeados del primer Gobierno Constitucional de la República, el 19 de diciembre de 1931. De izquierda a derecha: Domingo, Largo Caballero, Casares Quiroga, Zulueta, Albornoz, Carner, Prieto, de los Ríos y Giral.

Página anterior, abajo, Manuel Azaña y Díaz (1880-1940), Presidente de la República tras las elecciones de febrero de 1936, en sustitución de Alcalá Zamora. Al final de la Guerra Civil se expatrió y renunció al cargo (1939). Retrato por José M.ª López Mezquita. (The Hispanic Society of América, Nueva York.)

del centro y sur de España en una situación social miserable. El proyecto consistía en distribuir la tierra entre «quienes la trabajan», creando un nuevo tipo de propiedad. Con ello, el gobierno Azaña perseguía tres objetivos claros: uno, proporcionar trabajo al proletariado campesino; dos, romper la estructura feudalizante del campo y hacer del mismo una fuente de riqueza capitalista; y tres, quebrar el poder y la influencia de la oligarquía aristocrática propietaria de los latifundios, lacra de la que el país no se había podido desprender en el pasado, y que de hecho era uno de los pilares de la reacción. En definitiva, no se trataba ni de estatificar la tierra, como en la Rusia bolchevique, ni de establecer un colectivismo libertario, sino simplemente de modificar la propiedad para favorecer el desarrollo capitalista del país. Sin embargo, las derechas combatieron demagógicamente el proyecto, acusándolo de «sovietizar» el campo español.

Respecto al ejército, Azaña pensó en una reorganización cultural y técnica, y en rejuvenecerlo, adecuándolo a las verdaderas necesidades del país, lo que comportaba también su reducción. Así, facilitó el pase a la reserva, con sueldo íntegro, de aquellos militares que no quisieron jurar la Constitución republicana —generales como Franco, Goded, Queipo de Llano, Mola y el mismo Sanjurjo, permanecieron en el pleno empleo—. En consecuencia, no se trataba ni de abolir el ejército ni de sustituirlo por milicias populares, sino hacer de él un cuerpo técnico similar a los ejércitos burgueses de Europa occidental, despojándolo de su intervencionismo político, que tan lamentable saldo dejara en la reciente historia del país. Esta reforma burguesa fue denunciada por las derechas conservadoras como «destrucción de la espina dorsal de la Patria».





En lo referente a la reforma educativa y la moral pública, el proyecto del gobierno chocó abiertamente con los grandes intereses de la Iglesia católica. Azaña señaló que era necesario modernizar el país, y ello exigía cambiar los criterios educativos. La Iglesia debía salir de los colegios y dejar de dictar la moral pública, para recluirse en su medio natural: el templo. Esto era, dijo el jefe de gobierno, una «cuestión de salud pública». Por otra parte, el Estado no tenía por qué soportar la pesada carga económica que suponía el mantenimiento del clero, y se cortaron las subvenciones. Si el país era realmente católico, la Iglesia no tendría problema alguno, pues los feligreses —siendo la religión una cuestión privada— la mantendrían. Con ello, Azaña colocaba a la institución religiosa frente a frente con el pueblo español y la historia de sus recíprocas relaciones. La propuesta azañista, que invitaba a la Iglesia católica a reasumir el verdadero espíritu del puro y humilde cristianismo, fue una vez más denunciada desde la derecha como un proyecto «ateo y materialista», bolchevizador. Se habló de una «Iglesia perseguida». Simultáneamente, se comenzaron a construir escuelas y a formar nuevo profesorado.

Respecto a las nacionalidades del estado español, se aceleraría la concesión de un Estatuto autonomista a Cataluña, y se prepararían los de Galicia y País Vasco. Se abría así la posibilidad de una nueva y auténtica concordia nacional, rota desde que el primer Borbón, Felipe V, aboliera violentamente la autonomía catalana en el siglo XVIII. Desde la derecha se habló de «disolución de la Patria».

En conjunto, pues, cabe señalar que el programa reformador era eminentemente burgués y pretendía la modernización de la sociedad y el Estado. Desgraciadamente, la burguesía que debía respaldarlo, una burguesía racionalista y pragmática, no existía, pues incluso en Cataluña el partido de Cambó se alineó con las fuerzas ultraconservadoras del resto del país, combatiendo todas aquellas reformas.

Ya en enero de 1931 un nuevo y gravísimo incidente sobresaltó al país, cuando en Arnedo la guardia civil protagonizó de nuevo una violentísima actuación contra una manifestación de trabajadores. No parecía que el control de las fuerzas de orden público fuera seguro por parte del gobierno.



Izquierda, cartel de propaganda electoral, con la efigie de Luis Companys, durante el gobierno autónomo de Cataluña (1931-1939).

Página anterior, arriba, Manuel Azaña, primer ministro del Gobierno de la República, revistando unas fuerzas militares que le rinden honores el 10 de octubre de 1931.

Página anterior, abajo, el primer ministro Manuel Azaña reunido con los miembros de su tercer gabinete el 12 de junio de 1933. Este Gobierno duró hasta el 12 de septiembre del mismo año.

En agosto de 1932, el general Sanjurjo se sublevó en Sevilla. La respuesta popular fue una huelga general. Fracasada la sublevación, el gobierno Azaña no se atrevió a depurar drásticamente al ejército de los miembros desafectos al nuevo régimen. Contrastó esta actuación moderada con la desarrollada por el gobierno monárquico en 1930, cuando los capitanes Fermín Galán y García Hernández fueron fusilados por dirigir un levantamiento progresista en Jaca.

La lentitud y la falta de decisión del gobierno fueron fatales para su supervivencia. En enero, tuvo lugar en Casas Viejas, un pueblecito andaluz, una matanza de braceros anarcosindicalistas. Sin que esté claro si se trató de una orden del gobierno, o bien si fue una provocación de las fuerzas del orden, lo cierto es que Azaña asumió la responsabilidad, y a partir de ese momento el declive de su gobierno fue progresivo, dimitiendo a finales de verano. Las reformas agraria y militar habían quedado interrumpidas. Cataluña contaba con un Estatuto autónomo, pero las fuerzas económicas dejaban de invertir. Tras una transición, en noviembre se celebraron elecciones generales. Las derechas se presentaron con un nuevo partido, la Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA), dirigida por José María Gil Robles, un locuaz abogado de Madrid. Este partido, aliado con la derecha republicanista del Partido Radical —cuyo líder era Alejandro Lerroux, un viejo demagogo que provenía de la época restauradora—, consiguió ganar las elec-

ciones, derrotando a la coalición de Izquierda Republicana con el PSOE. Cabe señalar que la CNT, que tenía casi un millón de afiliados entre las clases obreras, preconizó la abstención, como respuesta a las persecuciones sufridas durante el gobierno de Azaña. Sin embargo en Cataluña, en donde la autonomía posibilitaba elecciones propias, la izquierda reformista, ahora dirigida por el abogado Lluís Companys —sucesor del fallecido Macià como figura del catalanismo pequeño burgués—, siguió detentando el poder, a pesar de los avances de la Lliga.

Ahora que habían tomado el poder en el seno de la República, tanto la CEDA como la Lliga Catalana afirmaron su aceptación de la República como forma de Estado. Acababan de descubrir que una República puede ser tan derechista y conservadora como una Monarquía. Sólo que este descubrimiento era tardío y oportunista. La gran burguesía francesa se había apercibido de ello setenta años antes, cuando vio que un general republicano, en nombre de la República, era capaz de aplastar la Comuna de París. Ahora, las derechas españolas se encontraban con una Constitución que no era la «suya», y anunciaron el propósito de modificarla. Sin embargo, el sector lerrouxista, que también tenía tal propósito, a pesar de haber sido promotor de la misma en 1931, aplazaría una y otra vez su transformación. Y el país entró en vía muerta, políticamente hablando. Las reformas del gobierno de Azaña quedaron en suspenso. Por su parte, la izquierda republicana afirmó que cualquier reforma constitucional sería considerada un acto «inaceptable».



El bienio negro

Se conoce con este nombre el período de dos años de gobierno radical-cedista, es decir, de las derechas. Las tensiones sociales se radicalizaron. En marzo de 1934 la CNT declaró la huelga general en Zaragoza, ciudad sede de la fracción anarcosindicalista más radical, la Federación Anarquista Ibérica (FAI), organización en la que militaban destacados líderes revolucionarios: Buenaventura Durruti, los hermanos Ascaso, García Oliver. En abril, el gobierno amnistió a los militares sublevados en agosto de 1932, asumiendo la jefatura del gobierno Samper, un hombre ligado al saliente Lerroux. La represión gubernamental incidió en la detención y deportación de líderes obreros y políticos izquierdistas.

Mientras tanto, en Cataluña se produjeron hechos de graves consecuencias. Allí gobernaban las izquierdas, y Companys era el presidente de la Generalitat. En palabras de Azaña, Cataluña era ahora el «baluarte de la República». El gobierno autónomo catalán, basándose en el espíritu de la Constitución, manifestó su propósito de solucionar el contencioso del campo catalán entre propietarios y *rabassaires*, arbitrando unas medidas que, entre otras cosas, modificaban los contratos de cultivo en favor de los arrendatarios, y creaban una cierta posibilidad de acceso de éstos a la propiedad, a cambio de gravosas hipotecas. La derecha catalana, comandada por la Lliga, y el Instituto Agrícola Catalán de San Isidro, procuraron que el Parlamento catalán no legislara sobre aquella materia, y Cambó solicitó del gobierno Samper, en Madrid, que interviniera declarando «anticonstitucional» la capacidad autónoma de Cataluña para legislar sobre determinados asuntos. Con ello, la Lliga Catalana ponía al descubierto la verdadera naturaleza de su catalanismo, siempre subordinado al interés económico de sus bases sociales. Sin embargo, la lentitud de Samper en tomar decisiones fue entendida por los propietarios agrarios catalanes como una falta de influencia de la Lliga Catalana en Madrid, y a partir de ese momento se vincularon a la CEDA, con lo que esta organización centralista y conservadora pudo implantarse coyunturalmente en Cataluña.

Tras duras negociaciones, la ley de Contratos de Cultivo de la Generalitat fue declarada anticonstitucional, pero Samper autorizó a Companys para aplicar un Reglamento que era un calco de aquella ley. Sin embargo, la tensión entre los gobiernos de Madrid y Barcelona se agravó de tal manera, que a finales de septiembre Samper proyectaba la destitución del presidente de la Generalitat.

En esa situación estalló la Revolución de octubre de 1934, simultáneamente en Cataluña y Asturias. En Cataluña tuvo un carácter nacionalista, proclamando Companys la República Catalana, en una acción que no fue secundada por el anarcosindicalismo, perdiendo por tanto fuerza. En Asturias fue distinto. Allí el movimiento tuvo un sentido social plenamente revolucionario, protagonizado por los mineros, siendo finalmente sofocada tras una durísima resistencia. La represión por los sucesos de Asturias fue intensa. De hecho, el general Franco, que había dirigido las operaciones militares de la insurrección, trató el problema como una guerra colonial, utilizando la Legión.

La crisis estaba abierta. La Generalitat fue transitoriamente suspendida, y se anunciaron juicios contra los promotores de la revolución. En noviembre estalló el escándalo del estraperlo, que involucraba al Partido Radical, el cual a las pocas semanas desaparecería de la escena política. En enero de 1936 fue disuelto el Parlamento, y se anunciaron elecciones generales para febrero.

El Frente Popular

El 16 de febrero de 1936 la coalición republicano-socialista obtuvo el triunfo electoral. La CNT dio en esta ocasión li-



Izquierda, José Calvo Sotelo (1893-1936), ministro de Hacienda (1925-1930) bajo la dictadura del general Primo de Rivera. Su asesinato por elementos incontrolados (13 de julio de 1936) como represalia por el del teniente Castillo, ganó para él el título de «Protomártir de la Çruzada». Retrato por M. Santamaría. (Ministerio de Hacienda, Madrid.)

Página anterior, José María Gil Robles (1898-1980), ministro de la Guerra en 1934, al salir del Palacio Nacional, después de dar su parecer al presidente sobre la solución de la crisis. Fotografía de La Vanguardia, *de Barcelona, del 19 de diciembre de 1933.*

bertad de acción a sus afiliados. Las derechas encajaron el golpe, pero se dispusieron a la acción. Ya en la madrugada del día de los comicios, el jefe de gobierno, Portela Valladares, recibió dos inesperadas visitas: el general Franco se ofrecía a apoyarle si daba un golpe de Estado; el escritor catalán Josep Pla, en nombre de Gil Robles, ofrecía también la colaboración de la CEDA y las derechas en general, en caso de que optara por la opción drásticamente autoritaria. Eran prolegómenos del drama que se abriría el 18 de julio.

De hecho, ante los comicios, el país se dividió entre un Frente de Orden y un Frente Popular. Ahora bien, este último tenía unas peculiaridades muy concretas. Los comunistas no tenían prácticamente influencia alguna en el país, pero junto con los socialistas se ofrecieron para organizar con los republicanos de izquierda moderada, un frente electoral, y en caso de victoria no exigían carteras ministeriales, apoyando al gobierno que se formara desde fuera. Se trataba de no soliviantar a las derechas, pero éstas identificaban el moderado programa azañista con la «Re-

volución», y de hecho la estrategia política de socialistas y comunistas fue tomada como una muestra de debilidad.

Manuel Azaña formó un gobierno en base a ministros de izquierda moderada republicana, y se propuso reactivar su programa interrumpido en 1933: reanudación de la reforma agraria, transformación de la enseñanza y devolución de la autonomía a Cataluña. Ante la oposición del presidente de la República, Alcalá Zamora, se solicitó su destitución, que tuvo efecto en mayo, y Azaña asumió el cargo, pasando Casares Quiroga al de jefe de gobierno.

Los atentados de la extrema derecha proliferaron, protagonizados por el micropartido fascista Falange Española, fundado por José Antonio Primo de Rivera. También las izquierdas revolucionarias intensificaron su presión, exigiendo reformas radicales que el gobierno, por su carácter moderado y burgués, no estaba en condiciones de promulgar.

En julio fue asesinado un teniente de la policía, José Castillo, de tendencia izquierdista. La respuesta fue el asesinato del diputado ultraconservador José Calvo Sotelo por militares izquierdistas.

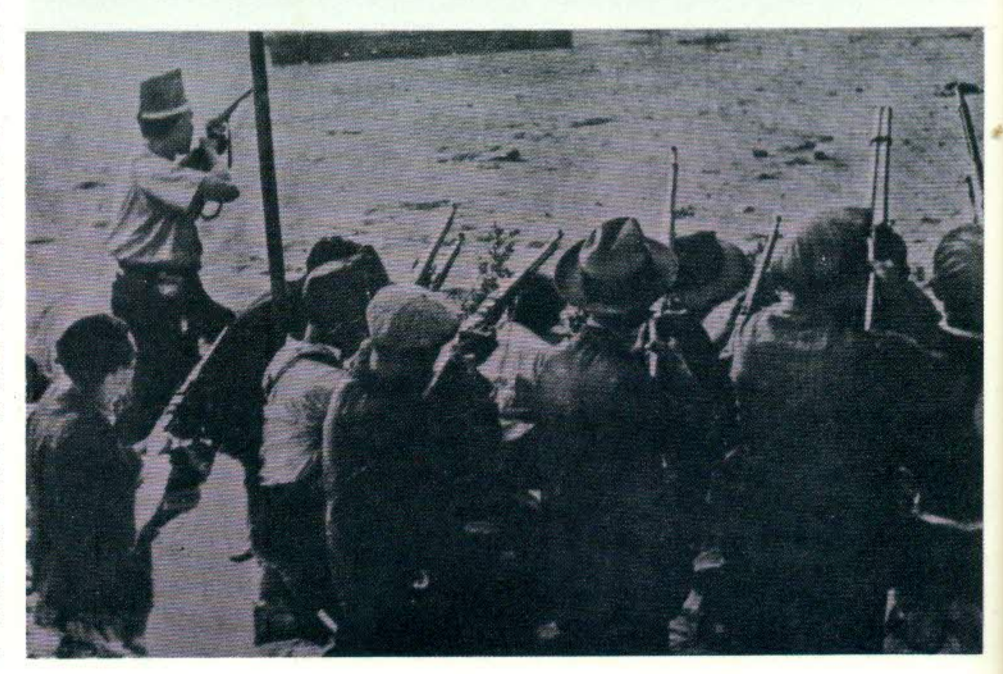
El día 17 de aquel mismo mes se sublevó la guarnición militar de Melilla, y el día 18 la sublevación se extendió por la península, fracasando en muchos lugares y triunfando en otros. Desde el primer momento estaba claro que el general Mola era el cerebro del levantamiento. El general Franco tardó varios días en decidirse.

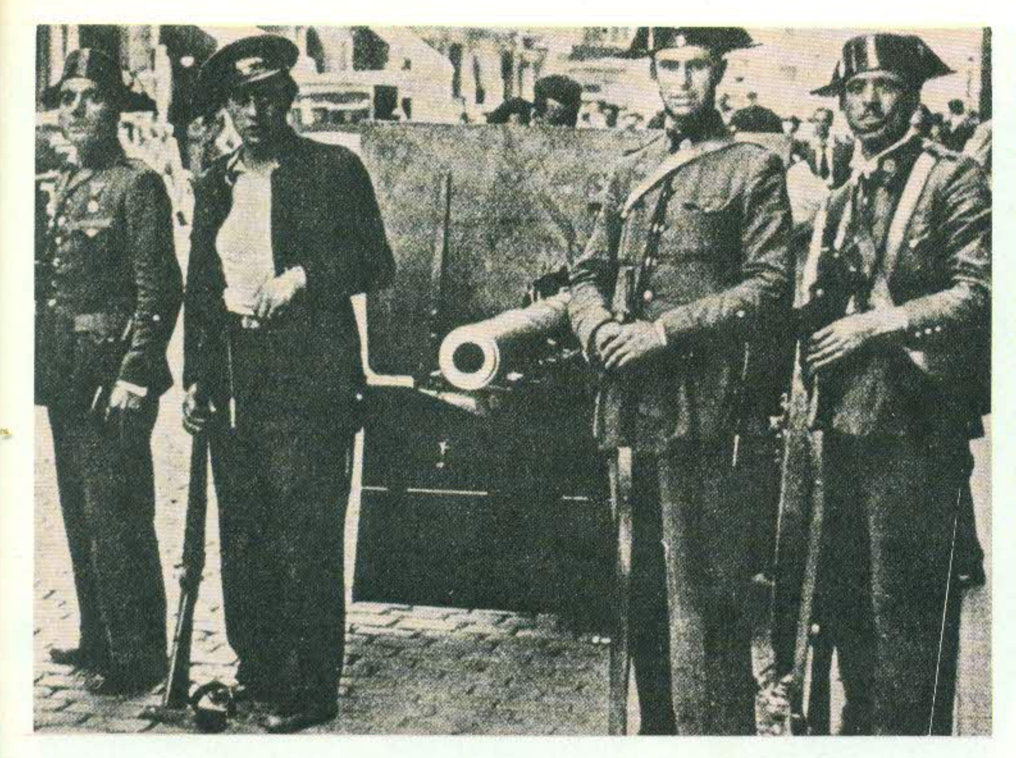
La Guerra Civil

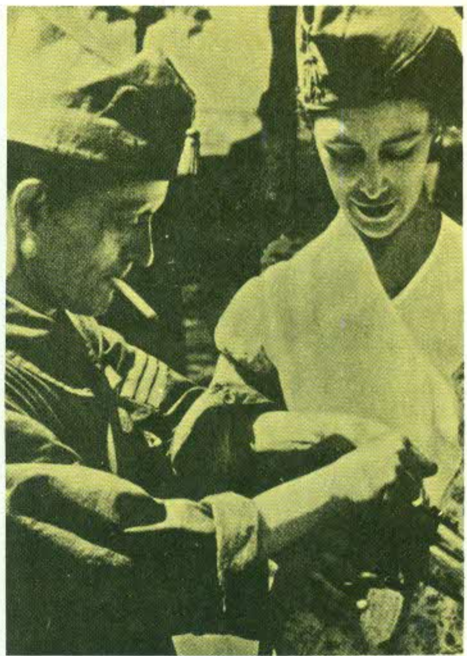
La sublevación del sector africanista del ejército español, los días 17 y 18 de julio de 1936, fue acogida con escepticismo por el gobierno de la República, cuya tardía reacción sería uno de los factores del éxito del levantamiento. La coordinación de la insurrección fue asumida por el general Emilio Mola, que ocupaba un cargo en Pamplona, mientras que el general Goded se sublevaba en las islas Baleares, Queipo de Llano en Sevilla, y algo más tarde, el general Franco en las islas Canarias. La idea originaria de Mola era, al parecer, preservar el régimen republicano tras un golpe de Estado, disolviendo los partidos y organizaciones sindicales durante un tiempo. Sin embargo, su muerte favoreció los planes de otros dirigentes sublevados, como el general Franco, cuyos objetivos eran distintos a los de Mola. Por otra parte, la resistencia popular frente al golpe de Estado fue amplia y profunda, y de haber contado con el apoyo del go-













Arriba, una miliciana recibiendo instrucción sobre el funcionamiento del fusil. Portada de La Vanguardia *del 9 de agosto de 1936.*

Izquierda, arriba, cañón tomado a los militares rebeldes en Barcelona, durante los primeros días del levantamiento de 1936.

Izquierda abajo, el general Franco en los primeros meses de la Guerra Civil.

Página anterior, arriba, la plaza de Cataluña, de Barcelona, después de los combates del 19 de julio de 1936.

Página anterior, centro y abajo, milicianos en la plaza del Zocodover, durante el asedio al Alcázar de Toledo. La Vanguardia *del 1 de agosto de 1936.*

bierno desde el primer momento, la insurrección hubiera sido sofocada.

Como acabamos de señalar, la reacción del gobierno republicano fue lenta, siendo desbordado por la acción popular en las principales capitales del país. Especialmente espectacular fue el episodio de Barcelona, donde los anarcosindicalistas exigieron armas a la Generalitat, y derrotaron a los militares insurrectos en las calles de la ciudad, tras 48 horas de combate. A partir del 18 de julio coexistieron en la capital catalana dos poderes: el revolucionario, constituido en el Comité de Milicias Antifascistas, apoyado por la CNT-FAI y los grupos marxistas radicales (Partido Obrero de Unificación Marxista); y el de la Generalitat, que representaba la opción burguesa reformadora de la República. En Madrid, la situación fue domi-



nada, así como en Valencia, Bilbao y Zaragoza. Sevilla quedó en manos de los sublevados.

El 19 de julio, Giral, republicano de izquierda, fue encargado por Azaña de formar gobierno, organizando una coalición de concentración republicana. Dos medidas hubieran paralizado a los rebeldes: en primer lugar, haber ordenado a los gobernadores civiles la distribución de armamento entre los cuadros sindicalistas, es decir, socialistas y anarcosindicalistas, lo que no se hizo esencialmente por temor a que tal acción abriera una etapa revolucionaria; en segundo lugar, tal como han reconocido historiadores militares posteriormente —Borkenau, Cardona—, la automática independencia del territorio marroquí bajo protectorado español hubiera aislado a los rebeldes en el norte de África, paralizándolos. Ni una ni otra acción fueron tomadas por el gobierno de Casares Quiroga, y de hecho, en las ciudades donde el pueblo yuguló la insurrección, se debió a la obtención de armas a través del asalto a cuarteles e instituciones armadas.

Las claves sociopolíticas de la guerra

Rápidamente, el país se escindió en dos bloques. Los sublevados, con un programa inicialmente poco definido, fueron rápidamente apoyados por las clases sociales altas, la oligarquía agrario-financiera y la gran burguesía catalana y vasca, así como por el campesinado medio castellano, convertido en un sólido pilar de la insurrección y dominado por ideales fascistizantes difundidos por dirigentes como José Antonio Primo de Rivera, Onésimo Redondo y Ramiro Ledesma, vinculados a Falange Española y al tradicionalismo de las Juntas Obreras Nacional-Sindicalistas, reproducciones del fascismo italiano. La sublevación contaba con una parte mayoritaria del estamento militar, y pronto comenzó a recibir ayuda de la Alemania nazi y la Italia fascista. Gradualmente, su ideario político se fue articulando en la perspectiva de un Estado autoritario y ultraconservador.

En el bando constitucional, o republicano, la situación era más compleja: en la perspectiva de la guerra civil, clara ya a principios de agosto, cuando el general Franco cruzó el estrecho para instalarse en la península, había dos opciones. La primera era defender el régimen estable-

Arriba España

JUNTA DE BURGOS
LISBOA

Los Nacionales

MINISTERIO DE PROPAGANDA



Arriba, el general Franco y el coronel Moscardó visitan las ruinas del Alcázar de Toledo, tras la entrada de las tropas del general Varela (a la derecha de Franco).

Izquierda, cartel de los republicanos españoles que ataca algunos aspectos de la política franquista: la bendición de la Iglesia, la ayuda de Alemania e Italia y la utilización de tropas moras contra sus adversarios.

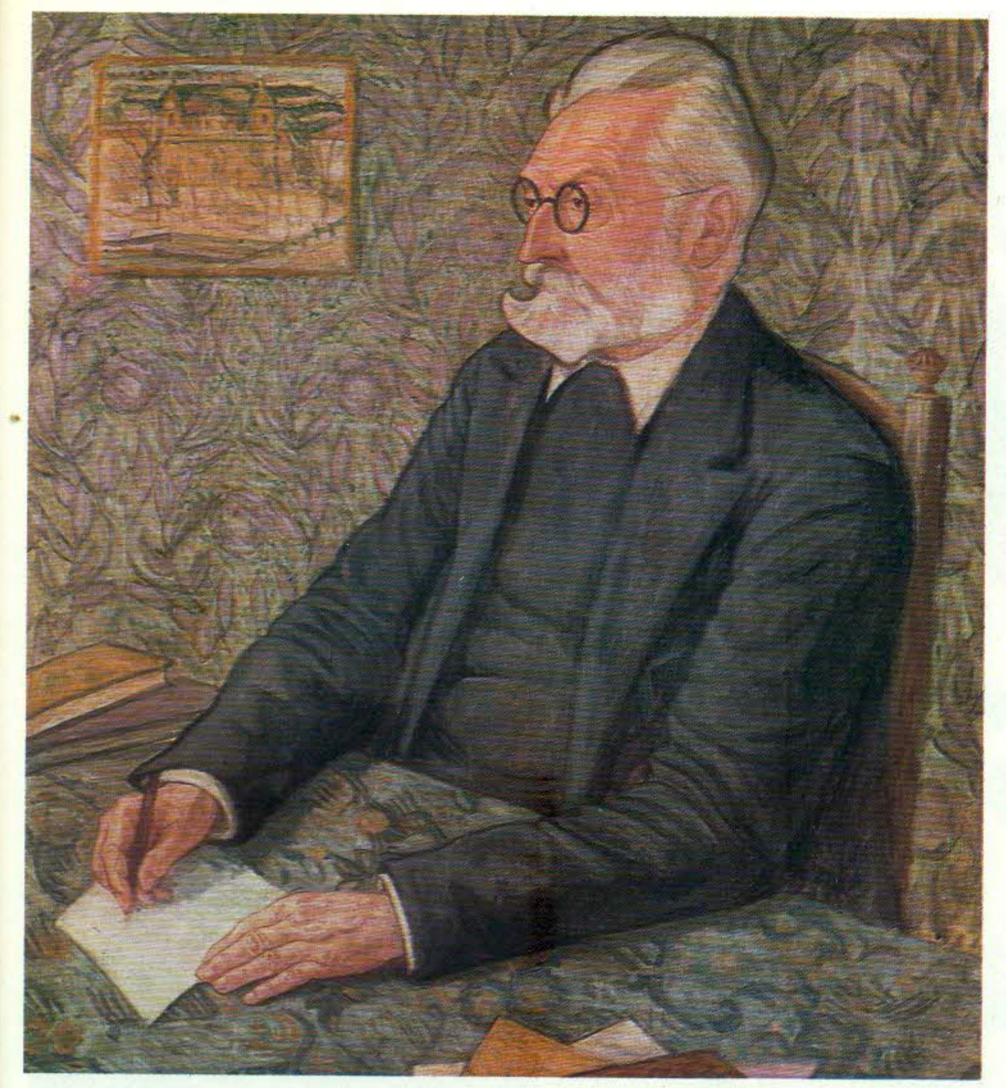
Página anterior, arriba, el general Franco entre Serrano Súñer, ministro de Asuntos Exteriores del Gobierno Franquista y Mussolini en una entrevista durante la II Guerra Mundial.

cido, es decir, el programa y las instituciones republicanas, pilares del proyecto burgués reformador que buscaba hacer de España una democracia formal basada en un régimen económico-social capitalista plenamente moderno.

Tras esta opción se situaron las organizaciones de Izquierda Republicana, el PSOE-UGT y el Partido Comunista —que respaldado por la ayuda soviética a los republicanos, comenzó a cobrar gran fuerza, a pesar de su escasa representatividad parlamentaria—. Estas fuerzas se centraron en defender el proyecto burgués, en un país donde la burguesía ya había tomado partido a favor de los insurrectos —el caso catalán es claro, tal como puede apreciarse en el libro de José M.ª Fontana, falangista de primera hora, *Los catalanes en la guerra de España*—. La segunda opción era abandonar este proyecto y profundizar el proceso revolucionario hacia el socialismo, línea en la que se situaron el anarcosindicalismo y los grupos políticos marxistas radicales.

Esta dualidad significó que en el campo republicano coexistieran dos poderes: uno, legalista republicano y contrarrevolu-


FAI





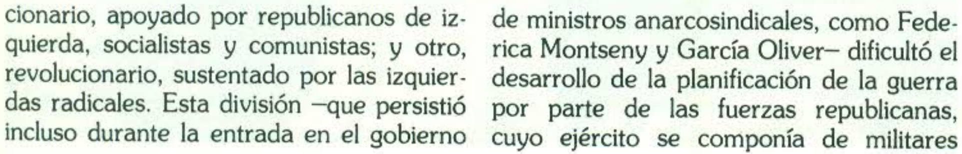
Arriba, miliciana madrileña que tomó parte en el asalto del cuartel de la Montaña. Foto de La Vanguardia *de Barcelona, del 25 de diciembre de 1936.*

Izquierda, arriba, el escritor y filosófo Miguel de Unamuno (1864-1936), destituido de su cargo de rector de la Universidad de Salamanca por la Junta de Defensa Nacional de Burgos, en octubre de 1936.

Izquierda, abajo, fuerzas del Gobierno republicano resistiendo en las trincheras, en la batalla de Irún.

Página anterior, el asalto al cuartel de Simancas, en una pintura de A. Kemer. (Archivo Histórico Militar, Madrid.





cionario, apoyado por republicanos de izquierda, socialistas y comunistas; y otro, revolucionario, sustentado por las izquierdas radicales. Esta división —que persistió incluso durante la entrada en el gobierno de ministros anarcosindicales, como Federica Montseny y García Oliver— dificultó el desarrollo de la planificación de la guerra por parte de las fuerzas republicanas, cuyo ejército se componía de militares

profesionales (Rojo, Miaja, Hidalgo de Cisneros, Llano de la Encomienda, etc.) y milicianos de ideología diversa que asumieron también la dirección de las operaciones militares: Líster, Modesto y Valentín González (comunistas); Durruti y Cipriano Mera (anarquistas). Esta problemática se sumó a la creciente influencia comunista, materializada en la progresiva institucionalización de los «comisarios de guerra».

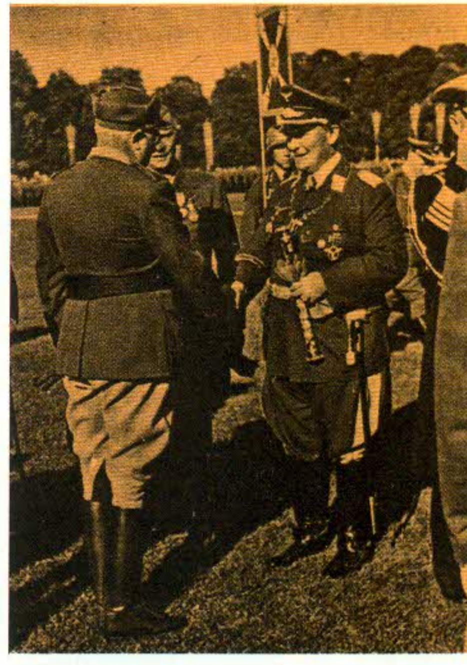
Tal como se ha señalado anteriormente, la Guerra Civil española cobró pronto una dimensión internacional, convirtiéndose en banco de pruebas de los nuevos armamentos de las grandes potencias.

La ayuda al bando rebelde de las potencias del Eje, Alemania e Italia, fue masiva en cuadros militares, y sobre todo en armamento, siendo la aviación un elemento clave (la Legión Cóndor alemana).

La República recibió la ayuda de cuadros y armamento soviético, así como di-







Arriba, el general español Yagüe se entrevista en Hamburgo con el mariscal alemán Goering con motivo de la intervención de la División Azul en la lucha contra la URSS.

Izquierda, arriba, fotografía del comandante Lister, alto mando del ejército republicano, aparecida en la revista Crónica *del 11 de abril de 1937.*

Izquierda, abajo, Juan Modesto Guilloto (1899-1969), miliciano republicano que el 6 de marzo de 1939 fue ascendido a general por Negrín. Durante la II Guerra Mundial actuó como general del ejército búlgaro que luchó junto a los soviéticos. Murió en Praga. La fotografía lo muestra cuando era coronel del Ejército del Ebro.

Página anterior, arriba, imaginativa estampa italiana que muestra a los soldados republicanos rindiéndose a los voluntarios fascistas en la batalla de Santander. (Fototeca Storica Nazionale, Roma.)

Página anterior, abajo, milicianos republicanos en una trinchera cercana a Irún, en septiembre de 1936.



nero de naciones como México, y el auxilio de voluntarios que formaron las Brigadas Internacionales, donde se enrolaron trabajadores e intelectuales europeos y americanos.

Por su parte, las dos grandes potencias burguesas europeas, Gran Bretaña y Francia —en ésta gobernaban los socialistas de Léon Blum—, decidieron adoptar una actitud neutral, y promovieron un «Comité de No Intervención» ideado por el ministro británico Eden, que de hecho acabó perjudicando a la República, pues ni Alemania ni Italia cumplieron su conte-


GENERALITAT DE CATALUNYA
DIRECCIÓ GENERAL D'AGRICULTURA
LA
COOPERACIÓ
FÀBRICA COLLECTIVITZADA
COOPERATIVA DE CONSUM
SINDICAT AGRÍCOLA
ASSOCIARÀ
ELS TREBALLADORS DE LA CIUTAT I ELS
TREBALLADORS DEL CAMP SOBRE LA
BASE DEL RESPECTE MUTU DE LLURS
CONDICIONS DE TREBALL I DE VIDA



Izquierda, arriba, el general Castelló, ministro de la Guerra del Gobierno republicano, conversando con un oficial de las Milicias antifascistas en el frente de Somosierra. La Vanguardia *del 31 de julio de 1936.*

Izquierda, abajo, cartel de la Confederación Nacional del Trabajo, invitando a aumentar la productividad, durante la Guerra Civil.

Página anterior, cartel de la Generalitat *de Cataluña que recomienda la cooperación de los trabajadores de la ciudad y el campo.*

nido, a pesar de haberse comprometido a ello. Así, las democracias burguesas europeas abandonaban al gobierno republicano a su suerte. A partir de ese momento, estaba claro que la única opción consistía en ganar la guerra, impulsando simultáneamente la revolución social. Frente a esta opción se opuso el criterio del Partido Comunista, que inspirado en la política de Stalin, había establecido que el objetivo era seguir defendiendo el proyecto reformador burgués de la República –proyecto que, como hemos señalado, carecía del sostén de clase social correspondiente–. Abandonada por Francia y Gran Bretaña, la República estaba perdida.



El desarrollo militar de la guerra

Desde un punto de vista estrictamente militar la guerra tuvo altibajos y, tras largas etapas de estancamiento, fue declinando progresivamente a favor del bando sublevado, que contaba con un ejército mucho más homogéneo y centralizado, además de la decisiva ayuda germano-italiana y de las tropas marroquíes que el general Franco utilizó prolífica y eficazmente durante toda la contienda.


PER A EUZKADI
COMPREU
L'EMBLEMA
DE LA SETMANA
PRO-EUZKADI
(29 de Maig - 6 de Juny)
COMITÈ PRO EXÈRCIT
POPULAR REGULAR





Arriba, cartel de propaganda del PSU.

Izquierda, arriba, Francisco Largo Caballero (1869-1946), ministro del Trabajo (1931-1932) durante la República y ministro de la Guerra y presidente del Consejo (1936-1937) durante la Guerra Civil.

Izquierda, abajo, cartel del PSU y de la UGT animando a las mujeres a trabajar para los soldados del frente.

Página anterior, cartel catalán de propaganda que pide ayuda para el pueblo vasco.

A finales de julio de 1936 los sublevados controlaban Andalucía occidental, parte de Extremadura, León, casi toda Castilla la Vieja, Galicia, Navarra, y una zona vasca. Por su parte, el resto del país estaba bajo control republicano: Andalucía oriental, Murcia, Valencia, Cataluña, parte de Aragón y Castilla la Nueva, Asturias y País Vasco.

A principios de agosto de 1936, el general insurrecto Yagüe ocupó Badajoz al frente de un cuerpo del ejército integrado por norteafricanos, desatando una gran represión con fusilamientos masivos en la plaza de toros. El avance prosiguió bajo el mando combinado de Varela, desde el oeste, y Mola, desde el norte.

Ante la gravedad de la situación, que amenazaba con el cerco de Madrid, la República organizó un gobierno más a la izquierda, presidido por Francisco Largo Caballero, líder socialista que representaba la fracción izquierdista del PSOE y la UGT. Esto ocurría el 6 de septiembre. Unas semanas después, en el bando sublevado, las pugnas internas por la asunción de un mando único se disolvieron, cediéndose los máximos poderes al gene-



ral Franco de forma transitoria, aunque éste maniobró a través de varios personajes, y prácticamente por su cuenta, se proclamó «generalísimo de los ejércitos». Mientras, el gobierno republicano reorga-







nizaba sus fuerzas y fundaba el Ejército Popular, que integraba a las dispersas milicias que operaban principalmente en Cataluña, Aragón y Madrid. Las Brigadas Internacionales llegaron a principios de octubre, así como la primera ayuda soviética en cuadros y armas.

Las postrimerías de 1936 estuvieron dominadas por la lucha en torno a Madrid, cercada por los insurrectos. La situación se hizo tan agobiante que Azaña aconsejó trasladar la sede del gobierno a Valencia, una acción precipitada que no contribuyó precisamente a reforzar la moral combatiente de las fuerzas republicanas. Dos días antes, los anarcosindicalistas Federica Montseny y García Oliver aceptaban carteras en el gobierno de Largo Caballero, contraviniendo los principios básicos de su ideología, apolítica y antiestatalista. A finales de noviembre, el asalto rebelde contra Madrid había fracasado, desplazándose sus tropas hacia el área del Jarama, en tanto que unidades italianas ocupaban Málaga en febrero de 1937. Estas tropas sufrieron un tremendo descalabro frente al Ejército Popular en Guadalajara, los días 20 al 24 de marzo, perdiendo ingentes cantidades de material y numerosos hombres. Por aquellas fechas, tropas italianas y rebeldes penetraban en Vizcaya, mientras que la aviación alemana —la Legión Cóndor— bombardeaba intensamente la zona en el mes de abril, arrasando por completo la ciudad de Guernica, capital simbólica del nacionalismo vasco. El 19 de junio fue tomada Bilbao.

Al mismo tiempo, en las filas republicanas, los comunistas stalinistas apuntalaban su influencia en el gobierno, produciéndose en mayo de 1937 una gravísima crisis. Por una parte, el gobierno republicano decidió aplastar la revolución, inducido por agentes stalinistas que condicionaban a ello la ayuda material soviética. En este marco se produjeron los hechos de mayo de 1937 en Barcelona. El poder revolucionario, es decir, el Comité de Milicias Antifascistas, dominado por anarcosindicalistas y «poumitas», había respetado hasta aquel momento el poder republicano reformista de la Generalitat. Estando la mayor parte de las fuerzas revolucionarias en los frentes de Aragón y Madrid, la coalición gubernamental decidió disolver el poder revolucionario, y el Partit Socialista Unificat (comunista) desató una intensa represión. En el curso de esas operaciones policiales murió, entre otros, Camilo Berneri, y desapareció Andreu Nin, líder del POUM, organización marxista-leninista radical sañudamente perseguida por los comunistas afectos a la estrategia stalinista. La masacre determinó el fin del proceso revolucionario y la hegemonía del Partido Comunista.

La crisis, al contrario de lo que se creía, no se detuvo con la supresión del proceso revolucionario, sino que fue a incidir en el seno mismo de la coalición gubernamental radicada en Valencia.

les nits són fredes...
TREBALLEU PER AL FRONT
P.S.U.

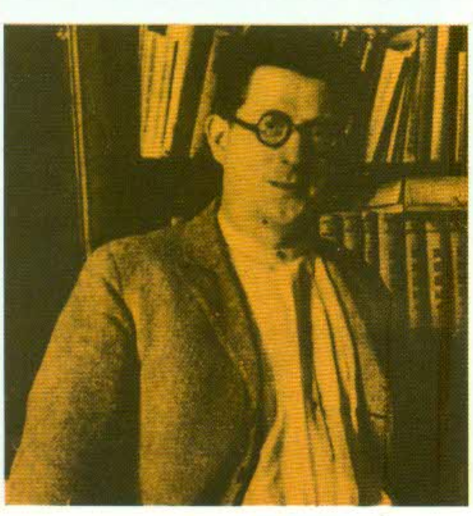
Izquierda, arriba, cartel del Partido Socialista Unificado que pide ayuda para el frente.

Página anterior, abajo, Andrés Nin (1892-1937), luchador antifascista, Consejero de Justicia de la Generalitat asesinado por los comunistas durante la Guerra Civil.

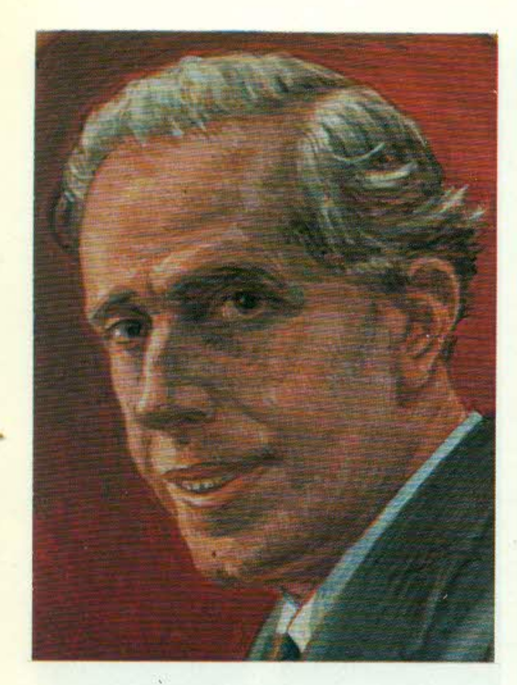
Página anterior, izquierda, Luis Companys (1883-1940), que presidió la Generalitat de Cataluña (1933-34 y 1936-39). Exiliado en Francia, fue detenido por la Gestapo alemana y enviado a España; murió fusilado en Barcelona.

Página anterior, derecha, arriba, las tropas franquistas entran en Guernica el 29 de abril de 1937, tres días después del famoso bombardeo de la Legión «Cóndor».

Página anterior, abajo, toma de Belchite por el ejército republicano, el 16 de septiembre de 1937.



El moderado socialista Prieto, viendo la imposibilidad de ganar la guerra —especialmente después de la actitud neutral adoptada por franceses y británicos, última esperanza de la República burguesa española—, propuso la internacionalización del conflicto en base a bombardear el puerto de Lisboa —puerta por la que entraba la masiva ayuda de las potencias del Eje al bando sublevado—, y atacar abiertamente buques alemanes en el Mediterráneo. La propuesta fue rechazada de pleno por los comunistas, en una coyuntura histórica en la que Stalin había decidido pactar con Alemania un tratado de no-agresión. Las fricciones señalaron el fin de la preponderancia socialista en el seno de la







coalición republicana, y Largo Caballero fue sustituido en la jefatura del gobierno por el doctor Juan Negrín, más próximo al Partido Comunista.

En julio de 1937 el gobierno republicano inició la ofensiva de Brunete, y al mes siguiente la del frente de Aragón, donde tendrían lugar batallas decisivas en el curso de la guerra. Entre tanto, las tropas sublevadas, que se autodenominaban nacionalistas, habían ocupado Gijón y Santander, en la costa cantábrica. En el mes de octubre, el gobierno republicano, ante la posibilidad de que la zona republicana quedara cortada en dos flancos incomunicados, decidió abandonar Valencia y trasladarse a Barcelona.

El frente de Aragón vivió una intensa actividad en los inicios de 1938, y Teruel pasaría en diversas ocasiones a poder de uno y otro bando. En abril, los insurrectos habían ocupado la ciudad de Lérida y llegado al litoral mediterráneo, aislado en Cataluña. Mientras, en Madrid, proseguía la resistencia republicana. En julio, el ejército republicano lanzó una nueva ofensiva en torno al Ebro, en la batalla más sangrienta de toda la guerra, en la cual, entre ambos bandos, hubo más de 100.000 bajas. Esta batalla fue la última en la que participaron las Brigadas Internacionales. La ofensiva republicana del Ebro fracasó debido a la superior calidad del material militar de las tropas franquistas, que penetraban profundamente en Cataluña a finales de 1938. El 26 de enero de 1939 los sublevados, mandados por el general Yagüe, entraron en Barcelona, completándose la ocupación de Cataluña en febrero. En Barcelona, el ministro falangista Serrano Suñer señaló que la capital catalana era una «ciudad enferma», y que como tal, debía serle apliado el «remedio adecuado», terrible premonición de una represión durísima.

Solamente resistía Madrid, defendida por el Quinto Regimiento. El 19 de marzo



Arriba, Fernández Cuesta, Serrano Súñer, Jordana, Dionisio Ridruejo y otros cargos y personalidades de la Junta de Defensa rebelde, reunidos en Burgos, el 29 de septiembre de 1937, con motivo de la exaltación de Franco a la jefatura del Estado.

Izquierda, Antonio Machado (1875-1939), notable poeta español, exiliado después de la Guerra Civil, murió en Collioure (Francia).

Página anterior, arriba, izquierda, Julián Besteiro (1870-1940), presidente de la Junta de Defensa de Madrid que, al disolverse el Gobierno republicano, presentó la capitulación al general Franco (1939). Murió en prisión.

Página anterior, arriba, derecha, la batalla del Ebro (julio a octubre de 1938).

Página anterior, abajo, izquierda, cartel del de propaganda bélica del PSU.

Página anterior, abajo, derecha, Juan Negrín (1891-1956), jefe del Gobierno al final de la Guerra Civil, representó a la República en el exilio hasta 1945.

una Junta de Defensa, integrada por el coronel Casado, Cipriano Mera y Julián Besteiro, formuló al gobierno rebelde instalado en Burgos una propuesta de paz y apertura de negociaciones, que el gobierno rebelde, siguiendo directrices del general Franco, rechazó, pues la «victoria –dijo– ha de ser total». El 28 de marzo las tropas franquistas ocupaban Madrid, y el 1 de abril de 1939 se anunciaba el final de la guerra, con la victoria de las fuerzas sublevadas. Era el fin de la II República.

Balance político de la II República

El escritor catalán Josep Pla señaló en su *Historia de la II República española,* que en España «República y revolución eran sinónimos». Con ello, recogía y condensaba la demagógica consigna con que las clases conservadoras habían anatematizado al régimen instaurado el 14 de abril de 1931, durante toda su breve existencia.

A la República la convirtieron en «revolucionaria» el inmovilismo y el ultraconservadurismo de las clases económicamente dominantes. La mayor parte de la historiografía en torno al tema, básicamente extranjera –pues, durante la larguísima dictadura franquista, los historiadores del país no pudieron abordar la temática desde un punto de vista mínimamente discrepante con la versión oficial de que la Guerra Civil había sido una «Cruzada»–, ha tratado el tema con superficialidad, y a veces con frivolidad excesiva. Historiadores como Gabriel Jackson, Hugh Thomas, Pierre Vilar y Stanley Payne han carecido de la sensibilidad necesaria para llegar al fondo de la problemática real. Para unos, Azaña, al que absurdamente se identifica con la República, era un utópico; para otros, un exacerbado radical; y en definitiva, su gestión fue causa –según Payne– de la guerra.

Esta historiografía no ha sabido entender que ser conservador, por ejemplo, en Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos, no era lo mismo que serlo en la España de la década de los años 30. Y aquí radica una de las claves de la cuestión.

Ser conservador en la España de la República era abogar por el mantenimiento de unas estructuras agrarias feudalizantes –los latifundios–, por el privilegio eclesiástico y su intervención en la vida moral e intelectual del país, por la idiosincrasia militar de entorpecer y condicionar la vida política civil, por el centralismo a ultranza, por impedir el acceso del mundo laboral e intelectual al primer plano de la vida nacional. En definitiva, ser conservador en España durante la República significaba oponerse a un conjunto de reformas eminentemente burguesas, que habrían hecho del país una sociedad capitalista modernizada, una sociedad basada en principios ya sólidamente establecidos en aquellos países que antes hemos citado. La República –y su Constitución así lo pone de manifiesto– debía de ser el vehículo que desarrollara una sociedad basada en la valoración del individuo por su práctica social y económica, y no por el linaje y la sangre, o por el origen «providencialista». La economía de mercado y la iniciativa privada estaban consagradas en la carta constitucional elaborada en 1931. Todo lo que no sea partir de esta realidad, es errar en el análisis de los hechos.

Cierto es que las fuerzas realmente revolucionarias, las que perseguían un auténtico cambio de las relaciones productivas –el anarcosindicalismo y el marxismo radical–, atenazaron también el proceso reformador republicano, pero ello fue en parte como consecuencia de la vacilación y lentitud en la aplicación de las reformas –de hecho, todas quedaron sobre las mesas de los despachos ministeriales–, y de la carencia de una burguesía que res-

paldara la política reformadora. Esta clase social, que en el siglo XIX no pudo nunca dominar el aparato estatal, acabó aristocratizándose. Ella es la que debió asumir el programa reformador, y no combatirlo.

Las clases dominantes españolas eran herederas de la Contrarreforma. Y la Contrarreforma religiosa despreciaba el trabajo como forma de dignificación de la condición humana y como rasero con el cual medir la aportación de los individuos a la sociedad. En cambio, en unos países donde triunfó la Reforma protestante, el paso al capitalismo presenta unas características absolutamente diferentes. Allí, el providencialismo quedó relegado a la esfera de la religión, y ésta, al mundo de lo privado. La élite del linaje se unió en España a la élite del dinero, pero en conjunto ha conservado siempre una superestructura ideológica aristocrática.



Arriba, Madrid resistió el asedio de las tropas franquistas desde noviembre de 1936 hasta casi el final de la contienda. La foto muestra el momento de la entrada de las fuerzas victoriosas, el 28 de marzo de 1939.

Izquierda, el clero español, en la zona llamada «nacional», hace el saludo fascista en un acto de exaltación de la lucha contra la República.

Página anterior, Heinrich Himmler, jefe de la policía del III Reich (que en 1945 se suicidó al caer en manos de los británicos), reunido en Barcelona con Ramón Serrano Súñer, ministro de Asuntos Exteriores español de 1940 a 1942.

Índice



